This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~315 h. 11~~

Vet. Span. III B. 283

EL AUDAZ.

HISTORIA

DE UN RADICAL DE ANTAÑO

POR

D. BENITO PEREZ GALDÓS.

MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA, BORDADORES, 7.

1871.

ES PROPIEDAD.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Aunque me parece que el lector comprende siempre fácilmente, y sin necesidad de que nadie se lo explique, el objeto y tendencia de un libro cualquiera, en esta ocasion habia pensado seguir la costumbre antigua y poner al frente de la HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO algunas palabras que le sirvieran de introduccion.

Pero el Sr. D. Eugenio de Ochoa, en carta dirigida á cierto periódico literario (1), despues de juzgar con la benevolencia propia de un maestro tolerante y bondadoso otra obrilla que publiqué anteriormente, ha expresado con tanta elocuencia el objeto de aquella y de ésta, que, seguro de no poder decir tan bien yo mismo lo que intento, me callo y copio las palabras del ilustre académico:

«Bien hace, dice, el Sr. Perez Galdós en esgrimir su pluma contra la hipócrita sociedad de fines del siglo pasado y principios del presente, sociedad devorada por una depravacion profunda bajo sus apariencias santurronas; aquella sociedad que rezaba el rosario todas las noches y se arrastraba por las mañanas en las antesalas del príncipe de la Paz; que tenia los pueblos llenos de conventos y los caminos infestados de salteadores; que abrigaba todos los vicios y todos los escándalos de la nuestra, con otros más, ante los cuales se sublevarian hoy hasta las piedras; una sociedad tan corrompida en ideas como en costumbres y hasta en gusto literario; á punto

(1) Carta al Señor Director de *La Ilustracion de Madrid*, inserta en el número 42 de esta publicacion.

de extasiarse con estos versos de Moratin, el padre, destinados á cantar *la gloria* del toreador insigne Pedro Romero:

> «.....¿Cuál rey que ciña la corona
> Entre hijos de Belona,
> Podrá mandar á sus vasallos fieros
> Como el dueño feliz de las Españas
> Hacer tales hazañas?»
> . . . . . .

¡Aquella hazañas inmortales, dignas de la *cítara áurea de Apolo, envidia* de los extranjeros, eran estoquear un toro con mucho garbo! Y mientras tanto Nelson abrasaba nuestra escuadra en Trafalgar, y éramos el juguete de Francia y nos disponíamos á abrir cándidamente nuestras plazas á sus ejércitos para que nos sumiesen en una guerra de exterminio, que si terminó con gloria para nosotros, tambien nos costó rios de lágrimas y sangre, precioso don de un gobierno personal, de un régimen absoluto, como el que hoy se recomienda tanto por cierta escuela política, sin Cámaras, ni periódicos, ni derechos, ni ninguna de las abominaciones del dia. Es inexacto decir que no hubiese entónces *derechos*, uno habia consignado con resignacion admirable en el conocido dicho popular: *Nunca ha de faltarnos papa que nos excomulgue, ni rey que nos ahorque.* ¡Tan elevada idea tenia del pontificado y de la corona el pueblo católico y monárquico por excelencia educado por los frailes!

¡Y esos son los tiempos con cuyo recuerdo torcidamente evocado se quiere azotar á los nuestros, que áun cuando no contaran en su abono más que el beneficio de la publicidad, la cual imposibilita de todo punto la reproduccion de ciertos escándalos, tendria asegurada sobre ellos una superioridad incontestable. No se invoque hipócritamente el respeto debido á nuestros mayores y á la tradicion de lo pasado: lo pasado es un sepulcro; debemos venerarle, pero enterrarnos vivos en él, eso no. Me guardaré muy bien de burlarme de mis abuelos porque viajaban en galera ó en mulo, pero declaro que la primera vez que tenga que ir, aunque no sea más que al Escorial, tomaré revolucionariamente el ferro-carril, por más que se escandalicen los guardadores fanáticos de nuestras venerandas tradiciones.»

Nada tengo que añadir á esto, que es lo mismo que yo pensaba decir, pero mejor dicho.

B. P. G.

Diciembre de 1871.

EL AUDAZ.

CAPÍTULO PRIMERO.

Curioso diálogo entre un fraile y un ateo en el año de 1804.

I.

El padre Jerónimo de Matamala, uno de los frailes más discretos del convento de franciscanos de Ocaña, hombre de génio festivo y arregladas costumbres, dejó la esculpida y lustrosa silla del coro en el momento en que se acababa el rezo de la tarde, y muy de prisa se dirigió á la portería, donde le aguardaba una persona, que habia mostrado grandes deseos de verle y hablarle.

Poco antes un lego rústico y gruñon que desempeñaba en aquella casa oficios nada espirituales, habia trabado una viva contienda con el visitante. Empeñábase este en ver al padre Matamala, contrariando las prescripciones litúrgicas que á aquella hora exigian su presencia en el coro: se esforzaba el lego en probar que tal pretension era contraria á la letra y espíritu de los sagrados cánones, y oponia la inquebrantable fórmula del terrible *non possumus* á las súplicas del forastero, el cual fatigado y con muestras de gran desaliento, se apoyaba en el marco de la puerta. Hablaba con descompuestos ademanes y alterada voz; contestábale el otro con rudeza, orgulloso de ejercer autoridad aunque no pasara de la entrada; y el diálogo iba ya á tomar proporciones de altercado; tal vez la cuestion estaba próxima á descender de las altas regiones de la discusion para expresarse en hechos, cuando apareció fray Jerónimo de Matamala, y abriendo los brazos en presencia del desconocido, exclamó con muestras de gran alborozo:

—¡Martin! ¡querido Martin! ¡tú por aquí! ¿Cuándo has llegado?... ¿De dónde vienes?

Contestóle con frases afectuosas el viajero y ambos entraron. Al avanzar por el claustro pudo el lego notar que hablaban con mucho calor; que el visitante no habia dejado de ser displicente; que continuaba con el mismo aspecto de hastío y desden, y que el padre Matamala se mostraba en extremo cariñoso y solícito con él.

El forastero (conviene darle á conocer antes que refiramos textualmente, como es nuestro propósito, el acalorado diálogo que ambos personajes sostuvieron en la huerta del convento), el forastero, deciamos, era un jóven llamado Martin Martinez Muriel; y no será aventurado asegurar que intervendrá con frecuencia en la mayor parte de los hechos de esta puntual historia. Habia nacido en un pueblo de la áspera y fragosa sierra que se extiende en el centro de la Península y de la cual con las corrientes de los rios y las ramificaciones de las montañas parece emanar y difundirse por todo el suelo el génio de las dos Castillas. A la edad en que le conocemos, (no podemos afirmar que hubiera llegado á los 30 años; pero á juzgar por su fisonomía, no necesitaba hacer largas jornadas para llegar á ellos) á su edad, deciamos, habia tenido una vida tan borrascosa; eran tantas y tan prodigiosas sus aventuras, que refiriéndolas llenaríamos este volúmen. Alguna, sin embargo, hemos de sacar del olvido en que yacen á causa de los desdenes de la historia; alguna hemos de tener en cuenta para mejor conocimiento de tan original carácter.

Hijo de un hombre, cuya vida fué una série no interrumpida de desventuras, aquel jóven las compartió todas por una excesiva severidad del destino de su familia. Fueron sus primeros años agitados y tristes, porque de la casa habian huido las alegrías mucho tiempo antes; y siendo niño tuvo que hacer esfuerzos de hombre y de héroe para sobrellevar la vida. Semejante escuela no podia ménos de robustecer su voluntad para lo sucesivo, dándole una iniciativa de que carecen los que no conocen las enseñanzas de la contrariedad. Adquirió un valor moral que rara vez nace y crece en el teatro de la dicha y al mismo tiempo todos sus actos, lo mismo que su lenguaje y modales adquirieron un sello de seriedad algo torva, y propia para infundir respeto, favoreciendo en él el ejercicio de una cualidad innata de su espíritu, que en los desahogos íntimos de su ambicion sintetizaba en esta palabra: mandar.

Muriel habia nacido para mandar, para dirigir, para legislar; y como el destino no puso en su mano las riendas de un Estado, ni la disciplina de

un ejército, ni la soberanía de un pueblo, ofreció su vida toda una contradiccion misteriosa, aunque no muy rara en esta edad. Los enigmas indescifrables que á veces presentan á nuestra observacion ciertos caractéres que hallamos en la jornada de la existencia, proceden de una contradiccion horrorosa entre la aptitud y la vida. No se explican de otro modo algunas catástrofes individuales anatematizadas por el derecho y la religion, y ante las cuales absortos y conmovidos no nos atrevemos á dar nuestro fallo. Luchando con el tiempo y las circunstancias, los caractéres se ven en singularísimos trances que los trastornan profundamente. Este hombre de quien nos ocupamos nos ofrecerá en el dilatado curso de esta historia una de esas contradicciones espantosas.

Volvamos á su vida. Su padre, hijo de labradores, no habia podido nunca sustraerse á los golpes de una suerte adversa. Habia heredado una escasa fortuna territorial, pero ni sacó de ella gran provecho ni pudo enagenarla por estar afecta á un señorío. Era hombre emprendedor, se sentía con facultades no comunes para el comercio, y al fin dominado por la idea de su engrandecimiento pecuniario, idea en que la avaricia tenia parte muy pequeña, abandonó el suelo nativo, traspasando sus inmuebles á otro colono, y se marchó á Andalucía. Allí casó con la hija de un comerciante en situacion nada próspera: entró en el comercio con fé; pero sus primeros pasos en una carrera en que el éxito parece depender de una misteriosa y voluble deidad, fueron fatales. Regresó á Castilla administró las fincas de un caballero segoviano que le pagó cruelmente; y esto lejos de sacarle de apuros, aumentó el catálogo de sus desgracias; porque su probidad se puso en duda, y hubo proceso, del cual salió con honor, aunque dejando sus ahorros en las garras de los leguleyos.

Deseoso nuevamente de probar fortuna en el comercio, volvió á Andalucía dejando á su familia en Castilla; se embarcó para América y volvió á los tres años con muy escasas ganancias. Seis años de una prosperidad trabajosa, en que los reveses fueron pocos y lijeros, dieron algun desahogo á la familia Muriel, que vivia ya sin ilusiones. Pero de pronto un suceso doloroso vino á perturbarla de nuevo: la esposa, carácter firmísimo y tierno que habia logrado aplacar el funesto ardor aventurero de Muriel, murió jóven aún, dejando dos hijos de muy diferente edad: el uno nacido en los primeros años del matrimonio, y el otro en el último, poco antes de que la noble alma de la que le dió el sér saliera de este mundo. Desde entonces las desdichas no conocieron obstáculo ni dique: desbordáronse sobre la familia, produciendo como primer triste resultado la separacion voluntaria

del padre y el hijo más viejo. Pusiéronle pleito los parientes de la difunta; y aunque no vieron resuelta la cuestion, ni creemos que se haya resuelto todavía, perdieron cuanto tenian, siendo preciso que cada cual se buscase la vida como Dios mejor le diera á entender.

Fué D. Pablo á Granada, donde á fuerza de recomendaciones logró administrar unas grandes fincas del conde de Cerezuelo, y encargarse al mismo tiempo de activar un pleito que este noble señor tenia en la cancillería de aquella ciudad. Pero los pleitos marchaban entonces con más embarazo que ahora y se embrollaban con más facilidad. No fué lo peor la dilacion ni el embrollo, sino que unos amigos oficiosos de Cerezuelo, administradores á quienes Muriel habia sustituido, se dieron tal arte, que hicieron aparecer á este como falsificador de un documento, acusándole además de haber desfigurado otro en extremo favorable á los derechos de su protector. Muriel fué exonerado de sus poderes administrativos y encerrado en una cárcel: este nuevo proceso tenia todo el horror de lo criminal sin carecer de las complicaciones dilatorias de la justicia civil. Era una muerte lenta, una inquisicion, que no mataba, pero que deshonraba con lentitud, con método, digámoslo así, dia por dia; escribiendo una infamia en cada hoja de un protocolo interminable; añadiendo en cada hora una sospecha, una declaracion capciosa, un testimonio falso al catálogo de vergüenzas arrojadas sobre la frente del hombre justo; quitándole una á una todas las simpatías, todos los afectos, desde la amistad más decidida hasta la compasion más desdeñosa; dejándole al fin en una espantosa soledad física y moral, sin más mundo que la cárcel para el cuerpo, y su conciencia para el espíritu. La suerte de aquel hombre justo, que no tenia más defecto que carecer de sentido práctico y ser inclinado á dejarse arrastrar por la imaginacion, habia empleado en su daño todos los sinsabores de la vida. No le faltaba más que la deshonra, y esta fué el triste epílogo de sus desventuras.

II.

En esta vida de contrariedades y luchas creció el desdichado Martín, que fué triste en su niñez y grave antes de ser hombre. Su padre, que habia descubierto en él facultades intelectuales dignas de ser cultivadas, le destinó á las letras y al foro, no inclinándole á la carrera eclesiástica porque desde la infancia habia mostrado gran repulsion á los hábitos. Más le gustaba la milicia; pero no era posible, por la falta de recursos y su orígen plebeyo, hacerle entrar en el camino de las glorias militares. Dejóle su pa-

dre en Sevilla; y allí algunas travesuras cometidas le atrasaron en sus estudios. Pero lo que más contribuyó á extraviarle, decidiendo al mismo tiempo su carácter definitivo é influyendo hondamente en el resto de su vida, fueron las amistades que contrajo en aquella ciudad.

En los primeros años del siglo presente lo mismo que en los últimos del anterior, se habian extendido, aunque circunscritas á muy estrecha esfera, las ideas volterianas. La revolucion filosófica, tarda y perezosa en apoderarse de la masa general del pueblo, hizo estragos en los tres principales centros de educacion, Madrid, Sevilla y Salamanca; y es seguro que las escuelas literarias de estos dos últimos puntos, escuelas de pura imitacion, no fueron agenas á este movimiento. Pero donde más y mejor prendió el fuego del volterianismo fué en Andalucía, cuya raza, impresionable y fogosa, es inclinada á la rebeldía así política como intelectual, y se deja conmover fácilmente por las ideas innovadoras. La tradicion y la historia guardan el recuerdo de caractéres viriles y alucinados por un diabólico espíritu de protesta, tales como Gallardo, Marchena y Blanco White, hijos los tres de Andalucía, y primeros héroes y víctimas de nuestras discordias religioso-políticas.

Por mucho rencor que la posteridad guarde al gobierno de Godoy, no puede ménos de conceder que fué tolerante en materias de libertad intelectual, y que siempre le hallaron poco dispuesto á secundar las bárbaras aspiraciones de la teocracia. Entonces era fácil procurarse los libros más contrarios á nuestro antiguo génio castizo; y los que entendian alguna lengua extranjera, podian satisfacer fácilmente su curiosidad sin temor de que el Santo Oficio les molestara, ni de que el brazo secular les persiguiera. Cundió el volterianismo y la democracia platónica de Rousseau. Como la exageracion acompaña siempre fatalmente á todo movimiento revolucionario, no faltaron en esta corriente invasora las doctrinas del más bestial y ridículo ateismo, de aquel dios llamado Ibrascha, á quien tributó culto don José Marchena en la Conserjería de Paris en 1793.

La raza holgazana de los abates encontró en esto un motivo de entretenimiento; y el cultivo de la poesía pastoril y amatoria, pagana, fria y no repudiada por nadie, no dejó de contribuir á la realizacion de aquel contrabando de ideas. Toda irrupcion literaria lleva en sí el gérmen de una irrupcion filosófica.

No escaparon del estrago algunos clérigos de audaz imaginacion, mal comprimida por el sacramento, á los qule se unió tal cual regular; pero estos casos no eran frecuentes, sobre todo en los últimos. Por lo general, aunque

algunas ideas vagas cundieron por toda la sociedad, la idea revolucionaria no salió de círculos muy reducidos, y tal vez á esta concentracion debió la enorme violencia con que se manifestaba en determinados individuos. Tal vez por no haberse difundido, haciendo de este modo imposible la controversia, pudo el ateismo hacer tantos estragos en algunas nobles inteligencias. El espíritu de protesta que al principio fué puramente religioso, pasó despues á ser social. En esta protesta no cabia la transaccion. Sus negaciones eran categóricas y rotundas. En dos puntos concentraba todo su ódio: en la nobleza y en el clero.

Perdónenos el lector esta digresion, que interrumpimos á disgusto. Pero si la necesidad de reanudar el hilo de la narracion no nos lo impidiera, de buena gana le hariamos conocer lo que á principios del siglo se escribia aquí sobre aquellos asuntos, encubriendo bajo formas poéticas la audacia de la agresion.

La imaginacion arrebatada del jóven Muriel fué una tierra fecundísima en que las nuevas ideas germinaron con asombroso desarrollo. El espíritu revolucionario, explosion de la conciencia humana, se mostró en él rudo, implacable, radical, sin la depuracion que despues ha traido el estudio y el mejor conocimiento del hombre. La abolicion de privilegios, la negacion del derecho divino, la soberanía nacional, los derechos del hombre! Hé aquí los grandes problemas planteados en aquellos dias. El que conozca la sociedad de entonces disculpará la exageracion. Fuerza es que se la disculpemos al jóven Muriel, que al acoger aquellas ideas experimentó el único goce de su espíritu. Su nacimiento, su vida, sus desgracias, ¿no eran otras tantas circunstancias atenuantes? La felicidad en las naciones como en los individuos nunca es innovadora.

Profesaba á la nobleza un ódio vivísimo; pero no pasó de ser un resentimiento platónico, digámoslo así, un rencor puramente ideal, aprendido en los libros y no en la vida. El tiempo y las circunstancias pudieran haberlo atenuado ó destruido. Pero no: el tiempo y las circunstancias, por desgracia ó por fortuna suya, confirmaron y aumentaron aquel ódio. Entretanto abandonó sus estudios escolásticos, sin que por eso dejara de entregarse noche y dia á la lectura de sus queridos libros. Devoraba cuantos describieran y comentaran la revolucion francesa. Las grandezas asombrosas y los inmensos horrores de aquella época producian en su ánimo una estupefaccion semejante á la que produciria el presenciar las primeras conmociones de la sociedad humana en los más remotos tiempos, tales como Babel ó el Diluvio, tragedias espantosas. Compartian su espíritu el entusiasmo y el

asombro; en su mente el hecho horrible se sublimaba al contacto de la noble idea: perdíase en una contemplacion sin fin, durante la cual se le representaban en la fantasía los caractéres y los hechos de la pavorosa catástrofe; y cuando concluian sus éxtasis, era para dar lugar á una inquietud y á una excitacion extraordinarias. Iba y venia reconcentrado y solo: algunos le tenian por demente, y él se juzgaba viviendo en un desierto. Muriel no se parecia en nada á la sociedad de su tiempo, pues hasta los pocos que como él pensaban, eran de muy diferente manera. En él estaba como en depósito la idea que más tarde habia de expresarse en hechos. Mientras no llegara este momento, aquel jóven era una excentricidad y una rareza. Si el tiempo no hubiera venido á darle razon, hubiera pasado siempre por un loco, y en tal caso, escribir su vida seria locura mayor que la suya. Pero el tiempo ha justificado su carácter, y la personificacion de aquellas ideas que tan pocos profesaban entonces, es una tarea que el arte no debe desdeñar. Por la índole del personaje, como invencion novelesca, la obra, si no es bella, puede ser útil.

III.

En tal situacion de espíritu se hallaba Muriel, cuando supo que su padre estaba preso en Granada, en compañía de su hermanito, un chicuelo de nueve años. Ambos sin fortuna, sin hogar, solos, abandonados, perseguidos, aquel anciano y aquel niño inocente no tenian más asilo que la cárcel abierta para ellos por la maldad y la envidia. No es de este lugar referir los padecimientos de los dos séres infelices, de tan diversa edad, y condenados á repartirse el breve espacio de un calabozo; el uno con los ojos constantemente fijos en el suelo, el otro con la vista clavada en la reja, al través de cuyos hierros se veia un pedazo de cielo; el primero buscando un hoyo en que reposar, el segundo constantemente atraido por el espacio, por la vida.

Muriel vivia pobremente en Sevilla: se alimentaba de milagro, no bastando sus tareas de escribiente en casa de cierto leguleyo para sacarle de miseria, mucho más porque era tan pródigo como pobre, y antes abria la mano para dar que para recibir sus mezquinas ganancias. Con el comer corria parejas el vestir, y su vida era una série de apreturas, cuyo fin no distinguia en lo porvenir. Cuando supo lo que ocurria en Granada; cuando supo que su padre y su hermano se morian en una prision, á causa de un proceso en que la envidia y codicia de sus enemigos habian desempeñado el principal papel, la primera determinacion que tomó en su violento arrebato de cólera, fué dirigirse inmediatamente á Madrid, con intencion de mover

cuantos resortes estuvieran á su alcance para sacar á su padre de la cárcel. Él tenia amistad muy íntima con un clérigo sevillano, poeta incurable de aquella escuela, bastante contaminado por las nuevas ideas, persona de amenas costumbres, y que inspiraba respeto á cuantos le trataban. Como era voz pública que se carteaba con varios personajes de la córte, pidióle Muriel su proteccion, lo cual no le negó el canónigo. Además recogió cuantas cartas pudo de otros individuos, y se fué á Madrid, esperando que le ayudara tambien en sus propósitos un religioso de Ocaña, pariente de su madre, y al que habia conocido en el poco tiempo que residió en la córte, mientras su padre estaba en América. De este fraile se contaba que tenia gran amistad con graves y encopetados señores.

Fué Muriel á la capital, y allí sus tormentos no son para referidos. En ninguna parte le hacian caso. Iba y venia de palacio en palacio, de casa en casa, sufriendo desaires las pocas veces que se le recibia. La pobreza que su persona revelaba, la estrechez en que vivia, obligándole á acompañarse de personas bien poco cultas, contribuyeron al descalabro de su pretension, que era considerada como una locura sin ejemplo. Habia sido recomendado á un petimetre famoso, que era el Dios de las ruidosas tertulias de Pepita Tudó; y este jóven, sér ridículo y despreciable, hizo objeto de burlas al pobre pretendiente, obligándole á pasar mil sonrojos. Traia además carta para el prior de la Merced, el cual no dejó de mostrarse algo propicio; pero como un dia Muriel, en el curso de una familiar conversacion, dejase escapar algunas apreciaciones poco ortodoxas y de un marcado olor revolucionario, amoscóse el padre, retiróle su proteccion, y más que en servirle, empleó su valimiento en contrariarle. El conde de Cerezuelo no le quiso recibir, porque cedia á las influencias de sus satélites, empeñados en la completa perdicion y deshonra del antiguo administrador. Tambien habia llevado epístola para un grave, estirado y almidonado alcalde de Casa y Córte, mas este se mostraba muy afable y no hacia nada. ¿Cómo prestar oidos á la exigencia de un jóven pobre, oscuro, advenedizo y misántropo en un asunto en que estaba interesada una poderosa familia? Comprendió al cabo Muriel que la lucha era imposible. Recorrió todas las oficinas y covachuelas, tocó todos los registros de nuestra complicadísima administracion. Nada era posible lograr. El Estado en masa estaba en contra suya. Coger una montaña y echársela á cuestas, hubiera sido más fácil que salir adelante en aquella empresa. Su desesperacion no conoció límites cuando llegó á entender que empleando la venalidad, conseguiria su deseo. Viendo de cerca la maquinaria mohosa y podrida de nuestra administracion judicial y civil,

conoció que desde el príncipe de la Paz, hasta el último rábula, resolvian todas las cuestiones á gusto del interesado y mediante una cantidad proporcional. La corrupcion era general y crónica. Comprábanse los destinos, y la justicia era objeto de granjería. Él, á ser rico, hubiera comprado á España entera. En aquellos dias su rencor era tan profundo, que, sin escrúpulo de conciencia, se hubiera vendido á Napoleon, á los ingleses, al demonio. Hubiera visto con júbilo desplomarse todo aquel alcázar de corrupcion, sepultando entre sus ruinas á Cárlos IV, á María Luisa, á Godoy, á Escoiquiz, á Fernando, á los frailes, á la nobleza, al clero, á la magistratura. Ya en una esfera puramente ideal habia pronunciado sentencias contra todo esto. Pero al ver de cerca las cosas; conociendo la ignorancia y frivolidad de la alta clase, la degradacion de los regulares, en quienes no resplandecia ya ni un destello del antiguo misticismo; la infame corruptela que gangrenaba el cuerpo político, su saña se enconó, y de aquel espíritu lleno de tribulaciones se apoderó al fin por completo lo que era á la vez un sentimiento y una idea, la revolucion.

Tal era la situacion de Muriel cuando un acontecimiento inesperado vino á poner fin á su lucha, llenándole á la vez de tristeza. Su padre murió en la cárcel de Granada. Sintió con esto el jóven, al par de la pena, una especie de alivio. Parecia que su agitada inteligencia necesitaba descanso, y aquella muerte que arrancaba de la tierra el alma del varon justo para llevarla á su verdadero sitio, le parecia más bien una proteccion que un agravio. Dios habia tomado á su cargo el asunto y lo habia resuelto. Muriel, que no estaba seguro de creer en Dios, pensó mucho en esto.

Marchó entonces á Andalucía con intento de recoger á su hermano; y aquí nos hallamos con un incidente imprevisto que no es fácil podamos explicar ahora. Su hermano no estaba allí. Investigando sobre los sucesos de esta historia, hemos averiguado que, conociendo el anciano que su fin estaba próximo, quiso escribir á su hijo, de quien en la prision habia recibido varias cartas. Dijéronle que su hijo habia muerto, y no sabemos si se pensó engañarle, ó si efectivamente las personas que tal dijeron, creian que Martin habia desaparecido del mundo. Si fué lo primero, ignoramos los móviles; mas tal vez en el curso de esta narracion se exclarezca un asunto que originó en el moribundo la determinacion que vamos á referir. Lo que está fuera de duda es que este, viendo que aquel niño iba á quedar sin amparo en el mundo, ideó, llevado de su buen corazon, un plan que juzgaba el más razonable en aquellos momentos. Creyó que no debia pedir proteccion sino al que aparecia como autor de su desventura, al propio conde de Cerezuelo.

Fija esta idea en su mente, y considerando que despues de haberle causado tanto daño, el conde no podia guardar rencor á aquella inocente criatura, resolvió enviárselo. Contaba con herir la cuerda de la conmiseracion en su antiguo protector, que no podia llevar su saña más allá de la tumba. Además el conde no era inhumano: las personas á cuyas sujestiones habia cedido, no se opondrian á que amparara al hijo de la víctima, niño infeliz, que era el mejor testimonio de las crueldades cometidas con su padre. Muriel contaba hasta con los remordimientos de sus enemigos para esperar aquel resultado; y al mismo tiempo recordaba que el ilustre prócer tenia una hija, de cuya sensibilidad el pobre preso habia formado muy alta idea.

Estas consideraciones le afirmaron en su propósito, y dominado por una idea, que tiene explicacion en su inmensa bondad, escribió al conde una carta, de la cual hemos oido referir algunos párrafos, sin que nunca hayamos podido haberla á mano. En esta carta patética, en que se reflejaba la turbacion de espíritu del buen hombre, estaba escrita su única disposicion testamentaria. Murió al dia siguiente de escribirla, y una persona más compasiva con él entonces que lo fué en vida, se apoderó del muchacho y lo envió á Alcalá, donde habitualmente residia el conde.

Grande fué la sorpresa de Martin, cuando al llegar á Granada supo lo que habia pasado. No podia explicarse la determinacion de su padre; no conocia los móviles que pudieron inclinarle á obrar de aquel modo. En su confusion, quiso volver inmediatamente á Castilla, pero se lo impidió una grave y repentina enfermedad, contraida á causa de la hondísima alteracion de su ánimo y de la considerable fatiga de su cuerpo.

Exánime y trastornado, estuvo cuarenta dias en un hospital; y hasta la misma caridad cuidaba con algun desvío aquel cuerpo calenturiento y moribundo, en el cual se creia que no podia habitar sino un alma extraviada. En sus delirios creyó ver cercana la muerte; y esta en realidad no andaba lejos. La idea de aquel Dios que se habia complacido en olvidar, iluminó su inteligencia en momentos de amargura. Él aspiraba al descanso eterno; y la idea de la justicia de ultratumba era la única luz que iluminaba aquella conciencia turbada por la negacion. Su fé, sacudida por el análisis, se fortaleció en lo relativo á la creencia en un Dios justo y bueno, porque en su noble espíritu no cabia el materialismo soez que hace del hombre una máquina sutil. Restableció todo lo divino y todo lo eterno; y el ídolo, caido á impulso de la filosofía, volvió á ocupar en el cielo vacante su trono inmortal. El ateo se complacia en deslumbrar sus ojos con la luz que esparcia por los mundos aquel altísimo sér. No lo negaba; pero su creencia era vaga y os-

cura, sin que en ella hubiera nada de la entidad personal de que habia oido hablar á los teólogos. Su fé en este punto no era otra cosa que el último refinamiento de la duda. En creer lo que creia, con el único objeto deconsolarse ante la idea de la justicia de ultratumba, habia algo de egoismo. Más que fé, aquello era esperanza.

Por lo demás, ni el dolor, ni la proximidad de la muerte atenuaron en él el ódio á la sociedad de su tiempo y á sus instituciones fundamentales. Convaleciente, débil y dominado por una tenaz hipocondría, se ocupaba en imaginar vastos planes de destruccion. Sentíase crecer: inmensos ejércitos le obedecian. Temblaba la sociedad convulsa y herida bajo sus piés. Él invocaba no sé qué fuerzas desconocidas y ocultas en el seno de la sociedad misma, y traia á la memoria la combustion horrible, que, inflamando al pueblo francés, revolvió y depuró sus elementos. Ante la majestad de la idea de depuracion, no le mortificaba ver los maderos de un patíbulo en que purgase sus faltas la humanidad extraviada y corrompida.

Restablecido, al fin, por completo, no pensó más que en trasladarse á la córte. Una fuerza secreta le impulsaba hácia allá. La miseria que habia observado en su viaje anterior no le desanimaba. Creia, sin saber por qué, en la existencia de un incógnito problema por resolver; habia en él cierta propension á dejar de ser ideólogo, á obrar en cualquier sentido, á hacer algo que sacara al exterior aquella balumba de ardientes deseos, que, comprimidos y encerrados, le producian una inquietud horrible. Esta fué la causa principal de su determinacion, si bien existian otras de índole puramente externas, tales como recojer á su hermano y exigir á Cerezuelo el pago de cierta cantidad que su padre nunca pudo hacer efectiva, á pesar de ser cosa enteramente agena al motivo de la prision.

Púsose en marcha, y no quiso dejar de visitar á su paso por Ocaña al padre Jerónimo de Matamala, el único que le habia servido antes con algun interés, aunque sin fruto. Llegó al convento, y despues del ligero altercado que hemos referido, entró, y habló largamente con su amigo, diciendo uno y otro lo que fielmente vamos á reproducir.

IV.

Hallábanse en la huerta del convento, sentados en un banco de piedra. Caia la tarde, y los últimos rayos del sol hacian proyectar oblícuamente la sombra de los grandes chopos, trazando largas y paralelas fajas en el suelo. Era la huerta un inmenso rectángulo formado por elevados muros, sin

más comunicaciones con el exterior que una enorme portalada, por la cual, en el momento á que nos referimos, entraban dos asnos cargados con la colecta y conducidos por un buen lego, que, sin compasion, y profiriendo tal cual terno, los arreaba. Un enorme y frondosísimo olmo extendia su follaje oscuro muy cerca de la tapia y dando sombra á una noria, cuyo rumor, producido al perezoso girar de una paciente mula, era un arrullo que convidaba á la somnolencia. La vista y el oido reposaban dulcemente ante el efecto á la vez óptico y acústico de los círculos sin fin descritos por el humilde animal y de la periódica y regular caida del agua, arrojada á compás por los cangilones. Cavaba con mucho denuedo un padre en uno de los cuadros, de cuyos apelmazados terruños surgian las hojas exhuberantes, retorcidas, verde-azuladas de una multitud de coles, que allí se desarrollaban con una frondosidad que tenia algo de voluptuosa. No se oia más que el ruido de la noria, el golpe de la azada, el canto de algun labriego que por el camino cercano pasaba, y los precipitados pasos de alguna res ansiosa de llegar al hogar. El viento era tan ténue que apenas movia los últimos y más endebles penachos de los chopos, plantados en uno de los lados del rectángulo. Se respiraba una dulce quietud. Ni una nube empañaba el cielo. No hacia frio ni calor. La uniformidad, la calma, la monotonía convidaban á fijar la mente en un solo pensamiento.

Tal vez por eso no parecia muy deseoso de hablar el jóven, y dirigia la vista al suelo como abstraido. Pero el fraile, que era muy decidor, pugnaba por avivar la conversacion siempre que su amigo la dejaba languidecer.

—Pues si quieres que te diga la verdad con franqueza, querido Martin,—dijo,—yo creo que haces mal en ir ahora á Madrid. Vuélvete á tu Sevilla, donde mal que bien puedes vivir. Pero en la córte... tú no eres abogado, tú no eres médico, tú no eres militar, tú no eres fraile, tú no eres clérigo, tú no eres petimetre, tú ni siquiera eres abate... Y á propósito, ¿por qué no solicitas un beneficio simple y te ordenas de menores, y te buscas una renta sobre cualquier diócesis? Esta de Toledo no las tiene malas.

—¡Yo solicitar!—exclamó Muriel con expresion de desprecio.—Solicitar es comprar, es corromper al Estado entero desde el alcalde de casa y Córte y el Corregidor perpétuo con juro de heredad, hasta el pinche de las cocinas del rey y el limpia-botas de Godoy. Yo no solicito porque soy pobre.

—Déjate de burlas, hijo, que es buena idea la que te he indicado sobre el como y cuando de hacerte abate. Ese cargo no te estorba: es la carrera de los que no hacen nada, quedas libre para dedicarte á tus estudios, para leer los diarios y escribir en ellos si te acomoda. Pero ¡ah! Martincillo, si tú

quisieras seguir mis consejos... si tú entraras en nuestra santa órden! Hazte fraile y verás. Retírate del mundo, donde no hallarás más que penas. ¿Te parece que aún no has tenido bastantes?

—Si yo me propusiera burlarme de la sociedad, de seguro hacia lo que usted me dice,—contestó Muriel sin mirar al padre.—A veces he tenido tentaciones de buscar la soledad y el retiro; pero ahora lo que deseo es presenciar los hechos del mundo y tomar parte en ellos. La soledad me mata.

—¡Pues si vieras qué buena es la soledad!—dijo el padre con expresion contemplativa.—No es necesario que renuncies por eso completamente al mundo. Por el contrario,—añadió dando á sus palabras cierto tono de positivismo,—desde aquí, y sin ser molestado por nadie, puedes influir en él y hasta ser poderoso. Desengáñate, hijo. La felicidad en la tierra está en estas santas casas. Tranquilidad y bienestar, ¿qué más puedes desear?

—Falta saber, padre, si eso durará mucho,—dijo Muriel, que trazaba cuidadosamente algunas rayas en la tierra con la punta de su baston, observando con gran cuidado lo que hacia, como si aquello fuera un dibujo admirable.—Yo preveo el dia en que todos Vds. salgan por ahí á buscarse la vida como voy yo ahora.

—¡Jesús y el seráfico!—exclamó el fraile.—Yo creí que con la edad se te curarian esas herejías. Nosotros que somos el amparo y el sosten del hombre; nosotros que le enseñamos á vivir y á ser bueno... Esas ideas que han venido de fuera nos van á dar que hacer... Pero ¡ay! Martincillo: eso no sienta bien en un jóven como tú, de corazon y de ingenio. Pase que los que quieren encubrir sus criminales intentos con palabras filosóficas... Sobre todo, hijo mio, ya que tienes esas ideas, no las publiques. Cállate y aprende á vivir en el mundo... ¿No ves que así el mundo te despreciará y serás perseguido?

—Yo no puedo disimular,—dijo Muriel borrando rápidamente todas las rayas que habia trazado.—Expreso lo que siento, y no puedo renunciar á este placer, por ser el único que tengo.

—Mal camino, hijo. Yo sé,—dijo el buen religioso bajando la voz,—yo sé que si nos metemos á averiguar ciertas cosas, encontraremos sapos y culebras; pero yo tengo experiencia y opino que el mundo debe dejarse como está. Sigue mi consejo. Deja esas ideas. Mira que son peligrosas, y algun dia podrás ser perseguido y con razon. Ahora con el gobierno de ese vil favorito, la religion santísima no está bien defendida; pero deja que suba al trono nuestro muy deseado príncipe Fernando y verás adonde van á parar los filósofos.

—Si no se viene todo al suelo mientras reine el deseado príncipe,—exclamó con cierta expresion profética el jóven.—Será más tarde ó más temprano; pero que se viene al suelo es indudable.

—¿Qué?—dijo vivamente el padre, creyendo que la tapia no estaba segura.

—Ustedes, los privilegios, los mayorazgos, los diezmos, el rey, Godoy, y todo este modo de gobernar que hay ahora. Esto es tan indudable, que es preciso estar ciego para no verlo.

—Riete de eso: lo que tiene por base la santa religion y este amor que hay aquí á los reyes..... Aquí han hablado de constituciones y cosas como las que hay en esos pueblos de allá..... Pero eso no cuaja en esta tierra de la lealtad. Somos demasiado buenos para eso.

Es de advertir que fray Jerónimo de Matamala era un hombre de instruccion y claro talento, y habia sido de los que primero dieron oido á las nuevas ideas. Educado en Salamanca, fué uno de los más afamados poetas de aquella insulsa escuela, donde se le conocia con el pastoril nombre de Liseno. Como fray Diego Gonzalez y el padre Fernandez, no se desdeñaba de cultivar la poesía amatoria, fingiéndose pastor y creando un tipo de mujer á quien dirigia sus versos. Esto era costumbre y nadie se escandalizaba por ello. Pero á fines del siglo las ideas de indisciplina filosófica y política cundieron por las aulas salmantinas. Fray Matamala, que fué de los primeros en quienes hizo efecto la invasion, se contuvo más por cálculo que por fé; guardábase muy bien de mostrar lo que habia aprendido, matando en flor en su entendimiento la naciente protesta. Sabia muy bien lo que eran los derechos del hombre, y conocia todos los argumentos del ateismo; conocia á Rousseau y aún algo más; pero afectaba una ignorancia absoluta de tan peligrosas materias. Esto podia pasar por hipocresía, pero nosotros creemos que aquello no era sino miedo. Queria engañarse á sí mismo; queria olvidar lo que habia aprendido, y le parecia que olvidándolas, aquellas ideas dejarian de existir. Cerraba los ojos ante el abismo, esperando de este modo, si no evitarlo, vivir tranquilo hasta que llegara la catástrofe.

Instalado en Ocaña, Matamala sostenia correspondencias muy activas con varios personajes de la córte, por lo cual vivian sobre ascuas sus cofrades, sospechosos de que tomaba parte en alguna intriga política. Al buen franciscano no le faltaban entretanto mil recursos para desvanecer estas sospechas.

—Bien; dejemos ese asunto,—dijo afectando una compuncion que no sen-

taba mal á sus hábitos sacerdotales.—Yo te profeso un afecto entrañable; yo fuí amigo de tu padre, que gloria haya..... Pero no renovaré tu sentimiento. Vamos al caso. Aunque no quieres seguir mis consejos, yo quiero servirte, y hoy mismo le voy á escribir á un señor de Madrid, amigo mio, para que te proporcione algun trabajo. y te ayude en eso que vas á pedirle al conde de Cerezuelo. Pero hijo, sé bueno. Cree en Dios. No pierdas por lo ménos el respeto exterior que se debe á sus ministros. Esto es lo importante. Sé respetuoso tambien con los grandes señores, con los personajes de ilustre prosapia.

—Sí,—contestó el jóven con desden,—cuando les veo entregados á todos los vicios, ignorantes, llenos de preocupaciones, holgazanes, indiferentes al bien de estos reinos y de la sociedad. Poseen todas las riquezas de que no es dueño el clero. Comarcas enteras se esquilman en sus manos, y se acumulan de generacion en generacion, siempre en la cabeza de un primogénito inepto, que no sabe más que alborotar en los bailes de las majas, hacer versos ridículos en las academias ó lidiar toros en compañía de gente soez. No encontrareis entre ellos personas de algun valer, con muy contadas excepciones. Los colonos se mueren de hambre sobre el terreno; los derechos señoriales hacen que sea ficticia toda propiedad que no sea la de las grandes familias; y en cada generacion aumenta el número de pobres, por los segundones que se van segregando del tronco de las familias nobiliarias para entrar en la gran familia de la miseria.

—¡Santo Dios y el seráfico patriarca!—exclamó el fraile, tapándose los oidos.—No hables más. ¡Qué pestilencial doctrina! Oh Martincillo: es preciso que te enmiendes. Tú no tienes instinto de conservacion. ¡Yo que deseo verte hecho un hombre de pró; yo que voy á inclinarte á que busques apoyo en la nobleza!....

—¡Apoyo en la nobleza!—contestó Muriel con vehemencia.—La detesto de muerte. La aborrecia antes de saber lo que era. Conocida, nada puede dar idea de mi ódio. La aborrezco más que á los frailes.

—¡Jesús! ¡Por los sacrosantos clavos? No blasfemes.

—¡Blasfemar! ¿Y por qué?—continuó con creciente agitacion.—Decir que todos Vds. son holgazanes, glotones, sibaritas, dueños de la mitad del territorio, disolutos, hipócritas; ¿decir esto es blasfemar? ¿Quién ofende á Dios? ¿Vds. que son como son, ó yo que lo digo?

Muriel se expresó con alguna violencia, y habia alzado un tanto la voz. El religioso se escandalizó; encendióse su rostro, y miró azorado á un lado y otro temeroso de que alguno de los padres que paseaban por la huerta, hubiese oido las infernales palabras de aquel réprobo.

—Ustedes han de desaparecer. Ustedes se irán arrastrados por una tempestad que trastornará otras muchas cosas. Los privilegios tienen que venir á tierra. Temblarán los nobles en sus palacios y los frailes en sus cláustros. Los primeros tendrán que repartir su fortuna por igual entre sus hijos, creando así una clase poderosa, intermedia entre la grandeza y el pueblo, que será la que más influya en la nacion; y ustedes se verán reducidos á la cristiana pobreza con que fueron instituidos, pasando sus inmensas riquezas á ser patrimonio de la nacion.

—¡Nuestros bienes! ¡Tú estás loco!—exclamó atortolado el padre, como quien escucha una gran novedad, un despropósito inconcebible, lo más disparatado que pudiera imaginarse.

—Dios os ha mandado ser pobres, y vosotros os habeis hecho los más ricos de la tierra.

—Nosotros tenemos lo que nos han dado. ¿Pero tú sabes lo que has dicho? ¿La conciencia no te arguye de ser tan respetuoso con las cosas de Dios?

—Es que yo no creo en Dios, padre,—dijo Muriel con una seguridad que hizo temblar á fray Jerónimo, el cual miró á un lado y otro, agitado y confuso temiendo otra vez que hubiera oido la blasfemia, alguno de los frailes que allí cerca distraia el ócio con la lectura de algun piadoso libro.

—¡Jesús! ¡qué horror! *¡Vade retro Satana!*—exclamó cerrando los ojos y pronunciando entre dientes una oracion.

—Es decir,—continuó el jóven,—yo creo en mi Dios, en un Dios á mi manera. Yo no creo en el Dios vengativo y suspicaz que Vds. han hecho á imágen y semejanza del hombre.

—Querido Muriel,—dijo Matamala, reponiéndose del susto y abriendo los ojos,—estás comprendido en los anatemas de la santa Iglesia. Si yo fuera débil, ahora mismo te arrojaria de esta santa casa, que estás profanando con tu presencia. Pero yo espero traerte al buen camino. Tú serás bueno. San Agustin era como tú. Oirás la voz del Señor y te convertirás. Tú amarás todo lo que ahora detestas; amarás á los nobles, protectores de las industrias y ejemplo de buenas costumbres; amarás á los reyes, imágenes de Dios en la tierra, que administran la justicia y se desvelan por el bienestar de sus leales vasallos; amarás á los frailes, pobres, humildes criaturas, que enseñan la buena doctrina, combaten los errores y consuelan á los afligidos.

—Si fuera como Vd. dice, padre, yo amaria todas esas cosas. Si los nobles no ofrecieran en su conducta el ejemplo de todos los vicios; si yo viera en Vds. hombres de caridad, enemigos de las riquezas, en vez de

hombres ociosos, ignorantes y fanáticos; si yo viera en la córte, y en el gobierno hombres dignos que no tuvieran por único propósito esquilmar á la nacion en provecho propio, yo les amaria.

V.

Como se ve, Muriel no perdonaba á ninguna de las instituciones de que habló, las faltas de sus individuos. Era inexorable como lo era la revolucion entonces. Dominado por su idea, no conocia la transaccion. Creia que era posible reformar destruyendo; no conocia la enormidad de las fuerzas del enemigo; no conocia que lo que se intentaba aniquilar era inmensamente más poderoso que los razonamientos de dos ó tres individuos; que aquello tenia la fuerza de los hechos, de un hecho colosal, consagrado por los siglos y aceptado por la nacion entera. Además no comprendia que si la idea vence alguna vez á la fuerza, no es fácil que venza á los intereses. La trasformacion con que él soñaba era obra lenta y difícil. Sólo intentarla costó despues mucha sangre generosa.

Fray Jerónimo que habia vuelto á rezar, dijo al terminar su breve oracion, y trazándose sobre el cuerpo la señal de la cruz:

—Yo rezaré por tí, pecador empedernido. Y entre tanto voy á hacer por tu bien todo lo que está en la facultad de un pobre fraile.

—Yo aunque pienso así, padre Matamala,—dijo Muriel,—no soy ingrato; yo no aborrezco á las personas, salvo alguna que otra, á quien detesto de todo corazon.

—Bien,—dijo el fraile, deseoso de que aquella conversacion se acabara, aunque parecia dispuesto á perdonarle á su jóven amigo todas sus herejías. —Bien: yo escribiré esta noche misma á una persona de Madrid, á quien estimo. Verás como ese señor, que es poderoso y modesto, consigue para tí lo que deseas. Pero haz por ocultarle tus ideas ¿entiendes? El te dirá lo que debes hacer; y si por su conducto no logras nada de Cerezuelo, da el asunto por concluido.

—No le conocia Vd. la otra vez?

—No. ¡Qué lástima! Si entonces hubieramos tenido esa palanca.....

—¿Y quién es? ¿Cómo se llama?

—Es persona, como te he dicho, modesta, pero de gran poder. Su nombre no suena como el de otros; pero á cencerros tapados..... Te advierto que es enemigo de Godoy, y tal vez en eso mismo consiste que pueda tanto,

Ya, ya me agradecerás, Martincillo, esta recomendacion que te hace amigo del Sr. D. Buenaventura Rotondo y Valdecabras.

—Ese nombre no me es desconocido,—dijo Muriel recordando.

—Sí: le habrás oido nombrar,—dijo Matamala temiendo que su amigo tuviera ya noticias de aquel personaje, y que estas noticias fueran malas.—Yo le escribiré explicándole lo que deseas. ¡Ah! Te advierto que es hombre rico. Pero oye una cosa: conviene que disimules tus opiniones, porque, aunque él no es gazmoño..... está enterado de todo eso..... y nada de cuanto digas le cogerá de nuevo.

—¿Y ese señor es abogado, comerciante?.....

—Eso es, se dedica al comercio; suele prestar dinero; y la verdad es que ha hecho fortuna.

—¿Y es gran amigo de Vd.?

—Ya lo creo; nos escribimos con mucha frecuencia..... esto te lo digo acá para *inter nos*. Querido Martincillo, si la otra vez no pude hacer nada por tí, lo que es ahora..... Yo iré tambien pronto á Madrid

—Diga Vd. ¿Cerezuelo sigue viviendo en Alcalá?

—Sí; allí se ha encerrado y no hay quien lo saque de su escondrijo. Su hija es la que vive en Madrid. Ya tendrás noticias de ella; una muchacha bastante orgullosa y desenvuelta. Cuando ese basilisco no influye en el ánimo de su padre, este es un hombre razonable y humano..... Pero no quiero detenerte más,—añadió el fraile levantándose,—ya es de noche. Vete, Martin. Se va á cerrar la puerta del convento.

Muriel se levantó tambien.

—¡Ah! dame las señas de la casa en que vas á vivir,—dijo el fraile.

—Voy á vivir con el pobre, aunque siempre feliz Leonardo.

—¿Sigue tan calavera?—preguntó maquinalmente Matamala dirigiéndose hácia el cláustro.

—Siempre lo mismo; pero siempre bueno.

—Espero verles pronto, tanto á tí como á él. Yo tambien tengo que hacer algo en la córte,—dijo el fraile abriendo con ayuda del lego la gran puerta del convento.

—Adios, padre,—dijo Muriel.—Hasta luego.

—Adios, Martincillo,—exclamó el religioso, abrazándole con afectada ternura.—Hasta luego.

Se despidieron. Muriel le dió nuevamente las gracias por la recomendacion, hizo el religioso ardientes protestas de solicitud, y se separaron. El lego, reconciliado con el forastero despues de la favorable acogida que le

dispensó un frailazo tan respetable como el padre Jerónimo de Matamala, le hizo al verle salir una profunda reverencia.

Para que nuestros lectores comprendieran la importancia del diálogo que hemos referido, y el valor que tiene en esta historia, seria preciso que conocieran la carta que fray Jerónimo de Matamala escribió á la persona á quien iba recomendado su jóven amigo. Por ahora no nos es posible dar á conocer este documento, que revela cuáles eran las relaciones del sagaz franciscano con algunas personas de la córte; mas en los siguientes capítulos, la oportuna aparicion del Sr. D. Buenaventura Rotondo y Valdecabras podrá dar alguna luz sobre el particular.

CAPÍTULO II.

El Sr. de Rotondo y el abate Paniagua.

I.

Tenia Muriel un amigo que era segundon de una familia nobilísima. Desheredado por la ley, que acumulaba todas las riquezas y todas las glorias de una familia en el primogénito; sin más fortuna que su valor y su ingenio, habia abandonado la casa paterna, olvidando completamente á su hermano. Como no habia recibido instruccion alguna, Leonardo, que así se llamaba, no podia aspirar á suplir con el valor intelectual la falta de recursos. Además se inclinaba por temperamento á la vida holgazana; y como su pobreza y su falta de posicion le libraban de las responsabilidades que la sociedad exige á los poderosos, entregóse á la cómoda ocupacion de no hacer nada. Pocos han realizado como él la evangélica máxima de no cuidarse del dia de mañaña. Su familia era extremeña, y él se habia establecido en Sevilla, donde hacia versos, lidiaba toros, frecuentando todos los círculos en que habia gente de buen humor.

La mayor parte de sus amigos eran estudiantes, si bien los libros no fueron nunca para él contagiosos; y en materia de doctrinas, aunque de ninguna entendia gran cosa, se deleitaba con las revolucionarias, como si en ellas encontrara un fondo de justicia, que las preocupaciones de su época y de su clase no le impedian ver. Pero, por lo general, no se preocupaba mucho de filosofías. La algazara y la aventura con caractéres de libertinaje eran las condiciones elementales de su vida, que era una vida de estudiante sin estudios. Reunido constantemente con jóvenes de la clase popular, Leonardohabia olvidado que era noble, si bien alguna vez la vanidad innata se

mostraba por un resquicio de su carácter, y entonces solia describir su escudo con una proligidad que promovia grandes burlas entre sus compañeros.

Estrecha amistad le unia con Muriel, que le habia perdonado el ser noble. Juntos vivieron en Sevilla bastante tiempo, y la suerte, que algo le tenia reservado, quiso que juntos viviesen despues en Madrid; porque Leonardo, que con motivo de un lance desagradable habia tenido que huir de Andalucía, se *estableció*, como él decia, en la córte, y allí estaba cuando llegó Muriel, á quien alojó en su casa. Esta, que era el segundo piso de un inválido edificio de la calle de Jesús y María, en que habitaban multitud de familias, ofrecia á los dos amigos las comodidades de un palacio, á pesar de la estrechez de su recinto. Vivian solos en compañía de dos personas, de quienes nos será lícito hablar un poco, aunque su papel en esta historia no sea de gran importancia. Era la primera una especie de ama de gobierno ó patrona de huéspedes, que se hallaba en el ocaso de la edad y de la gloria, y vivia en una lamentacion contínua, recordando los venturosos dias en que su esposo tocaba el violin é improvisaba madrigales en las más frecuentadas tertulias de Madrid. Doña Visitacion procuraba sofocar los dolores y soledades de su marchita viudez por medio de un continuado y estrecho trato con todos los santos y santas de la córte celestial; y la vida devota ofrecia ancho campo á su espíritu para distraerle de sus pertinaces melancolías. La otra persona que habitaba la casa era un criado á quien llamaban Alifonso, el cual desempeñaba las funciones de barbero y peluquero, hacia de comer cuando doña Visitacion se extasiaba en la iglesia más de lo ordinario, y tenia además una habilidad no comun para todos los recados que exigieran astucia y agudeza de ingenio, revelando en esto la educacion frailuna que habia recibido. Ensanchábase además la vasta esfera de los conocimientos de Alifonso con su aptitud maravillosa para suplir la carencia absoluta de sastre que era peculiar en la casa de un pobre como Leonardo. No se sabe donde adquirió el mancebo tan extraordinaria destreza; pero es lo cierto que componia las casacas de su amo y hacia como nuevas las más viejas y raidas, prodigio en que la tigera y la química obraban de comun acuerdo. Una particularidad digna de ser notada es que doña Visitacion y Alifonso se aborrecian de muerte: una antipatía mortal, profunda, eterna les dividia. Eran irreconciliables como la noche y el dia. La vieja habia llegado á creer que el travieso doméstico era el demonio disfrazado de aquella forma para su tormento, opinion que consultó varias veces con su confesor, sin obtener respuesta categórica, por n

ser fuerte este venerable en el tratado *de re dæmoniorum*. Detenidas y eruditas investigaciones hechas despues que subió al cielo doña Visitacion, han dado á conocer que la causa de aquella antipatía habia sido el siguiente suceso. La vieja se fué muy temprano á la iglesia en cierto dia de gran ceremonia, dejando en la cocina una gran cazuela donde se guisaba un corpulento jamon que le habian regalado unos extremeños. Alifonso lo sacó con mucho donaire y puso en su lugar el violin del difunto y nunca olvidado esposo de doña Visitacion, reliquia que la viuda conservaba con respeto religioso y fanático, cual si fuera parte integrante de la persona que con tanta gloria lo usó en vida.

Cuando la santa mujer volvió de su rezo; cuando entró en la cocina; cuando se acercó á la cazuela; cuando asió el mango del violin, creyendo que era el hueso del jamon (pues era corta de vista); cuando destapó, vió y tocó, cerciorándose de tamaña profanacion, su furor llegó al grado de violencia de la tragedia griega; sus nérvios se alteraron y cayó con un síncope de que no habia ejemplo en su borrascosa vida. Aquella noche en su agitado y calenturiento sueño vió la irritada sombra de su esposo, tocando en el malhadado instrumento, que lanzaba lúgubres quejidos, y á su lado á Alifonso con rabo y cuernos, teniendo en su mano el jamon, que apoyaba en el hombro para remedar, tocando con un asador, los movimientos del airado fantástico músico. Desde entonces á la superticiosa mente de doña Visitacion se adhirió con invencible fuerza la idea de que Alifonso no era otra cosa que el demonio mismo disfrazado con forma humana para su tormento.

Estas son las dos personas que compartian las pobrezas de Leonardo, el cual, con su escasísima renta, que cobraba tarde y mal, sostenia la casa y daba habitacion y alimento á su desdichado amigo.

II.

Leonardo consagraba su vida y su tiempo á lo que entonces se designaba con una palabra un poco mal sonante hoy, pero que emplearemos por necesidad, á *cortejar*. No indica precisamente esta voz corrompidas costumbres, ni licencioso libertinaje. Más general, expresa la ocupacion, en cierto modo insulsa, de los que aman por pasatiempo y por una especial necesidad de espíritu en que la pasion tiene muy poca parte. Era el galantear del gran siglo, corrompido y *despoetizado*. En la acepcion lata con que se empleaba en la época á que nos referimos, no envolvia el concepto de adulterio, como despues. Leonardo, pues, cortejaba, siguiendo la cor-

riente poderosa de la juventud de su tiempo, que no conocia ocupaciones de otra especie; que no tenia libros en que estudiar, ni cátedras ó tribunas donde discutir. El último tercio del siglo XVIII y los primeros años del presente fueron la época de las caricaturas. La de D. Juan no habia de faltar en aquella sociedad, que Goya y D. Ramon de la Cruz retrataron fielmente y con mano maestra.

Leonardo, pobre, caido desde la altura de su noble orígen á la miseria de su humilde existencia, se ocupaba en enamorar escofleteras y tal cual petimetra de la clase media, perdida á prima noche en los laberintos de Maravillas ó Lavapiés. Pero la indigencia no podia desmentir su alta prosapia, y esta se manifestaba en un presuntuoso deseo de llevar su derecho de conquista á una sociedad más distinguida. En tan atrevida aspiracion, deparóle el cielo ó el infierno una misteriosa y recatada beldad en cierta novena de San Antonio, á que asistia con hipócrita fervor; y aquí comenzó al par que una série de amorosas glorias y platónicos deleites, la série de sus grandes apuros económicos.

Era en extremo curioso entonces ver el afan con que Alifonso componia la casaca de su amo, dándole un corte que, si bien la dejó algo rabicorta, la asimilaba á las que en aquellos dias eran de moda entre los currutacos. Al mismo tiempo cojia los puntos á las medias y galonaba la chupa; robaba con mucha gracia á sus compañeros de profesion algunas esencias con que perfumar los pañuelos de Leonardo, condicion indispensable para ser caballero entonces; y, por último, planchaba y pulia el arrugado sombrero, haciéndole pasar como jóven, sobre todo si la noche se encargaba de ocultar sus tornasoladas tintas y tapar otras muchas inveteradas fealdades. Con este atavío, el galanteador salia á la calle hecho un *marqués*, sobre todo de noche, pudiendo así retardar lo más posible el desengaño de la dama, y ocultar la desnudez efectiva de quien no tenia más tesoros que los de su fácil afecto.

Cuando Muriel llegó, Alifonso hubo de hacer un nuevo alarde de su fecundo genio, pues los vestidos del jóven filósofo no eran los más á propósito para presentarse delante de una persona como D. Buenaventura Rotondo y Valdecabras. Sujetóse á un prolongado tormento la única casaca que poseia; empleáronse las prodigiosas legías que habian rejuvenecido la chupa de Leonardo: y el sombrero gimió bajo las planchas del hábil confeccionador; por lo cual, y mientras duraron tan complicadas operaciones, tuvo Martin que guardar un encierro de cuatro dias, viéndose imposibilitado de visitar á la persona á quien habia sido recomendado,

Esta, sin embargo, quiso anticiparse, tal vez deseosa de conocerle; y una mañana, cuando ménos se la esperaba, se presentó en la casa de la calle de Jesús y María en busca de Muriel. Era el Sr. de Rotondo una persona de mediana edad, amable; pero con cierto agrado empalagoso, que más parecia resultado de un detenido estudio, que una espontánea cualidad de su carácter. Vestia con extremada pulcritud, y en su andar, como en sus miradas, habia siempre una expresion de recelo. Cauteloso ó asustado siempre, no se atrevia á dar un paso sin mirar antes donde ponia el pié. Su vista al entrar en un sitio recorria las paredes, escudriñaba las puertas, parecia querer penetrar en el interior de lo más reservado y oculto, y al sentarse, sus manos tanteaban el asiento, como si temiera ser víctima de alguna burla ó de alguna asechanza. Pero en ninguna ocasion se ponia en ejercicio su desconfianza observadora tan activamente como mientras conversaba con alguien. El Sr. de Rotondo no perdia una sílaba, ni una modulacion, ni un gesto, ni una ligera contraccion facial, nada. Su atencion era provocativa, y por su parte él hablaba despacio, como no queriendo decir palabra alguna que no fuera precedida de una séria meditacion. En general, ni su presencia, á pesar de ser persona siempre acicalada y compuesta, ni su conversacion, á pesar de ser hombre culto y con cierto gracejo, despertaban ningun sentimiento afectuoso. No se podia mirar sin recelo á quien era el recelo mismo. Al presentarse ante Muriel, hízole varias cortesías con muy artificiosa finura, y despues de pasear su mirada por cuantos objetos habia en la habitacion, tomó una silla, y asegurándose con cuidado de su solidez, se sentó en ella, entablando con el jóven la siguiente conversacion.

III.

—Mi amigo,—dijo Rotondo,—el reverendo Fray Jerónimo de Matamala, me habla largamente de Vd. en su última carta. Aquí estoy para servirle á Vd. en lo que pueda.

—Yo lo agradezco,—contestó Martin,—tanto más, cuanto que otra vez estuve en Madrid con pretensiones parecidas y no hallé ninguna persona que se interesara por mí.

—¡Oh! no hay que esperar nada de esta gente,—dijo Rotondo, bajando la voz y como si temiera ser oido.—Aquí hay una falta muy grande de amor al prójimo. Y lo que Vd. pretende, ¿qué es?

—Que el conde de Cerezuelo me pague cierta cantidad que á mi padre debia desde antes de su prision. El proceso no afecta en nada á esta deuda, motivada por haber anticipado mi padre.....

—Ya, ya.....—dijo D. Buenaventura, demostrando que la historia del desdichado D. Pablo no le era desconocida.

—No creo que esto se me niegue ahora. Yo he de ir á Alcalá muy pronto en busca de mi hermano, á quien quiero apartar de esa maldita familia, y espero conseguir.....

—Cerezuelo está enfermo y dominado por la melancolía. La separacion de su hija, más aficionada á la vida bulliciosa de la córte que á las soledades de Alcalá, le contraría mucho. Si Vd. pudiera lograr la proteccion y la recomendacion de su hija.....

—Me han dicho que es el sér más orgulloso y despótico que ha nacido.

—Es más que eso; es cruel. Fáltale la delicada sensibilidad propia de su sexo, y su trato desagrada á cuantas personas no se ocupan en galantearla, aspirando á domar por el amor aquel carácter inflexible y refractario á todas las ternuras.

—Entonces no creo que pueda favorecerme,—dijo Martin.

—Hay que esperar poco de la gente noble,—dijo D. Buenaventura, prestando atencion á la voz de Alifonso, que reñia con doña Visitacion en el cuarto inmediato.—La gente nóble, insustancial y frívola para todo lo que es el servicio y mejora del reino, no lo es para oprimir al pobre.

—¡Oh! está bien dicho; es muy exacto,—exclamó el jóven, que no esperaba una declaracion semejante en el amigo íntimo del padre Matamala.

—Los privilegios se han de acabar aquí, como se acabaron en Francia, y, ó mucho me engaño, ó ese dia no está lejos.

Muriel se admiró de encontrar tan revolucionario á quien se habia figurado como un señor muy beato, enemigo como la mayor parte, de las cosas *extranjeras*.

—Debe Vd. dirigirse al mismo Cerezuelo,—continuó el visitante,—pues aunque influyen en su ánimo los clérigos y frailes, de que está llena siempre su casa.....

—¡Clérigos y frailes!—exclamó Martin, más asombrado cada vez del poco respeto que su nuevo amigo mostraba hácia las *instituciones venerandas*.

—Sí,—añadió el otro, mirando en derredor con cierta zozobra, como si fuera muy grave lo que pensaba decir.—Sí, la carcoma de la sociedad. ¡Oh, cuándo será el dia!.... Ya sé yo que Vd. es filósofo; que Vd. ha desechado ciertas preocupaciones.

—Yo me hallo en una situacion muy especial,—repuso Martin;—yo tengo motivos muy positivos para aborrecer ciertas cosas.

—Usted será, por lo tanto, hombre de accion,—dijo D. Buenaventura

dirigiendo toda la atencion de su mirada hácia el rostro del jóven, con ánsia de leer allí sus deseos y sus propósitos.

—¡Hombre de accion! ¿Pues qué?.....—exclamó Muriel como si hubiera escuchado una revelacion.—¿Será posible aquí otra cosa que la humillante paciencia y una deshonrosa conformidad con nuestro destino?

—¡Oh! Quién sabe. Tal vez. La sociedad está muy agitada... Ya Vd. ve cómo está el mundo,—dijo Rotondo.—Sin embargo, conviene esperar..... Ese jóven príncipe inspira mucha esperanza.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, dichas al parecer con el único objeto de sostener la conversacion por pura cortesía, D. Buenaventura mostraba en su actitud y en sus miradas la mayor zozobra. Dirigia la vista á la puerta con visible inquietud, se alteraba en cuanto sonaba el menor ruido. Un repentino y estrepitoso repique de la campanilla de la puerta le produjo cierta excitacion que no pudo vencer, y se levantó agitado y nervioso, exclamando con ira:

—¡Esto es insoportable! Me han de perseguir en todas partes. No puedo dar un paso sin que me siga un espía.

Muriel sorprendido de aquel inesperado arrebato, procuró serenar á su nuevo amigo.

—Cálmese Vd.,—le dijo.—Mientras esté en nuestra casa, no podrá hacérsele daño alguno.

—¡Ay de ellos si se atreven á tocarme! Su único objeto es seguirme á donde quiera que voy, enterarse de mis acciones, ver con quién hablo y con quién me trato. ¡Oh! ¡Pero me tienen miedo!

Martin era todo confusiones en presencia de aquel hombre exasperado é inquieto, que hablaba con tanto calor y se creia rodeado de espías y satélites. Entretanto un individuo extraño entraba en la casa y preguntando no sabemos por quién, procuraba enterarse, en un animado diálogo con Alifonso, de los nombres, edad y oficio de las personas allí residentes. No tuvo el astuto barbero la precaucion ó la malicia de callar, y dijo el nombre de su amo, con lo cual, satisfecho, se marchó el curioso, dejando á D. Buenaventura, que todo lo oia desde la sala, en el colmo de la rabia.

—¡Siempre lo mismo!—exclamó cuando el ruido de los pasos del espía se perdió en lo más bajo de la escalera.—Ya saben que estoy aquí; ya le conocen á Vd. ¡Oh! ¡Ni un momento de libertad! Sr. D. Martin; yo necesito hablar con Vd.; es preciso que hablemos largo, largo, largo.

Y al decir esto estrechaba la mano del jóven revelando en sus ojos profundas intenciones; con tal ademan de misterio, y en tono tan grave que la

fogosa imaginacion de Muriel no aceptó la espera y preguntó con viveza:

—¿De qué?

—Ya lo sabrá Vd.,—añadió Rotondo algo aplacado de su furor.—Es preciso que nos veamos en otro sitio; en mi casa, en cierta casa. Mañana á las diez en la calle de San Opropio, número 6..... ¿Nos veremos? ¿Irá Vd.?

—Sí: sin falta. A las diez.

—Pues adios.

Despidióse afectuosamente el Sr. de Rotondo y se marchó, dejando al pobre Martin más confuso que cuando le decia «Vd. será hombre de accion.» En verdad, el jóven más sentia gozo que pena al verse repentinamente ligado á una persona que se quejaba de tan obstinadas persecuciones. Hostigábale en sumo grado la curiosidad por saber cuál seria el grave asunto que iba á revelarle al dia siguiente aquel hombre singular, que en su corta visita habia revelado un mundo de ideas y acciones á la ardiente fantasía del buen volteriano. Aquel hombre conspiraba. ¿Cuáles eran sus planes? ¿Por qué le perseguian? ¿De qué grande idea, de qué gigantesca empresa queria hacerle partícipe? Estas cuestiones, que en tropel se ofrecian al entendimiento de Martin, obteniendo de él mismo mil respuestas diversas, no podian ménos de impulsar su ánimo hácia aquel hombre desconocido. Todo lo peligroso atraia á Muriel. Todo aquello que fuese extraordinario, aventurero le fascinaba. En el fondo de su naturaleza existia latente y comprimida una actividad poderosísima que necesitaba espaciarse, aplicarse; que buscaba con afan la vida exterior como el modo más propio de aquel inquieto y siempre ávido espíritu. En él habia desde mucho tiempo antes un ardiente y secreto deseo de probar la fuerza de su pensamiento en el yunque de la vida práctica: entreveia hechos colosales, pero vagos, de que él era principal y vigoroso motor; mas nunca habia llegado á hacerse cargo de los medios que pudiera emplear para dejar de ser ideólogo. Así es que, cuando las circunstancias le ofrecian probabilidades, aunque fueran remotas y muy problemáticas, de llegar á aquella realidad tan deseada, su inquietud no tenia límites: se avivaba la perenne excitacion de un cerebro, y se complacia en dar proporciones enormes al hecho vagamente concebido y ardorosamente esperado. Por eso la promesa grave y misteriosa de aquel hombre no bien conocido aún, picó de tal modo su curiosidod, y despertó en él el vivo interés de lo maravilloso. ¿Qué seria? ¿Conspirar, preparar alguna explosion revolucionaria, que transformara la sociedad, y echara al suelo el caduco edificio del derecho divino? ¿Seria una simple cuestion personal de Rotondo? ¿Qué parte tenian en aquel asunto las audaces ideas que él, filósofo indisciplinado,

consideraba como su único tesoro? La curiosidad le punzaba, como un apremiante escozor del espíritu. Pero en su temperamento esperar era la peor de las torturas, y su imaginacion se anticipó á satisfacer aquella curiosidad, forjando mil desvaríos.

IV.

Aquel mismo dia Alifonso y doña Visitacion, poco despues de salir la visita, eran víctimas del mal humor del enamorado Leonardo, el cual, irritado porque no habia visto en la misa de doce de la Trinidad á la persona por quien tan puntualmente y con tanta contricion asistia al oficio divino, creia, como suele acontecer en los amantes incorregibles, que todos los séres vivientes tenian la culpa de aquella contrariedad inaudita. En vano el festivo barbero se esmeraba en barnizar los zapatos de su amo con una solicitud demasiado servil; en vano obedecia sus órdenes con cristiana paciencia. Leonardo no cesaba de reñirle profiriendo ternos de varios calibres, que erizaban el cabello de doña Visitacion, dándole materia para que por tres dias seguidos se estuviera lamentando de vivir con aquellos herejes. El amartelado jóven no tenia consuelo, y dominado por el pesimismo que se apodera de los amantes cuando experimentan un ligero revés, sea de entrevista, sea de carta, lo que ménos se figuraba era que doña Engracia (pues tenia este nombre) se habia muerto; que habia sido envenenada, ó gemia en las cárceles de la Inquisicion, puesta allí por la bárbara mano del intolerante sacerdote que tanto influia en el ánimo de su madre. No es de este momento el informar al lector de quién era doña Engracia, ni quién su madre, tipo arqueológico que el siglo décimo octavo, por una singular complaciencia, habia prestado al décimo nono, ni quién el amigo espiritual y consejero aúlico de esta veneranda señora. Por ahora baste decir que Leonardo hubiera llegado al ultimo grado de la desesperacion si un ángel tutelar, una estrella de salvacion, un nuncio de felicidad no se presentara á deshora en la casa, quitándole de pronto sus melancolías y haciéndole el más dichoso mortal de la tierra.

Nuestros lectores no conocen á D. Lino Paniagua, uno de los abates más ociosos, y al mismo tiempo más útiles del reinado del Sr. D. Cárlos IV. Si le conocieran, ya podian asegurar que sólo en su trato hallarian suficientes documentos históricos para juzgar la sociedad matritense de aquellos dias. No es difícil hacerse cargo de lo que era aquel hombre incomparable, que no desapareció de la tierra hasta el año 1833, en que con el alma de Fernando VII se fué para siempre de España el absolutismo con muchas de

sus cosas inherentes; no es difícil, repetimos, hacerse cargo de la poderosa entidad social que convenimos en designar con el nombre del abate Paniagua. Algo existe hoy entre nosotros que nos lo recuerda. La publicidad propia de la época en que vivimos ha buscado en la prensa un órgano eficaz que satisfaga á una multitud de pequeñas necesidades sociales. Hay en la prensa una parte llamada gacetilla, donde las luchas de la política no logran penetrar; parte destinada á que todas las clases de la sociedad escriban su palabra y graben sus impresiones, como esos voluminosos álbums, colocados en sitios de peregrinacion para que todo viajero, alegre ó triste. jovial ó aburrido, deje una señal de su paso. La vida social tiene su álbum gigantesco é inacabable en la gacetilla. ¿Quién habrá entre nosotros que no haya puesto en él un renglon, una frase, un garabato? El que da un baile, el que ha perdido un perro, el que se casa, el que nace, el que se muere, el que escribe un libro, el que lo lee, el que va á viajar, el que vuelve, todos están allí. Ningun individuo, á no ser un hipocondriaco, refractario á la luz de su época, como lo es el buho á la del sol, escapa á la investigacion insaciable de la gacetilla; y áun ese mismo hipocondriaco escribirá en ella el párrafo más siniestro, si ansioso de la soledad de la tumba, tiene un dia un mal pensamiento y se suicida. Lo que pasa con las personas ocurre tambien con los hechos. La funcion que más boga alcanza en los teatros, el sermon que más ha gustado en la última novena, la calle que se proyecta construir, el cuento que con más éxito circula de boca en boca, las nieves que han caido en tal ó cual punto, las telas que están de moda, el atroz incendio ocurrido en alguna ciudad de los Estados Unidos, la pendencia que ensangrentó las heróicas calles de las Vistillas, la grandiosa insurreccion de las cigarreras, la gallardía y marcialidad de los regimientos que desfilaron en la última parada; todos los accidentes de la vida colectiva se expresan allí formando dia tras dia como un registro universal en que los movimientos, las palpitaciones, los gestos, áun los más insignificantes, de la sociedad, quedan anotados con la exactitud de la calcografía ó del daguerreotipo. Pues bien; en la época á que venimos refiriéndonos no existian estos órganos impresos de la vida comun, que mantienen una perpétua relacion entre todos y cada uno. Habia, sin embargo, ciertas entidades, pertenecientes á la especie humana, que hacian el papel de aquellos conductos de que hemos hablado, y eran providenciales precursores de la gacetilla moderna, del mismo modo que los correos peatones han precedido al telégrafo eléctrico. La legislacion eclesiástica se habia apresurado á llenar el vacío que en la sociedad existia, suministrándole aquellos diligentes órganos; habia creado una clase parásita

con objeto de consumir el exceso de la cuantiosa renta del clero; y como no le dió ocupacion secular ni canónica, esta clase se consagró á menesteres no siempre dignos, como traer y llevar recados, dirigir las modas, enseñar música y cantarla en los tertulias, componer versos ridículos, disponer el ceremonial de un bautizo, de una boda, de un entierro: buscar amas de cria y bordar en cañamazo, cuando las circunstancias lo exigian. Dentro del tipo general del abate habia una variedad considerable, pues mientras algunos eran hombres licenciosos y corrompidos, que se valian de su traje, convencionalmente respetable, para penetrar con *ambigüedad en los estrados*, como dice D. Ramon de la Cruz, otros eran unos pobres diablos, inofensivos á la moral pública, si es que esta no se vulneraba con la proteccion de secretos é inocentes amores, que á veces traian grandes cismas á las familias.

El abate Paniagua era de estos últimos. Su extraordinaria aptitud para los recados de importancia, su memoria vastísima, en la cual guardaba como en rico archivo todos los santos, festividades, ya fijas, ya movibles, todas las ferias, plenilunios, solsticios y equinoccios, hacian que fuese de grande utilidad á las familias. Él tenia anotados en el registro de su cabeza el precio de los comestibles, los nombres de los predicadores que subian al púlpito en todas las iglesias de Madrid, los dias de vigilia, el número de cintas que se ponian á las escofietas, la cantidad de purgas que tomara tal ó cual señora para curar su inveterada dolencia, los dias ó meses que á otra le faltaban para llegar al ansiado instante de su alumbramiento, y otras muchas curiosísimas cosas, que le daban el valor de un verdadero tesoro. Era un Almanaque y una Guia, y su complacencia no conocia límites: servia con desinterés por satisfacer una irresistible necesidad de su naturaleza, que le inclinaba á aquel oficio de saberlo todo y contarlo todo. Así es que no habia casa en la córte donde D. Lino no tuviera entrada; pues por un privilegio reservado sólo á los abates, tenia estrecho lazo con todas los clases. La aristocracia le abria sus salones, la clase media sus estrados y el pueblo le daba agasajo en sus miserables zaquimaquis. Ningun elemento social podia renunciar á la útil amistad de aquel hombre enciclopédico que al entrar en el hogar doméstico llevaba todo el mundo exterior, el mundo de la calle en su cerebro. Él, por su parte, siempre fué hombre sin ambicion: consumia su renta sin aspirar nunca á acrecentarla, y parecia feliz desempeñando el papel que su época le habia encargado. Era hombre tímido, y en los círculos que frecuentaba era tratado con agasajo, pero sin verdadero afecto: cierta benevolencia un poco humillante, algo

parecida á la que inspiraban los antiguos bufones, le bastaba. Jamás aspiró á ser objeto de un grande amor ni de un profundo respeto, pues él mismo conocia que la índole de sus funciones no era la más propia para ocupar un puesto digno, ni áun en aquella sociedad frívola, y que rastreaba por el suelo sin grandes ideas ni altas aspiraciones. Su bondad extremada, y floja voluntad hacian cada dia ménos respetable su papel social; pues enternecido con las angustias de los amantes, no podia ménos de favorecerles en sus correspondencias y se complacia en apresurar el deseado momento del matrimonio. Por eso tenia cierto orgullo en ser la paloma á cuyo cuello atáran los novios sus patéticas esquelas. En cuanto una pasion estallaba en el recinto de algun recatado y escrupuloso hogar, el pobre corazon herido y preso no tenia más comunicacion con el exterior que D. Lino Paniagua, diligente vehículo que llevaba al través de las prosáicas calles de la capital las palpitacionnes ardorosas, las delicadas ternuras, los suspiros, las languideces, las esperanzas, los sueños, las risibles desesperaciones del amor. Hacía esto el buen abate con tanto más agrado y desinterés cuanto que nunca fué amado, y la pasion dormia en su pecho callada y solitaria, tal vez porque su timidez y su mala figura le habian impuesto silencio y obligado á la quietud en los grandes dramas de la vida. En el fondo de la frivolidad é insustancial ligereza de Paniagua, habia una tristeza crónica que no era agena á aquella entrañable simpatía que le inspiraban todos los amantes; simpatía cuya causa podría encontrarse en que una aspiracion vaga de su vida juvenil no encontró nunca ocasion de manifestarse, ni objeto á quien dirigirse, como no fuese en un culto platónico y secreto sin ningun accidente exterior. Por eso el pobre abate, ya en edad madura, y apartado personalmente de todo lance amoroso, por la ridiculez de su persona y el indeleble sello de prosaísmo que habia en sus funciones, lo mismo que en la fase visible de su carácter, se contentaba con amar á todos los que amaban. Padre cariñoso de todos los novios, participaba de sus alegrías y de sus penas, les daba consejos y procuraba llevarlos por el camino del matrimonio, porque era enemigo de las uniones ilícitas y gustaba de que sus protegidos fuesen castos, lo mismo que el billete garabateado por la pasion, que él llevaba de una casa á otra, guardándolo en el pecho, como si su corazon solitario se complaciera en ser tocado por aquel cariño escrito.

V.

Conocida esta persona y su importancia, se comprenderá la alegría del desesperado Leonardo al verla entrar, y al leer en su rostro la felicidad que le traia.

—¡Querido D. Lino, incomparable abate!—exclamó abrazándole con afecto.—Siempre viene Vd. á tiempo. En este momento pensaba salir para ir á su casa.

—¿Sí? No me hubiera Vd. encontrado,—contestó el abate, sentándose con señales de fatiga.—Estoy fuera desde el amanecer. Cuanta ocupacion, señor D. Leonardo: esto no es vivir. No sé cómo me las componga para poder evacuar tanto negocio importante como á mi cargo tengo. Esta mañana fuí á buscar una nodriza por encargo de la señora de Valdeorras que se ha visto precisada á despedir á la que tenía, por haber encanijado al niño. Al fin encontré una, recien venida de la Montaña: me han asegurado que tiene buena leche; y en efecto.....

—Pero no me dice Vd. nada de.....?—preguntó Leonardo con la mayor impaciencia, y contrariado por la relacion de las ocupaciones del abate.

—Ya hablaremos,—dijo este, que no queria poner á la órden del dia el peligroso asunto, objeto de su visita, mientras estuviera allí Muriel, persona á quien no conocia.—Ya hablaremos. ¡Pero qué cansado estoy! Hé andado cinco horas sin parar. Tuve tambien que ir á comprar veinte varas de cinta para doña Pepita, y á hablar con el pintor que ha de hacer el telon para el teatro del marqués de Castro-Limon. Van á representar la *Ifigenia*. ¡Qué trages, qué lujo! Hoy he ido tambien á encargar la peluca que debe sacar Agamemnon, y las hebillas que ha de ponerse Ulises en los zapatos..... porque esta es gente de gusto. Estará de lo más lucido que en la Córte se haya visto. Luego he tenido que ir á hablar con el prior de Porta-Cœli á ver si quiere prestar los tapices de aquella iglesia para una funcion que hacen las hermanas del Amor Hermoso en los Italianos; y despues fuí á ver si los arrieros de Extremadura habian traido la galga que ha encargado el señor fiscal de la Rota. Unos amigos de la calle de Meson de Paredes me entretuvieron, haciéndome beber algunas copas, porque tienen bautizo; y despues marché á casa de la escofietera de doña Bárbara Moreno para decirle el corte que debe darle al tocado que le está haciendo para el dia de la boda de su hermana. ¡Ay! no tengo piernas; me rindo. Y despues

de tanto mareo no he podido asistir al entierro del señor oficial mayor de palacio, persona á quien no conocí; pero que me recomendaron despues de muerto. Tampoco he podido asistir á la funcion del Sacramento donde predicaba un amigo mio..... y qué sé yo. Si no me multiplico no voy á poder vivir.

—¿Y no ha estado Vd. en casa de.....?—dijo Leonardo sin poder contener su ansiedad.

El abate miró á Martin con recelo, demostrando que los graves secretos de que era fiel emisario, no podian comunicarse en presencia de un desconocido.

—Este,—dijo Leonardo, señalando á Muriel,—es un amigo mio muy querido. Nos conocemos desde la niñez. Le confio todos mis secretos, y él á mí todos los suyos.

—¡Ah!—dijo Paniagua saludando á Martin con la sonrisa en los lábios —entonces..... Pues daré á Vd. Sr. D. Leonardo, una buena noticia.

—¿Buena noticia?—dijo Leonardo. Es que ha reventado doña Bernarda; ó ha reñido con el padre Corchon?

—¡Oh! no,—contestó D. Lino riendo y poniendo la mano en el hombro de su jóven amigo.—Mi señora doña Bernarda no tiene novedad, aunque las muelas le molestaron anoche, para lo cual le he llevado hoy unas raices de malvabisco. En cuanto al padre Corchon nunca ha estado mejor que ahora, segun me acaba decir, pues con los pediluvios se le ha quitado la ronquera, y volverá á lucir su hermosa voz en el púlpito de San Ginés.

—¡Qué no le vea estallar como un cohete!—dijo Leonardo.—Pero á ver la buena noticia.

—Pues madama,—prosiguió el abate con malicia,—va el domingo á la Florida con algunas amigas y amigos, á pasar un dia, á comer bajo los árboles, á saltar y brincar al modo de la poesía pastoril. Quiere que vaya Vd.

—¿Yo..... en presencia de doña Bernarda, que irá tambien?—dijo Leonardo.

—Ella no le conoce á Vd. Yo le presento..... y á propósito: yendo tambien su amigo, puede arreglarse mejor la cosa. Yo les presento como que son dos forasteros, que vienen de visitar las córtes de Europa; y al llegar á Madrid me han sido recomendados para enseñarles las cosas de esta villa, y darles á conocer en los estrados.

—¡Qué buena idea! ¿Vas, Martin?—preguntó Leonardo volviéndose hácia su amigo, é interrogándole más con sus alegres ojos que con la palabra.

—Vamos. Aunque no fuera sino para hacer más fácil la presentacion.

TAYLOR INSTITUTION UNIVERSITY OF OXFORD LIBRARY

—Va mucha gente; damiselas y petimetres. Les aseguro á Vds. que se divertirán de lo lindo,—dijo Paniagua.

—¡Oh! ¡Si no fuera doña Bernarda! ¡Si tropezara dislocándose un pié, ó se le subieran los vapores al cerebro de modo que no se tuviera en pié en una semana!.....

—Entonces no iria su hija; ¡pobre madamita! ¡Siempre tan triste!.... —repuso el abate.

—¡Oh D. Lino,—exclamó el enamorado jóven,—¡Cuándo.. ..!

—Ya conozco sus nobles sentimientos, Sr. D. Leonardo. Merecedor como ninguno es Vd. de tamaña dicha. Pero qué remedio..... Esperar, esperar. Ya llegará el dia. Y como ella es tan buena, tan guapa, tan sensible..... Ayer me contaba las penas que pasó con su difunto esposo, y no pude ménos de llorar. ¡Pobrecita! Es que el capitan de guardias de Corps era hombre cruel, Sr. D. Leonardo. ¿Ella no le ha contado á Vd. de cuando la encerraba, teniéndola dos ó tres dias sin probar bocado? Es cosa que parte el corazon.

—Sí, ya sé,—dijo Leonardo, á quien importunaba el recuerdo de los sufrimientos de la discreta y sensible Engracia en vida de su esposo.—¿Y á qué hora es el viaje á la Florida?

—Por la mañana,—dijo el abate.—Yo vendré por Vds. Va Pepita la del corregidor, doña Salomé Porreño, la de Cerezuelo y otras. ¡Qué ocasion, amigo D. Leonardo! doña Bernarda se dormirá sobre la yerba apenas coma un bocado.

—Si despertára en el valle de Josafat.....

Pocas explicaciones serán necesarias para enterar por completo al lector de los amores de Leonardo. Pasaremos por alto los sucesos del período incipiente, con los primeros pasos de aquella aventura, cuyo fin estamos muy lejos de conocer todavía. Engracia, á quien el abate llama frecuentemente *madama*, siguiendo la costumbre de la época, era viuda de un guardia de Corps, que no la pudo martirizar más que siete meses, despues de los cuales se marchó á mejor vida, dejando á su mujer en la gloria, si bien más tarde cayó en el temido infierno de la casa de su madre doña Bernarda, que se constituyó en celosa é impertinente guardiana. La muchacha, por demás sensible, hacia cuanto en su mano estaba para romper la clausura en que vivia; pero los lazos á la vez domésticos y religiosos en que estaba aprisionada, únicamente podian desatarse por la astucia ó romperse por el valor, y de ambas cualidades carecia la pobre viudita. Ella misma no podia explicarse cómo habian nacido aquellos peligrosos amores; pero es indudable que

la propia cautela y atroz intolerancia de doña Bernarda fueron causa de la aventura, que no era más que el ánsia de libertad expresada en la relacion afectuosa con alguien de fuera, con alguien de la calle. Tal vez habia poco ó ningun amor por parte de ella en las primeras comunicaciones epistolares y visuales; pero la costumbre es poderosa en esta como en otras muchas cosas, y al fin Engracia profesó al ilustre mendigo un verdadero cariño. La dificultad de las comunicaciones, las contrariedades que entre uno y otro surgian á cada paso, avivaron el incendio y la pobre viuda se encontró doblemente presa. Incapaz por su débil carácter de tomar una resolucion, esperaba en silencio á que la Providencia resolviera aquel problema, y se contentaba con frecuentar lo más posible los novenarios y demás fiestas religiosas, donde le era posible el culto profano de un santo semoviente, que iba tras ella á todas las iglesias y oia todas las misas en que embebia su espíritu, ansioso de dejar este mundo, la buena de doña Bernarda. Respecto del padre Corchon, teólogo eminente que dirigia el ánimo de aquella insigne mujer no sólo en las cuestiones religiosas, sino en las domésticas, nada diremos hasta que la imágen de hombre tan grande aparezca, llenándolo todo con su estatura física y moral, en el escenario de esta historia.

El abate Paniagua aún tenia una mision que cumplir. Metió la mano en su pecho, sacó un billete, y sonriendo (y aún diremos con cierto rubor), lo entregó á Leonardo. En el billete además de muchas ternezas y honestas confianzas, hacia *madama* la misma invitacion que de palabra habia expresado ya el incomparable D. Lino. No copiamos la carta; porque habiamos de hacerlo con fidelidad, y las muchas faltas de ortografía de que estaba plagado aquel patético escrito, rebajarian el ideal tipo de la jóven é interesante viuda. Las mujeres más novelescas suelen *despoetizarse* con su pluma, y aquella no estaba libre de la comun flaqueza gramatical propia del sexo. Dejemos la carta relegada á un profundo olvido, y conservemos á su bella autora resplandeciendo en la altura de su idealismo, muy por encima de la vulgaridad de sus garabatos.

Cumplido el objeto de la visita, se levantó Paniagua para marcharse. Entonces pudo Muriel observar mejor la pobre facha del corredor de asuntos amorosos. Era D. Lino pequeño y débil como un sietemesino; y no se concebia cómo aquellas piernecitas tan cortas y endebles podian trasladarle de un punto á otro de Madrid con tanta actividad, para traer y llevar los infinitos recados que á su cargo tenia. Esta mezquindad de piernas y su voz atiplada y aguda como la de un niño eran los rasgos czracteristicos del sér físico, como la debilidad y la complacencia lo eran del sér moral. Su

cabeza era de una configuracion rara, y la bóveda del cerebro era semejante al polo ártico de un melon: allí residia en perenne actividad el órgano de la proteccion á los amantes. De movimientos flexibles, de gran movilidad en la cintura y pescuezo, el cuerpo de Paniagua habia nacido para doblegarse, lo mismo que su espíritu existia para complacer. No inspiraba aversion, ni afecto, y el respeto propio de su traje semi-eclesiástico se combinaba con el desprecio inherente á su frívolo oficio para producir un resultado de indiferencia, que era lo que realmente inspiraba á todo el mundo. Si por sus servicios de cierta índole merecia gratitud, por su parasitismo no era acreedor á ninguna consideracion grave; así es que si en otras circunstancias y en otra posicion hubiera sido una persona insignificante, siendo abate y viviendo ocupado en las tareas propias de la clase, no era más que una cosa útil.

CAPITULO III.

La sombra de Robespierre.

I.

A la hora fijada por el Sr. de Rotondo, Muriel tomó el camino de la calle de San Opropio, ansioso de satisfacer su curiosidad. Llegó, y despues de mirar el número de algunas casas, se paró ante una que mostraba ser antiquísima; de enorme y desigual fachada, y en tal estado de deterioro, que parecia mantenerse en pié por un prodigioso y no comprendido equilibrio. Las ventanas y puertas cerradas, la total carencia de vidrios y cortinas, indicaban que allí nó podia vivir ningun sér humano. Acercóse Muriel á la puerta, la empujó y entró, hallándose en un ancho zaguan, que daba á un patio desierto y súcio, donde las maderas y las piedras hacinadas en desórden, indicaban que alguna parte interior de la casa se habia venido al suelo. Pasó el zaguan, cuyo piso era de puntiagudos y mal puestos guijarros, y entró en el patio, que recorrió con la vista buscando un sér viviente. No se sentia el más insignificante ruido. Dió algunas palmadas; pero nadie apareció: llamó de nuevo con más fuerza, y el eco de su palmoteo se perdió en aquel recinto solitario y misterioso. De repente, y cuando prestaba atencion con más cuidado, esperando oir los pasos de alguna persona, sintió una voz que resonaba allá dentro en punto muy recóndito de la casa; voz lejana, pero muy fuerte, que decia: «¡Danton, Danton; pérfido Danton!» Muriel, á pesar de no ser supersticioso, no pudo prescindir de cierto temor, y permaneció un momento absorto. La voz continuó al poco rato y más lejana, diciendo: «Danton, Danton,» y el eco de estas pa-

labras se perdia como si la persona que las pronunciaba estuviera cada vez más lejos.

Llamó otra vez y entonces sintió el rechinar del gozne de una puerta. Alguien venia. Miró al ángulo del patio, por donde parecia haberse sentido aquel rumor, y vió aparecer saltando y cacareando, nada ménos que á una gallina. Muriel estuvo á punto de reir al ver quién salia á recibirle. Al fin habia visto algo vivo en tan desierta casa. Ya se dirigia hácia aquella puerta, cuando salió una vieja que, corriendo tras el travieso volátil, le dirigia toda clase de apóstrofes con muestras de gran enfado:—«Anda, bandolera, retozona, callejera, mala cabeza, loquilla.»—Y al mismo tiempo la buena mujer describia con su tardo é inseguro andar los mismos círculos del rebelde animal, hasta que al fin este, comprendiendo su deber, se entró á buen paso por la puerta; cerró la vieja, profiriendo al mismo tiempo nuevos denuestos sobre las tendencias de emancipacion de la gallina; y por fin se dirigió á Muriel, preguntándole:

—¿A quién busca Vd.?

—Al Sr. de Rotondo.

—¿Al Sr. de Rotondo?—dijo la vieja, dudando qué respuesta debia dar.—El Sr. D. Buenaventura..... no está.

—¿No está?—dijo Martin con asombro.—Me habia dicho que á las diez... ¿Volverá pronto?

—No lo sabemos. Pero puede Vd. esperar. Ahí está el tio *Robispier*.

—¿El tio *Robispier*?—dijo Muriel con la mayor extrañeza al oir un nombre que le parecia corrupcion del de Robespierre.—¿Y quién es ese hombre?

—Así le llamamos, porque siempre está con ese nombre en la boca. Como está mal de la cabeza.....—dijo la vieja llevándose á la sien su dedo índice.

—¿Loco?

—Sí. Parece que lo embrujaron allá, cuando estuvo. ¡Y qué hombre tan cabal era el Sr. D. José de la Zarza hace cuarenta años! Era un santo varon, muy devoto de la Vírgen. Dicen que por un pecado que cometió, Dios le ha castigado cuajándole el cerebro. Puede Vd. subir. No hace daño. Si quiere usted esperar al Sr. D. Buenaventura.....

Muriel se sorprendia más cada vez, y ya estaba tan vivamente picada su curiosidad, que resolvió subir, como le indicaba la vieja. La soledad y el vetusto aspecto de la casa, la anciana haraposa, que parecia una emanacion del estiercol y los escombros acumulados en el patio; hasta la aparicion de

la gallina, único sér que intentaba alegrar con su juvenil cacareo aquel triste recinto, todo contribuia á aumentar el misterioso estupor que al oir la palabra *Danton* resonando dentro como un eco infernal, habia sentido.

—Suba Vd.,—dijo la vieja.—El tio *Robispier* no hace daño. Hoy le toca escribir, y no se le puede hacer levantar los ojos de sus garabatos. Grita mucho, y parece qne se va á tragar á uno; pero no hace nada. ¡Pobre Sr. de la Zarza! Yo, que conocí á su mujer allá por los años..... sí;—añadió recordando,—fué cuando el Sr. D. Cárlos III echó de España á los jesuitas. Doña Rosa tenia un hermano en el colegio imperial, y fué preciso esconderlo. Era amigo de mi difunto, que murió en la guerra del Rosellon...

Martin, decidido á esperar á Rotondo, y curioso al mismo tiempo por ver al misterioso personaje de quien la viuda del ilustre mártir del Rosellon le hablaba, subió precedido por esta. Los peldaños de la escalera, cediendo al peso de los piés, crugian y chillaban en discordante sinfonía: los restos de un artesonado, que se caia pieza á pieza, mostraban que aquella mansion habia sido suntuosa allá por los tiempos en que el Sr. D. Felipe V vino á España; y alguna vieja, descolorida é informe pintura, conservada aún en la pared, demostraba que las artes no eran extrañas á los que allí vivieron. Muriel atravesó un largo pasillo, donde el mal olor de las húmedas y olvidadas habitaciones producia gran molestia, y al fin llegaron. La vieja se paró ante una puerta, y permitiéndose una sonrisa, en que se unian grotescamente la burla y la conmiseracion, señaló adentro, indicando al jóven que entrara. Detúvose Martin, miró al interior, y vió en el centro de una espaciosa sala á un viejo que, sentado junto á una mesa, y violentamente encorvado escribia, expresando gran exaltacion. El cuarto no podia estar más en armonía con el personaje: una espesa capa de polvo cubria el suelo y los objetos, y todo allí era confusion y desórden. Disformes y mutilados muebles se veian colocados en un testero: mugrientas ropas cubrian un jergon puesto sobre unas tablas, y algunas armas rotas y mohosas yacian en un rincon en compañía de un arpa vieja y de unos vasos de tosco barro. Muchos papeles y legajos cubrian una parte del suelo, lo mismo que la mesa, cargada tambien con el peso de algunos libros y de un tintero en que mojaba su pluma con frenética actividad el extraño habitador de aquel tugurio.

Martin le observó antes de entrar: era un hombre de aspecto decrépito, flaco y apergaminado. Cubríase con una especie de sotana verdinegra y raida, que parecia ser su único traje, formando sobre sus carnes como una

segunda piel, y en toda su persona revelaba un abandono que sólo en locos rematados pudiera ser permitido. Con mano trémula escribia sin cesar, mojando la pluma á cada instante, y siempre con el rostro tan inclinado sobre el papel, que la nariz y la péñola parecian trabajar de acuerdo en aquel borrajear infatigable. Murmuraba alguna vez voces ininteligibles, siempre sin interrumpirse, y al concluir una hoja del cuaderno en que escribia, la volvia sin cuidarse de secarla, y continuaba en su trabajo con una precipitacion febril. Ya hacia un momento que Martin le contemplaba, cuando volvió el rostro hácia la puerta y exclamó con alegría:

—Mi querido Saint-Just. Al fin vienes. Entra, entra.

Quedóse más absorto Muriel al oirse llamar de aquella manera; mas la voz y ademanes del pobre hombre no le infundieron temor, y entró.

II.

—No puedo descansar ni un momento,—dijo el loco escribiendo de nuevo con la misma velocidad y ahinco,—este informe ha de estar concluido dentro de dos horas. No hay más remedio: es preciso que se acabe el Terror, y el Terror no se acaba sino sacrificando de una vez á todos los malos ciudadanos. Quedan todavía muchos en el seno mismo de las comisiones. Todos iran á la guillotina.

Acercóse Muriel y notó que aquel hombre trazaba sobre el papel rasgos y garabatos que en nada se parecian á los signos de la escritura. No escribia; pintaba una especie de rúbrica interminable. Aquella locura era originalísima, y el jóven se apresuró á presenciar todos los devaneos de tan raro personaje.

—¿Y qué es lo que escribe Vd.?—preguntó con deseo de oirle hablar.

—¡Oh! ¡El informe! Robespierre lo lee mañana en la Convencion. Vendrá pronto por él. ¡Y aun lo estoy empezando! ¿No vas esta noche á los jacobinos?

—Sí: pienso ir,—dijo Muriel buscando un tema de conversacion con el loco.—¿Y tú iras?

—¿Pues no he de ir?—contestó el viejo apartando la vista del papel.—Es preciso proponer de una vez al pueblo que confiera el poder supremo al gran Robespierre. ¡Pero hay aún tantos miserables! ¡Infame Tallien, infame Collot de Herbois, miserable Barrere!

—Vamos, ya ha escrito Vd. bastante,—dijo Muriel queriendo obligarle á entrar en conversacion.—Descanse Vd.

—¡Oh! no: estoy empezando,—contestó el pobre Zarza,—y he de concluir dentro de dos horas. Si viene Robespierre y no está concluido... Es preciso organizar la república; organizarla tomando por base la justicia, que emana del Sér Supremo.

—Sí: eso es cosa urgente,—dijo el jóven.

—Una vez proclamado el Sér Supremo, es preciso buscar en él el orígen de la justicia. Robespierre, Robespierre: si hubiera semidioses, tú serias uno de ellos. Tú serás el árbitro de la república. Los malvados que te estorban el paso serán aplastados. Aún la guillotina no ha cercenado todas las cabezas de víbora que impiden el triunfo completo de la verdad. Fué preciso sacrificar á la familia real y se sacrificó; fué preciso sacrificar á los Girondinos, y los 22 malvados fueron al cadalso. Aún no bastaba; fué preciso acabar con todos los vendidos á la emigracion, á los realistas, á todos los malos patriotas, sobornados por los vendeanos, y se creó el tribunal revolucionario. Aún no era suficiente; fué preciso estirpar á los dantonistas, hombres venales y corrompidos, que deshonraban la república, y todos, llevando á la cabeza al pérfido Danton, presuntuoso hasta la hora del suplicio, marcharon á la guillotina. Aún no bastaba; fué preciso inmolar á cuantos parecieran cómplices del complot extranjero, y el proceso de Cecilia Renault dió ocasion para derribar muchas cabezas. Aún no basta: faltan algunos traidores por inmolar. Animo: un esfuerzo más y Francia quedará libre de pícaros. Quedan pocos. Audacia hasta el fin, Robespierre, y serás el cerebro de la república!

Al concluir esta desordenada série de imprecaciones que pronunciaba con creciente agitacion, el infeliz dejó de escribir, arrojó la pluma lejos de sí y se levantó, comenzando á dar paseos de un ángulo á otro del cuarto con mucha prisa y zozobra. Muriel estaba algo impresionado por el violento lenguaje de aquel hombre: al oirle evocar con tanta energía, y dominado por una especie de fiebre los principales acontecimientos de la revolucion francesa, su asombro tenia algo de terror, sin que lo atenuara el considerar que de las palabras de un demente no debia hacerse gran caso. Fijando la vista en el desgraciado anciano, pensó en la série de desventuras que sin duda le trajeron á tan miserable estado, y en la triste historia que irremediablemente habia precedido á su enagenacion. Pensó preguntarle algunos antecedentes de su vida; mas se contuvo por temor de apartarle de aquella interesante locura que le hacia expresarse con tanto calor, refiriéndose á sucesos propios para excitar la más reposada fantasía. Resuelto á hacerle hablar más en el mismo sentido, Muriel le dijo:

—¡Más sangre, todavía más sangre!—¿Crees que aún no hemos derramado bastante?

—¿Bastante?—dijo el loco parándose ante Martin.—No: hace falta más, más. Cuando Mr. Veto pereció en la guillotina, se creyó que bastaba; pero no: el mal tiene hondas raíces, Saint-Just, y es preciso estirparlo por completo.

—¿Te acuerdas de Mr. Veto?—preguntó Muriel deseoso de que refiriese aquel caso.

—¿Que si me acuerdo?—Yo entré con el pueblo en las Tullerías el 20 de Junio. ¡Qué bien lo habiamos preparado! El infame Capeto insistia en poner el *veto* á la ley sobre el clero: el pueblo quiere elevar una peticion al trono, rogándole que retirara aquel maldecido *veto*. Este era el motivo aparente de aquella memorable jornada; pero la causa real era que el pueblo queria pisar las alfombras de palacio, pasearse como único dueño y señor por los salones de las Tullerías, y ver cara á cara al descendiente de cien reyes trémulo y humillado. El pueblo queria poner su mano sobre el hombro del hijo de San Luis en señal de que no hay poder por orgulloso y fuerte que sea, que no ceda ante la majestad de la nacion. No puedo darte idea, querido Saint-Just, del aspecto de aquella muchedumbre que desfilaba por Paris ocupando todas las calles desde el Marais hasta los Fuldenses. Hombres, mujeres, niños, todos animados del mismo encono contra *Mr. Veto* y *la Austriaca*, desfilaban con algazara llevando en sus manos armas, trofeos, banderas, palancas, asadores, garrotes, andrajos enarbolados á manera de estandarte; todo lo que cada uno encontró más á mano y podia llevar con más desembarazo. Un tarjeton llevado en alto por un carbonero de la calle de San Dionisio, decia: «La sancion ó la muerte.» En una bandera que enarbolaba una mujer, se leia: «¡Tiembla tirano: tu hora ha llegado!» Yo pude improvisar un cartel en que escribí: «¡mueran Veto y su mujer!» Otros llevaban en lo alto de un palo vestidos desgarrados é infames harapos con que se queria simbolizar la venganza de la miseria popular, enseñoreada ya del mundo y más poderosa que los reyes. Detrás de Lambertina de Mericourt, que arengaba con su ronca voz al gentío, gritando: «¡Vivan los descamisados!» iba Santerre, que habia llevado sus guardias nacionales á fraternizar con nosotros. El marqués de Saint-Huruge, patriota exaltado me daba el brazo, y detrás de mí iban Henriot y Lesousky. Marat gritaba ébrio de furor y Camilo Desmoulins reia como rien los locos, con una carcajada que infundia espanto. Un hombre llevaba en una pica un corazon de buey con un letrero que decia: «corazon de aristócrata;» y las

gotas que de este horrible despojo manaban, nos caian en el rostro á los más cercanos, de tal modo que parecia que alguien nos escupia sangre desde el cielo.

Aquel entusiasmo en que se mezclaba á un furor frenético una alegría delirante, nos hacia horribles: causábanos terror nuestra propia voz y cada uno se espantaba de los demás. Ninguno era dueño de sí mismo, todos habian abdicado su persona ante la colectividad y cada cual dejó de ser un individuo para no ser más que muchedumbre. Palpitante, furiosa, ronca, ébria, llega esta á la sala del Picadero, donde estaba la Asamblea, y se empeña en desfilar ante ella. Se oponen los constitucionales; pero los girondinos y jacobinos quieren que entremos. Su discusion fué larga, y al fin entramos. ¡Qué espectáculo! Más de treinta mil desfilamos ante los diputados aterrados ó absortos, y ante el gentío de las tribunas que nos aplaudia con frenesí. Nuestros andrajos y nuestra miseria se pasearon ante la majestad de la representacion nacional como poco despues ante la majestad del rey. Blandíanse allí dentro los sables y se agitaban las picas y banderolas como una amenaza, indicando á los diputados del pueblo, que este podia quitarles el poder y despojarles de todo prestigio, como aquellos habian hecho con la dignidad real. El corazon de buey que destilaba sangre, y la horca portátil de que pendia la efigie de María Antonieta hicieron estremecer de horror á todos los hombres allí reunidos: nuestros gritos ensordecian el recinto: chillaban los chicos, vociferaban las mujeres y todos añadiamos un rujido ó una imprecacion á aquel infernal concierto.

«¡A las Tullerías, á las Tullerías!» dijeron mil voces; y corrimos allá. En vano se quiere oponer la fuerza de algunos gendarmes y granaderos al impulso incontrastable del pueblo. Derribamos las puertas del Carrousel, penetramos en el patio, algunos artilleros quieren oponérsenos, pero los dispersamos arrebantándoles un cañon, que subimos despues en brazos al piso principal del palacio. Forzamos la puerta real, ocupamos el gran pórtico y nos precipitamos por las escaleras gritando: «*¡Mr. Veto, Mr. Veto! ¿Dónde está Mr. Veto?*» Recorrimos las salas y galerías. La multitud no podia expresar lo que sentia al ver reproducidas en los espejos del palacio de los reyes de Francia sus hambrientas caras, los girones de sus vestidos, sus desnudos miembros fortalecidos por el trabajo; al oir repetido en la concavidad de las suntuosas salas el eco de su ruda é imponente voz, que entonaba en discordante algarabía el himno informe de sus agravios satisfechos, de su secular injuria vengada. La plebe estaba más orgullosa y enfa-

tuada que nunca en aquellos momentos. Sólo una débil puerta la separaba de Luis XVI, del rey ungido, que rodeado de su familia, temblaba como la hoja en el árbol, creyendo que el menor movimiento de aquel gran mónstruo que se le habia entrado por las puertas, lo aniquilaria con su mujer y sus hijos. La plebe entraba en palacio no como esclava, sino como señora: no iba á pedir, sino á mandar. Mr. Veto seria pronto en sus manos lo que es un juguete en las de un niño. La plebe se reia anticipadamente de la broma; y aquella algazara jovial, resonando bajo los ricos artesonados, construidos con el oro de cien generaciones de despotismo, parecia la expresion de venganza de los siglos, la gran carcajada de la historia, que así se burla de los más orgullosos poderes.

La pica que yo llevaba fué la primera que golpeó la puerta que nos separaba del rey. La puerta cedió y entramos. Mr. Veto se ofreció á nuestra vista pálido y humillado: le devorábamos con nuestras miradas; centenares de sables amenazaban su cabeza, y los muchos emblemas irrisorios ó amenazadores que llevábamos, lo mismo que el corazon de buey, se presentaron á sus atónitos ojos como la exprecion concreta de nuestro resentimiento. «¿Dónde está la Austriaca? ¡Abajo el Veto! ¡Queremos el campamento en las cercanías de Paris!» exclamaban algunos. Un ciudadano se adelantó hácia el rey y le ofrece su gorro frigio. El rey se lo pone. Otro ciudadano se acerca con un vaso y una botella y dice: «Si amais al pueblo, bebed á su salud,» y el rey bebió esforzándose en sonreir. Esto que parecia un sarcasmo, era en la plebe la sincera idea de la igualdad. Queria, no elevarse hasta el rey, sino hacerle bajar hasta ella. No se contentaba con la concordia entre el trono y el pueblo, sino que aspiraba á la familiaridad.

La muchedumbre hubiera podido inmolar á Capeto con toda su familia en aquel momento; pero si alguno tuvo intenciones en este sentido, la mayoría de los manifestantes las sofocó: algunos se enternecieron, advirtiendo la debilidad del contrario. ¡Ah! Los papeles se habian trocado. El hombre cuya voluntad disponia á su antojo de veinticinco millones de séres, temblaba sobrecogido y aterrado ante unos cuantos individuos del pueblo. ¡Qué momento aquel! Todas las angustias, toda la ignominia, toda la miseria de tantos siglos estaban vengadas. El pueblo no podia haberse mostrado más digno, dada su condicion y su estado. Respetó la persona del rey, y si expresó su deseo en formas rudas y violentas es porque no se le ha enseñado á hablar de otra manera. Los sentimentales dirán que aquello fué una profanacion salvaje: se llenarán de horror y cerrarán los ojos con repugnancia y asco al recordar los innobles vestidos de la muchedumbre, su fal-

ta de pulcritud y de cultura, el desenfado de las mujeres, las embriagadas voces, los ahullidos, los pisotones, la hediondez, la espuma de los lábios, el fulgor de los ojos, la insolente apostura de aquella gente desenfrenada. Los sentimentales clamarán al cielo, y dirán: «¡Plebe soez, canalla, gentuza mal nacida!» Ah malvados, pérfidos aristócratas, verdugos del pueblo. No sólo quereis atar nuestros brazos para que no os hieran, sino que intentais tambien tapar nuestra boca para que no os maldigamos. Habeis considerado al pueblo durante siglos enteros como trailla de esclavos: os habeis enriquecido á sus expensas, guardándoles ménos consideracion que la que os merecen vuestros perros de caza y vuestros halcones. ¡Miserables aristócrates! Habeis formado una casta privilegiada, rodeada de inmunidades, de garantías, de riquezas, y quereis perpetuarla, vinculando en ella todo el poder de las naciones. La inteligencia, el valor, la sensibilidad que en los demás hombres pudiera existir, ha de quedar relegada al olvido; calidades y virtudes perdidas en el océano de la miseria general, como las perlas en la profundidad de los mares. No hay más vida que la vuestra. ¡Ah! ¡Viles aristócratas! La guillotina funcionando noche y dia no bastara á vengar al mundo de vuestros atropellos. Robespierre: aún quedan muchos. Mata, mata sin cesar.

El demente calló obligado por la fatiga que debilitaba y enronquecia su voz. Muriel le escuchaba con aterrados ojos, absorto ante aquella locura que referia con elocuencia y color un suceso cierto sin exagerarlo ni tergiversarlo. Creia tener delante al génio decrépito de la revolucion francesa espiando con una espantosa enfermedad del juicio sus grandes crímenes; génio á la vez elocuente y extraviado, sublime por las ideas y abominable por los hechos.

III.

—Algunos,—continuó La Zarza,—entraron en el cuarto inmediato donde estaba la Austriaca. Yo no sé lo que allí pasó; pero, segun me dijeron, hubo mujeres que se enternecieron ante la reina, y otras que la insultaron. Tambien el Capetillo hubo de ponerse el gorro frigio. ¡Qué irrision del destino! En otra ocasion, su madre hubiera creido que sólo el aliento de un hijo del pueblo haria daño al ilustre niño, y en aquella ocasion el desdichado se sofocaba entre la multitud, recibiendo de sus pulmones el aire de los talleres, de las cabañas, de los tugurios; el aire plebleyo de la miseria en que vivimos.—«Ya hemos destronado á Luis XVI,»—dije yo á Legendre, el carnicero, cuando bajábamos la escalera de las Tullerías.—«Sí,—

contestó él;—le hemos puesto la caña en las manos y el *Inri* en la frente.»—«¡Qué pequeña es la majestad mirada de cerca,—decia Camilo;—es como las decoraciones de los teatros. Desde fuera, ¡cuán hermosas! Nosotros hemos entrado hoy entre bastidores, y nos hemos complacido en dar de puntapiés á los figurones de carton que antes nos parecian magníficas estátuas.»

Concluida la demostracion, la muchedumbre se desbandó, no sin aclamar antes á Petion, al rey Petion, á quien llevamos en hombros un buen trecho. ¡Oh, qué dias aquellos! Despues han pasado muchos cosas, y algunos, no pocos, de los héroes de aquel acontecimiento han perecido despues por haber hecho traicion al pueblo. Este es inexorable. Sus largos sufrimientos le disculpan del sistema de no perdonar. Aquel mismo Petion fué proscripto un año despues. Los más eminentes de entre los girondinos, los héroes del 10 de Agosto subieron al cadalso. ¡Traidores! Yo recuerdo bien el dia en que esto sucedió.

—Cuéntalo, cuéntalo,—dijo vivamente Muriel, á quien impresionaba la relacion del infeliz demente.

—No,—contestó.—¿Crees que puede perderse el tiempo en conversaciones? Tú eres un holgazan, Saint-Just; tú no tienes más que lengua. Te pasas el dia charlando, cuando la república está en peligro. Es preciso salir de esta situacion. El informe de Robespierre que estoy escribiendo ha de poner término al terror por el exceso del mismo. Todos los malos ciudadanos perecerán bien pronto. Es preciso escribir ese informe. Robespierre viene: ya siento sus pasos. Escucha.....

Al decir esto, el infeliz prestaba atencion señalando al exterior, donde no se sentia ruido alguno. Por el contrario, el silencio era grande, y unido á la oscuridad que allí reinaba, hacia más imponente aquella escena. Muriel no pudo ménos de sentir cierto calofrío al ver que el loco, inmutado el rostro, se volvia hácia uno de los ángulos de la sala, como si hubiese allí alguna persona á quien miraba con atencion.

—¡Ah, Robespierre!—exclamó el loco señalando hácia el sitio donde su enferma imaginacion veia la imágen del célebre convencional.—Robespierre, el dia ha llegado: no lo dejes pasar. No tiembles: coge con mano fuerte el poder que está en las uñas de una asamblea envilecida. ¿Estás airado, hombre divino?..... ¿qué tienes? Maximiliano, Maximiliano: valor. Es preciso un esfuerzo más: la guillotina espera las últimas víctimas.

El insensato hablaba con tanto calor como si la imágen de Robespierre tuviera valor real fuera de su fantasía. Muriel miraba aqnello con espanto, y

los informes objetos que en el cuarto habia, la escasa luz, la impresion causada en su ánimo por el anterior relato, parecian contribuir á hacerle partícipe de la alucinacion del desdichado La Zarza. Este continuaba hablando con el espacio y se paraba á intervalos escuchando, como si le contestara el supuesto fantasma.

—¡Hombre divino!—continuaba el viejo.—El pueblo te adora. No temas á esos infames de las comisiones. Tú triunfarás. No lo crees y me señalas tu cuello manchado de sangre. No: tú no irás á la guillotina. Si vas, yo te acompaño: morir contigo es asegurar la inmortalidad. Los jacobinos son tuyos. Aquella tribuna es tu trono. El pueblo correrá á defenderte. Preséntate en la Convencion con tu informe, y ¡ay del que se atreva á ser tu enemigo!

Alzaba tanto la voz y se agitaba tanto en su diálogo con la sombra, que Muriel ya se sentia mortificado con aquel espectáculo. Solo en tan vasto y solitario edificio, cuyos únicos habitantes parecian ser una gallina, una vieja y un furioso; en aquella habitacion sombría, ocupada por el recuerdo vivo de una época histórica interesante y terrible á la vez; oyendo las desentonadas voces de un hombre que hablaba con la historia, con la muerte, con lo desconocido, Martin no pudo resistir á un sentimiento supersticioso. Su imaginacion impresionada creyó ver surgiendo de la ennegrecida pared del fondo, la imágen de un hombre con desencajados ojos, ancha frente, puntiaguda nariz y lábios rasgados y finos; que avanzaba lentamente sin que sus pasos se sintieran; mirándole con terrible expresion y señalando su propio cuello, del cual salia un chorro de sangre que inundaba la habitacion. Muriel se levantó cubriéndose el rostro con las manos y salió de la habitacion. No habia dado dos pasos por el corredor, inundado de luz, cuando ya reia de su supersticioso miedo. La gallina cacareaba en el patio, y la vieja la reprendia por su desenvoltura.

Un rato estuvo apoyado en el antepecho del corredor, entregado á sus meditaciones. Desde allí oia los gritos del insensato, cuya manía más le causaba asombro que risa. El jóven trataba de explicarse el orígen de tan rara demencia, y al mismo tiempo queria representarse de nuevo las escenas que acababa de oir contar, cuando de pronto siente una mano sobre su espalda. Estremecióse todo; se vuelve rápidamente y ve una cara animada por dos ojos muy vivos; de nariz pequeña y puntiaguda, frente espaciosa, y lábios muy delgados, que se rasgaban en una singular sonrisa, la misma cara que creyó ver poco antes en el fondo oscuro de la habitacion. Dió un grito de espanto, pero ¡ah! ¡qué tontería! era el Sr. de Rotondo.

Esta série de impresiones fué rapida como un relámpago. Sentir el peso de la mano en el hombro, volverse, dar un grito de espanto al ver aquella cara, y despues reconocer á D. Buenaventura, fué obra de un segundo. ¡Cuántas veces nos ocurre que al primer golpe de vista no reconocemos la fisonomía que más acostumbrados estamos á ver! Estos errores son instantáneos, y cuando la aparicion nos coge de improviso, que es cuando generalmente ocurre el fenómeno, nos preguntamos: «¿quién es este?» Y es nuestro amigo más conocido: tal vez es la persona en quien vamos pensando en aquel momento.

IV.

Muriel habia visto á Rotondo tan sólo una vez; pero recordaba bien su fisonomía. No sabemos si habia relacionado ésta la con imágen de Robespierre que conocia en estampa. Quizás.

—Le he asustado á Vd.,—dijo sonriendo. Ya sé que ha estado Vd. entretenido con las locuras del pobre Zarza.

—Me ha impresionado; no puedo negarlo,—dijo Martin.—Yo no habia visto locos así. Me ha contado varias cosas con una elocuencia, con un calor.....

—¡Oh! Sí: dentro de su manía es inimitable. No disparata sino cuando escribe el informe. Hace diez años que lo está empezando. El infeliz me gasta algunas arrobas de papel y algunas azumbres de tinta al año. Ya habrá Vd. visto como emborrona un cuaderno sin escribir nada. Habla á todas horas con Robespierre, como Vd. ha oido, y así pasa la vida.

—¿Y este hombre quien és?

—Su historia seria larga de contar. Es un desgraciado: yo le tengo ahí recogido por lástima; porque fuí amigo de su familia hace muchos años. Si yo le abandonara serviria de diversion á los chicos por esas calles.

—¿Pero él ha presenciado los sucesos que refiere?—dijo Martin.

—Ya lo creo: todos. Fué á Francia con Cabarrús. Este pobre Zarza tenia talento y mucha imaginacion. Aquí fué siempre muy filósofo, y hasta llegó á escribir algunas obras. En Francia abandonó á Cabarrús. Aquellos acontecimientos le excitaron en extremo, y pocos tomaron parte con más calor que él en las sediciones y motines de tan afamada época. Fué primero gran amigo de Barbaroux y despues de Robespierre, á quien sirvió mientras el uno tuvo razon y el otro vida. Furibundo jacobino, fué comprendido en las últimas proscripciones del Terror; y encerrado en la Abadía mucho tiempo, esperaba la muerte todos los dias. La larga prision, el pavor

que le infundia la guillotina, la humedad del calabozo le hicieron contraer una penosa dolencia. Cuando despues de sano, le pusieron en libertad, estaba loco. Unos españoles le trajeron acá y en esta casa vive hace diez años.

—Es particular,—dijo Muriel, preocupado con la historia del desdichado Zarza.

—Pero dejemos eso, y vamos á hablar de nuestras cosas,—dijo Rotondo, llevando al jóven á una habitacion algo decente, que abrió con llave.—Siéntese Vd. y hablemos. Fray Jerónimo de Matamala me decia que era Vd. un hombre de brios y de ideas muy arraigadas. ¿Desea Vd. hacer fortuna?

—Nunca he sentido ambicion de lucro,—dijo Muriel.—Lo que me ha preocupado noche y dia es un deseo muy grande de influir para que este país se trasforme por completo, y cambie parte de su antigua organizacion por otra más en armonía con la edad en que vivimos.

—Eso es lo que yo deseo,—contestó Rotondo.—Pero Vd. será de esos que quieren hacer las cosas á sangre y fuego. ¿Eh?

—No sé; creo que es difícil antes de hacer las revoluciones decir cómo se han de hacer. Los medios se vienen á las manos cuando se está con ellas sobre la masa.

—Bien dicho. ¿Pero Vd. no cree que la astucia es mejor que la fuerza?

—La astucia no sirve de nada cuando es preciso destruir,—dijo Martin.—Si Vd. quisiera echar al suelo esta casa, ¿emplearia la astucia?

—Ciertamente que no,—contestó riendo D. Buenaventura.—Pero quiero decir..... Aquí hay enemigos terribles..... los frailes, los aristócratas. No le parece á Vd. que atacando de frente tales enemigos, hay peligro de ser derrotado? ¿La insurreccion: cree Vd. que por ese camino....?

—No sé,—dijo Martin,—si en el órden natural de las cosas está que España se trasforme por ese medio, así pasará. Si no.....

—Supongamos,—dijo Rotondo,—que hay aquí un partido que desea esa trasformacion; supongamos que ese partido es numeroso, ¿nó seria el mejor camino aspirar á apoderarse de las riendas del Estado, y despues....?

—¡Qué ilusion! Aquí no se apoderan de las riendas del Estado sino los guardias de Corps, que han agradado á alguna elevada persona. Con el absolutismo no hay salvacion posible. Es preciso que todo el edificio venga á tierra, y no por medio de la astucia, sino por medio de la fuerza.

—Veo que es Vd. un hombre atrevido,—dijo Rotondo con complacencia, sin duda porque Muriel era como él lo queria.—Vamos á ver; ¿cómo arreglaria Vd. este asunto?

—No aspiraria á que mis ideas principiaran por apoderarse del mando. Las haria cundir por el pueblo para que este obligase al rey á aceptar una Constitucion, y si el rey se oponia..... La Zarza le diria á Vd. lo que era conveniente hacer.

—Pues es Vd. un hombre decidido, y por lo mismo creo que está usted llamado á figurar.... Hay aquí muchos hombres de corazon que están dispuestos á.....—dijo Rotondo deteniéndose, como si temiera ser demasiado explícito,—dispuestos á hacer esa trasformacion que todos deseamos.

Muriel comprendió ya que aquel hombre conspiraba. El objeto y el fin político es lo que aún no conocia.

—Ya Vd. debe comprender,—continuó D. Buenaventura, que el primer obstáculo que ha de echarse á tierra es ese miserable é insolente favorito que nos deshonra y nos arruina. Vd. debe saber que hay un príncipe de grandes esperanzas, que merece el respeto y la admiracion de todo el reino. Cárlos no puede seguir en el trono. Es preciso hacerle abdicar y que se vaya con su mujer y su Manuel á otra parte. Es preciso acelerar el reinado del príncipe.

Y se detuvo un momento, leyendo en el rostro de Muriel el efecto que aquellas declaraciones le habian causado. El jóven, que estaba silencioso y meditabundo, habló al fin, despues de hacer esperar un breve rato á su interlocutor, y dijo:

—Bien; se trata de elevar al trono á Fernando. ¿Cree Vd. que con eso ganaremos algo? Todo quedará lo mismo. La cuestion es distinta. Esta gente no aprende nunca. Lo mismo Fernando que Cárlos se opondrán á desprenderse de una parte de su poder. El absolutismo no abdica nunca. Hay que hacerle abdicar.

—Bien; pero poco á poco. Pongamos á Fernando en el trono, y despues...

—Despues quedará todo como está ahora.

—¿Quién sabe? El príncipe es despavilado.....

—¿Pero Vd.,—dijo vivamente Muriel,—está empeñado en algun complot? No puede ser ménos. Las persecuciones de que me habló ayer; esto que ahora ha dicho.....

—Diré á Vd., amigo,—exclamó Rotondo cuando se hubo repuesto de la sorpresa que tan franca pregunta le produjo.—Yo deseo como ninguno el bien de mi patria. Yo no tengo ambicion; soy medianamente rico. ¿En qué mejor cosa pudiera ocuparme que en procurar la caida del infame Godoy?

—¿Pero quién se ocupa sériamente en eso, con plan fijo y ordenado?

porque yo creí que la animosidad que contra él existe no pasaria de la impopularidad para llegar á la insurreccion.

—Si llegará,—dijo Rotondo,—llegará; por eso buscamos gente decidida; jóvenes que se asocien á tan grande idea.

—¿Luego hay conjuracion?—dijo Martin.—¿Pero es simplemente para quitar al que nos gobierna y poner á otro, quizás peor? No hay en eso ninguna idea política, ningun plan de reforma?

—Eso despues se verá,—dijo D. Buenaventura, contrariado de encontrar á Muriel ménos complaciente de lo que creyó al principio.—Por ahora.....

—Yo creo que de ese modo no adelantamos un paso.

—¿No se asociaria Vd. al pensamiento?—preguntó D. Ventura, desesperado ya de que Martin se entusiasmara con su proyecto.—¿No comprende Vd. que cuantos aspiren á reformas políticas deben empezar por quitar de enmedio la corrupcion, la venalidad, la insolencia, la ignorancia que están personificadas en ese ruin favorito?

—Así parece,—repuso el jóven con los ojos fijos en el suelo y como abstraido.—¿Pero..... y si no se consigue nada? ¿No seria mejor desde luego....?

—Vd. sueña con un cataclismo,—dijo Rotondo con afectada complacencia,—pues lo habrá. Se puede unir el nombre de Fernando á una idea de reformas. Bien: si Vd. lo quiere así.....

D. Buenaventura se apresuraba á cambiar de rumbo. Era preciso fingir cierta conformidad con las ideas exageradas del ardiente jóven.

—En nuestra bandera,—añadió,—cabe todo eso. Como Vd. ha dicho antes muy bien, una vez que se está con las manos sobre la masa, es cuando se sabe qué medios se han de emplear.

—Bien,—dijo Martin con una expresion que demostró á D. Buenaventura la dificultad de que ambos llegaran á avenirse.—Pero todo hombre que toma parte en una conjuracion, debe saber cuál es el objeto de esta. Si hay unas cuantas personas decididas que trabajan con objeto de derribar á Godoy y para hacer aceptar al nuevo Rey una Constitucion, yo soy de esos. Si no, tan sólo seria instrumento de ambiciosas miras, contribuyendo á conmover el país sin hacerle beneficio alguno.

—Sí: deben hacerse esas reformas,—dijo Rotondo ya bastante atolondrado,—pero antes..... ¿No le entusiasma á Vd. la idea de ver por tierra al célebre Manuel?

Muriel no contestó: estaba profundamente pensativo. D. Buenaventu-

ra casi se sentia inclinado á pesar de su natural reserva á ser más explícito, confiándole pormenores de la conspiracion; pero temia revelar secretos importantes á una persona que no se habia mostrado desde el principio muy favorable á la idea. Le mortificaba que Martin no se hubiera entusiasmado con su pequeño plan revolucionario; porque los informes que el padre Matamala le habia dado del jóven, hacian esperar que fuera más dócil á las sugestiones de quien le ofrecia posision, fortuna y gloria. Creia que la imaginacion del filósofo provinciano se excitaria con facilidad ante un porvenir de luchas y triunfos. Su desengaño fué grande al ver que picaba más alto. Rotondo en medio de su despecho conoció la superioridad, y experimentó respecto á él un sentimiento en que se mezclaba cierto respeto á la conmiseracion. Al mismo tiempo sentia haber comenzado á tratar con un hombre que rechazaba sus proposiciones, no podia ménos de deplorar la impericia del padre Jerónimo, que le habia mandado un filósofo, cuando no se le habia pedido sino un charlatan. Quiso sin embargo, hacer el último esfuerzo, y dijo:

—Estoy seguro de que le pesará á Vd. no seguir mis consejos.

—Si Vd. me entera con más franqueza de ciertos pormenores; si Vd. me dice quiénes son las personas altas ó bajas, que se interesan en la misma causa; si Vd. me da noticia de las influencias extranjeras que pueden intervenir en semejante asunto, tal vez yo me comprometa...

—¡Oh! Me pide Vd. demasiado,—dijo Rotondo en el colmo de la confusion,—al ver que el que exploraba como instrumento queria ser motor.

Aquel orgullo irritó un poco al Sr. de Rotondo, que cada vez sentia crecer al humilde recomendado del padre Matamala. El brazo queria convertirse en cerebro. Lo que podia ser útil podia trocarse en un peligro. Era preciso batirse en retirada por haber dado un paso en falso. Muriel no servia para el caso. Era urgente renunciar á todo trato.

—No puedo hacerle á Vd. ese gusto,—continuó.—Lo que Vd. me pide esdemasiado.

Parecia que era ya imposible la avenencia despues de la pretension de uno y de la negativa del otro. Arrepentíase Rotondo de su ligereza, y para no romper bruscamente sus frescas relaciones con el jóven exaltado por temor de que su enemistad le perjudicara, le dió á entender que esperaba convencerle en una segunda conferencia.

—El no podernos arreglar hoy, no quiere decir que no lo intentemos otr vez,—dijo con simulada amabilidad.—Yo ando perseguido como Vd. sabe: no podré ir á su casa con frecuencia. Pero si Vd. quiere, aquí nos veremos.

Esta casa no es mia; pero la tengo alquilada, y aquí me reuno con ciertos amigos para desorientar á mis perseguidores. Nadie me ve entrar ni salir. Estamos seguros. Si Vd. desease verme algun dia... ¡Ah! ya recuerdo que me necesita Vd. para que le recomiende al Sr. conde de Cerezuelo.

—Es verdad: hemos de vernos...—dijo Martin con frialdad.

En la otra cuestion, yo espero convencerle á Vd.,—añadió D. Buenaventura levantándose,—como para indicar á Martin que no habia inconveniente en que se marchara.

—Lo veremos,—dijo Martin, deseoso ya de salir de aquella casa.

Atravesaron el corredor en direccion de la escalera. Al pasar por delante de la puerta del cuarto donde se espaciaba en su magnífica y elocuente locura el desdichado La Zarza, el jóven se detuvo á comtemplar de nuevo aquel raro ejemplar de la insensatez humana. El loco habia cesado de perorar con la sombra de Robespierre, y se ocupaba en redactar su inacabable informe con la misma diligencia que antes. Cuando advirtió la presencia de aquellos dos bultos, que le interceptaban la luz, se volvió hácia ellos y con terrible voz exclamó: «¡Todos, todos á la guillotina!»

Muriel se apartó de allí vivamente, y se fué sin despedirse del Sr. de Rotondo, que con gran estrépito se reia de los dos.

CAPITULO IV.

La escena campestre.

I.

—Acepta el brazo del Sr. D. Narciso y no seas tan desabridota,—decia por lo bajo á su hija la buena de doña Bernarda al entrar por la alameda central del paseo de la Florida.

Obedeció la desventurada Engracia, más convencida por la elocuencia de un fuerte disimulado pellisco que su madre le dió en el brazo, que por las palabras trascritas, fiel expresion de aquel espíritu intolerante y autoritario. La comitiva avanzaba; y todos estaban alegres, especialmente el citado D. Narciso, quien, como vulgarmente se dice, no cabia en el cuerpo de satisfaccion. ¡Infeliz! pocas veces contaba en el número de sus glorias la de llevar del brazo á la interesante y hermosa viuda. En el trascurso de su larga aspiracion amorosa, no habia tenido ocasion de contemplar durante medio dia, bajo los árboles y en un delicioso y apartado sitio, la melancólica y dulce faz de la que él, fanático admirador de la poesía de Cadalso, llamaba *su ingrata Filis*. Pero la hija de doña Bernarda (digamos esto en honor suyo) no podia ver ni pintado á D. Narciso Pluma, á pesar de ser este uno de los jóvenes *de más etiqueta* que habia en su tiempo; pulcro en el vestir, poético en el hablar y en todo persona de muy buen gusto. Su apellido le sentaba perfectamente, y no porque fuese amigo de

las letras, sino porque su persona era tan aeriforme como su carácter, todo suavidad, todo refinamiento, todo sutileza. Así como otros tienen la vanidad de su talento ó de sus riquezas, Pluma tenia la vanidad de su vestido y blasonaba de usar los más delicados perfumes con la variedad que la moda exigia; de peinarse con un esmero y pompa que recordaba el siglo anterior, fecundo en prodigios capilares, y de usar en sus corbatas y pecheras las más finas blondas de las fábricas nacionales y extranjeras. Pluma era rico y podia consagrar seis horas de cada dia á los cuidados de su tocador, ocupando las restantes en pasear por Platerías ó por el Prado, y en visitar la gente *de etiqueta* en los principales estrados de la córte. Aquí su influencia y prestigio era grande: adoraba al bello sexo y era admirado por los hombres, como un apóstol de la moda. «Pluma: ¿hácia qué lado debe inclinarse el pico del sombrero; hácia el derecho ó hácia el izquierdo?» «Pluma: ¿deben las puntas de las orejas quedar dentro ó fuera del corbatin?» «Pluma: ¿qué chupas son *de más etiqueta*, las de lista verde ó las de lista encarnada?» Estas eran las cuestiones que se sometian á la ortodoxia de D. Narciso, poniéndole á veces en gran aprieto. Si se trataba de organizar un minueto, las damas decian: «Eso Pluma es quien lo entiende.» ¿Se trataba de dar un concierto? «Pluma dirá si se toca la *jota* ó algo de *El matrimonio secreto.*» En el juego de prendas Pluma era un asombro; y por estas y otras cualidades el aéreo y sútil petimetre era denominado *el Bonaparte de las tertulias.*

—En verdad doña Engracia,—decia avanzando, como hemos dicho, por la alameda central de la Florida,—ya no sé qué pensar de tantas esquiveces. ¡Oh! No hay hombre más desgraciado! Mi corazon es demasiado sensible para resistir á tantos rigores. Anoche no hubo desaire que no me hiciera usted en casa de Porreño.

—¿Sí? pues no lo habia reparado,—dijo la viuda abanicándose con precipitacion.

—Es imposible,—continuó el amartelado petimetre,—que no haya alguno que me dispute ese corazon, para mí de roca y para otro de alcorza. ¿Es cierta mi sospecha?

—Podrá ser,—contestó la dama con evidente hastío y mirando las copas de los árboles que encontraba sin duda más bellas que el rostro de su galan.

—¿Y ese pago tienen mis desvelos, mis lágrimas, el constante y religioso amor que.....

—Pluma, por Dios, Sr. de Pluma!—exclamó doña Bernarda que de-

trás y á poca distancia venia,—hágame Vd. el favor de darme el brazo; que no puedo dar un paso más. Este diablo de zapatero... Oh! Dios me perdone la mala palabra; pero estos zapateros.....

Diciendo esto tomó el brazo del enamorado mancebo, que renegó de verse en la precision de remolcar la mole de doña Bernarda, cuyo andar, molesto y perezoso de suyo, se habia agravado aquel dia por una torpeza del maestro de obra prima.

—De seguro no hubiera elegido este zapatero, si Vd. no me lo recomendara como el mejor de Madrid,—dijo con avinagrado semblante la vieja.

—Yo señora..... Y la verdad es que tiene fama: ¿quién puede negarlo? Para hacer calzado de gusto.....

—¿Le parece á Vd. que es gusto el que yo tengo ahora? ¡Vírgen del Tremedal!—exclamó sudando el quilo y echando todo el peso de su cuerpo sobre el brazo izquierdo del jóven.—Ha sido mucha ocurrencia la de estas niñas! Lo que estas criaturas no inventan..... traerme á mí á estas fiestas de campo.....

—Ya están allí Susana y Pepita,—dijo Engracia impaciente porque habia visto á sus amigas al extremo del paseo.

—¿Ya quieres echar á correr? ¡Tal criatura! Y yo que no puedo dar un paso. Por Dios, Pluma, no ande Vd. tan á prisa.

En el mismo momento Engracia desasió su brazo del de D. Narciso y se dirigió con paso muy ligero al encuentro de sus amigas que se habian anticipado un poco y no llevaban en su compañía á una doña Bernarda que necesitara ser arrastrada.

—¿Ve Vd. que retozona?—dijo esta con mal humor.—¡Oh! no se la puede contener.

Pluma miró al cielo. Tenia el corazon lacerado por aquella violenta emancipacion de la arisca y linda viuda. Resignóse con su cruel destino y continuó tirando de doña Bernarda, que parecia haberse convertido plomo.

—D. Lino nos prometió venir,—dijo Salomé Porreño, jóven celebrada por su belleza, si bien convenian muchos en que no despertaba su vista ningun sentimiento afectuoso.

—Sí,—añadió Susana,—y ha prometido traer á dos caballeros que dice vienen del extranjero.

—¡Cuánta cosa tendrán que contar!—dijo Engracia sin duda por disimular cierta turbacioncilla, que de nadie fué reparada,

Daremos á conocer sucesivamente y conforme el diálogo lo exija á estas damas y á las demás personas que concurrieron á aquella memorable escena campestre. Ya nos es conocida doña Bernarda con su hija, y el nunca bien ponderado Pluma, flor de los petimetres. Además estaba allí doña Susanita Cerezuelo, doña Salomé Porreño, jóvenes ambas que pertenecian á las más esclarecidas familias. Tambien era ilustre, aunque no tan bella como sus tres amigas, Pepita Sanahuja, poetisa fanática por Melendez, la cual deliraba por la literatura pastoril; y completaban la fiesta una dama acartonada y severa de la familia de Cerezuelo y un tal D. Santiago, marqués de no sabemos qué, hombre de edad madura, é incurable idólatra del bello sexo. Algunas de estas personas tendrán participacion muy principal en los sucesos de esta historia.

—¿Puede nada compararse á la hermosura del campo?—decia doña Pepita, cuando elegido el sitio de reposo se sentaron todos sobre la yerba.

—Y eso que aquí no vemos más que un mal remedo de los prados frescos y alegres de que hablan Garcilaso y Villegas. Aquí ni ovejas con sus corderos saltones y tímidos, ni pastores engalanados y discretos, aquí ni arroyos que van besando los piés de las flores, ni dulce son de los caramillos repetido por la selva, ni.....

—Yo creo que es preciso tomar una determinacion,—dijo Engracia riendo.

—¿Qué?

—Prohibir que se hable de cosas pastoriles. Si esta nos va á empalagar todo el dia con sus cayados, sus recentales y arroyos, escusado es haber venido aquí, y no habernos reunido en una Academia.

—Ay Pepa, es verdad lo que esta dice,—exclamó Susanita,—olvídate hoy de tus libros, y deja en paz á los pastores.

—¡Ay hija!—dijo la literata con notable mal humor,—vuestro prosaismo tiene disculpa allá en las casas de Madrid; pero aquí en presencia de la naturaleza, debajo de estos árboles... No sé cómo no os dan ganas de exclamar:

"Mira, Delio; yo tengo un corderillo
Blanco, de rojas manchas salpicado,
Cuya madre, al dejarle en un tomillo,
Murió de un accidente no esperado:
Apliquele á otra oveja".....

—Jesús!—exclamó Engracia interrumpiéndola.

—Esto no se puede soportar. Ya tenemos el pastoreo en campaña. Pepa, por Dios, no nos aburras ahora con tus zagalas y caramillos.

—Mire Vd. señor marqués,—dijo la de Gibraleon con la gravedad de un Jovelanos,—mientras subsistan los tratados que ha celebrado con Bonaparte el ministro Godoy, estamos con un pié en la paz y otro en la guerra ¿Quiere Vd. que le diga mi opinion? Pues España debia entrar en relaciones con Pitt y unirse á la Inglaterra para...

—Por los mártires de Alcalá, doña Antonia—exclamó doña Bernarda interrumpiendo la profunda opinion de la diplomática,—no me hable Vd. del inglés; ese es peor que todos. No quiero nada con esos luteranos ateos ¡Que Mahoma cargue con ellos!

—Sin embargo, Albion.....—dijo doña Antonia picada de la estrafalaria interrupcion de aquella mujer profana, agena á los grandes secretos de la diplomacia,—Albion es un país poderoso, y los ingleses muy buenos hombres de Estado. Mi esposo tenia relaciones con Pitt el mayor y con Burcke; y yo misma he tratado aquí en Madrid á.....

—Por Dios Antoñita,—exclamó con evidente horror doña Bernarda,—¿Vd. ha recibido en su casa á esa gente anglicana? Yo tengo idea de que todos son perdidos, charlatanes y mentirosos. No hay más que oirles aquella lengua estropajeada para conocer que no pueden hablar verdad.

—¡Qué error!—dijo la diplomática riendo de la ingénua ignorancia d su amiga.

—Es indudable que los ingleses saben lo que se hacen,—añadió el marqués para que la de Gibraleon comprendiera que él tambien sabia quién era Pitt y Lord Chatam.

—¿Y el inglés va contra Napoleon?—preguntó impaciente doña Bernarda, ya interesada en la política europea.

—Son enemigos á muerte,—repuso doña Antonia.

—Ellos todos son unos: el hambre y la necesidad. Pero que se entiendan allá en Paris y en Francia y no vengan á revolver á España, que muy bien nos estamos aquí sin batallas. Pues el otro que se viene llamando emperador porque le ganó á los turcos esas batallas de *Mostrenco* y de no sé qué, de que habla tanto la gente.

—De Marengo querrá V. decir,—exclamó doña Antonia riendo de muy buena gana.—En cuanto á los turcos no creo que estuvieran en esa batalla.

—No entiendo yo de esas retóricas. Lo que es el tal Sr. Napoleon sí que es una buena pieza. El padre Corchon, que es el que me ha contado las diabluras de ese hombre, no le llama sino *Nembron* ó no sé qué.

—*Nembrot* será,—indicó doña Antonia que tenia cierta complacencia benévola en corregir las patochadas de su amiga.

—Ahí viene el abate Paniagua con dos caballeros,—dijo el marqués señalando al extremo de la alameda donde se distinguian los tres personajes indicados.

—Ya está ahí D. Lino,—añadió la de Cerezuelo.

—Y vienen con él otros dos,—exclamó Engracia, tratando de disimular la turbacion, que merced á sus esfuerzos por ninguno fué notada.

—Me parece que á uno de ellos lo he visto yo en alguna parte,—dijo Salomé,—aquel más bajo..... El de alta estatura me es desconocido.

II.

—Madamas,—dijo D. Lino al llegar con sus dos amigos frente al grupo, —tengo el gusto de presentaros á estos dos caballeros, que aunque españoles de nacimiento, hace muchos años que viajan por el extranjero, y han visitado todas las córtes de Europa. Ahora vienen á Madrid y me han sido recomendados para que les enseñe las cosas de esta villa, dándoles á conocer en los más célebres estrados.

—Nosotros,—dijo Leonardo,—ya desde este momento podriamos marcharnos, asegurando en presencia de tanta hermosura, que habiamos visto lo mejor de Madrid. Pero más que á partir, este conocimiento que á don Lino debemos, nos induce á quedarnos.

—¿Y qué les parece á Vds. esta córte?—preguntó el marqués.

—Oh! deliciosa, tónica. Ya está esta gente bastante adelantada,—contestó Leonardo.—Las comidas así tal cual; pero las casas veo que ya se adornan con cornucopias y lunas, y van desterrándose las armaduras y los cuadros.

—¿Y no os sorprende la belleza de las madrileñas?—dijo Pluma deseoso de entablar con el forastero un diálogo que le permitiera sacar á relucir su rico arsenal de conceptos y frases galantes.

—En Madrid no hay hoy una cara que se pueda mirar. ¡Qué fealdades! ¡qué groseros ademanes!—dijo Leonardo.

—Es cierto. Eso será favor..... dijeron las damas sin comprender el sentido de la aparente barbaridad que acababan de oir.

—¿Cómo? ¿que no hay hermosura?—dijo Pluma con afectado enojo; pero en realidad contento de que el jóven forastero, cuyo espansivo y simpático carácter podia agradar á las damas, se rebajase en el concepto de estas por su falta de galantería.

—No,—dijo Leonardo.—Hoy en Madrid no hay hermosura. Toda está en la Florida.

—¡Ah! lo decia Vd. por.....—exclamó Salomé, la última que comprendió tan culta y alambicada fineza.

—Pluma,—dijo la de Cerezuelo,—¿tiene Vd. el olor de azahar?

—¡Oh! sí: cómo podia olvidárseme?—contestó el petimetre sacando oficiosamente varios pañuelos y oliéndolos uno tras otro.—Este es clavel, este jazmin... este... Aquí esta el azahar.

Y se lo dió á la jóven, que no bien habia aspirado la esencia, se volvió hácia el marqués diciéndole:

—Sr. marqués: ¿ha traido Vd. las pastillas?

—¿Las quieres de fresa, de goma, malvabisco, de rosa ó menbrillo?—dijo el viejo sacando una caja en que estaba aquel arsenal anti-espasmódico refrigerante.

—De rosa,—contestó la dama, tomándola.

Mientras este diálogo y otros parecidos tenian lugar en el primer corrillo del grupo, en el segundo la diplomática hacia á Muriel la siguiente pregunta:

—¿Y cómo han dejado Vds. ese mundo? ¿Qué se dice por allá del tratado de San Ildefonso? ¿Está todo tan revuelto como parece desde aquí?

—Sí señora,—contestó Muriel.—Lo más doloroso es que por la torpeza de Godoy nos veremos comprometidos en una guerra con Inglaterra, que ya anda en persecucion de nuestros barcos. Napoleon prepara una nueva campaña contra Austria y Prusia.

—Ya me lo presumí,—prosiguió doña Antonia, satisfecha de ver que la conversacion se remontaba á la altura de su talento.—El año pasado por este tiempo dije que Napoleon no se contentaba con ser primer cónsul, sino que aspiraria á puesto más alto, y acerté. Hace tiempo que le veo inaugurar una nueva campaña, y no me equivoco.

—Ciertamente que no.

—Diga Vd., caballerito,—dijo doña Bernarda, haciendo temblar á la diplomática, que se preparó á oir una atrocidad,—¿asistió Vd. por desgracia á la coronacion de Napoleon?

—No, señora; Napoleon no se ha coronado todavía, ni se coronará hasta que vaya el Papa á Paris.

—Pues me habian contado de una ceremonia muy extravagante que hicieron cuando se convirtió en emperador. Dicen que como ha llegado á conseguir la corona por artes del demonio, celebró una funcion para el caso en una iglesia de Paris, despues de haber matado á todos los sacerdotes y quemado todos los santos. Napoleon se puso un manto hecho con pieles de

sapo y una corona de un metal negro ó no sé de qué color; y despues de haber hecho la parodia de quien dice una misa, alzando por cáliz un vaso lleno de brebajes, hizo varias cabriolas, y un paje vestido de demonio le alzaba la cola. Luego las damas, todas muy deshonestas y sin cubrirse el seno, adoraron un cabron que habia puesto en un altar, y todos bailaron con gran algazara, haciendo gestos.... y qué se yo.

—¡Jesús, qué cosa más horrible! ¡qué indecencia!—exclamaron las damas.

—¿Quién le ha contado á Vd. esos despropósitos?—preguntó la diplomática, avergonzada de que los dos forasteros oyeran tales majaderías.

—En eso debe haber exageracion,—dijo Pluma, adoptando como siempre el justo medio.

—El padre Corchon me lo ha contado y él lo debe saber, porque es persona de mucha lectura,—contestó doña Bernarda.

—Señora,—dijo Muriel con gravedad,—parece increible que haya en estos tiempos supersticion bastante para creer tales cosas. Ese padre Corchon que se lo ha contado á Vd., debe ser uno de esos frailes soeces y bestiales que se gozan en turbar el ánimo de las personas buenas y sencillas, llenándolas de supersticiones y extraviando su entendimiento con groseros é indecentes errores.

—Pues se equivoca Vd. grandemente, señor extranjero ó lo que sea,—replicó con mucho enojo doña Bernarda.—El padre Pedro Regalado Corchon no es ningun fraile de misa de once, sino un padrazo que sabe más que los de Atocha. Pluma, Engracia, ¿no habeis oido las pestes que ha dicho este señor del venerable Corchon? ¿Cuándo se ha visto mayor atrevimiento? ¡Llamar bestial á semejante hombre, á un santo... á un sábio que tiene ya escritos catorce libros que pesan cada uno dos arrobas sobre la *Devocion al señor San José*! Pero, Pluma,—añadió más acalorada,—¿no sale Vd. en su defensa? A fé que si el ofendido estuviera aquí no se dejaria maltratar.

—La verdad es,—dijo Pluma tímidamente,—que el padre Corchon es un hombre eminente, es una lumbrera del Santo Oficio á que pertenece.

—¡Ah! ¿es inquisidor?—añadió Martin.—Perdonen Vds. si me ocupo de una persona á quien no conozco; pero esta señora ha atribuido á ese venerable la invencion de la ceremonia que nos ha referido, y eso, con la circunstancia de ser inquisidor, me confirma en el juicio que he formado.

—Concluya la cuestion,—dijo la diplomática, á quien no desagradaba el brusco desenfado de Muriel.—Si inventó la ceremonia diabólica que usted

nos ha contado, amiga mia, esos catorce tomos sobre San José no serán ninguna maravilla. La verdad es que esos señores suelen enseñarnos unas cosas.....

—Pero, Antoñita,—dijo la madre de Engracia,—¿tambien Vd. está contaminada con la heregía? Esas cosas que dicen los extranjeros de Dios y de sus ministros, ¿tambien han llegado á Vd?

—No ha dicho sino que esos señores suelen enseñarnos cosas muy malas, y ha dicho muy bien,—contestó Muriel, saliendo á la defensa de la diplomática, como esta habia salido antes en defensa de él.—Ha dicho la verdad; porque la plaga enorme de clérigos y frailes que tenemos aquí, para desdicha y pobreza nuestra, no sirve para otra cosa que para divulgar los más indignos errores y envilecer al pueblo en la supersticion más horrible. Turba de holgazanes, devoran la principal riqueza de la nacion sin producirle beneficio alguno. No digo que no haya excepciones y que algunos entre ellos no sean modestos y sábios; pero en general son soberbios, ignorantes, lascivos, pérfidos y glotones. La religion en ellos no es más que una mercancía y Dios un pretexto para dominar el mundo. Dueños de la conciencia, se apoderan tambien de la voluntad y todo así les pertenece. Han inventado la inquisicion para aterrar, y el culto primitivo, que era sencillo, lo han hecho teatral y complicado para seducir. Son causa de todos nuestros males, y España merece ser objeto del desprecio universal, si pronto no se cura de esa lepra.

Pronunciadas estas palabras, un solemne silencio reinó en aquella pequeña asamblea, dominada por el estupor. La primera que rompió aquel silencio fué doña Bernarda, que mirando á todos azorada y confusa para leer en los semblantes el efecto producido por tan heréticas y *extranjeras* palabras, dijo:

—¡Pero señor, Dios mio! ¿Se ha escapado este hombre de alguna casa de orates? ¿Pluma, qué dice Vd.? ¿Señor marqués?... Bendito Dios, ¡qué horror! Antoñita, ¿ha oido Vd? Yo estoy temblando todavía. Dios nos ha castigado por haber venido á divertirnos en vez de estar haciendo penitencia. Engracia, ¿no te dije que este dia no podia acabar en bien? Estoy sofocada; si no fuera por este maldito zapato, ahora mismo me iba á rezar á la ermita de San Antonio.

—No se asusten Vds.,—decia D. Lino por lo bajo á las muchachas,—este hombre es algo extravagante. Habla mal de los frailes: no lo puede remediar. ¡Qué le hemos de hacer!

—Su compañero de Vd. es hombre atroz,—dijo Pluma á Leonardo, con

objeto de interrumpir la conversacion que este habia entablado con la hermosa viuda.

—La verdad es que esta conversacion sobre emperadores y sobre frailes no es propia de un dia de campo,—dijo á Salomé la literata doña Pepita.—Cuando el espectáculo de la naturaleza y la belleza de los árboles convida á los entretenimientos poéticos y á recordar los bellos pasajes de los grandes escritores, nada más desagradable que escuchar á este hombre sombrío y brusco.

—Repara con qué atencion le escucha Susana,—dijo Salomé por lo bajo. —Parece que tiene gusto en oir tales desatinos.

—Ya sabes que á Susana le gusta todo lo raro,—contestó la idólatra de Melendez.—Pero qué sosa está la reunion. Tengo unas ganas de saltar sobre la yerba..... No sé yo para qué se han traido la guitarra y las castañuelas.

—¿Y vá Vd. á estar mucho por Madrid?—preguntó á Muriel la diplomática, deseando mudar de conversacion para que se calmaran los agitados nervios de doña Bernarda.

—Tal vez esté mucho tiempo.

—Aquí la vida es muy agradable, y los jóvenes que gustan de divertirse encuentran á cada paso mil ocasiones para ello,—dijo el marqués.

—Es cierto,—contestó Muriel.

—Cuando Vd. conozca bien esta sociedad,—dijo la de Gibraleon,—encontrará mil atractivos.

—¡Ojalá! pero es lo cierto que cuanto más la conozco ménos me gusta.

—¡Qué! ¿No le gusta á Vd. Madrid?—preguntó con viveza Susana, que estaba más cerca del corrillo de la gente grave.

—No señora,—Repuso Martin,—no me gusta nada. La corrupcion y el escándalo no pueden nunca serme agradables: el escándalo de la córte me avergüenza como español y como hombre; la degradacion de la gente oficial, la venalidad de la magistratura son cosas que repugnan á toda persona honrada. Supersticion, frivolidad, ignorancia, holgazanería, mengua, esto y nada más es lo que veo aquí. Por un lado se me presenta una aristocracia superficial, sin talentos, sin carácter, ó envilecida á los piés del trono, ó rebajada en contacto con la plebe. Sólo se ocupa en indignas aventuras ó en bárbaros ejercicios. Los jóvenes de esa clase no pueden ser más dignos de desprecio. Ni las armas, ni el estudio tiene para ellos atractivo; y sólo en modas ridículas y en toda clase de necedades buscan pasatiempo. En las clases acomodadas hallo iguales vicios y una inmoralidad nunca vista. Creen que son buenos porque son devotos, y juzgan que un imbécil fana-

tismo les absuelve de todo. Por otra parte veo un clero que se encarga de sancionar tanta miseria, con tal de tener á la sociedad entera bajo sus piés; y entre tanto sólo en la plebe hallo un resto de nobleza y de virtud. Hoy la plebe con todos sus vicios vale más que las otras clases, y con ella simpatizo más, no sólo por lo que en ella encuentro de bueno, sino porque aborrece todo lo que yo aborrezco.

A estas palabras siguió igual silencio que á la invectiva contra los frailes. La de Gibraleon no se atrevia ni á contradecir ni á aprobar aquella violenta y desusada opinion. No dejaba de agradarle la atrevida verbosidad del jóven filósofo, aunque no participaba de sus ideas. Creyó que lo más propio en aquella ocasion, no era contradecirle ni apoyarle, sino demostrar que ella tambien tenia talento, para lo cual estaba pensando una contestacion y reconcentraba sus grandes ideas diplomáticas.

—Pluma, pero Pluma,—exclamó doña Bernarda muy afligida,—¿no oye Vd. lo que dice este caballero? ¿No le contesta Vd. que tiene tanta chispa, y sabe decir tan buenas cosas cuando viene al caso? Pluma, ¿para cuándo quiere Vd. ese pico de oro?

Pero el buen Pluma no se cuidaba ni de su presunta suegra, ni de las heregías de Martin. Tenia fijos los cinco sentidos en la conversacion que Leonardo sostenia con Engracia, sin que esta mostrara la ruda y arisca repulsion que el petimetre lloraba sin consuelo desde mucho tiempo.

Susana prestaba atencion muy fija á las palabras de Muriel, sin duda porque encontraba en ellas el atractivo de la novedad.

—¿Quieres pastillas de goma ó de tamarindo?—le dijo el marqués presentándole la caja.

—No quiero nada,—contestó bruscamente la dama.

III.

Conviene que el lector conozca algunos pormenores del carácter de esta interesante jóven, que ha de encontrar repetidas veces en el largo camino de esta historia. La hija única del conde de Cerezuelo era una hermosura majestuosa, y si no fuera impropiedad, diriamos varonil. Su airoso y arrogante ademan recordaba las heroinas de la antigüedad, por cuyas venas corria mezclada la sangre humana con la de los dioses. En su rostro habia cierta expresion provocativa, como si la superioridad de su belleza insultara perpétuamente á la vulgar y prosáica muchedumbre; y esta belleza era más severa que graciosa, pertenecia más al dominio de la estatuaria que al de

la pintura. De su madre, que era una dama valenciana de perfecta hermosura, habia heredado el suave tinte oriental del rostro y la meláncolica expresion propia de la raza que en la costa del Mediterráneo perpetúa el tipo de la familia arábiga; pero en general la jóven á quien retratamos llevaba impreso en su frente el sello de la hermosura clásica. En su rostro se pintaba fielmente la fase principal de su carácter que era el orgullo. Sus ojos al mirar parecian conceder un especial favor; y el aliento que dilataba alternativamente las ventanas de su correcta nariz, sacaba de su pecho el desden y la soberbia, lo único que allí habia. El efecto causado en general por su presencia era grande, y más bien infundia admiracion que agrado. Ninguna pasion inspiró que estuviera exenta de temor, y los idólatras de aquella insolente hermosura, los que habian explorado su corazon, experimentaban hácia ella un sentimiento, que no podremos expresar mientras no haya una palabra en que se reunan y confundan las dos ideas de amar y aborrecer.

Cautivaba especialmente á cuantos la veian por su elegante y esbelto cuerpo, cuyas actitudes, sin ninguna afectacion ni artificio de su parte, sino por el instinto que acompaña á la elegancia ingénita, se determinaban siempre en artísticas y armoniosas líneas. Recordaba á la Maja de de Goya, la Vénus de Lavapiés, que desde lo más alto del gran salon de la Academia muestra su voluptuoso continente á los ojos estáticos de los pobres frailes de Zurbaran, que aún no se han escandalizado de tal compañía. Lo fundamental en el carácter de Susana era el orgullo de raza y de mujer que á nada se doblegaba. Acusábanla muchos de ser insensible á toda ternura, y hacian notar en ella una circunstancia espantosa, que de ser cierta daria muy mala idea de su alma: decian que ofrecia la singularidad, inconcebible en su sexo, de no amar ni á los niños. No hacian efecto en ella las preocupaciones, y tenia un despejo y una claridad de inteligencia, que eran cosa rara en la época de las falsas ideas. Nadie le imponia su yugo; no se dejaba dominar por el amor, ni por la religion, y amaba la independencia física y moral, sin que por esto hubiera mancha alguna en su honor, ni en su conciencia, porque el orgullo era en ella tan fuerte que hacia las veces de virtud. Hija única, disipaba una gran parte de la fortuna de su padre, y vivia rara vez en Alcalá donde se aburria, y casi siempre en Madrid en casa de su tio. Frecuentaba las más célebres tertulias, y rodeada por una córte de petimetres, se aventuraba de noche en los laberintos de Maravillas, porque le causaban particular agrado las fiestas y costumbres del pueblo. Vivia en medio de la frivolidad general, festejada

por insulsos galanes, entre la gente afeminada ó ridícula, que componía aquella sociedad, no impelida hácia nada noble y alto por ninguna grande idea. Tal era la hija del conde de Cerezuelo.

Pero mientras nos hemos detenido en describirla, han pasado en el grupo cosas que merecen especial mencion. El aburrimiento de D. Narciso Pluma por el íntimo diálogo que habian entablado Engracia y Leonardo, rayaba en desesperacion. El cuidaba de interrumpirles, haciéndoles una pregunta intempestiva de tiempo en tiempo; pero eran tan picantes las respuestas de la viudita, que el pobre pisaverde miraba al cielo con angustia y hubiera deseado tener la aérea condicion de su apellido para volar en alas del aura á satisfacer su ideal amoroso en regiones más altas y puras.

—Pluma: cotorrée Vd. á Engracia. ¿Qué hace Vd. ahí hecho un niño del Limbo?—decia doña Bernarda al desesperado galan.—¿No ve Vd. como charla con ella el hombre ese que ha venido con este herejote? Y la muy pícara esta cuajada oyéndole! Esto no se puede sufrir... Pero, Pluma, ¿qué hace Vd.?... Vaya, vaya. Buena gente nos ha traido aquí el bueno de don Lino!

Mientras esto decia doña Bernarda, la literata, que no habia podido resistir mucho tiempo á la tentacion de hacer algun idilio, corria entre las matas jugando al escondite con D. Lino y con la de Porreño. Habia tejido con varias flores una corona, que puso en las sienes del complaciente abate, dándole el pastoril nombre de Dalmiro, y diciéndole con afectada entonacion y un mover de ojos muy teatral.

"¿Como, Dalmiro, tanto has retardado
Tu vuelta á la majada
Que aguardándote estoy desesperado?
Sin dueño tus terneros,
Por las vegas y oteros
Descarriados braman....."

Y el pobre Paniagua, hecho un Juan Lanas, riendo como un simple y declamando con movimientos coreográficos, le contestaba.

"Ay, Coridon amigo! Si tú vieras
Lo que yo he visto, más te detuvieras,
Y acaso, tu redil abandonado,
Trocaras el cayado
Por cinceles sonoros....."

Esta escena grotesca hacia reir á los que desde alguna distancia la contemplaban. El abate, coronado de flores, con su trage negro, su rara

figura, yla risa convulsiva que le producia la agitacion del baile y lo nécio del papel que estaba representando, parecia un verdadero payaso. La literata no reia, sino que por el contrario tomaba muy por lo sério su papel de pastora. Habia en ella una especie de iluminismo, y su imaginacion tenia poder bastante para dar realidad á aquella farsa empalagosa. Alguien decia que estaba demente. Su manía la extravió aquel dia hasta el punto de fingir que apacentaba un rebaño, y D. Lino fué tan sandiamente bueno que se prestó á hacer el papel de oveja, y era cosa que inspiraba á la vez risa y compasion oirle balar entre las ramas imitando con prodigiosa exactitud al manso animal. Despues ladraba andando de cuatro piés, y entre los tres hacian la pantomima de encerrar el ganado, ceremonia que presidia doña Pepita diciendo con gravedad contemplativa.

"Ya el héspero delicioso
Entre nubes agradables,
Cual precursor de la noche
Por el horizonte sale".....

IV.

Dos pajes, que hasta entonces se habian mantenido á una respetuosa distancia, sacaban de dos enormes cestas la comida, hábil y suntuosamente preparada en casa del tio de Susanita. Los corpulentos zaques preñados del mejor vino de Yepes y de Valdepeñas, salieron en compañía de las olorosas magras, que bien pronto ocuparon hasta media docena de grandes fuentes de plata. El agua serena, limpia y sutil de la fuente del Berro traspiraba por los poros de grandes alcarrazas; y los dulces, las pastas, las tortas y las frutas, puestas en vistosos canastillos, alegraban la vista y el estómago. Un paje tendia los manteles sobre el cesped, y en las manos de otro resplandecia un puñado de tenedores de plata, que á estar en la diestra del febeo Pluma, le hubieran asemejado al Dios Apolo esgrimiendo los rayos del sol. Empleamos esta figura, porque algo parecido cruzó por la mente del aturdido jóven en aquellos momentos. El hubiera descargado mil rayos sobre la frente de Leonardo, cuya conversacion con doña Engracia tocaba ya los peligrosos límites de la familiaridad. D. Narciso durante la comida (que no relataremos porque los pormenores culinarios de la fiesta nada han de influir en los sucesos de esta historia) recordaba que habia visto el semblante de su improvisado rival en alguna parte. Por más

que se calentaba la sesera, no podia recordar donde le habia visto. Al fin creyó recordarlo y dijo:

—Sr. D. Leonardo, aquí estaba pensando..... Me parece que esta no es la primera vez que nos vemos.

—No sé, no recuerdo,—contestó Leonardo, temeroso de que se descubriera el pastel de su supuesta condicion forastera.

—Sí; me parece que no estoy equivocado. ¿No vive Vd. en la calle de Jesús y María?

—Yo, que disparate! Jamás supe donde está tal calle,—dijo Leonardo esforzándose en parecer sereno y consiguiéndolo sin gran trabajo.

—¡Qué casualidad! Pues he visto allí uno que se parece tanto á Vd..... Yo conozco unas costureras del piso tercero, que me hacen corbatas y bufandas, y algunos dias que he ido allí, recuerdo..... tengo una idea de cierto escándalo.....

—¡Oh! Vd. me confunde con algun.....—repuso Leonardo volviéndo el rostro y dirigiendo la palabra á Engracia.

—Pero Pluma, por Dios,—dijo doña Bernarda en voz baja y tirándole de la casaca.—Esa niña merece que la desuellen viva: no vé Vd. como cotorrea con ese mozalvete. ¡Ah! Por el Santo Sudario. ¡Cuándo volveré yo á fiestecitas á la Florida!

—A ver quien templa la guitarra. D. Lino Vd.,—dijo una de las muchachas.

D. Lino, que contaba en el número de sus funciones la de templar las guitarras para que otros cantasen, cogió el instrumento, y rasgueando noc mucho primor estiró y aflojó las cuerdas, dejándolo en perfecto estado. Despues comenzó la cuestion sobre quién cantaba primero, y más aún sobre qué cancion merecia los honores de la preferencia. «Pluma, Vd.» «Susanita, tú.»—«Vamos, D. Lino.»—«Anímese Vd., Pepita.»

Todos se resistian á empezar. Además, cada cual queria una cancion distinta.—*El frondoso*, decia uno.—No; es mejor *El codicioso*, decia otro. —¡Ay que tonteria!—Cantemos *El bartolillo*.—*La urna* es mejor.

—Por Dios, canten *La pájara pinta*. Pluma, ¿no sabe Vd. *La pájara pinta*?—dijo doña Bernarda.

—No señora. Si no estuviera ronco cantaria el *Pria che spunti* de Cimarosa,—contestó Narciso, que sólo admitia la música *de etiqueta*.

—Déjese Vd. de esos lenguarajos. No me canten en inglés. *La pájara pinta*. Susanita, Vd.

—Que cante D. Narciso,—dijo vivamente Engracia, entregando la guitarra al petimetre.

—¡Oh! no: estoy ronco, no puedo....

—Vamos Pluma, *Pria che spunti*,—dijo Susana.

—¡Oh! sí: no nos prive Vd. de oir su hermosa voz,—dijo Leonardo, á quien hacia Engracia señas muy significativas sobre el espectáculo que se preparaba.

Por fin, que quieras que no, y haciéndose de rogar, para dar más valor á la complacencia; despues de mil escusas y de asegurar que iba á hacerlo muy mal, Pluma tomó la guitarra, limpió la garganta, miró al cielo, luego á Engracia y entonó el *Pria che spunti*. No podemos pintar los visajes, los movimientos del petimetre mientras sus exprimidos pulmones y su frágil garganta se esforzaban en emitir la inmortal cancion. El queria hacerlo de un modo tan fino, tan *de etiqueta*, tan clásico que se convertia en una verdadera caricatura. La viuda contenia con dificultad la risa, y Leonardo hacia demostraciones de gran admiracion. La diplomática no podia ménos de dar á entender que aquello era muy superior á *La pájara pinta*; y el marqués tambien hacía lo posible para pasar por culto, aunque en realidad preferia cualquier seguidilla. Cuando el músico concluyó, le aplaudieron á rabiar, especialmente Leonardo, que aseguró no haber oido nunca cosa semejante.

—Es bonito, sí,—dijo doña Bernarda,—pero esa manía de cantar las cosas en inglés.....

—No es sino italiano,—se apresuró á decir doña Antonia. —¡Oh! Mi padre alcanzó á Farinelli y decia que era una cosa..... ¡ah!

Salomé cantó unas seguidillas despues de mucho ruego, y la de Sanahuja, sin que se lo dijeran dos veces, cantó una larga y soporífera tonada pastoril, que no gustó más que al abate, el único que no se podia permitir estar descontento. Luego retozaron de lo lindo, volviendo Pepita á representar su farsa bucólica ayudada por el abate y la de Porreño, que por lo insulsa era muy á propósito para el caso.

El petimetre creia haber producido gran sensacion en todos, mas no en la viuda, que despues de haber oido á Cimarosa, estaba más arisca que nunca. Pluma, desesperado al fin, se decidió á ser infiel, despues de meditarlo mucho, y fué derecho á Susanita para tomarla por pareja en el momento que se iba á bailar; pero esta lo rechazó sin cumplimiento alguno, prefiriendo á Muriel, que en el mismo instante la invitaba. Corrido y confuso, Pluma no tuvo más remedio que bailar, ¡cielos! con la literata, que no cesaba de llamarle Dalmiro, Silvano, Liseno, Coridon.

—¿Quién es ese hombre ridículo?—preguntaba Martin á su hermosa pareja.

—Es uno de los primeros galanes de la córte, un jóven del mejor gusto,—contestó Susana.

—¿Y en qué se ocupa?

—¿En qué se ocupa? Es rara pregunta. En nada. Pues qué, las personas de etiqueta, ¿necesitan ocuparse en algo?

—No sé qué tienen para mí los jóvenes de esta clase,—dijo Martin tratando de atenuar con una sonrisa la gravedad de lo que iba á decir.—Es tanto lo que les ódio, que les daria de bofetadas de buena gana, y por el más ligero motivo. Les aplastaria como se aplasta, no á las culebras dañinas y venenosas, sino á los sapos y á los gusanos que no hacen mal alguno.

La hija de Cerezuelo clavó sus ojos negros y vivos en el semblante de Muriel, escrutando con atenta curiosidad aquel carácter que se le presentaba con rasgos tan originales.

—Es Vd. una fiera,—dijo con mucha seriedad.

—No,—contestó Martin.—Pero la frivolidad de estos preciosos ridículos me irrita. Yo soy así. Aborrezco con mucha violencia; y no puedo negarlo, hay gentes que deberian desaparecer de la sociedad.

—Pues se va Vd. á quedar solo,—dijo Susana riendo.

Muriel no pudo ménos de meditar un buen rato en la profunda verdad que encerraba aquella respuesta. ¡Solo!

—Quisiera encontrarme frente á frente con todos los petrimetres de Madrid,—dijo despues.—Les temeria tanto como á un ejército de hormigas.

—Veo que les tiene Vd. tan mala voluntad como á los frailes.

—Sin duda..

El minueto comenzó, y fué bailado *tónicamente*.

—Pero Pluma,—decia doña Bernarda,—está Vd. hoy hecho un majagranzas. ¡Y mi hija bailando con ese Juanenreda! ¿Pero Vd. consiente esto? Pues digo..... ¡Y Juanita con el otro! ¡Santa Vírgen del Tremedal, qué par de enemigos nos ha traido el tal D. Lino!

—¿Quieres pastilla de rosa ó de fresa?—preguntó el marqués á la de Cerezuelo, presentándole la cajita.

—No quiero sino de limon,—repuso Susana.

—De limon no he traido, hija. ¡Mira qué casualidad!

—Nunca trae Vd. lo que yo deseo. No puedo fiarme de Vd. para nada, señor marqués,—contestó con mal humor la dama.

Ya la conversacion de Leonardo con Engracia llamaba la atencion de todos. Discurrian por las alamedas inmediatas, aparentando tomar parte en

el inocente juego de Pepita, que hacia becerrear al abate, obligándole á desempeñar el papel de ternera. Pluma cogia el cielo con las manos, y acudia á Susana; pero esta gustaba más de la conversacion de Martin, cuya feroz antipatía á los petimetres y á los frailes no le causaba mucho horror.

V.

Muriel, paseando con ella á alguna distancia del marqués, de doña Bernarda y de la diplomática, que habian entablado de nuevo su debate sobre Napoleon, consideraba las vicisitudes humanas, y los singulares cambios que se ven en la vida. Aquella dama, que tranquilamente iba á su lado, era hija de una de las personas á quien él más aborrecia; perpétuo enemigo y verdugo del desdichado mártir que espiró en la cárcel de Granada. Ella, que era el orgullo mismo, aceptaba el brazo de un desconocido, cuyo nombre era infamante para la familia; y tal vez le juzgaba persona de categoría. Muriel vió en la coincidencia algo de irrisorio, y se burlaba interiormente de tan extraño capricho del destino, que se complacia en juntar por los lazos de la galantería y merced á un engaño, lo que en la sociedad no podia juntarse nunca, el amo y el siervo, el verdugo y la víctima. Al mismo tiempo, orgulloso de semejante escena, sentia aplazado ó atenuado su rencor á la familia de Cerezuelo; y en el error de la dama, que conversaba con él como si fuera su igual, creia ver algo parecido á una humillacion por parte de ella, y á una venganza por su parte. ¡Qué broma de la suerte habia en aquel minueto bailado alegremente en un jardin por los dos jóvenes!

La impresion que la belleza de Susana le produjo más fué de sorpresa que de afecto. Contempló en silencio y con curiosidad á la persona de cuyo carácter tenia tan mala idea, y mientras más la veia, más deseaba tratarla. Por lo poco que la habia oido hablar más bien le parecia tonta que soberbia, y no creia que su orgullo tan decantado fuera realmente temible. Paseando con ella fué cuando se fijó mejor en su rara y majestuosa belleza. Y por más que se diga, por más que él despues haya contado que la presencia de la jóven no le produjo efecto alguno, no es posible creerlo. Aún podria asegurarse que Muriel sintió, si no amor, una especie de presentimiento de un futuro afecto; presentimiento que el amor como todas las desgracias envia siempre por delante. Pero esto fué muy vago. Él no podia nunca sentir un verdadero cariño hácia ningun individuo de aquella familia. La belleza de Susana podria inducirle á perdonar; pero no á transigir. Como él no se arredraba por nada, y sabia arrostrar impasible lo mismo la indiferen-

cia que el ódio de las gentes, resolvió descubrirse á ella, más por curiosidad que por deseo de humillarla. Queria saber cómo soportaria su orgullo la idea de haber bailado con el hijo de Pablo Muriel, muerto en la cárcel de Granada. La ocasion para descubrirse se la presentó ella misma cuando un poco alejados en su paseo de los otros grupos, le preguntó:

—¿Y se detiene Vd. en Madrid para algun negocio? ¿Se va Vd. á estar mucho tiempo?....

—Sí, traigo un asunto que arreglar. Ya otra vez estuve con una pretension parecida, y nada logré.

—¡Ah! Ya comprendo: pretende Vd. en palacio.....

—No: no pretendo ningun destino. Sólo aspiro á que se me pague una deuda.

—¡Ah! Eso es un buen asunto si se consigue.

—A mi padre le debia cierta persona de aquí una gruesa cantidad: mi padre murió y vengo á cobrarla.

—Pues eso no será difícil.

—Sí, señora, es difícil. Necesito recomendaciones y amistades.

—Tal vez pueda yo recomendarle,—dijo Susana con algun interés.—Quién es la persona?

—El conde de Cerezuelo.

—¡Mi padre!—exclamó la dama parándose y fijando en Martin sus atónitos ojos.

—¡Ah! ¿es Vd. su hija?—dijo Martin afectando sorpresa y separándose un poco de Susana.

—Sí,—dijo con severidad la jóven.—¿Y Vd. quién es?

—Yo soy,—contestó Martin fingiéndose humilde,—hijo de aquel que fué encerrado en la cárcel de Granada por la maldad y la envidia de amigos oficiosos de la persona á quien servia. ¡Oh! ¡Nosotros hemos padecido mucho!

—Vd. es hijo de Muriel,—exclamó Susana apartándose de Martin con cierta expresion que á este le pareció de horror.

—Sí: yo soy. Cuando mi padre estaba preso, en vano pedí al señor á quien servíamos que fuera indulgente y bondadoso con quien no merecia ser equiparado con los grandes criminales. Nada conseguí. Hemos sido tratados con mucha dureza, señora! Vds. han sido crueles hasta el último grado con mi familia; y tanto, que hasta me preocupa la suerte de mi pobre hermanito, en poder hoy de los que tanto nos han perseguido. Vd. no puede haber aprobado lo que han hecho con nosotros.

Sea que Muriel se dejara llevar de su apasionada condicion, sea que tu-

viera de repente el propósito de aterrar á Susana; lo cierto es que se expresaba en un tono de reprension tal, que puso á la jóven en el último punto de su indomable soberbia. Entre airada y atónita no supo en los primeros momentos qué contestar; mas repuesta bien pronto, dijo:

—¿Pero qué farsa es esta? Como habia yo de figurarme que era Vd. un.....

—Dígalo Vd. todo,—añadió Martin perdiendo su calma.

—Ya sabia yo que tenia Vd. el arte de embaucar á las gentes; en casa se sabia que el hijo era digno de su padre. ¿Cómo ha tenido Vd. valor para hablarme? Es preciso no tener idea de lo que son los respetos sociales para atreverse á..... Sólo ocultando su nombre, sólo cubriéndose con la apariencia de persona..... ¡Oh! ¡Esto es repugnante! ¿Usted me conocia?

—Sí,—contestó Muriel complaciéndose en humillar todo lo posible á la hija de Cerezuelo.—Y si viera cuánto he disfrutado viéndola á Vd. á mi lado, hablando familiarmente conmigo, y sobre todo cuando bailábamos....

La entereza característica de Susana no pudo ménos de vacilar un poco ante la insolencia de Martin. Acostumbrada al dominio moral, se turbó ante un orgullo mayor que el suyo.

—¿No es verdad,—continuó Martin con sarcasmo,—no es verdad que se ven cosas muy raras en el mundo?

Susana se irritó más con aquella burla, y lanzó al jóven una mirada de desprecio, que hubiera aturdido á otro ménos sereno.

—Haga Vd. el favor de retirarse,—dijo con una cólera grave y solemne como la cólera de los reyes de la leyenda antigua.—Es terrible verse una dama insultada de este modo por un hombre irrespetuoso é insolente que así olvida su clase y se burla de las personas á quienes debe el pan que ha comido.

—¿Burlarme? no,—dijo Muriel,—yo no me burlo de esas personas; las detesto y las desprecio.

—Su padre de Vd. falsificaba documentos y hacia desaparecer fondos agenos; pero no insultaba á las personas de que dependia. Vd. reune á los crímenes de su padre la desvergüenza y la arrogancia. Felizmente no necesitamos los servicios de ningun Muriel, y puede Vd. buscar otros amos á quien engañar é insultar al mismo tiempo.

—¡Ah víbora!—exclamó Martin con furor y ademan de amenaza.—Yo juro que me la habeis de pagar, tú y tu padre, ¡raza de Caines!

Y diciendo esto volvió la espalda y se marchó muy aprisa tomando el camino que conducia fuera del jardin, mientras Susanita se dirigia á sus amigas, y pedia, para calmar su agitacion, al marqués una pastilla de goma, y á Pluma el olor del azahar.

CAPÍTULO V.

Pablillo.

I.

A muy corta distancia de Alcalá, y siguiendo hácia el Norte la carretera de Aragon, sola, imponente y triste, expuesta á todos los vientos, inundada de sol y constantemente envuelta en torbellinos de polvo, estaba la casa de Cerezuelo, donde en la época de esta historia vivia retirado de las gentes el Sr. D. Diego Gaspar Francisco de Paula Enriquez de Cárdenas y Ossorio, conde de Cerezuelo y del Arahal, marqués de la Mota de Medina, señor de la puebla de Villanueva del Arzobispo, etc., etc..... Del ancho portalon, y mejor aún desde las ventanas altas, que sin ninguna simetría y atendiendo más á la comodidad interior que al ornato, habia puesto en la fachada el arquitecto de tan raro y sólido edificio, se veian perfectamente las inmensas llanuras, propiedad de la casa, que se extendian hácia el Norte en direccion de la sierra.

Sobre aquellas tierras, pautadas simétricamente por el arado, llanas, sin árboles, alguna vez recorridas por un macilento rebaño, se espaciaban todas las mañanas los aburridos ojos del conde. Volviendo el rostro hácia la izquierda se abarcaba de un golpe de vista la ciudad de Alcalá de Henares, cuyas primeras casas apenas distarian de allí un tiro de ballesta. Las torres, las cúpulas y los campanarios de sus conventos é iglesias, los cubos almenados de la casa arzobispal, los arbotantes de San Justo, el fronton de San Ildefonso, extremidades más ó ménos altas de las construcciones elevadas allí por la piedad ó la ciencia, daban magnífico aspecto á la ciudad célebre, que inmortalizaron Cisneros con su Universidad y Cervantes con su cuna.

El conde de Cerezuelo se habia retirado de Madrid, buscando un término medio entre la soledad completa y el bullicio cortesano. Alcalá le ofreció un retiro agradable, sin privarle del trato de las personas discretas, y

allí se fijó, trabando gran amistad con los frailes de San Diego, los capituares de San Justo y los famosos maestros de San Ildefonso. Pero al conde le entró una invencible melancolía; fué poco á poco alejando de su casa á toda aquella ilustre muchedumbre que le visitaba, y al fin se aisló por completo, dando que murmurar á las gentes, y con especialidad á aquellos que se vieron privados del chocolate de la casa condal. Cerezuelo, de cortesano y amable que era, se fué trocando en áspero é hipocondriaco: trataba mal á sus sirvientes, y reñia con todo el mundo, menos con su hija. En cuanto á su hermano D. Miguel, persona recomendable por su religiosidad y modestia, siempre conservó buenas relaciones con el primogénito. Tambien aquel era rico, y segun de público se decia, bastante avaro.

El conde pasaba de los sesenta años: su aficion á la caza habia desaparecido, y sólo mataba á ratos el fastidio de su existencia, leyendo algun piadoso libro, ó revisando grandes legajos de cartas y cuentas, para ponerlas por órden. Un clérigo de San Justo le decia la misa en su propia casa, y las pocas veces que salia, apenas andaba cuarenta pasos por el camino de Aragon, apoyado en el brazo de su mayordomo ó administrador, D. Lorenzo Segarra, persona importante, de quien es preciso dar al lector algunas noticias. Pues no se sabe qué arte empleó este hombre para poseer en absoluto la confianza del conde, que era el sér más receloso y suspicaz.

Sea que en realidad Segarra le sirvió bien, sea que, cansado y melancólico, el conde resignara con hastío su autoridad señorial en el mayordomo, lo cierto es que este manejaba la casa en la época á que nos referimos, y cuanto hacia era aprobado sin el menor obstáculo. Los señores, como los reyes, tenian sus favoritos, y como aquellos la flaqueza de entregar el poder en manos de un hombre habilidoso que supiera hacerse camino, ya por el mérito, ya por la adulacion. No es de este lugar decir si Segarra administraba bien ó mal: lo cierto era que aparentemente todo iba á pedir de boca: las deudas antiguas se habian pagado, las rentas se cobraban con puntualidad, y las arcas de la ilustre casa estaban repletas, como las del Erario en tiempo de Fernando VI.

Dos meses antes del dia en que suponemos comenzada esta historia, Segarra se presentó ante su amo con unas cartas abiertas, y expresando en su semblante el mayor asombro.

—¿Qué hay?—preguntó el conde, alzando sus ojos del *Flos Sanctorum*, donde leia los milagros y prodigios de San Benedicto, el que construyó el puente de Aviñon.

—La cuestion con Muriel ha terminado, señor,—dijo Segarra, sentándose,

—¿Ha terminado? ¿Cómo? ¿Ha sentenciado en su favor la cancillería? No puede ser: todos los oidores están de parte mia.

—Es verdad; pero otro juez se ha encargado de fallar este asunto. Muriel ha muerto.

—¡En la cárcel! ¡Infeliz!—contestó el conde con la mayor sorpresa.—Ya es tiempo de perdonar. Segarra, un *Padre nuestro.*

Y ambos elevaron al cielo la oracion dominical, seguros, sobre todo el conde, de que Muriel necesitaba de ella.

—A ver; cuenta cómo ha sido eso.

—Nada más sencillo: amaneció difunto en la cárcel, imposibilitando así el golpe de la justicia.

—¿Y qué más justicia? En fin, malo ha sido,—dijo Cerezuelo;—pero olvidémonos de sus faltas, puesto que Dios se lo ha llevado. No quiero guardarle rencor, porque yo me muero mañana.....

La melancolía fundamental del conde consistia en creer cercana su muerte, y su espíritu se apegabaá esta idea, sin que los consuelos de la religion bastasen á apartarle de su tenaz pensamiento. Verdad es que estaba bastante achacoso y vivia mortificado, si no por la gota, como todos los nobles de antigua raza, por unos alarmantes é invencibles ahogos, que le confirmaban en su fatalismo. «Yo me muero mañana,» decia todos los dias, y el solícito mayordomo se esforzaba en convencerle de lo contrario, adulando su dudosa salud, despues de haber adulado su innegable nobleza.

—Señor, siempre está usía con el mismo tema,—dijo.—Yo quisiera tener su salud y disposicion. ¡Hablar de muerte, cuando tiene las piernas más listas que un gamo y podria ir de aquí á Meco y volver sin sentarse!

—¡Ah!—repuso el conde tristemente,—no me puedo mover. Me parece que estoy ya en la sepultura y no pienso más que en mi Dios..... Pero dí: ¿no se sabe lo que Muriel decia de mí cuando estaba en la cárcel?

—No lo sé; pero supongo diria mil atrocidades. Basta recordar á aquella alma negra y cruel, que no conocia la gratitud, ni era capaz de ningun sentimiento bueno.

—Me maldeciria sin duda. ¿Sabes que lo siento?

—Eso prueba el buen corazon de usía,—contestó el favorito;—pero en verdad D. Pablo no era digno de compasion. Si á tiempo no acudimos, él hubiera consumado la ruina de todos los estados de Andalucía. Era un hombre que se vendia por cuatro cuartos, y así falsificó aquellos documentos para que la parte contraria..... ¿Mas para qué es hablar? No hay más

que vér sus cuentas para comprender cuánta iniquidad, cuánta bribonada, cuánta mala fé habia en aquel hombre.

—En fin, Lorenzo, ya se ha muerto: dejémosle en paz,—dijo el conde que sin duda queria estar bien con los manes del pobre difunto.

—Pero es que ese hombre es insolente hasta despues de muerto. ¡Qué atrevimiento! Hay personas que no escarmientan nunca á pesar de los más terribles castigos, ni tienen en cuenta la dignidad de la familia á quien sirven, ni.....

—¿Pero qué es ello?—preguntó con inquietud el conde.

—La última irreverencia de ese hombre. Ya sabe usía que era lo más insolente del mundo. Usía recordará cuando tuvo el valor de estampar en una carta, que él tenia «tanto honor como su amo.....»

—Bien; ¿pero qué ha hecho?

—Usía sabrá que el más pequeño de sus dos hijos vivia con él en la cárcel. Parece que el más viejo ha muerto hace poco tiempo en Madrid: ya; era un hombre lleno de vicios. Pues bien: D. Pablo, conociendo cercano su fin, y considerando que el muchachejo iba á quedar solo en el mundo, lo manda..... ¡á usia! á usía mismo para que lo crie y lo eduque.

—Eso es muy singular.

—No parece sino que ya no hay hospicios en el mundo. Esto es un insulto.

—¿Sabes que no sé qué pensar de esto?—dijo Cerezuelo meditabundo y más inclinado á la compasion que á la cólera.—Me envia su hijo á mí, que le he perseguido, á mí que le he.....

—Pues: ni más ni ménos. Los motivos que tuvo para semejante desacato, los dice en esta carta que dirige á usía, y que ha traido el mismo portador del muchacho, un arrendatario de Ugijar.

—¿Luego el chico está ahí?—preguntó el conde tomando la carta.

—Sí: ahí está. Mandaré que lo lleven al instante al asilo de Alcalá ó al hospicio de Madrid.

El conde leyó la carta, que decia así:

«Señor: Encerrado en esta cárcel hace cuatro meses, privado de todos los medios para poner en claro mi inocencia; conociendo que mi fin está cercano, y habiendo sabido que mi hijo Martin es muerto en Madrid, he cavilado mucho tiempo sobre la suerte de este pobre niño que tiene parte en mi prision y en mi miseria, aunque ninguna tiene por su corta edad en mi deshonra. Me hallo abandonado de todos, sin parientes ni amigos, y he pensado al fin que no debo pedir proteccion para esta criatura más que

á usía, cuyo buen corazon no desconozco, aunque me ha perseguido, tal vez mal informado por las personas que le rodean. Si alguien se propuso perderme, nadie puede tener interés en que este niño sea desamparado. Seguro, y animado por una voz que sale de mi corazon, lo pongo en manos de usía, para que no haya cosa alguna de mi propiedad que no esté en poder de mi señor. Muero en Dios y perdono á mis enemigos.—*Pablo Muriel.*

—¿Qué te parece esto?—preguntó el conde que hacia tiempo habia abdicado hasta su opinion en manos del favorito.

—Me parece muy insolente,—contestó el mayordomo.

—Pues á mí me parece sobrado humilde. ¿No te llama la atencion como ni me acusa, ni se queja de lo que se ha hecho con él? Bien sé que es merecido; pero.....

—¿Y no cae usía en la intencion de sus palabras?—dijo Segarra.—Da á entender que usía le ha quitado todo, cuando él es.....

—Sea lo que quiera, yo no quisiera abandonar á ese muchacho. ¿Qué te parece?

—Lo que usía mande se hará.

—No falta en que ocuparlo. ¿Qué edad tiene?

—Como unos diez años.

—Puede ocuparse en la labor. Se le puede dar á cualquiera de la casa para que lo haga trabajar. Aunque bien pudiera ser listo y servir para otra cosa.

—De torpe no pecará. Si saca las travesuras de su padre..... Mala casta es esta, señor.

—Con todo educándole... No quiero abandonarle; porque ya ves, Lorenzo, su padre me sirvió aunque mal; yo me muero mañana.....

—Voy á traerle á usía esa buena pieza,—dijo Segarra, y salió en busca del muchacho que compareció al poco rato en presencia del señor conde de Cerezuelo.

II.

Para comprender el terror y la angustia de que estaba poseida la inocente alma de Pablillo Muriel, es preciso recordar que viviendo en la prision con su padre, habia oido repetidas veces en boca de este, mezclado siempre con sus dolorosas quejas, el nombre del conde de Cerezuelo. Cuando tomaban las declaraciones á la desdichada víctima, aquel nombre execrable iba unido á todas las preguntas, y el inocente niño lo oia resonar perfectamen-

te en lo interior del calabozo como una maldicion. Figurábase al conde como uno de aquellos malignos endriagos y mónstruos de los cuentos domésticos que habian sido su encanto y al mismo tiempo su pesadilla en los dias de libertad. Por el camino no pensaba en otra cosa que en el espantable rostro de la persona á quien iba á ser entregado. Se lo representaba de descomunal estatura, con unas barbas enormes, ojos espantables y fieros, y una bocaza capaz de engullirse á todos los niños habidos y por haber. El pequeño Muriel tenia el vestido hecho girones, y su semblante demostraba á la vez hambre y tristeza. Miraba con atónitos ojos cuantos objetos y personas se le presentaban, y no se atrevia á contestar á ninguna de las preguntas que los criados le hacian en el patio, compadecidos unos, insensibles otros á su situacion. Permanecia reconcentrado con una expresion melancólica, más bien de hombre que de niño, porque la cárcel habia adormecido en él la viveza pueril, y tenia toda la gravedad que puede dar una desventura de diez años.

Cuando D. Lorenzo le llevó á presencia del conde, su terror, que habia subido de punto al entrar en la casa, se calmó un poco. Mordiendo el ala del sombrero, y con los ojos humedecidos y bajos, moviendo los lábios como quien llora y no llora, apenas se atrevia á mirar á su señor. Interrogado repetidas veces por este, alzó los ojos y no encontró al conde tan horrible como se habia figurado. No pudo ménos de considerar sin embargo, que aquella era la persona, cuyo nombre repetian sin cesar los leguleyos que iban á la cárcel; era el autor de todas las desgracias del anciano; el que este llamaba *cruel, ingrato, tirano,* palabras que un niño encerrado en una prision y consumido por la miseria y el hastío puede comprender como cualquier hombre. Mostrábase afable el conde; Pablillo le miraba sin decir palabra, mordiendo siempre el ala del sombrero, hasta que al fin comenzó á llorar con tanta afliccion que parecia no tener consuelo.

—Señor, voy á sacar de aquí á este becerro,—dijo el mayordomo, tratando de llevarle fuera.

—Déjalo, déjalo. El infeliz está asustado; ¿qué le hemos de hacer?

—Este tiene cara de ser una buena pieza, señor.

Pablillo empezó á calmarse, y su llanto se fué poco á poco resolviendo en un hipo angustioso. El conde le pasó la mano por el hombro, y le hizo nuevas preguntas, á que sólo contestó *sí* y *no* con movimientos de cabeza, que hacian precipitar de su rostro las gruesas lágrimas que lo surcaban. La niñez perdona pronto, y Pablillo dejó de ver en el conde el mónstruo que se habia figurado.

—¿Y qué quiere usía que se haga con este perillan?—preguntó Segarra.—¿Le parece á usía bien que le entreguemos al porquerizo de Torrelaguna?

—Hombre, no; dejémosle en casa,—contestó el conde.—No quiero yo que se le maltrate.....

—En la dehesa estará como un rey. Aquí no tenemos en qué ocuparle. Si fuera un poco mayor, y sirviera para los carros..... La verdad es que se nos ha entrado un engorro por las puertas.....

—¿Y qué le hemos de hacer, Lorenzo? Yo no puedo rechazar..... Ya ves que su padre..... No quiero ser cruel: yo me muero mañana, y.....

—Pues digo: tendrá unas mañas el tal niño. De tal palo, tal astilla.

—¿Crees tú que saldrá malo?—preguntó el conde, abdicando en el favorito, no ya su opinion, sino hasta su lástima.

—Pues no hay motivos para suponer que sea un santo. Con poquito que se parezca á D. Pablo, que Dios haya perdonado.....

—Dices bien,—contestó el conde, tomando de nuevo su libro.—Hay que estar sobre aviso, no sea que este rapazuelo saque malas inclinaciones.

—¿Le parece bien á usía que le empleemos en arrear las mulas de la noria de arriba?

—Puede ser que Susana le quiera para su servicio.

—El muchacho es bastante tosco para paje; pero á bien que tirándole de las orejas para que aprenda.....—dijo Segarra, haciendo lo que decia con tal puntualidad, que arrancó al rapaz un grito de dolor.

—Por de pronto, que le den de comer, y ya se pensará lo que haremos con él.

Pablillo hubiera ido á consumir tristemente su existencia en compañía del porquerizo de Torrelaguna, si Susana, que á la sazon estaba en Alcalá, no se hubiera propuesto hacer de él un paje. Aquel mismo dia se determinó, cuando despues de alimentado, lo llevó D. Lorenzo al camarin de la señorita.

—A propósito, á propósito,—decia la jóven, contemplando al pobre muchacho, que aquel dia no ganaba para sustos.

—Pero advierto á usía,—dijo Segarra,—que es preciso estar sobre aviso con este muñeco. Yo me figuro que debe ser aficionadillo á lo ajeno.

—¡Sí: pues hombre, tienes buena cualidad!—exclamó Susana, encarándose con el rapaz y asustándole con la intensa mirada de sus negros y grandes ojos.

—¿A quién quieres servir más, pelambron, al señor que has visto hace poco, ó á la señorita?—le preguntó D. Lorenzo, dando más fuerza á su interrogacion con un pellizco.

—Vamos, dí,—añadió la jóven:—¿á quién quieres servir, al señor que has visto, ó á mí?

Pablillo frunció el ceño, se rascó el brazo izquierdo donde habia dejado la señal de sus dedos el terrible Segarra, se puso rojo, miró á Engracia, despues al suelo, se sonrió, y al fin dijo:

—A Vd.

—¡A usted! ¿Habráse visto borrico igual?—exclamó el mayordomo sacudiendo á Pablillo por un brazo.—«A usía,» se dice otra vez; «á usía,» ¿lo entiendes? ¿Ha visto la señorita qué muchacho más incivil?

—Eso no tiene nada de particular,—dijo Susana riendo del excesivo celo que mostraba por la etiqueta el Sr. D. Lorenzo.

Quedó convenido que Pablillo serviria de paje ó rodrigon á la señorita, y esta imaginó la librea que habia de ponerle, discurriendo lo más extravagante y *tónico* para el caso. Mientras estos atavíos se preparaban, veamos cómo pasó el pequeño los primeros dias de su nueva vida. Se creerá que el enemigo más terrible que iba á tener en aquella casa seria el Sr. D. Lorenzo Segarra, y no es cierto: el verdadero y más cruel atormentador de Pablillo iba á ser la tia Nicolasa, mujer de uno de los principales sirvientes de la casa, y gobernadora absoluta del ramo de escalera abajo; superintendenta de las cocinas señoriales, lavandera mayor, y gran chambelan de gallinas, pavos, gansos y demás tropa volátil que llenaba el vasto corral de la casa. Ella entendia tambien de todas las provisiones menudas, tales como legumbres, hortalizas, huevos, etc.; presidia la matanza de los cerdos que con régia pompa perecian por Navidad; y contaba asimismo en el número de sus altas funciones la de organizar las fiestas campestres á que todos los labriegos de los próximos estados de Cerezuelo concurrian con su guitarra y buena fé para divertir á la señorita. La tia Nicolasa tenia dos hijos y una hija, los tres de corta edad; y no puede formarse idea de su disgusto cuando se le encargó el cuidado de Pablillo: ella disfrutaba plenamente y sin rival para sus niños el patrocinio del conde; tenia aspiraciones con respecto al futuro engrandecimiento del mayor, que esperaba ver salir del corral para entrar en algun seminario ó en la universidad cercana, y la idea de que un chicuelo advenedizo absorbiera la proteccion y el alto cariño de la señorita la ponia por las nubes de furiosa. La circunstancia de ser elevado Pablillo á la encumbrada categoría de paje, cargo de que nunca fue-

ron considerados dignos los rústicos engendros de la tia Nicolasa, acabó de exasperarla; pero no le fué posible manifestar su enojo, sino por medio de alguna reticencia en las barbas de Segarra. En aquella casa como en aquella época, el respeto al Señor era fanático, y ni aún los espíritus amantes de la rebeldía comprendian la protesta: por lo tanto calló, aparentando cuidar á Pablillo como á sus hijos.

A los pocos dias le pusieron una librea galonada, que Susana hizo llevar de Madrid: aprisionaron su pescuezo con un pequeño y rígido corbatin que no le permitia hacer movimiento alguno de cabeza; calzáronle lujosamente, completando el atavio con un gran sombrero, que el infeliz necesitaba sostener con las manos para que no se viniera al suelo. No sabia cómo manejar los brazos y las piernas: estaba metido en un potro y todo le estorbaba, especialmente el corbatin que no le permitia mirar á los lados. Los chicos de doña Nicolasa estaban atónitos y confundidos contemplando tanta hermosura, y particularmente les deslumbraba el fulgor de los botones de la librea, que les parecian otros tantos soles colgados en el pecho de Pablillo. La madre se moria de envidia en presencia del paje, y le hubiera dado mil azotes, si no se lo impidiera el respeto á los bordados escudos de la familia que llevaba en la solapa y en las mangas.

—Quitáteme delante, espantajo,—decia.—No parece sino que se ha entrado por las puertas el mico que traia el año pasado aquel de los títeres que vino de Madril.

—¿No ve Vd. que mal le sienta á este renacuajo un vestido tan lujoso?—decia D. Lorenzo.

—Ya lo creo. ¡Qué lastima de galones, que estarian mejor en la burra del tio Genillo!

Pero estas diatribas no pudieron calmar el estupor, el encanto de los chicos, que hubieran dado su existencia por ver sobre su cuerpo el más pequeño de aquellos resplandecientes botones. Sin hablar palabra le rodeaban, con los ojos embelesados y exhalando tal cual suspiro, mientras Pablillo, en el centro del vasto círculo formado por toda la servidumbre, que habia acudido á contemplarle, ya con burlas, ya con admiracion, estaba lelo, estupefacto y trémulo, entre disgustado y orgulloso, sin mover brazo ni pierna, y cuidando de mantener derecha la cabeza para que el pesado alcázar de su sombrero no rodase por el suelo. ¡Infeliz; no sabia cuán caro habia de costarle aquel repentino lujo!

III.

La primera vez que Susana se presentó en la misa de San Diego con su dueña y su rodrigon, este último produjo, como ahora decimos, gran sensacion. Muchos de los que concurrian al oficio divino se distrajeron contemplando el extraño traje; los chicos no apartaron la vista de él ni un momento, á pesar de los frecuentes tirones de orejas de sus respectivos padres, y á la salida, los mozos, payos y estudiantes que se situaron, como de costumbre, en la puerta, convinieron en que en Alcalá no se habia visto librea tan lujosa. Pero Pablillo habia desempeñado tan mal su mision de paje aquel dia; habia tropezado tantas veces al poner y quitar el tapiz en que se hincaba la señora; habia dejado caer el sombrero con tanta frecuencia, que al llegar á la casa oyó temblando de miedo una severa reprimenda. Sus funciones eran altamente fastidiosas, y el desdichado se consumia de fastidio dentro de su casacon, y deseaba trocar los botones y el monumental sombrero por los andrajos con que brincaban en el corral los hijos de la tia Nicolasa. Así van las cosas del mundo: la miseria suele envidiar á la ostentacion, sin reparar que esta á veces trocaria su deslumbrador aparato por una pobreza tranquila y libre. Figúrese el sensible lector lo que pasaria el pobre muchacho, esclavo de la etiqueta, despues de haber pasado tanto tiempo en una cárcel, donde vió perecer de miseria y dolor á su anciano padre. No sabia lo que era peor, si el calabozo de Granada, ó el duro encierro de su corbatin y de su librea, claveteada con botones de metal dorado, como para hacerla más fuerte. Es triste el espectáculo de una niñez que se consume en un servicio penoso y triste, privada de todo solaz. La travesura, propia de la edad, estaba aherrojada, y no tenia más recreo que contemplar al través de los cristales del camarin de la señorita, los pájaros que volaban de rama en rama en la huerta, y el gato que iba y venia por lo alto de la tapia. Siempre en pié, siempre derecho, presenciaba las complicadas operaciones del tocador de su ama, y oia la charla del peluquero, venido de Madrid, el cual tenia la galantería de llamarle el *Sr. D. Pablo.*

Además, Pablillo no hacia á derechas cosa alguna de las que se le mandaban: si se le pedia agua fria, la traia caliente; se le caian de las manos los vasos y platos, y puso fin á varias piezas de gran valor. Esto le valia enérgicas reprensiones de Susana, y tremendos mogicones de D. Lorenzo

que le hacian ver las estrellas. Contribuia á hacerle más infeliz la circunstancia de que no se perdia cosa alguna en la casa sin que al momento se le echara la culpa á él, para lo cual le registraban los profundos bolsillos de su casacon; y como le encontrasen una vez no sabemos qué insignificante baratija, D. Lorenzo puso el grito en el cielo, amenazándole con espantosos castigos si reincidia.

La tia Nicolasa le habia jurado guerra á muerte, y le alimentaba lo peor que podia. Los inocentes chicos llegaron tambien á participar de aquel rencor, y así como en otras ocasiones se echaba la culpa de todo al gato, entonces la responsabilidad de cuanto acontecia de escaleras abajo caia sobre Pablillo. Si rodaban, haciéndose algun chichon, Pablillo les habia pegado; si rompian los calzones, Pablillo lo habia hecho; si se ensuciaban de lodo, era Pablillo el autor de tamaño desacato.

Entretanto, el triste huérfano se aburria y soñaba con la libertad dormido y despierto. Él hubiera dado la mitad de su vida por poderse revolcar con librea y sombrero en el mismo monton de tierra y estiercol que habia en la huerta; él envidiaba la suerte de las gallinas que saltaban sin casaca en el corral, y se le iban los ojos detrás de todos los rapaces de ambos sexos que pasaban saltando y enredando por el camino. Nadie allí le demostraba cariño, y él por su parte estaba dispuesto á amar con delirio á quien le dijese: «Pablillo, vete á jugar.» No aborrecia mucho á la tia Nicolasa, sin duda porque hay en los niños un secreto instinto que les impide odiar á las mujeres; pero no podia ver ni pintado á D. Lorenzo Segarra. Al conde poquísimas veces le veia, y la señorita le inspiraba un respeto supersticioso; la rigidez y frialdad de la dama, su despotismo, y hasta su hermosura eran causa de aquel respeto.

El niño sentia una vaga admiracion, un entusiasmo inexplicable por aquella deidad que presidia sus tristes destinos, y que jamás descendia hasta él, manteniéndose siempre á la altura de su posicion social y de su belleza. Para el paje era la señorita un objeto de veneracion más que de cariño, y la idea de que pudiera ofenderla, le hacia estremecer. Cuando Susana estaba en su tocador, el paje se cansaba ménos de estar en pié y con los brazos cruzados, porque entretenia sus ojos fijándolos en el espejo, donde aparecian reflejados el rostro y cuello de la hermosa tirana. Sea que en su corta edad el sentimiento del arte estuviera en él muy desarrollado, sea que la contemplacion de la señorita le produjera un recreo instintivo é incomprensible, lo cierto es que se embobaba mirando en el cristal aquello que un austero benedictino del siglo pasado llamaba *escándalos*

de nieve. La doncella de Susana era otro de sus enemigos, porque le ocultaba las más de las veces, interponiéndose entre él y el espejo, la sorprendente imágen.

Un dia Susana debia asistir á un gran sarao que habia en casa de otro noble rancio, residente en Alcalá, para lo cual se puso de veinticinco alfileres, ostentando en traje y joyas una riqueza y un primor inauditos. Ya estaba preparada, y se ofrecia á sus propias miradas puesta frente al espejo en el centro del camarin, cuando entró Pablillo, trayendo una lámpara que habia arreglado la tia Nicolasa; y á la vista de la señorita, el pobre muchacho se quedó estático y deslumbrado. Dió algunos pasos, sin apartar la vista de su ama, y al llegar cerca de ella tropezó, cayó, y todo el aceite de la lámpara inundó las vistosas haldas del guardapiés de Susana, poniéndola como nueva. Al mismo tiempo, agarrándose instintivamente el infeliz caido á una de las blondas, abrió en canal la basquiña, dejando á su ama en un estado de furor indescriptible. Figúrate, piadoso lector, lo que pasaria Pablillo aquel nefando dia. En el camarin recibió un vapuleo propinado *á duo* por el ama y la doncella, y luego, de escaleras abajo, aquello fué un desastre que quedó presente en la imaginacion del pobre niño durante toda su vida.

Con decir que D. Lorenzo lo entregó á la ferocidad de la tia Nicolasa autorizándola para imponerle el castigo que juzgara conveniente, prévio despojo de las galas de la librea, se comprenderá todo el horror de aquel trágico suceso.

—¡Sapo!—exclamaba Nicolasa en el colmo de la ira,—ven acá: ¿tú has creido que el traje de la señorita es algun estropajo? No puede por ménos de haberlo hecho de intento, Sr. D. Lorenzo: este muchacho tiene malas ideas.

—Es preciso quitarle ese traje; porque no creo que la señorita consienta en que le sirva más este sabandijo,—dijo el mayordomo.

Esto era más de lo que habia soñado la tia Nicolasa en el delirio de su venganza. ¡Despojar á Pablillo de su encantadora librea! Quitarle una á una todas las prendas en presencia de los criados, de los niños, de las gallinas y pavos del corral. La ceremonia de la exoneracion fué cruel para el pobre huérfano. Un chico le tiraba de una manga; otro satisfacia su deseo de tantos dias quitándole el sombrero y poniéndoselo para dar dos paseos por la huerta; aquel le empujaba hácia adelante, este hácia trás; uno le arrancaba un boton; estotro pugnaba para arrancar el cobartin, y la tia Nicolasa presidia este tormento riendo y acompañando cada estrujon con sus

apodos y calificativos más usados, tales como: «Sapo, zamacuco, escuerzo, lagartija, avefria, D. Guindo, espantajo, etc.»

Los chicos se repartieron con febril alegría el botin. Tener en sus manos aquellos botones, entrar los brazos en aquellas mangas galonadas, era más de lo que los pobres vagabundos del corral podian soñar. Su madre les dejó gozar un momento de la posesion de aquellos ansiados objetos y despues los recogió y guardó, temiendo que el escudo de la casa se profanara con el fango y el estiercol.

Al huérfano se le puso su antiguo vestido, modificado con alguna prenda inútil de los hijos de la tia Nicolasa, y descendió á lo más bajo de la escala social entre la servidumbre. Esto, lejos de ser una pérdida, habria sido una ventaja si hubiera cobrado su libertad, y si la mirada despótica de la harpía no estuviera constantemente fija en él, pidiéndole cuenta de todos sus actos. No podia entregarse al juego, porque los demás chicos le hacian objeto de burlas, sin duda por la *capitis diminutio* que habia sufrido. Si rodaban por el suelo, venian todos en procesion lloriqueando para decir á su madre que Pablillo les habia empujado. Se le obligaba á estar sentado en un rincon mientras saltaban los otros, y cuando se repartia alguna golosina, nunca le tocaba á Pablillo más que el pezon ó el hueso, si era fruta, ó el papel que servia de envoltorio si era dulce ó pastel.

En esta vida el pobrecillo no cesaba de mirar al cielo y á las ventanas del camarin de su señorita, echando de ménos los instantes que pasaba allí metido dentro de su uniforme, preso, pero con dignidad y sin recibir ultrajes. Un domingo sintió bajar á Susanita para ir á misa: púsose junto á la escalera, esperando que al pasar le dijera alguna cosa; pero la dama ni siquiera miró al pobre muchacho, que sintió un dolor inmenso por este desaire, mucho más cuando vió que detrás bajaba el mayor y más antipático de los muchachos, sus rivales, vestido con la historiada librea, desempeñando el papel de paje con más gravedad que él. ¡Y el nuevo rodrigon pasearia las calles de Alcalá, deslumbrando á todo el pueblo con el fulgor de sus botones! ¡Y extenderia en San Diego el tapiz para que se sentara madama! ¡Y presenciaria en el silencio del camarin las operaciones del tocador contemplando en el espejo la divina imágen de la señorita! ¡Oh! Pablillo no pudo resistir la afliccion que estas consideraciones le producian, y fué á ocultar sus lágrimas en el último rincon del corral.

IV.

El hijo del desgraciado Muriel no habia pensado nunca en el límite que pudiera tener aquella triste y enfadosa existencia; no habia pensado en las probabilidades de cambiar de destino, y en su inocencia creia resuelto para siempre el problema de su vida. Pero una mañana se paseaba por el corral, en el momento en que el tio Genillo abria la gran portada para salir con sus cuatro pares de mulas al campo. Pablo se asomó y extendió su vista por la llanura: á lo lejos vió la sierra; la carretera se extendia ondulando por el vasto é igual terreno. El aire que refrescó su rostro en aquel momento, le produjo una agradable sensacion: estaba extasiado contemplando la inmensidad que tenia ante la vista, y su deseo hubiera sido recorrerla toda hasta llegar á las montañas. Cerró el tio Genillo, dejándole dentro; mas no por eso se borró de la imaginacion del pobre chico el espectáculo del campo, bajo cuya forma quedó grabada en su mente la idea de libertad. Desde entonces pensó mucho en aquello. Salir sólo y sin estorbo, recorrer el camino, hablar con los transeuntes, dormir bajo un árbol, comer lo que encontrara, beber en los arroyos, no dar cuenta á nadie de sus acciones, saltar y brincar sin cansarse nunca, reirse á sus anchas de la tia Nicolasa; estas ideas se sucedian, repitiéndose en infinito encadenamiento y fatigando su fantasía. Quien no sentia el lazo de ningun afecto; quien era rechazado por todos y no conocia los goces del hogar, no podia ménos de sentir inclinacion á la vida vagabunda. Pablillo estaba entonces en condiciones para ingresar en la carrera de los saltimbanquis, de los mendigos, de los salteadores de caminos. Además, ya sabemos que llevaba en la sangre el espíritu aventurero, como su padre y su hermano, y que como ellos se sentia atraido por lo raro, por lo desconocido y por lo imposible.

Mientras la idea de la emancipacion iba elaborándose en su entendimiento, le ocurrió un percance tan terrible como el de la mancha de aceite. Cierto dia que vagaba por la huerta, miró al suelo y vió un aro de metal. Recogiólo, y examinándolo atentamente, creyó que era cosa de escaso valor, y lo hubiera arrojado de nuevo, si no se le ocurriera jugar y enredar con él, como hacen los niños con todo objeto que se les viene á las manos. Más cansándose luego, se lo guardó en el bolsillo, no acordándose más de aquella baratija en todo el dia. Al siguiente la tia Nicolasa amaneció gritando y amenazándole con abrirle en canal si no renunciaba á sus raterías.

—¡Sapo, mal bicho!—exclamaba corriendo trás él,—tú has sido, tú que eres de casta de ladrones.

—¿Qué hay, qué es eso?—dijo D. Lorenzo, que á la sazon llegaba.

—¿Qué ha de ser?—contestó la mujer,—sino que echo de ménos mi rosario de plata, que me regaló la señorita el año pasado, y este hormiguilla debe habérmelo quitado. ¿Pues no sabe Vd. que anteayer le encontramos tres ochavos? Y el otro dia que nos quitó cuatro almendras, de las que tenia guardadas en el cajon, y despues el seis de oros de la baraja? Es mucho sabandijo el que tenemos en casa. Un dia nos quita hasta el modo de andar. Y eso que despues de que entró aquí, todo lo tengo bajo llave.

—A ver, zascandil, ¿has cogido tú el rosario de la tia Nicolasa?—dijo Segarra apoderándose de una de las orejas del rapaz como fianza para poderle imponer castigo en caso afirmativo.

—Yo no señor,—contestó Pablillo, preparándose á llorar.

—A ver: regístrele Vd.

La tia Nicolasa metió su mano en la faltriquera de los desgarrados calzones que vestia el huérfano y lanzó un grito de horror al sacar de ella el aro que aquel se habia encontrado en la huerta.

—¡El brazalete de la señorita!—exclamó.

—¡El brazalete de la señorita!—dijo D. Lorenzo, y ambos se quedaron con la boca abierta contemplando la fatal prenda.

—¡El brazalete que se le perdió la semana pasada!

—¡Y ella creyó que se le habia caido en la calle!

—¿Qué le parece á Vd., Sr. D. Lorenzo?

—¿Qué le parece á Vd., tia Nicolasa?

Pablillo leyó en las miradas de uno y otro el más terrible y ejemplar castigo. Por de pronto, y sin esperar á que el mayordomo tomara la determinacion que aquel grave caso requeria, la tia Nicolasa se esplayó, dándole tantos azotes, que los gritos obligaron á la señorita á asomarse á una ventana. Pablillo volvió hácia ella sus ojos inundados de lágrimas, esperando oir una palabra que le librara de tan inesperado tormento; pero la dama, informada de que su joya habia parecido, se retiró de la ventana. Hasta los oidos del conde llegó la noticia del caso, y dijo que ya le mortificaba la presencia de aquel muchacho en su casa, y que era preciso, ó imponerle los fuertes castigos que merecia, ó enviarle á un asilo. D. Lorenzo enseñaba á todos el fatal cuerpo del delito, diciendo: «De tal palo tal astilla. Bien decia yo que este tendria las mismas uñas de su padre.»

Todo aquel dia, la afliccion y desconsuelo de Pablillo no son para con-

tados. Él, aunque niño, sentia lastimado su honor y no podia tolerar que le llamasen ladron. La insolencia de los chicos no tenia ya límites; la tia Nicolasa no se aplacaba, ni áun viéndole abatido y humillado; y D. Lorenzo le hacia una minuciosa reseña de los castigos que se le iban á imponer. El habiera deseado tener ocasion de arrojarse llorando á los piés de la señorita para decirle que él no habia robado la alhaja, seguro de que le creeria. Pero esto no fué posible, y por todas partes no escuchaba sino comentarios más ó ménos terribles de su supuesto crímen. No habia bicho viviente en la casa que no le maltratara é injuriara, y hasta las gallinas le parecia que cacareaban su deshonra.

Hay, sin embargo, que hacer una excepcion en los sentimientos de la servidumbre para con Pablillo: habia un sér, uno solo, que tenia amistad con el pequeñuelo, y era el tio Genillo, viejo sexagenario y enfermo, intendente general de las mulas. Este infeliz, que era considerado como el último de los sirvientes, se ponia siempre de parte del niño Muriel, cuando se discutia su criminalidad en un círculo de arrieros y mozos; le trataba con cariño, y hasta le contaba algunos cuentos, cuando Pablillo iba por las mañanas á la cuadra á contemplarle en el desempeño de sus elevadas funciones.

La idea de la emancipacion continuó fascinando al huérfano todo aquel dia. Cada vez le era más insoportable la vida de aquella casa, y el campo con su prodigiosa y vasta extension, la perspectiva de la sierra y la longitud del camino, que parecia no acabar nunca, le atraian cada vez con más fuerza. Por la noche en el momento de acostarse, todo esto le preocupó hasta el punto de quitarle el sueño, contrariando la comun ley de la naturaleza que cierra los párpados de los niños y les quita en una noche todas las angustias del dia. Pero tambien es cierto que en los niños, cuando se ven privados de todo afecto, cuando su destino les arroja al mundo solos y desamparados, se desarrolla una prematura actividad de espíritu. El instinto de buscar la vida y la felicidad que se les niega, les lleva á acometer empresas para ellos gigantescas, y que en situacion normal, jamás hubieran podido idear. Pablillo movido, á pesar suyo, por aquella temprana actividad de su espíritu, hija del desamparo en que vivia, resolvió fugarse al dia siguiente. No pensó á qué punto iria, ni qué iba á ser de su existencia errante y sin techo; solo pensó en echar á andar por aquel camino, y en alejarse mucho para no ver más á la tia Nicolosa, ni al mónstruo del mayordomo.

Durmióse al fin el pequeño aventurero y en su sueño no dejó de ve

el inmenso campo, la sierra y el camino sin fin que habia de recorrer al dia siguiente. Soñaba con su libertad, que se le representaba en mil formas diversas, pero siempre risueña, y embellecida por la idea de una providencia que le daria pan que comer, agua que beber, sitios deliciosos en que retozar y maravillosos espectáculos en que recrear la vista. La imágen siempre hermosa de la señorita se mezclaba á este kaleidóscopo que daba mil vueltas en la fantasía del huérfano durante toda la noche que precedió á su fuga.

Amaneció, y muy quedito se vistió y se fué derecho al corral. El fresco de la mañana le produjo un bienestar inefable. Con mucho trabajo desatrancó la puerta que daba al camino, y salió como los pájaros, solo á recorrer la tierra en busca de libertad, sin saber á donde iba, ni donde podria encontrar alimento; sin pensar en mañana, ni acordarse de ayer. El pequeño caballero andante corrió apresuradamente al salir de la casa, y no se detuvo hasta despues de avanzar un gran trecho. Entonces seguro de que nadie le seguia, se paró, miró atrás, y se rió mentalmente de la tia Nicolasa y de la librea que habia perdido, dió dos ó tres brincos, saltó y retozó, emprendiendo despues más tranquilo su marcha *por el antiguo y conocido campo de Montiel* (aunque no era verdad que por él caminaba).

CAPITULO VI.

De lo que Muriel vió y oyó en Alcalá de Henares.

I.

Veamos lo que pasaba en la ilustre casa de Cerezuelo cuando Martin se presentó en ella, es decir, un mes despues de la escapatoria de pobre Pablillo y á los cinco dias de tener lugar en la Florida la escena que referimos en el capítulo IV. Susana se habia marchado á Madrid cansada de la enojosa y soporífera vida de Alcalá, por lo cual estaba inconsolable el conde, y muy contento, aunque en apariencia triste, el Sr. D. Lorenzo Segarra, que no gustaba de perder con la presencia de la señorita alguna de sus omnímodas funciones. El conde no cesaba de escribir á su hija un dia y otro suplicándole fuese de nuevo á vivir con él; mas esta creia cumplir con exceso los deberes filiales acompañando al pobre viejo algunos meses del año. ¿Cómo era posible que ella dejara sus estrados, sus tertulias, sus bailes, sus escursiones al Prado y á la Moncloa, el perpétuo triunfar de su existencia divertida y risueña por las soledades de la antigua ciudad del Henares, donde no tenia otro motivo de ostentacion que la misa de San Diego los domingos, y alguna que otra tertulia de confianza en casa de tal cual prócer, reunion donde unos cuantos viejos iban á dormirse ó á jugar un insulso tresillo? Por estas consideraciones Susana no hacia caso de las epístolas paternales, y dejaba que el conde se aburriera de lo lindo en su palacio, viendo llegar con pavor y sobresalto aquel *mañana* de su muerte, que á fuerza de ser profetizado ya no podia estar lejos.

El anciano leia una tarde como de costumbre su *Flos sanctorum* y se extasiaba con los milagros de San José de Calasanz, cuando vió entrar azorado y con precipitacion á D. Lorenzo Segarra, que le dijo:

—Señor, no sé si debo dar parte á usía de lo que ocurre.

—Pues qué, ¿qué hay? ¿Ha venido Susana? ¿Hay noticias de ella?—contestó con ansiedad Cerezuelo.—¡Oh! Lorenzo, yo no puedo estar sin Susana, yo me muero de dolor cuando ella no está aquí.

—No, señor; no es nada de eso,—dijo el mayordomo sin desarrugar el ceño.

—Nada me puede interesar. Déjame.

—¡Ah, señor, si usía supiera quien está ahí!

—¿Quién? Por vida de..... ¿Quién está ahí?

—El hijo de Muriel, señor. ¡Ha visto usía mayor insolencia!

—¿Pablillo?

—No, señor; el otro, el mayor.

—¿Cuál? ¿Pues no habia muerto?—dijo el amo con sorpresa.

—Así se creia, pero ó ha resucitado ó fué mentira que muriera. Ahí está y dice que no se marcha sin hablar con usía.

—¡Conmigo!—exclamó el conde con cierto terror.

—Sí, señor. Usía no recuerda la otra vez que estuvo en esta casa. Es la única ocasion en que le hemos visto y por cierto que nos dió un mal rato.

—¿Y qué busca? Si pide una limosna, dásela y que vaya con Dios.

—No quiere limosna; lo que quiere es hablar con usía para un asunto importante.

—¿Qué te parece?—preguntó perplejo Cerezuelo.—¿Debo recibirle?

—Yo creo que usía debe ponerle de patitas en la calle. Con todo, como es tan bárbaro.....

—Bien; le hablaremos: que entre. Si se obstina en que me ha de ver, todo sea por Dios. Tráele acá.

Fuese D. Lorenzo y al poco rato volvió con Muriel, que se inclinó con respeto ante el conde y permaneció en pié, esperando que se le mandara sentarse. Pero ni el conde ni su administrador le mandaron tal cosa.

—¿Qué es lo que Vd. me tiene que decir?—le preguntó Cerezuelo con altanería.

—Con dos objetos he venido,—contestó gravemente y algo impresionado Martin;—á recoger á mi hermano y á suplicar á Vd. me pague los noventa mil reales que adelantó mi padre por las rentas de Ugijar, y que no se le pagaron ni antes ni despues de ser preso.

Despues de una breve pausa en que el conde consultó con la mirada á su mayordomo, delante de él sentado, respondió:

—Pablillo se fugó: era un rapaz de muy malas inclinaciones, y tan ingrato, que abandonó esta casa á pesar de que se le trataba á cuerpo de rey. Ni sabemos donde pára, ni lo hemos averiguado, porque á la verdad el chico no es para buscado. En cuanto á lo segundo, yo no sé como viene Vd. á pedirme esa cantidad cuando su padre debia haberme entregado á mí sumas cien veces mayores, por las pérdidas que tuve en su administracion; y no quiero hablar de la causa que tuvimos que formarle por... .

—Por..... por..... No creo que Vd. pueda decir fijamente por qué,—dijo Muriel.—Pero en fin, no hablemos de eso: yo no vengo á acusar á nadie.

—Y aunque viniera á eso,—dijo en tono de reprension Segarra,—no habiamos nosotros de permitírselo.

Muriel ni siquiera miró al que le habia interrumpido y continuó:

—Yo no vengo á acusar. Mi padre no aborreció jamás á sus perseguidores, y yo aunque no perdono tan fácilmente como él, creo respetar su memoria, no hablando del asunto de su causa.

—Hace Vd. bien; y lo mejor que puede hacer Vd. es callar,—dijo don Lorenzo, interrumpiéndole de nuevo.

—Por lo tanto—prosiguió Martin sin mirarle,—yo dejo á un lado los motivos de su prision, y vengo á mi objeto. La deuda cuyo pago solicito, está reconocida por una carta que escribió Vd. á mi padre hace cuatro años y en la cual le da las gracias por su anticipo. Es anterior al proceso: entonces no tenia Vd. motivo alguno de queja; ¿qué razon hay para no pagarla?

—¿Oyes, Lorenzo?—preguntó el conde á su mayordomo.

—Oigo, señor, y me admiro de que usía tenga paciencia para oir tales cosas.

—¡Ah, señor conde!—dijo Martin con gravedad;— en un tiempo mi padre era muy querido de Vd., que elogiaba su probidad y su desinterés. Nadie hubiera creido entonces la crueldad que más tarde habia de emplearse en él, ni mucho ménos que despues de muerto se le negaria esta miserable cantidad, necesaria para pagar las pequeñas deudas que contrajo en su última desgracia.

—Pero, hombre de Dios,—repuso el conde, alterándose mucho;—¿y las inmensas sumas que yo debí percibir de mis rentas de Granada, y que han desaparecido, dando ocasion á la sospecha de la criminalidad de D. Pablo, y por lo tanto á su prision? ¿No es esto, Lorenzo?

—Hasta ahora, que yo sepa, la causa de su prision fué la supuesta falsificacion de un documento,—contestó Martin.

—¡Ve Vd! Ya va saliendo el enredo; y eso que se habia Vd. propuesto no tocar ese asunto. Además de lo que Vd. ha dicho, hay tambien desfalcos y sustracciones que espantan por lo..... ¿No es verdad, Lorenzo?

A todas las preguntas de su amo, anunciando la abdicacion que este habia hecho de su voluntad y hasta de su opinion, contestaba el mayordomo haciendo indicaciones afirmativas y gestos de impaciencia.

—Señor,—dijo Martin, con un esfuerzo de humildad,—yo no contradiré á Vd. en eso, aunque mucho podria decirle sobre tales desfalcos y sustracciones. Paso por todo: bajo la frente ante las injurias, y pregunto á usía si cree justo, con la mano puesta sobre su corazon, negar el pago de una deuda como esa, enteramente extraña al proceso; á un proceso, entiéndase bien esto, que no ha sido sentenciado.

—Vamos, me ha de marear Vd. hoy,—dijo el conde con mal humor.—Yo no estoy para disputas. Ya me parece que he tenido bastante consideracion con Vd., recibiéndole y oyéndole. ¿Qué te parece, Lorenzo?

—Muy bien dicho,—contestó el intendente.—Este jóven no sabemos qué se habrá figurado. Reclamar el pago de una cantidad insignificante, cuando su administracion quedó en descubierto por más de un millon. ¡Quién sabe dónde está ese dinero!

—Eso, eso. ¡Quién sabe dónde está ese dinero!—repitió el conde entusiasmado con el razonar de su celoso subalterno.—No extrañe Vd. que le llame á declarar la cancillería, porque es de suponer que Vd. estuviera enterado de los proyectos de su padre.

—Eso, eso, muy bien. Andese Vd. con cuidado,—añadió D. Lorenzo, admirado de ver tan elocuente al conde.

—¿Tambien me quieren procesar á mí?—dijo Muriel con ironía.—Yo no soy tan bueno como mi padre; yo, inocente como él, no me dejaria conducir á una cárcel con las manos atadas, á la manera de los ladrones y de los asesinos.

—Esto no se puede sufrir,—exclamó D. Lorenzo.—¿No ve usía, señor, cómo nos amenaza?

—Contéstale tú, Segarra, que yo me he acalorado y estoy fatal del ahogo,—dijo Cerezuelo.

—Yo no he venido á hablar con el Sr. Segarra,—dijo Martin,—sino con el señor conde. Al Sr. Segarra nada le tengo que decir, ni sé por qué se toma la libertad de interrumpirme.

—¿Oye usía, señor?—preguntó el mayordomo á su amo, que rojo y convulso á causa de la tos no podia contestarle.

—Usted es una persona á quien yo no deseaba encontrar aquí,—prosiguió Martin con dignidad.—Al mismo tiempo no sé cómo Vd. tiene valor para mirarme. ¿Es de tal naturaleza el señor de Segarra, que al verme no trae á la memoria algun recuerdo que le atormente? Si es así, es preciso confesar que es Vd. peor de lo que yo me habia figurado.

—¿Oye usía, señor, qué insolencia?—preguntó el intendente á su amo que contestó *sí* con la cabeza.

—Al verme,—continuó Martin,—¿no recuerda Vd. que me conoció de niño, cuando mi padre le protegia y le daba tan grandes pruebas de amistad? ¡Cómo podia figurarse el pobre viejo que aquel amigo seria mas tarde autor de su perdicion y deshonra, valiéndose para esto y para extraviar el ánimo de su amo de las mas bajas é infames calumnias! No dude el señor conde que tiene una gran alhaja en su casa.

Pero señor, ¿usía ha oido bien?—preguntó de nuevo D. Lorenzo á su amo, que despues de la escitacion del diálogo estaba profundamente abatido.

Yo creia—añadió Martin—que Vd. por ser D. Lorenzo Segarra no dejaria de ser un hombre, y al verme tendria el decoro de sonrojarse ó por lo ménos callar, ya que ha tenido el valor de insultar la memoria de mi padre, poniéndoseme delante.

—¡Señor conde, señor conde!...—exclamó el aludido, volviéndose hácia su amo en ademan suplicante.—¿Mando buscar al alcalde de Alcalá para que castigue á este hombre?

Pero el conde, sacudido por otro violento ataque de tos, se contraia y ahogaba en su sillon sin poder articular palabra.

¿Y Vd. será tan imbecil—continuó Martin, más agitado cada vez—¿usted será tan imbécil que no me tenga miedo? Cree Vd. que sólo Dios castiga á los perversos. No: no viva Vd. tranquilo, D. Lorenzo. Hará Vd mal, habiendo cometido tantos crímenes. Envidie Vd. al que murió en la cárce de Granada, no duerma Vd.; tiemble al menor rumor y no crea que tan sólo merece desprecio como los reptiles asquerosos.

Segarra estaba aterrado: sentiase moralmente débil en presencia de Muriel y mirando con sus espantados ojos ya al jóven, ya al conde, pedia á éste el concurso de su benevolencia para confundir al insolente. Por fin el conde pudo hablar, y con voz entrecortada dijo:

—Yo creí que Vd. respetaria al señor como á mí mismo. Bien me dijo

él que no debia recibirle. Márchese Vd. de aquí inmediatamente. Yo no tengo que pagarle á Vd. deuda ninguna. Bastantes desazones me dió su señor padre, y demasiado prudente soy cuando no mando á mis criados que le arrojen de aquí.....

—Eso, eso es..... muy bien dicho,—dijo la víbora de D. Lorenzo reanimándose.

—No sé cómo hemos tenido paciencia para escucharle—continuó Cerezuelo.—¡Qué manera tan singular de pedirme que le proteja! Viniendo de otra manera, yo le hubiera dado una limosna..... Pero yo no puedo hablar; Lorenzo, contéstale tú.

—Señor—dijo Martin—mi irritacion ha sido con este miserable, autor de todas las desdichas de que hemos sido víctimas. Él ha forjado mil caumnias, ha fingido cartas, ha comprado testigos falsos, hizo creer á mi padre que yo habia muerto, ha sobornado á los jueces, ha supuesto descubiertos que no existen, ha tejido una red espantosa en que Vd., Vd. ha sido cogido el primero.

—¡Señor, señor! ¡Es preciso prender aquí mismo á este malvado! Voy en busca de la justicia—exclamó Segarra levantándose con la mayor agitacion.

—Aguarda—dijo Cerezuelo.—Salga Vd. de aquí. Échale, Lorenzo, échale,

—Sí, me voy—contestó Martin con la imponente serenidad del verdadero encono.—Yo creí que jamás volveria á entrar en casa de los poderosos. He sido un necio al esperar justicia de quien nos ha oprimido y deshonrado. Vosotros sois capaces de prenderme, de perseguirme, de darme una muerte lenta y cruel en una cárcel, teniendo por verdugos á los infames curiales que corrompeis y comprais. Si yo no me creyera obligado á buscar al pobre niño que habeis desamparado, me entregaria á vosotros, fieras implacables. Es lo mejor que podria hacer quien no tiene fuerza para arrojaros de una sociedad que estais envileciendo.

—¡Échale, Lorenzo, échale!—exclamó el conde en un nuevo estremecimiento de tos convulsiva.

—Salga Vd..... Llamaré á los criados—dijo D. Lorenzo haciendo prodigios de valor y desahogando su furor, contenido hasta entonces por la cobardía.

Temia el infeliz mayordomo (que en su persona como en su carácter tenia los caracteres de la zorra) que Muriel expresase en hechos su cólera vengativa; pero el jóven, dirigiendo á uno y otro una mirada de desprecio, les volvió la espalda y salió sin precipitacion. Nadie le detuvo al recorrer los

pasillos y el patio, porque á las regiones de la servidumbre no llegaron las desentonadas voces de los contendientes. El mayordomo no pudo seguir tras él porque la violenta tos del conde degeneró en un repentino ataque, y el pobre señor quedó tan sofocado como si un invencible obstáculo impidiera en su garganta toda funcion respiratoria.

II.

Martin se alejaba ya de la casa, cuando vió que por el ancho portal de la huerta salia un viejo, caballero en una mula y llevando otra del diestro. Acercóse á él y le preguntó:

—¿Es Vd. de la casa?

—Sí señor, de la casa soy, para lo que guste mandar—contestó el tio Genillo,—y aunque no lo fuera no importaba gran cosa, porque va para treinta años que estoy en ella, y maldito lo que he medrado.

—¿Conoció Vd. á un niño que enviaron aquí hará dos meses?....—preguntó Martin con mucho interés.

—Toma, Pablillo; ¿pues no le habia de conocer?—contestó el tio Genillo, moderando el paso de sus mulas.—¡Y poco listo que era el rapaz, eu gracia de Dios!

—Se marchó de la casa. ¿No sabe Vd. dónde se le podria encontrar?—preguntó Martin.—¿No se sabe dónde ha ido? ¿Nadie le ha visto?

—Le diré á Vd.: yo quise averiguarlo, y pregunté á varios conocidos que vinieron á la casa aquel dia: nadie le habia visto; sólo en la venta que está en el camino real como vamos á Meco, me dijeron que habian visto pasar un muchacho de las mismas señas, y que les habia pedido agua; pero ni jota más supe. La verdad es que lo sentí, porque Pablillo se dejaba querer, y yo le tenia cierto aquel. Pero la perra de la tia Colasa y ese culebron de D. Lorenzo le traian al retortero con un uniforme como de tropa que le pusieron..... vamos al decir, una librea con botones de oro. Pues es el caso que, como iba diciendo, no pasaba dia sin que le dieran dos ó tres zurras en aquel cuerpecillo, como si fuera costal de paja, y el pobre al fin no quiso más palos y se fué á correrla por esos caminos.

—¿Y le trataban mal?—dijo Martin—volviendo el rostro para contemplar la casa, que ya estaba algo distante.

—¡Mal? Pues digo; todavía no se habia perdido en la casa una baratija cualquiera, ya le estaban registrando para ver dónde la tenia, diciendo: «este es de casta de ladrones.» A bien que si Vd. conociera á D. Lorenzo

Segarra no me habia de preguntar cómo trataba á Pablillo. ¡Ah! mala landre se lo coma. Yo le conocí arreando estas mismas señoras mulas que llevo al abrevadero. ¡Y qué humos ha echado el tio Segarra! Si el amo no tuviera las seseras cuajadas, ya veria las artimañas de este hormiguilla. Como que segun dicen, al amo le ciega los ojos, y allá á cencerros tapados hace él su negocio.

Muriel no contestaba ni con monosílabos á la charla abundante del tio Genillo, que tenia la cualidad de desahogarse con el primero que encontraba. Estaba el jóven tan alterado por la entrevista anterior, era su cólera tan viva y tan profunda que no podia atender á las desaliñadas razones del pobre labriego. Revolvia en su mente mil pensamientos; pasaba de la ira al dolor, del abatimiento á la furia, y sólo en rápidas miradas, en violentas contracciones de semblante, en gestos amenazadores espresaba la honda tempestad de su alma, que casi estaba acostumbrada á no tener nunca bonanza.

—O yo me engaño mucho—dijo el tio Genillo—ó Vd. es hermano de Pablillo, é hijo del Sr. D. Pablo Muriel, que santa gloria haya.

—Si, ese soy—contestó Martin sin mirar á su interlocutor.

—Pues como le iba diciendo á Vd.—prosiguió éste—Pablillo era más bueno que el oro: solo que á aquella caribe de la tia Colasa se la come la envidia, y pensaba que la señora iba á traer al muchacho en palmitas. ¡Aquí te quiero ver! Casi revienta cuando á Pablillo le pusieron la librea y andaba tan majo como un rey; que en Alcalá no se habia visto otra cosa tan guapa. ero la señorita no se cuidaba de su page, y yo creo, acá para entre los dos, que no estaba de más..... pues..... vamos al decir, que hubiera puesto al chico en donde le enseñaran cosas de lecturas y escrituras; pero quiá..... es mucha alma negra aquella. La señorita tiene unas entrañas de cal y canto, y yo pienso que si viera á su padre asado en parrillas no habia de decir *¡ay!* No era así su madre la señora condesa, que en Dios está. Le digo á usted que la señorita, como no sea para ponerse rizos cuando viene ese zascandil del peluquero todas las semanas..... ¿Creerá Vd. que en lo que la conozco jámás ha tenido un trapo que dar á los pobres niños de mi hermana la del molino? Ni en la vida se la ha caido de las mamos ni esto, para decir, pongo por caso, vamos al decir: «tio Genillo tome esto, tome lo otro.....» Pues.... ni en los dias del amo ó de ella. En la casa ninguno de la servidumbre la puede ver ni en estampa..... Pues no digo nada cuando manda..... si parece que los demás no son gentes.....

—¿Con que es orgullosa?....—dijo Muriel oyendo con algun interés la

charla del tio Genillo, referente á una persona que dos dias ántes habia conocido.

—Es más soberbia que un emperador de la China. El amo, si no fuerque D. Lorenzo le tiene sorbido los sesos..... el amo es bueno, solo que con sus melancolías no sirve para nada y el otro lo hace todo, y sabe Dios cómo van las cosas; que si el señor conde falta algun dia, van á salir sapos y culebras de la administracion.

—¿Con que no será posible averiguar dónde ha ido á parar mi hermano? —preguntó Martin más sereno y pensando sólo en la más real de las contrariedades que en aquel momento sufria.

—Cá, ¡sabe Dios dónde estará ese chico! Como alguien no lo haya recogido..... ¡Y era tan lindillo! Yo le decia: «ten paciencia Pablo: más que tu aguantan otros y no se quejan, porque les pondrian en la calle, y entonces ¡ay de mí! Yo arriba y abajo con estas mulas, sin salir de pobre en treinta años. ¿Y qué remedio?..... De esto vivimos; que el abad de lo que canta yanta.

—Pues yo no quiero salir de Alcalá sin informarme bien—dijo Martin.— Puede ser que alguien lo haya recogido.

—Puede; que hay muchas almas caritativas en Alcalá, y no son todos como esta gente de la casa. Le digo á V., señor mio, que partia el corazon ver al bueno de Pablillo llorando en el corral, perseguido por los chicos y asustado por la tia Colasa, que es un infierno vivo.

—Y diga Vd., ese D. Lorenzo, ¿como ha llegado á dominar tan completamente á su amo?—dijo Muriel, sin duda porque queria apartar la imaginacion de los tormentos de su hermanito.

—El diablo lo sabe. Esta gente grande dicen que se deja engañar más pronto que nosotros. El tal D. Lorenzo tiene mucha travesura. Lo cierto es que él se ha hecho rico.

—¿Se ha hecho rico?

—Si; ¿pues no? El amo tiene amagos y vislumbres de loco y pasa en claro las noches rezando y leyendo. La señorita no piensa más que en gastar y en ponerse el *petibú* y en ir á saraos. Todo está en manos del tio Segarra, que tiene una uñas..... *Se agarra*..... bien *se agarra*.

—El conde antes atendia mucho á sus cosas, y aún dicen que era avaro —dijo Martin.

—Si; pero se ha vuelto del revés. Hoy, como no sea para lamentarse de la señorita, no da señales de vida.

—Pues qué—preguntó con interés Martin—¿le da disgustos su hija?

—Toma, pues no sabe Vd. lo mejor,—contestó con maligna sonrisa el tio Genillo.—Cuando Doña Susanita marcha para Madrid, el señor conde se pone que parece que se nos va á morir en un tris. Hasta llora como un chiquillo, y los chillidos se sienten en toda la casa.

—¿Y por qué es eso?

—Porque la quiere tanto que no le gusta sino que esté siempre con él, mas ella es tan perra, que no se halla bien sino dando zancajos por la córte con los petrimetres y las damiselas. Y el pobre viejo se muere aquí de tristeza: como no hay quien la sujete, y es un basilisco la tal señorita.....

—¿Y la ama mucho su padre?

—Por demás, hombre. Como que no tiene otra, y ella es así, tan maja y zalamera. Pues habia Vd. de verla cuando están juntos. Segun ella le mira, parece quo no es su padre y que ha venido al mundo como la yerba. El conde, eso sí, se muere por ella, y pajaritas del aire que se le antojaran.....

—¿Y dijo Vd. que la señorita trataba mal á mi hermano?

—¡Por San Justo y Pastor! Como si fuera un animalillo. Pues si le puso un corbatin que parecia que el pobrecito se iba á ahogar. Y cada vez que hacia mal una cosa le sacudian el polvo, diciéndole mil cosas, sobre si su padre habia sido esto ó lo otro. Y por fin de fiesta lo echaban al corral para que se pudriera. Vaya: que si no es por el tio Genillo, el pobrecito echa el alma de necesidad y no lo vuelve á contar.

Martin estaba cada vez más abatido. Parecia que el violento arrebato de cólera de aquel dia, que no olvidó nunca, le habia dejado insensible, y al oir contar las infamias de que su inocente hermano habia sido víctima, inclinaba la frente como si tuviera la certidumbre de una fatal sentencia, escrita en lo alto contra su familia; sentencia ante la cual no era posible más que una conformidad estóica, que él, á fuerza de contrariedades, comenzaba á tener. Algunos de los pensamientos que cruzaron entonces en tropel por su mente serán conocidos tal vez en el trascurso de esta historia. Entonces el abatimiento y la desesperacion, la sed de venganza y el recuerdo de su padre agitaban y sacudian su alma, no dejándole tomar determinacion alguna. A veces queria resignarse, á veces expresar de algun modo su estado interior; hasta sintió impulsos de volver á la casa para decir al conde algo que se le olvidó y hubiera hecho efecto en el ánimo del insensato viejo. El ódio y el desprecio turnaban en su ánimo, indeciso entre sobreponerse á los ultrajes que habia recibido, ó doblegarse ante ellos, vencido por la superioridad de sangre y de posicion de sus enemigos.

La conversacion del tio Genillo, que un momento inspiró alguna curiosidad por los pormenores que le daba de aquella execrada familia, concluyó por aburrirle desde que comprendió la imposibilidad de adquirir por aquel conducto noticias de su hermano. Así es que cuando ménos lo esperaba el pobre arriero, y cuando más enfrascado estaba en su prolija charlatanería, Muriel su despidió de él, dejándole con la boca abierta y la palabra en ella, pesaroso de no poder desahogar toda su inquinia contra el tio Segarra.

Pasó de nuevo Martin, ya anocheciendo, por la casa de Cerezuelo, cuando se dirigia á entrar en la ciudad, y no es decible el horror que le inspiró la pesada y triste mole del edificio, solo en medio de la llanura, proyectando su sombra sobre buena parte del suelo; silencioso y oscuro como una tumba, sin la más débil luz en sus ventanas, sin el más insignificante ruido en los patios, á no ser el lejano ladrido del perro de la huerta, demasiado celoso de las riquezas de su amo, para ver un ladron en la más fugitiva penumbra de la noche. Pasó el pobre jóven sin detenerse, deseoso de alejarse de aquellos muros que parecian pesarle sobre los hombros, y entró en la ciudad, dirigiéndose á la posada, donde no le fué posible reposar ni estar tranquilo. Toda aquella noche no dejó de articular palabras atropelladas é incoherentes, contestando sin duda á D. Lorenzo y al conde, cuyas voces oia sin cesar, y cuyos semblantes no se borraban de su vista. En aquella noche, y despues de un soliloquio calenturiento, fué cuando pudo metodizar digámoslo así, los varios sentimientos que agitaban su alma. La enérgica virilidad de su carácter determinó en su espíritu un movimiento activo de ódio contra aquella gente. Despreciarlos le parecia algo semejante á disculparles. La resignacion hubiera sido bajeza. Habian sido tan infames con su padre, tan descorteses con él, tan crueles con su hermano, que la imaginacion se complacia en suponerles padeciendo tormentos iguales á los que habian causado. El alma más generosa y santa no se ha eximido en ocasiones iguales de esas venganzas imaginarias que adulan nuestra naturaleza, repitiendo en lo íntimo de nuestro cerebro los lamentos y quejas de los que aborrecemos. Los espíritus rebeldes é indisciplinados como el de Muriel no saben sofocar en su pecho el anhelo de la venganza: él, á causa de sus raras especulaciones filosófico-políticas, justificaba aquella venganza hasta el punto de creer que responderia á un alto fin social, y era de los que pensaban que una mala pasion puede ser sublimada por el contacto de una grande idea.

Al dia siguiente se ocupó sin descanso en hacer averiguaciones sobre el paradero del errante Pablillo. Visitó los hospicios, los conventos, y espe-

cialmente los de mendicantes, porque esperaba que algun lego de los que recorren los caminos con la colecta podia haber encontrado á su hermano. Empleó en estas indagaciones dos dias más: contó al alcalde el caso, dirigióse á algunos pastores que habian llegado noche antes; habló con los panaderos de Meco; fué á este pueblo y preguntó á todos los vecinos uno á uno; recorrió las ventas del camino; volvió á Alcalá, exploró á cuantos trageneros, mozos de mulas y arrieros habia en la ciudad, hasta que al fin viendo que no adquiria la menor noticia, ni el más insignificante dato, desesperado y aturdido se volvió á Madrid, donde al entrar en la casa de Leonardo se encontró con una estupenda y tristísima nueva que el lector no puede conocer en toda su gravedad é importancia sin ver antes los hechos consignados en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII.

El consejero espiritual de Doña Bernarda.

I.

Ha llegado el momento de que el lector se encare con la original y espantable efigie del padre Corchon, consejero áulico de Doña Bernarda, autor de los catorce tomos sobre el *Señor San José*, y de otras muchas obras que vieran en buen hora la luz pública, si el esclarecido inquisidor tuviera posibles para ello. Este reverendo habia logrado apoderarse de tal modo del ánimo de su sencilla é indocta amiga, que esta no daba una puntada en una calceta sin prévia consulta, ni echaba tres migas al gato sin resolucion anticipada del padre Corchon. Todos los dias entre tres y cuatro entraba el eminente teólogo en la casa, donde habia adquirido gran confianza; tomaba el chocolate; se hablaba de cosas espirituales y mundanas, enredándolas unas con otras para formar el compuesto de misticismo y chismografía que es comun en la gente mogigata. Pasaban revista á las funciones de la semana y á los asuntos de todas las familias conocidas, las cuales solian dejarse un giron de su honra en las garras de Doña Bernarda. Todos los murmullos de la vecindad pasaban al depósito de erudicion social que el padre, como buen inquisidor tenia en su cabeza, y todo esto al suave compás de las citas teológicas y de la devota elocuencia de uno y otro personaje.

Aquel dia un acontecimiento extraordinario, inaudito, habia perturbado la casa, poniendo en condiciones excepcionales el temperamento de Doña Bernarda, y por tanto, su coloquio con el padre Corchon se salió de la

comun medida y forma de los demás dias. Cuando el grande hombre entró, Engracia estaba encerrada en su cuarto, no ménos desconsolada que rabiosa, y su llanto no conseguia ablandar el duro corazon de su madre, que iba y venia de la cocina á la sala, y de la sala á la cocina como una loca. No bien el alto cuerpo del reverendo proyectó su siniestra sombra á lo largo delpasillo, cuando la señora exclamó con ánsia:

—¡Ah! Sr. D. Pedro Regalado: no veia la hora de que llegara Vd. ¡Qué angustia! Si lo que á mí me pasa no lo cuenta mujer nacida. ¡Santo Dios, ampárame!

—¿Pero qué le pasa á Vd., señora Doña Bernarda?—exclamó el padre sentándose en el canapé y estirando sus largas piernas.—¿Qué ocurre? ¿Ha repetido el ataquillo? ¡Ah! si Vd. quisiera tomar el caldo de culebras que le he recomendado.....

—No es nada de eso, Sr. D. Pedro Regalado—dijo con desesperacion la vieja.—No digo yo mi salud, sino mi vida diera por quitarme de encima esta deshonra.

—¡Deshonra!—exclamó el padre con asombro—deshonra ha dicho usted, señora! Pues eso sí que es cosa grave.

—Sí, señor:—añadió su amiga con una especie de lloriqueo.—¡Deshonra! ¿Quién me lo habia de decir?..... La que ha sido siempre la misma honradez, hija de padres honrados, como no los ha habido desde que el mundo es mundo, verse es este bochorno! ¡Ay, Sr. D. Pedro, consuéleme Vd.!

—Pero señora doña Bernarda, empiece Vd. por contarme el cómo, cuándo y de qué manera de ese bochorno, para ver de ponerle remedio. ¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha de ser? ¡Engracia!.....

—¡Ah!.....—esclamó el padre con repentino asombro y abriendo su boca, que tardó un buen rato en tomar su ordinaria posicion.

—Sí, asústese Vd., porque es una cosa que da horror. Bien dijo Vd., que esa niña desenvuelta nos iba á dar un mal rato.

—En verdad, confieso que me he quedado estupefacto, señora.

—¡Qué ingratitud, señor D. Pedro, yo que no tenia otro fin que hacerle el gusto en todo!

—Sin embargo, siempre le dije á Vd. que su hija tenia demasiada libertad. Es preciso atar corto á la juventud, doña Bernarda. Usted es demasiado bondadosa, demasiado tolerante—dijo el padre abriendo de nuevo toda su boca.

—¡Ah!—dijo doña Bernarda, recordando algo que tenia olvidado.—Con

estas angustias que paso, me habia olvidado del chocolate. Figúrese usted cómo estará mi cabeza, cuando lo principal.....

—Ciertamente, esas cosas.....

Mientras la solícita dueña va en busca del chocolate, el lector se queda á solas con el padre Corchon y no podrá ménos de fijar su vista observadora en tan insigne personaje, lumbrera de la Santa Inquisicion. Era don Pedro Regalado un hombre de gigantesca estatura, moreno, como de cuarenta y cinco años, algo cargado de espaldas, de cara larga, con una fuertísima, espesa y mal afeitada barba oscura que le sombreaba los carrillos, de boca cavernosa, afeada por la más desagradable dentadura, con grandes y negros ojos bajo pobladísimas cejas, y unas poderosas manos que pedian á toda prisa un azadon. Vestia con notable desaliño, y aunque no era poeta podia aplicársele el *balnea vitat* de Horacio, pues la traspiracion abundante de sus saludables y siempre activos poros, no sólo daba á su cara un perenne barniz, sino que habia puesto señales indelebles en su collarin invariable, comunicando á toda su persona, y especialmente á la sotana, sin duda por el roce de las palmas de las manos, un lustre, no suficiente á disimular lo raido y verdinegro de la tela. Añádase á esto el hábito de gastar tabaco en polvo, y la periódica exhibicion de sus grandes pañuelos de cuadros rojos y negros, y se tendrá idea de la ordinaria y pringosa estampa de D. Pedro Regalado Corchon.

Nada diremos de su inteligencia, porque esta la irá mostrando él mismo en el diálogo siguiente:

—Pues cuénteme Vd., señora, cómo ha sido eso—dijo tomando de manos de su amiga el perfumado soconusco.

—Es preciso empezar de atrás, porque lo que hoy he descubierto..... ¡si todavía estoy horrorizada!.... lo que hoy he descubierto no se comprende sin saber..... Es el caso que anteayer fuimos de merienda á la Florida. ¡Ah! bien recuerdo que Vd., aunque no me dijo nada, no puso buena cara al saber que íbamos de fiesta.

—Precisamente era dia de San Miguel, en que Patillas anda suelto,—contestó el padre tragándose el primer soplo de chocolate, despues de soplarlo.

—¡Ay! no fuí yo con gusto, porque me daba la corazonada de que algun castigo me habia de dar el Señor, Pues bien; fuimos, y al poco rato de estar allí viene el abate D. Lino con dos caballeritos..... ¡qué par! Pero á mí..... desde que les ví, dije: «estos no son cosa buena.» Figúrese Vd., Sr. D. Pedro Regalado, cómo me quedaria cuando oigo que uno de ellos empieza á

soltar unas heregías por aquella boca..... ¡Santo Cristo de Búrgos! Yo no puedo repetir los horrores que oí aquel dia. No sé qué dije yo de Napoleon, cuando el tal hombre, que juraria tiene el mismo enemigo en el cuerpo, dijo tantas atrocidades .... habló de los frailes y los puso de vuelta y media; y despues de la santísima religion, y de qué sé yo..... Pero cuando me horripilé fué cuando dijo que Vd. era un hombre bestial.

—¿Me conoce, me conoce?—dijo más orgulloso que indignado el padre Corchon.

—¿Pues yo lo sé? Ellos parecian así como ingleses.

—Es que habrán leido algunas de mis obras traducidas á esa lengua.

—Pero ¿las ha puesto Vd. en letras de molde?

—No, mas las he prestado manuscritas á algun amigo, que puede haber sacado alguna copia para mandarla á Inglaterra ó á Lóndres.

—No sé; lo cierto es que dijo que era Vd. un hombre bestial. Esto no puede ser sino la envidia.

—Figúrese Vd.: esos protestantes hablan mal de nosotros y nos injurian porque no saben contestar á nuestros argumentos. ¿Y hablan español?

—Como un oro: ya lo creo; y decian ser españoles que venian de todas las córtes de Europa, de Paris y la Meca, y qué sé yo.....

—Pues entonces traerán la peste de la filosofía—dijo con ira, pero con serenidad el padre.—Si no tuviéramos un gobierno tan descuidado para la religion como el de ese Sr. Godoy, ya veriamos dónde iban á parar todos los filosofantes. Pero en fin, aunque atado de piés y manos, el Santo Oficio hace todo lo que puede.

Pues todavía falta lo peor—continuó Doña Bernarda dando un suspiro.—Mientras aquel herejote excomulgado decia tales patochadas, el otro estaba cotorreando con Engracia; pero con tanta intimidad, que á mí un sudor se me iba y otro se me venia mirándoles. Luego Pluma estaba tan alicaido que parecia una calandria, y no le decia una palabra á Engracia, dejando al otro charlar con mi hija, como si toda la vida se hubieran conocido. Yo estaba tan sobreascuada y tenia en todo el cuerpo una hormiguilla.....

¿Y no se ocultaron ni se perdieron entre los árboles?—preguntó con sumo interés Corchon, que en todos los casos amorosos buscaba siempre lo peor.

—Aguarde Vd., no señor: aunque se retiraron yo no les perdí de vista. Bailaron juntos y se pasearon por las alamedas, apartados de los demás, pero... á la vista.

—Respiro—dijo el clérigo tranquilizándose.

—Aquella noche casi me como á Engracia en la reprimenda que le eché, y tal fué mi furia que no pude rezar mis oraciones de costumbre, por lo que espero ser absuelta en gracia de las penas que padezco.

El eclesiástico hizo con los ojos una mística señal que indicaba la trasmision del perdon divino.

—Yo me figuraba que allí habia gato encerrado—continuó la vieja.—¡Figúrese Vd. cómo me quedaria esta mañana al adquirir la certeza de que aquel hombre era un novio que tiene Engracia desde hace algun tiempo, y que le escribe cartitas y le ve en las iglesias!

—¡Señora!—exclamó Corchon con el mayor asombro.

—De modo que toda nuestra prevision y cautela, en esta deshonra ha venido á parar.

—Sin embargo,—añadió el clérigo—cuando las personas son tan bondadosas como Vd. y tan tolerantes..... Doña Engracita tenia demasiada libertad.

—¡Demasiada libertad!—dijo doña Bernarda.—Es que no hay cerrojos que valgan cuando hay inclinaciones..... ¡Ah!—añadió vertiendo una lágrima.—¡Si el que pudre levantara la cabeza y viera esta deshonra!... ¡Pobre esposo mio! ¡Oh! yo no puedo resistir esta agonía. Padre Corchon, consuéleme Vd.

—¿Y cómo ha averiguado Vd. esos horrores?

—Por una carta que le he descubierto esta mañana á la niña. Ella se quedó como muerta. ¡Ah! cuando leí el tal papel no sé qué me dió.

—A ver, á ver esa carta.

Doña Bernarda puso en manos de su confesor y consejero el fatal documento, que á la letra leyó, haciendo caso omiso de las fórmulas amorosas.

«Ya me figuraba yo que esa acémila del padre Corchon (¡acémila! ¡ha visto Vd. mayor irreverencia!—esclamó el clérigo interrumpiendo la lectura) es la causa de todas nuestras penas. Es terrible pensar que un clérigo soez, ignorante y gloton..... (¡gloton yo—dijo—que ayuno los siete reviernes!) se haya introducido en tu casa para embaucar á tu buena madre y martirizarte con sus mogigaterías. Pero no te dé cuidado, que yo pondré remedio á todo (no te dé cuidado á tí—dijo doña Bernarda—tú sí que las vas á pagar todas juntas), si tú me ayudas y te resuelves á dejar tu apocamiento y timidez. A ese clerigon hambriento y nécio es preciso espantarle de la casa, para lo cual yo y mi amigo vamos á inventar cualquier estratagema que te hará reir de lo lindo.... »

—Pero señora—dijo D. Pedro suspendiendo la lectura—esto es espan-

toso. Estamos sobre un volcan: las furias del infierno se han desatado sobre esta casa. ¿Qué estratagema es esa contra mí?

—¡Ah! yo estoy tan sobrecogida de espanto que no sé qué pensar. ¿Qué tramarán contra nosotros? ¿Si nos irán á pegar fuego á la casa, si nos envenenarán el chocolate?

El padre Corchon miró con aterrados ojos el cangilon vacío y se puso la mano en el estómago.

—¡Oh!—prosiguió la vieja—esto merece un castigo tal que no lo cuenten esos pelandingues. Siga Vd. leyendo.

—Sigamos,—dijo el padre, y leyó de nuevo.—«Si no te decides á abandonar la casa, como te he dicho (¡qué horror!), es preciso hacer un escarmiento con ese animal. (¡Pero esto no tiene nombre! Llamarme animal á mí, que soy.....) No creas que es sólo en tu casa donde pasan tales cosas. Esos hombres tienen dominadas á muchas familias por medio de la supersticion, y yo espero llegue un dia en que se haga un ejemplar con todos ellos, acabando de una vez con tan mala gente.....»

—¿No se horripila Vd.?—exclamó la madre de Engracia.—Pero esos hombres son ladrones y asesinos, de esos que andan por los caminos.

—No, señora; no son más que filósofos—contestó Corchon.—Ya les conozco; estas ideas contra el santo clero..... Pero ya sé yo el medio de arreglarlos. Sigo leyendo: «Mi amigo, el que estuvo conmigo en la Florida, se atreve á todo, y si te decides á salir de tu casa, lo haremos de modo que nadie pueda contrariarnos. Esta noche voy á San Ginés, donde puedes darme la contestacion: haz que doña Bernarda se ponga en la capilla de los Dolores, y ponte tú debajo del cuadro de las ánimas, que esta noche no debe estar encendido..... (Ha visto Vd. qué irreverencia, ¡en la iglesia! ¡en la santa iglesia!) Adios, y piensa en tu Leonardo. P. D. Si el asno del padre Corchon se va á Toledo, házmelo saber, tocando al entrar con el abanico en el cepillo para la limosna de la Santa Fábrica.»

Concluida la lectura, los dos personajes de esta interesante escena callaron, mirándose un buen rato, para comunicarse mútuamente su estupor y su cólera. Al fin el varon rompió el silencio de este modo:

—De veras que esto pasa de maldad: en veinte años de confesonario no he visto depravacion igual. Aquí tiene Vd. el resultado de dar libertad á las jóvenes.

—Pero Sr. D. Pedro, si no iba más que á la iglesia, y eso conmigo.

—¡En la santa iglesia! ¡En la santa iglesia semejantes escenas! Sabe Dios lo que habrán hecho allí. ¿Usted no ha observado nada?

—¿Qué habia de observar, si ella se estaba como una marmota mirando al altar mayor?

—¡Ah! es que él se ponia debajo del púlpito. ¡Y yo cuando predicaba le tenia tan cerca, debajo! ¡El demonio á los piés de San Miguel!

—¿Y qué hacemos, Sr. D. Pedro? Esto merece que se dé parte á la justicia.

—Mejor es á la Inquisicion; porque aquí hay un caso de herejia. Y si no verá Vd. cómo se descubre que esos hombres se ocupan en propagar las malas doctrinas, como no hagan alguna brujería para embaucar á las jóvenes sencillas. Le digo á Vd. que este es un ejemplo de lo más grave que se me ha presentado. Es preciso hacer averiguaciones mañana mismo. Yo me encargo de eso, y se les denunciará al Santo Oficio. ¡Oh! Si este gobierno del príncipe de la Paz fuera más solícito por la religion, veria usted qué pronto iban esos caballeros filosofantes á donde deben estar. Pero nose puede hacer gran cosa, y lo que pueda ser se hará. Lo malo es que yo me tengo que ir á Toledo, que si no.....

—¿Va Vd. al fin á Toledo?

—El Supremo Consejo así lo ha decidido.

—¡Qué desdicha!—dijo la vieja.—Y nos quedamos solas .... Mi hermana, que vive allá, me escribe todos los dias diciéndome vaya á verla, y lo que es ahora no he de faltar. Veremos cómo salgo del asunto este. ¿Sabe usted que estoy por establecerme en Toledo?

—¡Feliz idea!

—Yo no puedo vivir sin sus consejos, Sr. D. Pedro. Creo que la falta de su santa compañía me habia de abrir la sepultura.

—Pero vamos á ver,—dijo Corchon, que era poco sensible á la galantería.—¿Qué se hace? Es preciso tomar una determinacion. Esta casa está amenazada, señora doña Bernarda; ¿no tiembla Vd.?

—¿Pues no he de temblar, si tengo un hormigueo en todo el cuerpo.... Se me ha puesto la cabeza lo mismo que un farol, y los vapores me andan de aquí para allí. ¡Qué dia! Yo no quise esperar á que Vd. viniese y encargué á Pluma que tomara algunos informes de esos hombrejos. Veremos lo que dice: ¡el pobre D. Narciso tiene una amargura! y crea Vd. que es hombre de armas tomar y de un génio como un cocodrilo. Si coge á uno de esos dos salteadores de caminos lo abre en canal..... Pero en nombrando al ruin de Roma..... Aquí está Narcisito.

En efecto, era Pluma el que entraba, y traia un semblante tan desconcertado que fácil era adivinar la impresion que el descubrimiento de la

malhadada carta le habia causado. Como de ordinario era todo afectacion, aquel suceso que hablaba directamente á la naturaleza, produjo en él un gran trastorno, y el petimetre dejó de serlo en aquel nefasto dia.

II.

—¿Qué hay? ¿Qué ha sabido Vd.?—preguntó con ansiedad la dama.

—No me habia equivocado—contestó el petimetre—ese D. Leonardo es el mismo que yo habia visto en la calle de Jesús y María, en casa de las escofieteras.

—¿Y no ha pedido Vd. informes?—preguntó Corchon.

—¡Ya lo creo: y me han contado horrores! Si son unos bandidos, señor D. Pedro,

—¿No lo dije?... ¿Y son ingleses?

—¡Quiá! son españoles, y nunca han estado en el extranjero, al ménos uno. Todo aquello de las córtes de Europa es una farsa. ¡Cómo han engañado al pobre D. Lino!

—¿Y en qué se ocupan?

—En mil cosas raras y que nadie comprende. Tienen un criado que practica artes de brujería, segun ha contado el ama de la casa. En fin, toda la vecindad está escandalizada, y tratan de mudarse algunos que allí viven. Todas las noches, Sr. D. Pedro, es tal el jaleo y la bulla dentro de la casa, que no se puede parar allí; y lo más escandaloso y horrible es que las noches de Jueves y Viernes Santo armaron tal gresca, que aquello parecia un infierno. El compañero de Leonardo, que es el que recientemente ha venido, dicen que se burla de los santos misterios de la religion con tal desvergüenza que parece increible, y la casa está atestada de libros malos é indecentes, llenos de estampas obscenas.

—¡Qué descubrimiento, qué hallazgo!—exclamó Corchon con el entusiasmo de un químico que encuentra una combinacion nueva.—No hay mal que por bien no venga, doña Bernarda, y vea Vd. cómo el triste suceso nos proporciona la ocasion de hacer un gran servicio á la santa Iglesia descubriendo y castigando á esos pícaros. Siga Vd., querido D. Narciso.

—Son tantas las atrocidades que me han contado.....

—¡Alabado sea el santo nombre de....!—exclamó santiguándose doña Bernarda.—¡Cuidado con los tales hombres! ¡Y han entrado en la Iglesia ..! ¡Y mi hija ha sido cortejada por....! ¡Estoy horrorizada! ¡Si el que pudre levantara la cabeza y viera esto!

—Cálmese Vd., señora—dijo con creciente animacion el clérigo—que esto más es motivo de regocijo que de tristeza, despues del aspecto que toma el asunto. ¡Descubrir tal guarida de perdicion y de herejía! Esto, señora, no se ve todos los dias. Admiremos la infinita sabiduría del señor, que permite alguna vez sucesos tristes para que pueda llevarse á efecto su divina justicia. Siga Vd., señor de Pluma.

Corchon tenia el entusiasmo de su oficio, que era tambien su pasion. Como alegra la caza al cazador, así el buen inquisidor sentia inaudito alborozo ante la aparicion de un *grave caso de dogma.*

—Pues me han dicho más,—continuó Pluma, regocijado por la idea de que su rival iba á tener pronto castigo.—Parece que el otro dia quemaron una estampa de la Vírgen del Sagrario, dando aullidos y bailando alrededor de la hoguera.

—¡Jesús mil veces!—exclamó doña Bernarda.—¿Y no les cayó un rayo encima?

—Parece que no—continuó Pluma.—Pero lo peor es que todos los dias van allá otros jóvenes á aprender esas doctrinas que enseñan.

—*Cathedra pestilentiæ*—dijo Corchon en el colmo de su entusiasmo.—¿Pero no se regocija Vd., amiga mia, con este magnífico hallazgo?

—Sí—prosiguió D. Narciso—van muchos allí, y ellos les dan lecciones de filosofía y les enseñan las estampas de los libros obscenos que han traido de fuera: el más alto de los dos es el que dijo tantas atrocidades.

En honor de la verdad diremos, y para que no se forme mala idea de las luces ni de la buena fé de D. Narciso Pluma, que no era invencion suya lo que contaba, pues tal como lo dijo lo oyó de boca de sus amigas las costureras. Tambien la imparcialidad nos obliga á hacer constar que no estaba él muy seguro de que aquello fuese cierto; y si no mediara la pasion y el deseo de venganza, de fijo el petimetre se hubiera reido de tan grosera supersticion. Tal vez, á saber el partido que iba á sacar Corchon de su relato, hubiera sido prudente, ocultando las supuestas herejías de los dos desgraciados amigos.

—Bien, bien, bien—dijo el clérigo levantándose—ya sé lo que se ha de hacer. Corro á participar este feliz suceso á mis compañeros, que se alegrarán bastante.

—¿Y nos deja Vd. así, tan pronto—dijo afligida la vieja—cuando más necesitamos de sus consejos?

—Señora, con esta ocupacion repentina que me ha caido encima, ¿le pa-

rece á Vd. que hay que hacer pocas diligencias para dar los primeros pasos y escribir los primeros autos?

—Dios le dé á Vd. acierto, Sr. D. Pedro Regalado, para castigar tantos crímenes. Lo que D. Narciso ha dicho me ha dejado horripilada. ¡Qué hombres! ¡Qué demonios! Si no los sacan en cueros vivos, azotándolos por esas calles, no hay justicia.

—La verdad es que ha sido un descubrimiento—dijo el padre Corchon, en actitud de retirarse.

—¿Y no se reza el rosario?—preguntó doña Bernarda, desconsolada al verle partir.

—Por esta noche no. Pero mañana rezaremos dos. Eso puede hacerse, sobre todo cuando hay asuntos así, tan..... Adios, adios.

Fuese el padre Corchon, y quedaron solos el petimetre y la que dias antes consideraba como su futura suegra. Ambos personajes quedaron muy pensativos un buen rato, y despues se miraron; pero la congoja no les permitia decir palabra.

Pluma dirigió al techo los ojos, exhalando un hondo suspiro: doña Bernarda derramó una lágrima y contempló en silencio el elegante corbatin, los rizos, las chorreras, las botas, los sellos del reló, los anillos y los alfileres del que ya no podia ser su yerno.

CAPÍTULO VIII.

Lo que cuenta Alifonso y lo que aconseja Ulises.

I.

La escena que hemos referido es de todo punto necesaria para comprender la impresion que produjeron en Muriel al volver de Alcalá las estupendas novedades ocurridas en la casa durante su ausencia de tres dias. Llegó por la noche, y al entrar por la calle de Jesús y María siente detrás un pertinaz ceceo; vuelve la cara y ve en la esquina un hombre muy envuelto en su capa, que con la mano le hace señas de acercarse. Se dirige á él y reconoce á Alifonso, á pesar de la consternacion y palidez que desfiguraba el semblante del pobre barbero.

—¿Qué hay?—preguntó comprendiendo que algo grave habia pasado.

—No suba Vd. señorito, no suba Vd.—dijo con trémula voz el mozo.

—¿Pues qué ocurre?

—Pueden echarle mano. ¡Oh! no sé cómo pude escapar.

—¿Y Leonardo?

—Hace dos dias que se lo han llevado.

—¿A dónde?

—A la Inquisicion.

—¡A la Inquisicion! ¿Qué has dicho?—exclamó Muriel, creyendo que habia oido mal.

—Lo que Vd. oye. A la Inquisicion, al Santo Oficio en su mesma mesmedad.

—¿Qué estás diciendo? tú estás loco.—dijo Martin cada vez más absorto.

—¡Ay, señor, por desgracia estoy despierto! Pero alejémonos de aquí, y le contaré á Vd. todo.

—Pero si esto parece una burla ó..... Vamos, Alifonso, ¿es esto alguna broma de Leonardo? Tú eres muy travieso.

El barbero se habia llevado la mano á los ojos en ademan de limpiarse algunas lágrimas, y Muriel ya no dudó que la cosa era séria. Alejáronse de allí y fueron á sentarse en el escalon de una de las puertas del cercano convento de la Merced.

—Pues Sr. D. Martin—dijo Alifonso—esto es tremendo. Las carnes me tiemblan todavía. Pero yo juro que he de retorcerle el pescuezo á doña Visitacion, que es más tonta que una marmota. No sé cómo no me comí á los alguaciles que fueron allí á prender á mi amo.

—Bien, deja ahora aparte las heroicidades que no has hecho, y cuenta bien y con órden—dijo con la mayor impaciencia Martin.

—Pues señor, el martes, que en martes no puede pasar nada bueno, estaba yo poniéndole un boton á la casaca de mi amo; ya le habia limpiado las hebillas y tenia enhebrada con la seda la aguja para cogerle á la media ciertas ortografías, cuando llaman á la puerta; miro por el ventanillo, y veo unas caras..... Aquello me olió mal; pero el amo me mandó que abriera, y abrí. Ello es que eran seis, si mal no recuerdo, y dos de ellos traian unas cruces verdes, y todos vestian de negro, de tal modo, que me espanté y no supe contestar á sus preguntas. Yo no sé qué respondí; ellos dijeron que yo era un mentiroso, y á la verdad, así fué, pues no me sacaron el nombre de mi amo, por más que el uno de ellos me clavó unos ojazos que me querian comer. Entráronse de rondon todos en la casa, y era cosa de ver cómo andaba la vecindad por la escalera atisbando lo que pasaba, y exclamando las mujeres y los chicos: «La Inquisicion, la Inquisicion en casa de D. Leonardo.» Doña Visitacion cayó como un saco, y yo, lo confieso, me puse á temblar como si ya sintiera en las espaldas las disciplinas del verdugo. Mi amo no se acobardó, y faltó poco para que la emprendiera á porrazos con toda aquella patulea. Ya Vd. ve: así de pronto..... con el coraje. Hubiera hecho mal; porque aquellos son ministros de Dios. Yo soy buen cristiano, Sr. D. Martin: pero ¿á qué vienen esas cosas de la Inquisicion? Es mucho cuento el tal Santo Oficio: que si son herejes, que si no son herejes. ¡Y por eso azotan á la gente!.... Y dicen que antes los asaban como si fueran conejos. ¿Verdad, señor, que si no sueltan pronto á mi amo, es preciso andar á bofetones con esa gente?.... porque yo tengo un genio.....

—¿Y le prendieron?—preguntó Martin poco atento á las consideraciones de Alifonso sobre el Santo Tribunal.

—¿Que si le prendieron? Aunque hubieran sido dos. Pues digo: iban tambien por Vd. Puede dar gracias á Dios por haberle ocurrido ir á Alcalá; que si está en Madrid me lo cojen y de patitas me lo zampan en la cárcel.

—¿Y él no hizo resistencia?

—¡Quiá! al principio como que quiso..... pues; pero eran muchos los otros y no tuvo más remedio. Le bajaron, le metieron en un coche, y agur. Esto me lo han contado, porque yo, señor, en cuanto vi las cruces verdes, eché á correr y por el desvan me salí á los tejados, donde estuve un dia y una noche, haciendo el gato; y cuando la tocinera de la guardilla se asomaba, tenia necesidad de agazaparme y dar algun mayido para que no me conocieran. En toda la noche tuve el alma en mi almario, y no sé lo que hubiera sido de mí si el del tinte que vive en la guardilla de la izquierda no me hubiera dado asilo.

—¿Y se lo llevaron?—preguntó otra vez Martin, que en su asombro necesitaba nuevas afirmaciones para creer que aquello no era un sueño.

—No, allí lo dejaron de muestra:—contestó con sorna el barbero—se lo llevaron. La vecindad está toda escandalizada, y ya creo que han gastado tres azumbres de agua bendita en santiguar la casa. Todos andan como moco de pavo, muy devotos y rezones, y esta noche creo que van á hacer un zahumerio de romero bendito y raspaduras de cuerno para limpiar la casa de maleficio.

—¿Y él no decia nada?

—Si he decir la verdad, yo no lo sé, porque me escurrí, como he contado. Pero segun unos, al salir dijo mil blasfemias y cosas malas contra Dios y la Vírgen: yo no lo creo, porque el señor es buen cristiano. Segun otros, dijo: «Si Martin estuviera aquí.....» como dando á entender..... pues, Fuerte cosa ha sido esta, señor; y cuando considero que mi amo está en un calabozo, comiéndose los codos de hambre..... ¡Pero ah! la tia Visitacion! ¡Qué no la veo yo con coroza por esas calles! Con sus devociones y aquellos singultos que le dan, tiene peores entrañas que una hiena. Contaréle á usted lo que ha pasado hoy.

—¿Tú no has vuelto á la casa?

—¿Qué habia de volver? Pues bonito está el negocio para meterse allí. Hasta que esto no se aclare no me ven el pelo. De esa gente de las cruces verdes hay que estar á cien leguas. Pues contaré á Vd. Hoy han ido esos

cafres á tomar declaraciones y á enterarse..... pues..... Lo primero que les dijo la perra de doña Visitacion fué que era yo el demonio mismo ó tenia tratos con él. Riéronse los inquisidores, segun me contó la del tinte, que estaba allí; pero la maldita vieja insistió en ello, asegurando que yo andaba siempre manejando legías y brebajes. Eche Vd. cuenta....; que yo tenia mil potingues de elixires y drogas, y que una vez habia convertido un jamon en violin. ¡Ha visto Vd. qué tia estropajosa! Dijo tambien que los tres estábamos toda la noche dando aullidos y cantando cosas malas. De Vd. no asegura ninguna cosa mala, ni del señorito tampoco, á no ser aquello de las griterías; pero de mí no quedó peste que no dijo la maldita vieja. Mas llamaron á declarar á las escofieteras: ya Vd sabe que el amo tenia mucha broma con el marido de la casada, y que si hubo, que si no hubo aquello de..... déjelo Vd. estar; lo cierto es que las dos no nos podian ver ni pintados, sobre todo la Teresita, aquella de los ojuelos negros. Dijeron que nosotros éramos gente perdida, que teniamos alborotada la vecindad con nuestras maldades y que Vd. habia traido un barco cargado de libros diabólicos y perversos que estaba vendiendo de *ocultis*. Dijeron tambien que el Jueves Santo por la noche, yo habia estado bailando y que mi amo tenia un licor infernal para adormecer á las muchachas. Pero ¿á qué es cansarnos? ¡Fueron tales las iniquidades que aquellas pelandruscas inventaron! ¡Ah! tambien se les ocurrió..... las colgaria por el pescuezo en los dos balcones de la casa..... afirmaron que algunas noches sentian en nuestra habitacion lamentos de niño y que se horrorizaban todas..... ¿Vé Vd. qué farsa? y aseguraron que mi amo robaba chicos y les sacaba la sangre para hacer sus brebajes.

Muriel no pudo reprimir una exclamacion de horror al oir el relato de las soeces declaraciones de aquella vecindad implacable, enemiga de los pobres vecinos del piso segundo. Estaba el jóven absorto ante la novedad de aquel triste suceso que se presentaba con tan graves y alarmantes caracteres, y aún no habia en su espíritu la serenidad suficiente para juzgarlo y determinar lo que allí habia de monstruoso ó ridículo. La Inquisicion ha sido siempre una mezcla de lo más horrendo y lo más grotesco, como producto de la perversidad y de la ignorancia.

—¿Y no registraron las habitaciones?—preguntó.

—¡Pues no! la puerta estaba sellada con cera verde: abriéronla y no dejaron cosa alguna en su sitio. Uno hojeaba todos los libros de Vd., y despues de sacar un apunte de lo que eran, cargaron con ellos, sin dejar una foja. Tambien se llevaron el pedazo de aquella estampa de la Vírgen del Sagrario

que Vd. quiso quemar, porque era un mamarracho muy feo, y no gustaba de ver representada á Nuestra Señora con semejante carátula. Sobre esto me han dicho que hicieron muchos aspavientos los clerizontes. De los papeles no dejaron uno, incluso las cartas de...., ¡Pobre señorita Engracia, cómo se quedará cuando sepa tales horrores!.... Cuando se echaron á la cara el título de aquella obra que Vd. leia..... ¿cómo era?.... sí..... escrita por un tal *Chasclás* ó *Blaschás*.....

—Por el baron de Holbach.

—Eso es, eso; pues uno de ellos le escupió. Y cuando abrieron otro libro y vieron en la foja..... todo esto me lo ha contado la tintorera, que estaba allí, y no se acordaba de los nombres. ... Era aquel libro en que yo leia por las noches, cuando estaban fuera..... era una cosa así como Don Lamberto.....

—Sí, d'Alembert.

—Ese mismo. Pero el que los puso furiosos, tanto que uno de ellos dijo unos latines y hasta dudó el cojerlo en las manos como si le mordiera, fué aquel que á mí me gustaba tanto; aquel que tiene una estampa de un rey á quien le cortan la cabeza con una gran cuchilla que sube y baja.....

—En fin—dijo Muriel—se lo llevaron todo.

—Todo,.... no dejaron ni tanto así de papel. Se llevaron las cartas, los papeles de la renta del amo y aquel legajo que mandaron de su pueblo..... Todo, todo, ménos la ropa, que tiraron por el suelo despues de haber registrado los bolsillos. Doña Visitacion la ha guardado toda esta tarde, y yo voy á ver si se la entrega á la del tinte para que nos la dé.

—¿Por qué no vas tú por ella?

—Cepos quedos—contestó Alifonso.—Me parece que estoy viendo todavía las cruces verdes, y además yo desconfio de aquella vieja, que es capaz, si me ve entrar, de ponerse á dar gritos en el balcon, diciendo: «¡¡ya pareció, ya pareció!!» Estemos en paz con nuestro pellejo; que más vale pasear por las calles, aunque con miedo, que pudrirse en un calabozo de la Inquisicion. Además yo espero de este modo servir á mi amo..... pues entre los dos..... Ya hoy he dado yo algunos pasos.

—¿Qué has hecho?

—Pues en cuanto supe lo del reconocimiento me eché fuera, y envuelto en mi capa me fuí á casa del abate D. Lino Paniagua á contarle lo que pasaba. Pues vea Vd., ya me dió alguna esperanza, y me consoló bastante, porque ¡ay! ayer tenia el corazon como un puño.

—¿Y qué te dijo ese D. Lino?—preguntó Martin con mucha curiosidad.

—Que cuando Vd. llegara fuese á verle, para él decirle lo que tenia que hacer.

—Pues iré esta noche misma, si es preciso.

—Segun me dijo, á Vd. le será fácil conseguir que echen tierra al asunto, porque, aunque esos de la Inquisicion son gente de malas entrañas, parece que uno del Consejo Supremo es primo de la hermana de la mujer del cuñado ó no sé qué de ese señor conde del Cerezo, á quien Vd. conoce.

—¡Yo!.... De Cerezuelo, querrás decir. ¡Pues es buena recomendacion la mia para esa gente!—dijo con ironía Martin.—El tal D. Lino no sabe lo que dice.

—En fin, él le enterará á Vd. ¡Pobre señorito D. Leonardo, verse encerrado en una prision sin haber hecho mal á nadie! Vamos, cuando lo pienso me dan ganas de becerrear como un chiquillo.

—Esta noche misma iré á casa de ese Sr. Paniagua á ver qué me dice—dijo Martin levantándose con resolucion.

—Mejor es, porque ¿qué se pierde con tomar la cosa con tiempo? Pero mucho cuidado, señorito, que si me le echan mano.....

Ambos personajes avanzaron juntos á lo largo de la Merced, y hasta la esquina de la calle del Burro, donde vivia el abate, no se separaron. Muriel estaba muy abatido, y Alifonso por la desgracia no habia dejado de ser charlatan. El primero ya no tenia fuerza para hacer frente á las desventuras, y su desprecio á los acontecimientos se trocaba lentamente en un pavor casi supersticioso que se acrecentaba á cada nuevo golpe que recibia. Empezaba á creer en una leccion providencial, en un castigo tal como nunca su conciencia de filósofo esperó recibirlo, y en su espíritu habia por lo menos una tregua con la divinidad. Estaba confundido, anonadado. No sabia si seguir despreciando á su época, ú odiarla con más fuerza, y la sociedad empezaba á parecerle demasiado fuerte para que fuera posible luchar con ella. La corrupcion era invencible, porque era á la vez fanática, y parecia más fácil destruir aquella generacion que convencerla. Con estos pensamientos, dominado á la vez por la tristeza y el recelo, con el corazon desgarrado y el alma escéptica, entró en casa del abate.

II

Grande fué la sorpresa de Martin al ver el extraño traje con que le recibió D. Lino Paniagua, el cual, delante de su espejo, mientras un peluquero se ocupaba en dar las últimas pinceladas en su adobado rostro, ofrecia la

más extravagante figura. Una gran peluca á lo Luis XIV le cubria la cabeza, arrojando sobre sus hombros una exuberante porcion de enmarañados rizos de tan descomunales proporciones que el rostro del pobre abate aparecia reducido á la mitad de su natural tamaño: un peto escamoso semejante al que ponen los escultores en el cuerpo de San Miguel ceñia el suyo, y de la cintura pendia la espada corta y un escudo de carton dorado con caprichosos signos zodiacales. Calzaba una especie de coturno con hebillas, y la pierna se cubria con media de punto imitando muy imperfectamente la desnudez. De la cara nada hay que decir, pues desaparecia tras una corteza de bermellon y dos enormes rayas negras que hacian el papel de cejas en aquella máscara grotesca. Cuando el protector de los amantes vió entrar á Martin, soltó el papel en que leia unos retumbantes endecasílabos y dió rienda suelta á la risa, diciendo:

—¡Ah! Sr. D. Martin Martinez de Muriel, mi querido amigo: no se maraville Vd. de verme en este traje. Estoy desconocido, ¿no es verdad?

—Ciertamente—contestó Martin—¿pero estamos en Carnaval?

—¡Oh! no señor—contestó el abate riendo con más fuerza—pero me veo en un compromiso. He tenido que encargarme del papel de Ulises en la tragedia de Ifigenia, que se representa esta noche en casa del marqués de Castro-Limon, porque el Sr. de Berlanga, que habia de desempeñarlo, ha caido anteayer con unas tercianas, y..... no he tenido más remedio. Me ha sido preciso aprender el papel en dos dias. ¿Qué le parece á Vd. el traje?

—Está Vd. hecho un payaso—contestó Martin.

—¿Un payaso, Sr. D. Martin?—dijo Paniagua riendo sin la menor señal de agravio—es verdad; pero ¿qué quiere Vd.? me han obligado. Yo no puedo decir que no. ¿Cómo iba á dejar de representarse la tragedia? Pero ahora caigo en que Vd. debe venir á..... Alifonso me ha contado todo. ¡Pobre Leonardo! ¡Qué desgracia, qué mala suerte!

—Más vale que diga Vd.: ¡qué iniquidad, qué infamia!

—Sí, pero diré á Vd., hay leyes sagradas. ¡Qué se ha de hacer!.... está establecido. Pero ¿qué me dice Vd. de la peluca? ¿Le parece, por ventura, demasiado grande? ¿Y la espada? ¿No cree Vd. que un poco más corta seria mejor? Me parece que llevo á la cintura el montante de Diego García de Paredes.

—¿No tenia Vd. antecedente alguno de esta abominable prision de Leonardo?—preguntó Muriel, sin cuidarse de la peluca ni de la espada del abate.

—No, ¿cómo iba yo á saber los secretos del Santo Oficio? Para mejor ser-

vicio de la santa fé católica y de la religion, aquel tribunal obra siempre con el mayor sigilo. A veces ni los mismos parientes del reo saben su prision hasta el dia del suplicio, sistema admirable á que debe la Inquisicion su eficacia.

Martin escuchó en silencio, y más meditabundo que irritado la apología de la Inquisicion hecha por boca de aquel mamarracho, caricatura física y moral ante la cual se experimentaba un sentimiento que no se sabia si era la compasion ó el desprecio.

—Creo—continuó D. Lino—que no seria difícil conseguir que ese asunto se acabara pronto, siendo condenado D. Leonardo á una pena muy ligera, como azotes, por ejemplo..... En el dia la Inquisicion no es rigurosa. Se los darian en el patio mismo de la cárcel.....

—¡Oh!—contestó irritado Martin—en cualquier parte que sea, eso seria una infamia sin igual. Leonardo es inocente.

—Ya lo sé..... ¿quién lo sabe mejor que yo? Pero ¿qué quiere Vd.? Tal vez pueda conseguirse que sea relajado.

—¿Y qué es eso?

—Que pase al brazo secular porque el delito no sea de los que competen al Santo Oficio. Entonces á fuerza de empeño se puede conseguir que se sobresea y lo despachen pronto; así como dentro de dos años ó dos y medio.

—¡Dos años, eso es espantoso! Y siendo inocente..... ¡Oh! D. Lino, creo que los que se contentan con maldecir á estos tiempos son despreciables y cobardes. No mereceria las bendiciones de los hombres el que tuviera fuerza y valor suficiente para estremecer desde sus cimientos el Estado y la corona y toda esta balumba de ignorancia y corrupcion.

—Diga Vd.—exclamó el abate sin comprender aquellas palabras, que le parecieron una jerigonza—diga Vd.: ¿no le parece que esta pantorrilla izquierda tiene poco algodon? Ya se ve, con la prisa..,.. Y de aquí allá creo ha de ajárseme completamente el vestido, aunque ha venido á buscarme la berlina de la casa. He tenido que vestirme en la mia, porque allá no tengo confianza..... Como es uno así, persona de cierta edad, y aquellas niñas son tan burlonas..... ¡Ay! esta espada se me traba en las piernas y estoy expuesto á dar un costalazo en lo mejor de la tragedia..... Pero veo, señor D. Martin que está Vd. preocupado con el caso de Leonardo y no atiende á lo que le digo. ¿Sabe Vd. á quién debe dirigirse? ¿Recuerda Vd. aquella dama con quien Vd. habló en la Florida, con quien bailó de lo lindo, paseando despues por las alamedas?

—Susanita Cerezuelo.

—Justamente; y acá para entre los dos, me pareció que no le miraba á Vd. con malos ojos, aunque es en extremo insensible y hasta ahora no se le ha conocido pasion ninguna. Puesto que estuvieron Vds. tan amigos aquel dia, vaya Vd. á su casa, háblele....

—Pero qué, ¿esa señora es tambien inquisidora?—preguntó Martin.

—No, alma de Dios, pero lo es el hermano de la esposa de su tio don Miguel Enriquez de Cárdenas, en cuya casa vive. El doctor D. Tomás de Albarado y Gibraleon es consejero del Supremo de la Inquisicion, persona bondadosísima y siempre inclinada á perdonar; es tal su influjo entre los jueces del Santo Oficio y con el inquisidor general, que puede decirse que él hace lo que quiere en cuanto concierne á aquel santo tribunal; con esto y con decirle á Vd. que ama entrañablemente á Susanita y que la mima hasta el punto de otorgarle cuanto esta le pide, comprenderá Vd. si hago bien en aconsejarle que dé este paso para conseguir su fin.

—Pero yo no puedo pedir nada á esa familia; yo no puedo entrar en esa casa. Seria para mí la mayor de las humillaciones, y creo que ni aun la consideracion de las desventuras de Leonardo me daria fuerzas para doblegarme ante semejante mujer.

—¿Qué dice Vd., hombre? ¿Vd. está loco?—dijo con asombro el abate, apartándose los rizos que sin cesar le caian sobre el rostro.—¿Humillacion pedir un favor de esa naturaleza á la más celebrada hermosura de la córte? ¡Pues digo, que charlaron Vds. poco aquel dia! Vd. es incomprensible, señor D. Martin.

Este no quiso explicarle á D. Lino las razones en que se fundaba, y guardó silencio.

—Pues le aseguro á Vd.—prosiguió el abate—que estoy en lo firme al creer que conseguiremos por ese medio ver en libertad al pobre D. Leonardo. Vaya—añadió con malignidad—se viene Vd. haciendo la mosquita muerta. ¿Si seré yo alguna marmota para no comprender que Susanita le mira á Vd. con buenos ojos? Vaya Vd. allá, y despues veremos si tengo razon. Es una familia amabilísima, y en cuanto al doctor Albarado no conozco hombre más excelente. ¡Y cómo quiere á Susanita! Va allá todas las noches: yo tambien voy y solemos echar un tresillo. Mañana mismo diré á la madamita su pretension de Vd.

—¡Ah! no—dijo Martin—no puede ser, yo no puedo ir allá.

—¡Hombre! no lo entiendo. Vd. no sabe el efecto que ha producido, Sr. D. Martin, ó si lo sabe lo disimula. No sea Vd. raro, vaya Vd. Si no

hay que resignarse á ver á Leonardo condenado..... quién sabe á qué.

—No, de ninguna manera. Esa familia y yo no podemos decirnos una palabra—dijo Martin con resolucion.

—¡Pero yo estoy confuso! ¡Pues poquitas se dijeron Vds. en la Florida! Lo que le aconsejo á Vd. es un medio decisivo. Yo por mi parte haré cuanto pueda. Mándeme Vd., iremos juntos á todas partes, le llevaré recados. Mañana no, pero pasado estoy á su disposici n. Mañana me es imposible por tener que asistir al funeral del comandante Priego, y tambien he de ocuparme en buscarle doncella á la condesa de Cintruénigo, que me ha hecho hoy ese encargo y el de contratarle una media docena de pavos buenos. Además mañana tengo que poner en limpio el entremés de Trigueros, que ha de estar listo para el sábado..... Pasado, pasado estoy á la órden de Vd.

—Yo no puedo, no puedo ir á esa casa—dijo otra vez Martin preocupado siempre con la misma idea.

—¡Pues no ha de ir Vd.! Yo mismo le llevo, yo mismo. Si Vd. conociera al doctor Albarado.....

—Yo me retiro—dijo Martin repentinamente—necesito meditar eso; sí, es preciso pensarlo, pensarlo mucho.

—Al fin irá Vd. Si no lo hiciera, seria preciso declararle loco rematado..... ¡Ah! Sr. D. Martin—añadió echándose mano á la cintura—hágame Vd. el favor de apretarme esta hebilla. ¡Diablo de espada! Y luego con este pelucon, que no parece sino que llevo tres zaleas en la cabeza.....

Apretó Muriel la hebilla con tal fuerza que el talle del abate quedó reducido á su más mínima expresion, y aunque en realidad le molestaba sentirse tan fatigado se olvidó de la mortificacion al ver reproducida en el espejo su sutil y esbelta cintura. Gruesas gotas de sudor, producto de la sofocacion causada por la peluca, despintaban su rostro; pero él llevaba con paciencia todas estas agonías, regocijándose de antemano con el éxito de su trágica representacion. Muriel no creyó conveniente distraerle por más tiempo, y se marchó dejando al improvisado Ulises completamente dispuesto ya para entrar en escena.

El jóven salió de aquella casa en un estado de agitacion indescriptible, conforme á la repulsion y lucha de estas dos proposiciones que se disputaban el dominio de su espíritu. ¿Se humillaria ante la familia de Cerezuelo, solicitando un beneficio de la orgullosa é insolente Susana? ¿Dejaria á Leonardo en poder de los sectarios del Santo Oficio, cuando tal vez podria salvarle con un sacrificio de su amor propio? El trastorno que en su ánimo produjo esta duda espantosa no es para referido, y en sus ideas como en

sus sentimientos la alteracion parecia insuficiente á dejar honda huella, áun despues que nuevos sucesos le hubieran serenado. Segun él pensaba entonces, no podian ser obra de un casual encadenamiento de sucesos los que recientemente habian ocurrido; habia una lógica tan horrible en ellos, que era preciso creer en la accion deliberada de una vengativa Providencia, constante en el empeño de abatirle más, cuanto él más queria sublimarse. Los agravios recibidos de la familia Cerezuelo, el diálogo con Susana, en que habia querido humillarla, la pérdida de su hermano, desamparado por la misma casa, sus provocaciones y arrogancias ante el viejo conde, la prision de su único amigo, y la última fatal coincidencia de que habia de arrastrarse á los piés de aquella misma familia maldecida y despreciada para poder salvar á Lernardo, parecian hechos dependientes de un verdadero plan, que algun dedo inescrutable habia trazado en el libro de aquella vida turbada por las creencias y por la pasion. Su orgullo debia abatirse; sus ojos, que arrostraban con expresion provocativa la vista de una sociedad tan despreciada, debian cerrarse humildemente, buscando en la lobreguez la única paz posible; debia ser humilde ante los poderosos, aceptar el yugo y gemir en el silencio de la conciencia, sin proferir una queja eterna ni vanagloriarse con la intencion, manifestada con altanería, de destruir un mundo en que no se veian más que defectos. El ódio debia ser sofocado, y callar, sin duda porque no tenia razon.

En este angustioso estado de espíritu vagó por las calles, sin saber qué camino tomaba ni cuidarse del sitio aún desconocido en que habia de pasar la noche. Su pensamiento se elevaba á Dios, fuente de justicia, procurando desprenderse de sus ódios y preocupaciones para ver si espiritualizado en la comunicacion con lo alto, adquiria la certidumbre de que era un loco extraviado por la lectura de libros malos ó el trato de hombres perversos. Pero ni esta certidumbre ni ninguna otra puso paz en su ánimo, y siguió dudando si continuar enorgullecido de la superioridad moral que sentia en sí respecto de su época, ó si abdicar la mejor parte de su carácter poniéndose al nivel de las gentes que en torno suyo veia sin cesar. Por fin, despues de dar mil vueltas, el cansancio físico se sobrepuso en él á la fatiga mental y se ocupó de buscar un sitio en que pasar la noche, puesto que no debia ir á su casa. La única persona que podria darle un asilo era el señor de Rotondo, y allá se dirigió no sin repugnancia, pues no habia simpatizado con aquel personaje. Este le recibió con los brazos abiertos, diciéndole estas palabras que preocuparon al jóven toda la noche:

—¡Ah! Sr. D. Martin: ya sabia yo que habia de venir á parar á esta casa.

Lo que los dos se dijeron despues, y lo que hizo Martin al siguiente dia, lo sabrá el lector en los siguientes capítulos. Martin se acostó en un mal cuarto, donde habia arreglado la vieja intendente de aquel vetusto y triste edificio un abominable camastron. No le fué posible pegar los ojos hasta el amanecer y su martirio fué grande, no sólo porque su excitacion mental le impedia dormir, sino porque contribuyeron á aumentar su doloroso y febril insomnio los desaforados gritos del pobre La Zarza, que en la habitacion contigua exclamaba sin cesar: «¡Robespierre: Robespierre, no haya piedad!..., ¡Todos á la guillotina!.... ¡Aún faltan muchos: valor!.... ¡Pérfidos aristócratas, infames vendeanos, enemigos de la civilizacion: preparad vuestras cabezas!.... ¡Temblad, tiranos, vuestra hora ha llegado!.... ¡Robespierre, Robespierre: la infamia de tantos siglos no se lava sino con sangre!»

CAPITULO IX.

El leon domado.

I.

Susana no habia podido, á pesar de su carácter dominador y absorbente, trocar las antiguas, venerandas é invariables prácticas de la casa en que vivia, que era la de su tio D. Miguel de Cárdenas y Ossorio. Conspiró la jóven mucho tiempo para hacer variar las horas de comer y las del rosario, lo mismo que para destruir ciertas preocupaciones y rancias costumbres que, segun ella decia, quitaban todo su brillo á los saraos. Consistian estas antiguallas en no dar al uso de las bujías la importancia que merecia, prefiriendo los viejos hachones de cera y resistiéndose á trocar las lámparas históricas por los modernos y recien propagados quinqués. Tambien habia hecho esfuerzos para poner en la sala algunas cornucopias que cubrieran las vergonzantes fealdades de unos tapices que habian presenciado el paso de cien generaciones, y asimismo quiso sustituir el clave imperfecto y discordante que los antepasados adquirieron en tiempo de Juan Bautista Lulli, cuando ménos, por un *forte-piano*, admirable en las labores de la caja, encantador en sus sonidos, joya instrumental y artística, digna de las manos y del espíritu de Beethoven. En esto triunfó Susana, mas no en relegar la guitarra á completo olvido, como pretendia, llevada de su amor á la etiqueta. La guitarra siguió animando con sus rasgueos picantes y su triste monotonía las tertulias de la casa, donde se bostezaba de lo lindo, á causa de no poderse dar entrada franca á elementos de distraccion.

Los dueños tenian en esto un rigor extremo, y el sacro estrado de tan venerada mansion no se abria sino á personas incurablemente sérias, á damas de la estofa cancilleresca de doña Antonia Gibraleon, y á señores procedentes del Consejo y Cámara de Castilla, de la Sala de Alcaldes de Casa y Córte, de la Contaduría de Penas de Cámara, del Consejo de Ordenes ó de las Indias, de la Rota, ó de otro cualquiera de aquellos panteones administrativos que hacian las delicias del siglo XVIII. Por las noches, al ver entrar con solemne y acompasado andar aquellas estiradas figuras cuyos semblantes parecian más graves, sombreados por las alas de pichon de sus disformes pelucas, un observador de nuestra época hubiera creido asistir al desfile del Estado en el antiguo régimen. La conversacion correspondia á los personajes, y aunque las damas, á excepcion de la diplomática, se aburrian bastante, ellos pasaban tan entretenidos las largas horas de la tertulia, que al llegar las diez, hora de romper filas, exclamaban á una voz: »¡qué temprano!» si bien la costumbre era más poderosa que nada, y, envolviéndose en sus capas, salian precedidos del paje y la linterna en direccion á sus casas.

No se permitia más desahogo literario que alguna lucubracion pastoril de Pepita Sanahuja, considerada como un verdadero portento de precocidad y de ingenio. De entremeses ni representaciones no habia que hablar, porque tal cosa no era consentida en tan augustos recintos, y solo alguna cancion acompañada al clave ó á la guitarra podia tolerarse, con prévia censura y despues de ser amonestado el Orfeo para hacerlo en voz baja y con muy recatados ademanes. En el ramo de refrescos la sobriedad era tal como correspondia á estómagos que por su edad no debian ser cargados con excesivo material, y por tanto el bolsillo del Sr. Enriquez de Cárdenas no sufria grandes expoliaciones con esta partida del presupuesto señorial. No se escatimaba el chocolate ni los azucarillos; pero si se queria pasar de ahí; si se le antojaba á cualquier estómago el recreo de alguna magra ó de algun pastel sustancioso, los Enriquez de Cárdenas no tenian nada de Lúculos y cerraban las despensas con cien llaves. Verdad es que los tertulianos eran tan sóbrios como los amos de la casa, y ninguno se hubiera permitido desordenados apetitos.

Uno de los principales y más asiduos sostenedores de la tertulia era el doctor Albarado y Gibraleon, hermano de la señora, persona de ilimitada bondad, y tan discreto y sensible á la vez, que su cargo de inquisidor general era en él un horroroso contrasentido. Su amor por Susana, á quien habia mimado desde niña con la flaqueza y paternal cariño de un abuelo, era

un delirio. Persona grave y de austeras costumbres, el doctor tenia, especialmente con su idolatrada Susanilla, todas las expansiones de la más franca y generosa confianza. Cuanto la jóven decia, él lo encontraba bien: sus rasgos de soberbia le encantaban, y en su presencia era preciso tenerla contenta persona de incurrir en el alto desagrado del señor inquisidor general. Ella, por su parte, si con alguien era condescendiente y suave, era con el *abuelo*, como le llamaba de ordinario, y en la tertulia las gracias del uno, las mimosas respuestas de la otra, eran lo único que por lo general desentonaba la triste y soporífera armonía de la conversacion.

Hemos creido necesario dar esta breve noticia de la vida interior de la casa antes de referir los singulares é imprevistos acontecimientos que van á resultar de la entrevista de Muriel con Susanita; determinacion que tomó el jóven al fin, despues de meditarlo mucho, y calurosamente incitado á ello por D. Buenaventura Rotondo.

II.

—No podia Vd. haber ideado cosa mejor—le decia este al siguiente dia, cuando el jóven se levantó, despues de un breve y agitado sueño.—Es el mejor camino. Si por la intercesion de Susanita no consigue Vd. nada, ese amigo de Vd. se pudrirá en su calabozo sin que nadie le ampare. Yo conozco mucho á esa familia, y el D. Angel es tan amigo mio que no pienso tenerlo más íntimo en ninguna parte.

—Pues ¿por qué no le habla Vd.? yo le quedaré eternamente agradecido—dijo Martin.

—¡Ah! No es fácil ablandar al doctor D. Tomás de Albarado. Sólo una persona tiene el privilegio de excitar la indulgencia del inquisidor hasta el punto de obligarle á arrancar á un reo de las garras del Santo Oficio. Háble-le Vd. mismo..... á ella..... nada más que á ella.

—Pero ya ve Vd. las razones que tengo—dijo Muriel, que ya habia contado á su interlocutor lo que saben nuestros lectores.

—Eso no importa, amigo mio. Es preciso doblegarse, transigir, y mucho más cuando está de por la libemediortad de su amiguito.

—¿Pero no comprende Vd que esa mujer ni siquiera se dignará recibirme? Me hará apalear por los lacayos desde que ponga los piés en su casa. ¿No recuerda Vd. lo que acabo de contarle..... la escena en la Florida?

—¡Qué tontería! Si Vd. la humilló entonces, es necesario abatirse, llegar, pedirle perdon.....

—¡Yo perdon!—contestó Martin con energía.—Eso de ninguna mane-

ra. Lo más que puedo hacer es exponerle mi peticion de un modo respetuoso, y nada más.

—Es Vd. lo más raro..... Pero ¡qué orgullo..... qué.....! Es preciso, amigo, aceptar las cosas como las encontramos. Usted no es ningun potentado; Vd. no puede hacer nada por sí solo en el mundo; Vd. tiene que humillarse buscando el arrimo de los poderosos. Yo no me explico semejante orgullo ni áun tratándose de quien quiere remover la sociedad. Pues digo; hasta en eso no se digna Vd. descender de su superioridad, y cree que cuantos aspiran á fines parecidos no saben lo que hacen.

Sea que Muriel encontrara algo de justo en esta reprension, sea que le infundiera más bien desprecio que asentimiento, lo cierto es que no contesto á ella, y permaneció con los ojos fijos en el suelo, meditando sin duda aquel grave caso.

—No tiene Vd. nada que pensar—continuó D. Buenaventura, cuyo empeño en decidir á Muriel era tan oficioso que llamó la atencion del jóven.—No tiene que pensar más en ello, sino resolverse, é ir. Yo le aseguro á Vd.—añadió en tono de profunda conviccion—que será bien recibido. No tema usten nada.

—¡Bien recibido! Eso no puede ser. Creo que de ninguno harán ménos caso que de mí en este asunto. Esa gente me detesta; á ella, sobre todo, debo inspirarle una repugnancia inaudita.

—La mujer es voluble y tornadiza. Hoy ama lo que ayer aborrecia, y mañana desprecia lo que le ha gustado hoy.

—No crea Vd., á mí me importa poco ser despreciado ó no por esa gente.

—Lo que no quiero es humillarme, cuando en el fondo de mi corazon les considero tan indignos y pequeños, á pesar de su posicion social. Mi mayor gloria es confundirlos con una palabra, avergonzarlos y deprimirlos. Despues de lo que ha pasado, posternarme ante la grandeza que yo me he complacido en pisotear, me parece la mayor desgracia que pudiera ocurrirme. Si me parece que de este modo les perdono todas sus crueldades. ¡Oh! Mi padre muerto, mi hermanito errante y abandonado por los caminos, son recuerdos que serán para mí un remordimiento constante si doy este paso.

—¡Preocupaciones ridículas! Si Vd. no lo hace, el recuerdo de su amigo D. Leonardo será un remordimiento peor, porque vive, si estar en manos de la Inquisicion es vivir, y Vd. puede librarle de una muerte deshonrosa

—Pues bien—dijo Martin—puesto que no hay otro remedio, iré. Me humillaré, le pediré perdon. ¡Oh! es terrible—añadió con cierta expresion de

sentimiento.—Si me concede lo que pido, tendré que... tendré que agradecerle.....

—Es Vd. atroz—contestó riendo el Sr. D. Buenaventura.—Le espanta á Vd. la idea de tener que renunciar á sus rencores; ¡de tal modo se han infiltrado en su naturaleza!

—Voy, no hay más remedio. Lo único que temo es que mi impetuosidad no me impida ser todo lo humilde que conviene delante de esa tiranuela.

Ya no cambió de propósito. La situacion de Leonardo exigia aquella humillacion, y era preciso pasar por ella. Preocupábale á Muriel la insistencia de Rotondo en decidirle, y mucho más las reticencias y frases con que mostró tener seguridad de que el jóven seria bien recibido. D. Buenaventura tenia conocimiento con aquella familia: ¿en qué consistia que le impulsaba hácia ella con tanto empeño? Muriel, que no carecia de astucia, comprendió que no era Rotondo de los que dan paso alguno en la vida sin un fin meditado. «Pero ¿á qué pensar en esto? decia Martin; ¡lo mejor es esperar á que los acontecimientos lo expliquen!»

Salió de la calle de San Opropio y fué á la casa del abate, á quien encontró en la cama muy dolorido y cabizbajo. El infeliz habia sufrido una violenta caida en el escenario de la casa de Castro-Limon, á consecuencia de haberse trabado en las piernas el temido acero del prudente Ulises en los momentos en que entraba á toda prisa para decir á Agamenon:

«Calma tu furia, valeroso Atrida.»

Al caer, un grueso alambre del casco de carton que puesto llevaba se le clavó en la frente, produciéndole una lesion entre rasguño y herida, que le manó mucha sangre toda la noche. Las risas de los espectadores fueron tales, que hubo necesidad de suspender la representacion, la cual siguió más tarde sin Ulises, con gran descontento de los improvisados cómicos, que la habian pregonado como una de las más estupendas que en la córte podian verse.

—Tengo que darle á Vd. una buena noticia—dijo con quejumbroso acento D. Lino al ver entrar á Martin.

—¿Qué?

—Empezaremos por el principio. Hay noches funestas, amigo mio, y la pasada lo fué para mí en grado extremo. ¡Qué bochorno! yo que sabia tanbien mi papel..... Y no estaba mal vestido, ¿no es verdad, D. Martin? Pero aquella maldita espada..... ya recordará Vd. que se lo dije.

—¿Pero qué buena noticia es esa que Vd. me iba á dar?—preguntó Muriel impaciente.

—¡Pues es nada! anoche estaba Susanita en casa de Castro-Limon, y le dije que le iba Vd. á pedir un favor.

—¿Y qué dijo?

—Lo que yo me figuraba.

—¿Me recibirá?

—¡Toma! ¿Pues no ha de recibirle? Se mostró muy sorprendida al principio y no me contestó palabra. Esto fué antes de sucederme el percance. ¡Ah, qué vergüenza! ¡Caer en medio de la escena como un costal! ¡Si viera Vd. cómo se reia aquella gente! Yo que entraba tan entusiasmado en compañía de Epiphile diciendo..... No me quiero acordar.

—¿Con que no contestó?—preguntó el jóven sin cuidarse de la caida de Ulises.

—No; tanto que yo pensé que aquello la habria disgustado; pero verá Vd. lo que pasó despues..... Yo me fuí al escenario..... Aquellos malditos borceguíes tienen unos tacones tan altos que no sé cómo me tenia en pié.

—¿Qué fué lo que pasó despues?—dijo Martin contrariado por las prolijas consideraciones que hacia Paniagua sobre su porrazo.

—Las damas que allí habia me curaron la herida de la cabeza, mas no la contusion de la pierna, que es algo más grave. Ellas, las muy tunantas, se reian á costa de mi sangre y de mi vergüenza; pero ¡qué bien me cuidaron! Figúrese Vd., Sr. D. Martin, un perchazo dado de improviso, sin que hallara á mano cosa alguna en que agarrarme..... Susto mayor.....

—¿Pero no me saca V. de dudas?

—Sí; pues es el caso que yo, viendo que no me habia contestado, no le hablé más del asunto. Luego, con mi caida, maldito lo que me acordaba de usted y del pobre D. Leonardo. Pero al salir siento que me tiran del faldellin de mi vestido. Vuelvo la cara y veo á Susanita, que me dice muy vivamente: «Diga Vd. á ese jóven que estoy pronta á recibirle, y que él se servirá enterarme de lo que pretende.....» Pues..... ni fué más, ni fué ménos.

Grande asombro causó esto á Martin, y se inclinaba á creer que D. Lino no era hombre del todo veraz, ó que con la sangre salida de la cabeza se le habia debilitado el cerebro hasta el punto de hacerle entender las cosas al revés. Ya empezaba la curiosidad á estimularle demasiado, y así sin pensarlo más, y resuelto al fin á consumar su temida y necesaria humillacion, se dirigió á casa de D. Miguel de Cárdenas y Ossorio.

III.

Por más que Muriel, despues de aquellos sucesos, asegurara que la presencia de Susanita no le habia producido efecto alguno en aquel memorable dia, nos permitiremos dudarlo. Él era hombre veraz ciertamente; pero su apasionado y vehemente carácter le hacia equivocarse con frecuencia, y más que nada en lo referente á sí mismo. Las preocupaciones y los inveterados resentimientos le cegaban hasta el punto de no ver lo que pasaba en su corazon. No es posible, por tanto, que dejara de producirle una fuerte impresion algo más que de sorpresa, porque los artificios de tocador, la hábil colocacion de los adornos y el lujo y belleza de las prendas de vestir daban tan vivo realce á su natural hermosura, que sólo la gazmoñería ó la falta de todo sentido artístico podian permanecer insensibles en su presencia. Tenia el privilegio, concedido sólo á rarísimos ejemplares del sexo femenino, de hacer elegante y airoso cuanto se ponia, á diferencia de las que reciben cierto encanto más ficticio que real de una flor, de una cinta ó de un encaje. Cuanto en su cabeza ó en su cuerpo servia de adorno estaba bien. «¡Qué bonito lazo, qué bonito *petibú*!» decian sus amigas contemplándola, y las muy tontas no comprendian que aquello era bonito porque ella lo llevaba. Los privilegiados organismos en cuya imaginacion tienen fuente fecunda las caprichosas modas que tan por lo sério toma la desocupada humanidad, suelen arrojar á los talleres mil formas extravagantes, ya en sombreros, ya en trajes, que no por ser adoptadas dejan de parecer perfectamente absurdas. Muchas que imitaron á Susanita salieron á la calle hechas unos mamarrachos; ¡y ella estaba tan bien con aquello mismo que afeaba á las otras! Nada que estuviera en su cuerpo podia ser ridículo.

Aquel dia deslumbraba. Su traje era una hábil transaccion entre la usanza española, algo en decadencia ya en las clases altas, y la moda francesa, que bajo la influencia del Imperio queria, como Bonaparte, afectar las formas de la estatuaria antigua. Goya nos ha dejado inimitables muestras de esta combinacion, que permitia á ciertas ilustres damas tener la esbelta gravedad de las diosas sin perder la arrogante desenvoltura de las majas. Si en aquella época las señoras de alta gerarquía hubieran ya inventado los amagos de jaqueca para dar á sus personas una expresion de elegante malestar, de interesante abandono, para espiritualizarse con la voluptuosidad del dolor, Susanita hubiera tenido síntomas y vislumbres de jaqueca en aquel dia.

Fuera que su genio precoz se adelantara á su época en la adopcion de este hermoso mal, fuera que se sintiese atacada de los vapores que eran el recurso de su tiempo, lo cierto es que ella tenia cierto decaimiento perezoso, como si sus nervios, fatigados despues de una larga excitacion, juguetearan por todo el cuerpo produciéndole en su incesante cosquilleo á la vez dolor y placer.

A su lado estaban gravemente sentados el Sr. D. Miguel Enriquez de Cárdenas y su digna esposa doña Juana de Albarado, el primero con la cabeza inclinada y en ademan meditabundo, como de costumbre, la segunda tan arrogante y cuelli-erguida como siempre, y respirando con tal aire de insolencia que parecia no querer dejar aire para los demás. Martin entró guiado por un paje, y despues de saludarles con el mayor respeto á larga distancia, se sentó obedeciendo á una señal que, no acompañada de palabra alguna, le hizo el Sr. D Miguel. Los tres personajes le miraron como se mira una cosa rara, y aguardaron á que él rompiera la palabra.

—Ya creo que sabe Vd. á lo que vengo—dijo Martin dirigiéndose á Susana, esforzándose en tomar el tono más conveniente.—Un amigo mio le ha informado á Vd. del favor que tengo la honra de pedirle.....

Susanita no expresó en su semblante ni sorpresa, ni alegría, ni pesadumbre, ni nada. Sin hacer el menor gesto, y hasta casi sin mover los labios, dijo:—Sí.

—Un amigo mio, que no ha cometido delito alguno, ni áun la falta más ligera, ha sido preso por el Santo Oficio. Solo, sin familia, sin amigos poderosos, el infeliz está expuesto á perecer deshonrado en un calabozo, si alguien no se apiada de él y logra ablandar á sus perseguidores. Esto es una cosa que subleva, y nadie puede permanecer impasible ante maldad semejante.....

Muriel se detuvo, comprendiendo que se habia excedido un poco; y efectivamente, cierto gesto casi imperceptible de D. Miguel así lo manifestaba.

—A todos los que han servido en casa hemos favorecido cuanto nos ha sido posible—contestó Susana sin dejar su gravedad.—Yo haré por ese joven lo que pueda, atendiendo á que tiene empeño en ello una persona que nos ha servido, aunque mal.

Muriel casi casi contesta. Pero hizo un esfuerzo y calló, bajando la vista como en señal de asentimiento.

—¿Este señor ha servido en tu casa?—preguntó doña Juana con cierto desden.

—Él no, pero su padre sí; Vd. habrá oido hablar de D. Pablo Muriel, el que administraba los Estados de Andalucía.

—¡Ah!—exclamó la vieja—aquel de quien decian..... ¡qué horror!

—Tia, no hable Vd. de ese asunto delante de este caballero, que es su hijo.

Martin hizo otro esfuerzo y calló.

—Pero nosotros—continuó la jóven—perdonamos todas las ofensas, y.....

—Sí—dijo Martin interrumpiéndola y en tono de amarga, aunque muy fina ironía.—Ustedes perdonan todas las ofensas.

—Y procuramos siempre que las personas que nos han servido no puedan nunca quejarse de nosotros.

—Eso es: por eso todos colman de bendiciones lo mismo esta casa que la de mi señor cuñado el conde—dijo doña Juana, que no podia estar mucho tiempo sin meter su cucharada.

—Por tanto—continuó Susana—á pesar de los agravios recibidos, yo haré lo posible por lograr lo que Vd. desea, puesto que nos lo pide con tanta humildad. ¿No es eso?

—Sí, señora—dijo Martin empezando á sentirse débil.

—Si no fuera así, si Vd. se acercara á nosotros con arrogancia—continuó la dama—seriamos más severos. Pero ya se ve. Los que por mucho tiempo han estado al arrimo de una casa no es fácil pierdan el afecto á sus amos, y aunque cometan faltas que merezcan reprobacion, aquellos siempre son indulgentes. Nosotros hemos sido indulgentes con Vds., ¿no es cierto?

Martin, con gran asombro de doña Juana, no contestó nada y se notaba que hacia grandes esfuerzos para seguir callando. Susana le tenia como cogido en una trampa y lo azotaba con crueldad inaudita. Lo peor era que él á pesar de la impetuosidad de su carácter, sentia el látigo y no se atrevia, proferir una queja. La gravedad de los dos personajes, la entereza y majestuosa soberbia de la dama, hasta su misma hermosura, influyeron en el repentino encogimiento de su ánimo, más bien fascinado que vencido.

—Grandes favores han recibido Vds. de nosotros—continuó Susana—favores no siempre agradecidos como debiera ser; pero puesto que Vd. conserva algun cariño hácia la casa..... yo haré lo posible por que su amigo sea puesto en libertad.

—Usted hará todo lo posible para que mi amigo sea puesto en libertad.....—dijo Muriel, repitiendo esta favorable promesa para disculparse á sí mismo de la tolerancia que habia tenido con las anteriores frases de Susanita.

—Sí, lo haré—repuso esta.

—Pero dí, Susana—dijo repentinamente y como asaltada de un penoso recuerdo—¿este es el caballero que dijo tantos despropósitos el otro dia en la Florida? ¿Este es el de que tú nos hablastes?

Tan intempestiva pregunta parecia como que iba á despertar á Martin del letargoso estupor en que la superioridad moral de Susanita le tenia sumergido. Iba á recobrar la plenitud de las particulares calidades de su carácter, cuando la dama dió un giro muy distinto á la cuestion, diciendo con mal humor:

—No, tia, este no es. Siempre ha de entender Vd. las cosas al revés.

Callóse Doña Juana, y su augusto esposo, que no decia una palabra, clavó los ojos en su bella sobrina con tal expresion de asombro que no hubiera pasado inadvertido ante Muriel, si este no estuviera muy atento á otra cosa que á la apergaminada y rugosa cara del Sr. D. Miguel de Cárdenas y Ossorio.

—Aquel de quien hablé á Vd. era otro, y por cierto que no he visto nada más desvergonzado—exclamó Susana con repentino y artificioso reir.—¡Qué procacidad! Es que hay hombres tan despreciables que no sé cómo se les tolera en contacto con personas *de etiqueta* y delicadeza. Aquel era un hombre que en seguida revelaba la bajeza de su condicion. Las almas rastreras y mezquinas no nacen nunca en altas regiones.

—Pues si es como tú me contaste—dijo doña Juana—aquel hombre debiera de estar á la sombra.

—¡Ya lo creo!—contestó la de Cerezuelo mirando á Martin.—No he oido nada igual. ¡Qué modo de insultar á la religion, á la nobleza, á los reyes, á lo que hay de más sagrado y venerable en el mundo! Verdad es que de personas tan soeces y viles, ¿qué se puede esperar?..... ¡Ah, cómo habló aquel hombre! Todos nos quedamos asombrados y confundidos. Eso tiene el haber permitido á D. Lino que nos presentara á dos desconocidos. No sabe uno con quién se junta.

—Pues yo...., sin duda estaba preocupada—dijo doña Juana—habia entendido que este caballero era el que estuvo el otro dia en la Florida. Por eso te reprendí cuando me dijiste que le ibas á recibir.

—Vd. todo lo equivoca— exclamó con mal humor Susana.—¿Le parece á usted bien que yo podia recibir.....

—¿Y ese hombre—preguntó Martin con perfecta calma aparente—estuvo con Vd. en la Florida en alguna fiesta de campo?

—Sí—contestó Susana tambien muy serena—y alternábamos con él, creyendo que era persona.....

—¡Qué atrocidad!—exclamó Martin.

—Figúrese Vd.—dijo doña Juana—que á lo mejor empezó á soltar mil heregías por aquella boca, y qué sé yo..... ¿no dijiste, Susana, que hasta llegó á insultar?..... ¡Gentuza! Perdone Vd., caballero, que por un momento y equivocadamente supusiera.....

—Es mucho atrevimiento—dijo Martin mirando fijamente á Susana.—Hay gentes tan audaces y desvergonzadas, que debieran perecer para mayor desahogo de la gente delicada y fina. ¡Y Vds. no conocieron que estaban en compañía de un farsante hasta que no echó sapos y culebras por aquella oca! ¡Qué bochornosa coincidencia! Y tal vez bailaria con alguna, con usted misma, sin que Vd. supiera.....

Susana no tuvo otro remedio que aguantar esta saeta, porque de contestar á la encubierta y delicada insolencia de Martin, hubiera tenido que dejar á un lado el papel que estaba representando. Calló é hizo uno de esos gestos que ni afirman ni niegan, y que nos sirven para contestar de un modo ambíguo á toda pregunta importuna que nos coge desprevenidos.

—Pues puede Vd. ir seguro de que haremos todo lo que podamos en favor de su amiguito—dijo doña Juana indicando á Muriel con esta fórmula que la visita habia llegado al límite marcado por las prácticas sociales y que debia retirarse.

—Sin embargo—dijo Susana, que sin duda queria vengarse de lo del baile—no puede decirse que sea seguro, porque no sé yo si el abuelo querrá,....

—Yo tengo entendido—dijo el jóven—que no sabe negar cosa alguna que Vd. le pida.

—Segun lo que sea. La falta de su amiguito puede ser de tal naturaleza.....

—Él no ha cometido falta ninguna, señora: como otros muchos, ha caido inocente en las garras de la justicia.

—De todos modos—añadió Susana complaciéndose en jugar con los sentimientos de Martin—no puede haber seguridad. Aquí se hará cuanto se pueda..... Veremos, vuelva Vd.

Al decir *vuelva Vd.*, la hija del conde de Cerezuelo miró al techo como si quisiera poner la expresion de sus ojos á salvo de la curiosidad de su tio. Este no cesaba de mirarla atento á sus movimientos como á sus palabras, y no tomaba parte alguna en el diálogo si no era para asentir, moviendo la cabeza, á todas las sandeces que su esposa doña Juana proferia.

—Bien, señora—dijo Martin—yo volveré. Espero que no olvidará us-

ted mi pretension y confio en sus buenos sentimientos. Ya tenia yo noticia de su condicion suave y caritativa; ya me habian enterado de la bondad y ternura de su corazon: me consideraré feliz, si ahora con esta impertinente demanda mia le proporciono ocasion de mostrar una vez más tan raras y brillantes calidades.

En estas palabras, la sutil ironía del acento escapó á la obtusa penetracion de doña Juana; mas no pasó inadvertida para Susana, que se puso muy séria y saludó con la cabeza á Martin, el cual ya se habia levantado, y se inclinaba ante los tres personajes con una profunda y algo afectada reverencia.

Salió el jóven de la sala asombrado y confuso de tan rara entrevista; mas no quiso el cielo que se marchara sin recibir en aquella casa nuevas y más singulares impresicnes, y estas se las deparó el Sr. D. Miguel Enriquez de Cárdenas. Iba Martin cercano á la escalera, cuando sintió pasos algo quedos y un ceceo no muy claro. Volvióse y vió á dicho señor, que parado junto á una puerta, con la mano puesta en la llave, le hacia señas de acercarse. Hízolo así, y ambos entraron en un despacho, donde D. Miguel en extremo obsequioso y con una oficiosidad galante que Martin hasta entonces no habia visto en él, le mandó sentarse sin cumplimiento alguno. Sentóse Martin; el señor cerró la puerta y vino á ponerse á su lado.

IV.

Aquel era dia de sorpresas. La benevolencia relativa con que le habian recibido, la nueva y desconocida fase del carácter de Susana, á quien en la Florida no habia conocido sino de un modo muy incompleto, el misterio de su repentina proteccion, que podia ser obra de una refinada astucia, tal vez de una burla, y quién sabe si de otra inexplicable cosa, y por último la improvisada cortesía de aquel hombre, que simulaba tener que hablarle de un grave asunto (¿cuál?), todos estos hechos imprevistos eran suficientes á confundir al más sereno, y Muriel era hombre que se impresionaba pronto y siempre fuertemente, por lo cual sus creencias, sus sentimientos y hasta su carácter sufrian grandes oscilaciones.

—Perdone Vd. que le detenga—dijo D. Miguel—pero no quiero que se vaya Vd. de mi casa sin que hablemos un poco. Aquí estamos solos.

—Vd. dirá.

—Ya tengo noticias de Vd.—dijo el viejo con artificiosa sonrisa.—Todas las personas de talento me son simpáticas. Pero ve Vd. la taimada de mi

sobrina..... ¿Pues no negó que fuese Vd. el que el otro dia estuvo en la Florida?

—Sí..... sí.....

—Ella quiso evitarle á Vd. un sonrojo.—¡Qué tontería! Como estaba mi esposa delante, y esta tiene ciertas ideas..... Por mi parte..... á mi no me asustan esas cosas. Mi sobrina ha estado en extremo cariñosa con Vd. Yo staba asombrado. Pero dígame Vd., Sr. D. Martin, ¿cómo van sus cosas, Porque yo sé que Vd. tiene proyectos; Vd. que se eleva á tanta altura sobre el comun de las gentes, aspira á ver realizadas sus ideas, sus grandes ideas, sí. A mí me gusta el arrojo de los jóvenes que quieren ver trasformada esta sociedad..... y eso es indudable, Sr. D. Martin, esta sociedad ha de volverse patas arriba.

Martin no sabia qué contestar á tan apremiantes razones. La sorpresa primero, y cierta desconfianza despues, le impidieron ser tan expansivo como su interlocutor. ¿Cómo conocia aquel hombre su carácter y tendencias? ¿Cuál era el secreto de aquella repentina y calurosa simpatía que le mostraba? Indudablemente allí habia algo.

—En fin, Sr. D. Martin—continuó D. Miguel—yo tendré mucho gusto en hablar con Vd. de este y otros asuntos. Vd. no será hoy muy explícito conmigo, porque no me conoce; pero ya nos veremos. Venga Vd. á mi casa cuando guste, pues yo me honro recibiendo en ella á personas de tanto mérito..... mérito desconocido y oscuro que es preciso sacar á luz. Vd. es digno del aprecio de las gentes. ¡Cuántas injusticias se ven en el mundo! ¿No es verdad, Sr. D. Martin? Venga Vd. por aquí. Olvide Vd. los resentimientos que pueda guardar á mi señor hermano; él es raro; yo sé que en el asunto de D. Pablo ha habido muchas intrigas..... En fin, eso pasó.....

—Y ha habido grandes injusticias—dijo Martin.

—Susana no participa de ninguna prevencion contra Vds. ¡Si viera usted qué empeñada está en sacar en bien á ese señor, su amigo, que está preso en el Santo Oficio!

—Será muy grande mi agradecimiento—dijo Martin, que no se dejaba seducir por la inesperada verbosidad del Sr. Enriquez de Cárdenas.

—¿Pero no me dice Vd. nada de sus proyectos?—volvió á decir este, cada vez más empeñado en entablar un diálogo político con Martin.

—Yo no tengo proyecto alguno—contestó el jóven, deseoso de apagar el ardor de D. Miguel.

—Sus aspiraciones, quiero decir... Yo, acá para los dos, pienso como usted acerca de ciertas cosas que hay que hacer aquí; sólo que yo no tengo

talento ni puedo exponerlo con la elocuencia que Vd., porque Vd. es elocuente, Sr. D. Martin.

—Sin duda le han informado á Vd. mal acerca de mis merecimientos; yo soy un hombre aficionado al estudio y sin otra calidad que un deseo muy vivo de ver realizados el bien y la justicia en todas partes.

—Bien, bien; eso mismo digo yo. Me parece que á Vd. le están reservados dias de gloria en nuestra patria. El principal mérito de Vd., segun tengo entendido, consiste en su resolucion para llevar adelante cualquier atrevida empresa.

—No creo ser débil—contestó Martin—pero ningun deber honroso me puede ser impuesto que yo no cumpla.

—Así es; constancia, teson, firmeza. ¡Pero qué corrompida sociedad esta, Sr. D. Martin! ¿No la detesta Vd.?

—Sí, la abomino; dichosos los que nazcan cuando esté purificada.

—Manos á la obra, amigo mio—dijo Enriquez con una decision que en tal persona tenia mucho de cómica.

¿Manos á qué?—preguntó Muriel.

—Pues es preciso reformar, á ello; yo veo en Vd. uno de aquellos grandes caracteres destinados á simbolizar un gran acontecimiento. Ánimo, pues.

—A pesar de sentirse tan vivamente adulado, Martin no las tenia todas consigo; estaba muy receloso, y aquel extemporáneo entusiasmo de su nuevo amigo le parecia en extremo falaz.

Yo no pienso hacer otra cosa sino estar siempre en mi puesto y cumplir mi deber—dijo.

—Pero cuando su puesto es delante, á la cabeza; cuando es Vd. llamado á dar la primera voz... En fin, nosotros hablaremos de estas cosas. Venga usted á mi casa y..... le recomiendo la reserva cuando estén delante otras personas..... porque no conviene. Creo que ciertas cosas que ponga yo en su conocimiento le han de agradar.

—Me honrará mucho la confianza de Vd.—dijo Martin escrutando con escrupulosidad un tanto insolente la persona y fisonomía del hermano de Cerezuelo, como queriendo sondear su carácter ó buscar en lo exterior algun dato con que explicarse lo que era aquel hombre.

—Aquí, Sr. D. Martin, vienen muchos personajes importantes de esta córte. Yo quiero que Vd. los trate, pero cuidado; no conviene extralimitarse ni hablar así con demasiada desenvoltura. Yo por mi parte no tengo preocupaciones. Aunque he nacido en alta posicion.....¡cuán distinto soy de mi hermano!...

—Yo acepto el ofrecimiento que Vd. me hace, y vendré á su casa—dijo Martin levantándose.

—Espero que su pretension será atendida por mi cuñado. Cosa que Susanilla le pida no puede ser negada.

—¡Cuanto agradecerá esa benevolencia! Por mi parte!....

—Ambos se dirigieron á la puerta, D. Miguel con cierta urbanidad oficiosa, y Martin no convencido de que aquellos galanteos fueran cosa espontánea.

No cesaba de examinar á su nuevo amigo, el cual era un hombre de estatura alta, muy flaco y flexible. Vestia con cierta afectacion anticuada, lo cual contrastaba con sus ribetes y vislumbres de revolucionario, y tenia en su persona dos cosas que llamaban principalmente la atencion, y eran la peluca, perfecta obra de arte *capilar*, y las manos, que eran por extremo blancas, suaves y primorosamente cuidadas, embellecidas por vistosos y muy ricos anillos. Dos dedos de una de estas manos resbaladizas y finas alargó al jóven en el momento de la despedida, en lo cual creyó el aristócrata que habia hasta un acto de popularidad. No cesó de sonreir con complacencia mientras Martin estuvo al alcance de su vista; y cuando este se hubo alejado se metió de nuevo en su cuarto. En el mismo instante se abrió una pequeña puerta y apareció un hombre, á quien ya conocemos. Era el Sr. D. Buenaventura Rotondo y Valdecabras.

—¿Qué le ha parecido á Vd.?—dijó acercándose con expresion de mucha curiosidad é interés.

—¡Oh! excelente, soberbio, propio para el caso, contestó D. Miguel sentándose.

—Si, pero es reservadillo..... ya se lo dije á Vd.

—Pues por eso me gusta más.

—¡Qué hallazgo, Sr. D. Miguel!

—¡Qué hallazgo, Sr. D. Buenaventura!

CAPÍTULO X.

Que trata de varios hechos de escasa importancia, pero cuyo conocimiento es necesario.

I.

Dejemos á Martin devanándose los sesos para explicarse las causas del recibimiento que en aquella casa habia tenido: ya suponia misteriosas intrigas, ya se figuraba que era objeto de burlas, y que lo mismo Susanita que su tia eran los séres más artificiosos y farsantes. Pero su propósito era seguir la comedia ó la broma si lo era, hasta esclarecerla del todo, y con la esperanza de sacar de la cárcel al pobre Leonardo. Dejémosle, pues, entregado á la difícil tarea de inquirir lo que en las escenas referidas pudiera haber de sincero ó de falso, y volvamos á la casa donde hemos asistido á las anteriores escenas. En la noche del siguiente dia era cosa de ver la sala del Sr. don Miguel, honrada con la presencia de los dignos y graves contertulios que de ordinario la frecuentaban. Ninguno habia faltado y pocas veces la reunion estuvo tan animada. De buena gana dariamos á conocer á nuestros lectores la interesante discusion que sostenia el Sr. Presidente de la Sala de Alcaldes de Casa y Córte con un consejero de la Cámara de Penas, interviniendo un consejero de Castilla y el Sr. Fiscal de la Rota. Como no es indispensable para el interés de esta verídica historia, sólo haremos un extracto de tan vivo y erudito diálogo, que no era sino repeticion de los que sobre puntos análogos resonaban todas las noches bajo el artesonado de la ilustre casa.

Discurrian sobre la riqueza comparativa de las naciones de Europa, y

un excesivo celo por las glorias pátrias llevaba al Sr. Presidente de la Sala de Alcaldes de Casa y Córte á sostener que todos los países del mundo eran pobrísimos, excepto el nuestro, cuya prosperidad no tenia igual en antiguos ni modernos.

—¡Ah!—decia con aquella gravedad que es peculiar en todo el que conoce á fondo el asunto de que trata.—Inglaterra y Francia son países miserables. Todas las fortunas de la nobleza no igualan á la de uno de nuestros grandes. Luego el terreno es tan malo...

—Donde llega la feracidad del nuestro.....—dijo el señor fiscal de la Rota.—Hay en Extremadura tierras que dan tres cosechas. Eso es asombroso; no hay en todo el mundo nada que se le parezca.

—Pues no sé—dijo el señor presidente de la Sala de Alcaldes—Castilla sola da pan para toda Europa. Si no existieran nuestros graneros y nuestros carneros merinos, ¡qué seria del mundo!

—Es verdad que Castilla y Extremadura son paises fértiles—dijo el señor presidente de la Cámara de Penas—pero es el año que llueve, y como nuestros labradores no saben cultivar la tierra, resulta que no se coge sino muy poca cantidad en comparacion de los habitantes y de la extension del terreno. Yo sostengo que somos uno de los países más pobres, si no el más pobre de Europa.

La mirada de los otros dos personajes al oir tan gran despropósito expresó la alta indignacion de que estaban poseidos al oir cosa tan contraria á la general creencia y al entusiasmo pátrio.

—¿Qué dice Vd., Sr. D. Hipólito? ¿Pero habla Vd. en sério? ¿Está usted oco? ¡Cómo se conoce que no ha hecho Vd. profundos estudios sobre el particular!

—Porque los he hecho, aunque no profundos, digo lo que digo. Estamos muy equivocados, Sr. D. Blas; no tenemos más que vanidad. Todo eso que se habla de nuestra riqueza es una pura patraña. El dia en que haya comunicaciones fáciles, y pueda todo el mundo ir y venir, y ver otros países, se desvanecerá este error.

—¿Y sostiene Vd. que Francia..... Por Dios, Sr. D. Hipólito—dijo el de las Penas de Cámara—si sabremos lo que es Francia, un país donde no se encuentran tres pesetas aunque se dé por ellas un ojo de la cara?..... Allí con las cuantas chucherías qué fabrican apenas pueden vivir; no es como aquí, donde la riqueza está en el suelo. Cuidado si hay millones en esta tierra. Pues digo; cuando el duque de Medina-Sidonia y el de Osuna tienen una renta de..... qué sé yo..... si espanta esa suma.

—En cambio, cuenten Vds. el número de los que se mueren de hambre.

—No es eso, por amor de Dios, Sr. D. Hipólito: ¿si querrá Vd. negar la luz del sol? ¡Comparar á nuestra España con esos países donde no se cojen más que algunas fanegas de trigo y pocas, poquísimas arrobas de vino! Vaya usted á Jeréz, Sr. D. Hipólito, como fuí yo el año pasado, y verá lo que es riqueza. Si aquello es quedarse uno estupefacto; aquello no es vino, aquella es la mar; todo el orbe se embriagaria con lo que hay allí.

Júzguese hasta qué punto llegaria la alta ciencia y el amor pátrio de tan esclarecidos señores, discurriendo sobre este tema. Sabemos por conducto de buen orígen que la cuestion llegó á hacerse personal, descendiendo de la region de las apreciaciones estadísticas y económicas; que el señor fiscal de la Rota fué poco á poco perdiendo la apacible calma de su carácter, y llegó hasta á decir al señor presidente de la Cámara de Penas cosas que este jamás oyó ni áun en boca de un enemigo. Pero á pesar de que esto tomó proporciones, nosotros volveremos la espalda á tan importantes personajes para atender á lo que ocurre en otro lado del salon, donde Susanita, disgustada y con visibles muestras de mal humor, hacia mil desaires al *abuelo*, que no habia querido asentir á alguna pretension recientemente expuesta.

II.

D. Tomás de Albarado y Gibraleon, á quien llamamos el doctor, por serlo, y muy eminente en cánones y teología, era un hombre cuya simple presencia predisponia en su favor. De edad avanzada, bastante obeso y siempre risueño, el inquisidor tenia siempre su palabra agradable para todo el mundo, y aunque no conocia más idioma que el español, podia decirse que hablaba todas las lenguas, por la facilidad con que sabia encontrar la fórmula propia para expresarse con el sábio y el ignorante, con el calmoso y el vehemente. Su época, que tenia faltas de lógica horrorosa, habia puesto en sus manos la más terrible institucion de los tiempos antiguos, y alguien decia, más bien en son de vituperio que de alabanza, que el arma cortante y terrible del Santo Tribunal era en sus manos un cuchillo roñoso y mellado, que más servia de fútil espantajo que de severo castigo. Si en la Inquisicion habia entonces algo bueno, era aquel consejero de la Suprema, persona cuya bondad resaltaba más á causa de su fúnebre oficio. Pero es lo raro que él creia á piés juntillas en las excelencias del Santo Tribunal, y era cosa en extremo curiosa oirle referir sus ventajas en el órden social y los

prodigios que operaba en la conciencia de los pueblos; él creia que el dia último de la Inquisicion seria desastroso para la causa humana, y sin embargo, esta aprension pavorosa, hija de rutinaria enseñanza, no hizo nacer en él ni la crueldad, ni la aspereza glacial del inquisidor antiguo. Es que su corazon valia bastante más que su cabeza, y el buen doctor era de los que, extraviados por falsas ideas, pasaban la vida tratando de convencerse á sí mismos de que la Inquisicion podia ser cosa buena sin dejar de ser cruel. ¡Qué de silogismos hacia el doctor Albarado todas las noches para llegar á esta afirmacion! A fuerza de inocente error, pocos estaban más en paz que él con la conciencia.

En su tiempo la Inquisicion habia perdido la horrible majestad de anteriores siglos; ya la costumbre, si no la ley, habia suprimido las ejecuciones en grande escala, dejando sólo en toda su fuerza las condenas *de levi, ad cautelam* y otras en que por delito de heregía, de filosofismo, de jansenismo ó de franc-masonería se encarcelaba á la gente, proponiendo alguna tanda de azotes de peras á higos. Diriase que la Inquisicion se espantaba de su propia obra y se corregia, asombrada de que las leyes la toleraran. El doctor Albarado se congratulaba de este adelanto propio del tiempo, y á veces á solas con su conciencia decia que á haber nacido en época más lejana no fuera inquisidor por todo el oro del mundo. Su grande amistad con D. Ramon José de Arce, arzobispo de Zaragoza, y entónces inquisidor general, le daba gran influencia en el Consejo de la *Suprema*, de que formaba parte, y áun en los tribunales de los reinos.

¿Deberíase á su influjo que en el largo período en que dicho reverendo Sr. Arce desempeñó el generalato del Santo Oficio fueron muy contadas las sentencias, segun afirma la historia, asombrada de tanta parsimonia en el quemar y de tamaña sobriedad en el vapuleo? Desde 1792 hasta 1814 la Inquisicion sólo quemó á un reo, y eso en efigie, y azotó públicamente á veinte.

Susanita nunca habia pedido al *abuelo* favores que se relacionaran con aquel alto tribunal, pues ni ocasion tuvo para ello, ni hablaba nunca de semejante cosa. Mucho asombro causó al buen doctor la extemporánea peticion que ella le hizo al dia siguiente de la escena referida en el anterior capítulo, y mostraba tal empeño, tan vivo deseo de verlo cumplido, que el abuelo no pudo ménos de decirle:

—¿Pero tú estás loca? ¿Tú sabes lo que estás diciendo? ¡Que yo ponga en libertad á un preso de la Inquisicion? ¿Crees tú que ese tribunal es cosa de juego?.....

—Pues si Vd. quiere hacerlo puede muy bien—contestó con enojo la dama.—Es porque no quiere.

—Pero hija, tú has perdido el juicio. En primer lugar, todo lo que allí pasa es secreto, y hasta esta conversacion que tenemos aquí, hablando de ese reo, es contraria á las leyes del Santo Oficio.

Pero el buen teólogo era en extremo débil, sobre todo cuando se trataba de hacer bien, y Susana, que en su rara penetracion lo conocia, habia aprendido á sacar partido de su buen corazon. Enfadada y adusta estuvo despues del diálogo anterior, y no contestó palabra á muchas que le dirigió el hermano de su tia preguntándole varias cosas.

Al dia siguiente entró el *abuelo* en la casa á la hora de costumbre y fué en busca de ella, sonriendo al verla y complaciéndose de antemano en la sorpresa que iba á darle, como cuando llevamos una golosina á un niño y retardamos el momento de dársela. La golosina que llevaba el doctor era una esperanza de que la pretension de Susana seria atendida.

—Por darte gusto—dijo—me atrevo á romper el secreto, Susanilla. Voy á darte algunas noticias de ese desgraciado. No te diré nada de las declaraciones ni del proceso, porque eso nos está prohibido, ni de los cargos que resultan contra él, ni de la sentencia que es probable se le imponga.

—Pues me deja Vd. enterada. No me dice Vd. nada, y.,...

—Pero escucha. Sí te diré, y esto puede revelarse, que el tribunal de Toledo le ha reclamado, por creer que á él compete juzgarle. Has de saber que ha habido agravios á la Vírgen del Sagrario, y además aparecen papeles que ligan este crímen con los de una sociedad de franc-masones que tiene asiento en aquella ciudad y se habia descubierto tambien estos dia

—¿Y qué ventajas saca el infeliz de ser juzgado en Toledo, en vez de serlo en Madrid?

—Muchas, porque el tribunal de Toledo es más benigno, y hace mucho tiempo que allí no sentencian más causas que las *de levi*. Todos los inquisidores son hombres muy blandos y sensibles, por lo cual el Consejo les ha solido tachar de poco celosos.

—Vd. no me quiere complacer y ahora se disculpa con los de Toledo—dijo Susana poco satisfecha del éxito de su pretension.

—Pero hija, ¿qué quieres que yo haga? Yo no puedo dar paso alguno; yo no puedo influir de ningun modo en el ánimo de los inquisidores, y ménos en los de Toledo, de los cuales no conozco más que á uno.

—No sé más sino que si Vd. quisiera, al momento lo arreglaria á mi gusto—dijo con mucha terquedad Susana.

—Pero mujer, ¿qué más quisiera yo? No seas discola y considera.....

—No considero nada, no vuelvo á pedirle á Vd. el más ligero favor.

—Pues hija, está de Dios que no has de entrar en razon.

Susanita comprendió que tenia que luchar con una institucion y no con una persona, y se abanicó con mucha fuerza creyendo que bastaban sus artificios de coquetería para torcer los procedimientos del secular y pavoroso tribunal. No eran del todo impotentes, porque una de las cosas que más cautivaban el complaciente ánimo del *abuelo* era el encantador enojo de la hermosa tirana. Por aquella vez no se atrevió ni á ceder ni á arrancar la esperanza de un próximo triunfo. Calló y esperó. Por eso en la noche á que nos referimos, al comienzo del capítulo, se le veia apartado contra su costumbre de la adorada y adorable *nietecilla*, y á esta muy tiesa y severa, nada complaciente con el buen doctor y tan ceñuda como un niño á quien se ha negado un fútil juguete. No léjos de ella estaban doña Antonia de Gibraleon, la diplomática á quien ya conocemos, que era prima de Albarado, y doña Juana, no ménos entendida que su parienta en asuntos de Estado, aunque más reservada.

—No me puedo olvidar del chasco del pobre D. Lino—decia aquella riendo.—¡Cómo cayó el infeliz! ¡Y no necesitaba el pobrecillo romperse las piernas para hacernos reir, porque la verdad es que era su figura en extremo extravagante!

—Yo en mi vida he visto tragedia más sin gracia; todos lo hicieron bastante mal—dijo doña Juana—¡y luego ver entrar en escena aquel mamarracho!

—El abate no desempeña bien papel alguno, sino cuando Pepita Sanahuja le hace representar el de becerro ó carnero en sus farsas pastoriles—dijo doña Antonia.—La verdad es que es un hombre excelente. ¡Si viera Vd. qué arte tiene para escoger melones!

—Es una alhaja, como no sea para representar tragedias. No tiene igual para toda clase de recados. Anteayer me compró unos jamones que no habia más que pedir. Para hoy le tengo encargado que se entere de alguna doncella hacendosa y formal que me hace falta..... Pero ¿qué haces ahí, Susana?—añadió reparando en la expresion sombría y meditabunda de la hija de Cerezuelo—acércate; ¿por qué estás tan ensimismada?

—Pero la voluntariosa y antojadiza dama no hizo caso y continuó dándose aire con tal ademan de reconcentracion que parecia ocuparse en resolver algun intrincado problema.

El marqués de las pastillas andaba rondando por allí bastante aburrido

á consecuencia de una sucinta relacion que hiciera el señor fiscal del Consejo de Ordenes de los siete partos de su difunta esposa, y se acercó á Susana buscando más entretenida conversacion.

—¿Sabes que me llama la atencion—dijo—no ver aquí á doña Bernarda con su hija? Casi nunca faltan.

—Se les mandará un recado, si quiere Vd. saber lo que les pasa—respondió la dama con muy avinagrado gesto.

—Esta noche estás hecha un puerco-espin—dijo el marqués sin incomodarse—Vamos, una pastilla de tamarindo—añadió, presentando su caja.

Susana las rechazó con tan vivo ademan, que el tesoro anti-espasmódico refrigerante se esparció por el suelo. Todos volvieron los ojos hácia el lugar de la catástrofe y contemplaron á la irritada diosa.

—Vamos, esta noche tiene Susana la calentura—dijo el doctor. Hay que esperar á que le pase.

—Pues hija,—dijo el marqués en voz baja y sentándose junto á ella—si estás enojada porque me he negado á ir contigo al baile de la Pintosilla, no vayamos á reñir por eso, iremos.

—¡Ah! ¿Vd. creyó que desistia yo de ir al baile de Maravillas?—contestó con peor humor Susana.—Si Vd. no quisiera ir conmigo, de seguro no faltaria quien me acompañara.

—Lo supongo—contestó el de las pastillas—pero ya que haces el disparate de ir á semejantes sitios, irás conmigo; tu gusto de mezclarte con la gente del pueblo en esa clase de jaleos es muy extravagante, por más que la mayor parte de las damas de la córte lo tengan igualmente; pero si no te curas de tan rara aficion, Susana, yo iré contigo. No conviene penetrar sin mucha y buena compañía, allí donde está la flor y espejo de la manolería.

—Si á Vd. le molesta—contestó con el mismo mal talante la hija de Carezuelo—ya he dicho que no faltará quien me acompañe.

—¡Vamos, tú estás esta noche con el geniecillo! Hay que tener cuidado con la fierecita—dijo el marqués elevando al cielo (es decir, al techo) sus macilentos ojos, en que se conocian los estragos de un vida licenciosa y relajada.

Digamos de paso, y por lo que esto pueda influir en los futuros sucesos de esta puntualísima historia, que en el fondo del pensamiento de este gastado marqués habia una escondida y como pudorosa aspiracion de amor que no se reveló nunca, sin duda por la conciencia de su inferioridad física y moral respecto á Susana.

Ya al llegar á este momento de la soporífera tertulia, en el otro extremo del estrado se habia debatido hasta lo último el tema de la riqueza de las naciones.

Nadie tenia pedida la palabra, y el señor fiscal de la Rota inclinaba la cabeza en señal de sueño, miéntras el señor consejero de la Sala de Alcaldes, etc..... se ponia la palma de la mano ante la boca, que se desquiciaba en un bostezo homérico. El señor consejero del de Ordenes miraba al secretario del de Indias como se miran dos esfinges puestas á un lado y otro de un pórtico egipcio. El hermano del señor corregidor *perpétuo con juro de heredad de la Villa y Córte de Madrid* hacia notar con cierta timidez á otro de aquellos personajes que una de las alas de pichon de su hermosa peluca se habia chafado al recostar la cabeza sobre el respaldo del sillon, y el señor fiscal de la Rota interrumpia el general y grave silencio sorbiendo sus grandes dedadas de rapé. D.ª Juana y doña Antonia hablaban por lo bajo en un rincon, y segun informes de excelente orígen, esta se ocupaba en explicar á la primera por qué la paz de Basilea habia sido ménos deshonrosa que el tratado de San Ildefonso, pues es fama que doña Juana consideraba ambos actos diplomáticos como igualmente impremeditados é inconvenientes. La reunion habia entrado en ese período de somnolencia en que las voces se van extinguiendo, apagándose el fuego de las miradas, calmándose la viveza de los ademanes, y en que toda la tertulia aparece aburrida de se misma, ya próxima á disolverse si una exclamacion, una agudeza ó una tontería de desproporcionado calibre no le dan nueva vida.

Ninguna de estas cosas interrumpió la paz de aquel panteon de nuestras instituciones políticas y administrativas; pero sí fué turbada por un hecho que casi podemos llamar acontecimiento. Susana, que estaba muda y ensimismada en un extremo del salon, se levanta vivamente, atraviesa con mucho denuedo por entre los consejeros, secretarios y demás glorias nacionales, avanza sin mirarlos, con ademan de resolucion y desden marcando estos dos sentimientos con el insolente coqueton ruido de los tacones de sus zapatos, y sale cerrando la puerta con tal estruendo, que muchos se estremecen cual figuras de carton á quien hasta las pisadas de los niños hacen oscilar en sus endebles pedestales. Para comprender la sensacion que en el ilustre concurso produjo esta extemporánea, irreverente é inusitada salida, basta traer á la memoria la etiqueta de entónces, en cuyos códigos draconianos se imponian respetos y fórmulas de que hoy apenas resta alguna práctica consuetudinaria en el austero hogar de alguna antigua familia castellana no domada por el siglo XIX. Aquella muda baladronada de la so-

berbia dama fué un insulto á todo el grave *senado*: no se tenia noticia de otro igual en casa de tanta etiqueta, ni jamás Susanita, aunque voluntariosa y díscola, habia arrojado tanta ignominia sobre aquellas imponentes pelucas. El señor consejero de la sala de Penas vió en el ademan de la petimetra una expresion de desprecio. Los tios estaban avergonzados; el doctor dijo entre dientes, perdonándole su mala crianza: «¡Infeliz, está enojada conmigo!» El marqués creyó sentir los taconazos sobre la carne fofa de su corazon; el fiscal de la Rota queria ver en ella un ademan de burla, y el consejero de Indias un gesto de dolor. Los pareceres eran distintos, aunque todos se lo callaron. Alguien creyó ver en sus labios la modulacion insonora de palabras coléricas; pero un buen observador que imparcialmente contemplara la escena, hubiera comprendido que el brusco movimiento y la partida resuelta de la jóven no expresaban otra cosa que una resolucion repentina é inspiradamente tomada. Si esta resolucion hubiera pasado de su cabeza á sus labios, la dama soberbia no hubiera dicho otra cosa que esto: «Ya sé lo que tengo que hacer.»

No es posible que el lector, por más que se caliente los sesos en penetrar estas palabras, vea cumplido su justificado deseo, ni lo verá si no busca la satisfaccion de sus dudas en los capítulos siguientes, entre los cuales el que viene á continuacion no es de los que le dan ménos luz sobre tan grave asunto.

CAPÍTULO XI.

Los dos orgullos.

I.

Despues de la entrevista con los grandes señores de Enriquez y su no ménos encopetada sobrina, Muriel determinó volverse á su antigua casa de le calle de Jesûs y María. Ya fuera que no sentia temor alguno á las visitas de la Inquisicion, despues de aquella entrevista no explicada ni comprendida aún, ya que no gustaba de ocultarse ni ménos de habitar en compañía de D. Buenaventura, lo cierto es que abandonó la calle de San Opropio, á pesar de que su dueño, que nunca salia de allí, asegurándose de las persecuciones, le instaba para que se quedase.

El último dia que Muriel estuvo allí, Rotondo le presentó á dos caballeros de muy raro aspecto y traje, que se decian entusiasmados con las ideas filosóficas y revolucionarias. El uno, que era un jóven mal vestido y de tristísimo semblante, habló largo rato con Muriel, exponiéndole su doctrina, que consistia en pegar fuego á todas las ciudades y llevar al cadalso á cuantos nobles, frailes y gente real se hallaran en la Península. Sotillo, que así se llamaba, era un hombre dominado por una perpétua cólera. Su rabia insensata y su excitacion le asemejaban al pobre La Zarza, más loco sin duda, pero ménos repugnante. Muriel, despues de hablar largamente con aquel que ahora llamariamos demagogo ó comunalista, y que era de los

que entónces solian llamarse franc-masones, comprendió que en espíritu tan extraviado por un sentimiento de siniestra venganza no habia idea alguna política ni filosófica, sino tan sólo el despecho que suele verse en la inferioridad soberbia y envidiosa, que no conoce otro medio de parecer grande sino rebajando á toda la sociedad hasta su nivel.

El otro era un viejo no ménos rabioso y entusiasta, aunque de humor algo festivo á intervalos, y muy satisfecho de su poder y travesura. Llamábase D. Frutos, y es cosa averiguada que anduvo en su juventud y por mucho tiempo jugando al escondite con la justicia, hasta que ésta al fin se dió tal arte que le echó mano y le envió á Ceuta por diez años. Tales antecedentes no le impedian que afectara en su conversacion una rigidez de principios morales enteramente catoniana, y si no diera espanto con sus planes de incendio y asesinato pareceria un santo varon. Ni uno ni otro lograron valer gran cosa, á pesar de sus exageraciones revolucionarias, en el ánimo de Martin, que tuvo bastante penetracion para no ver en ellos otra cosa que los perjudiciales elementos de accion que se unen siempre á toda idea incipiente para deshonrarla. Ambos mostraron una gran admiracion, no sabemos si real ó artificiosa, hácia Muriel; parecian sentirse llamados á ser dirigidos por el jóven, y no acababan de alabarle como el más sábio, el más profundo, el más atrevido de los revolucionarios. Martin no sintió, sin embargo, apego alguno á la confraternidad de aquellos hombres: la cabeza no queria valerse de dos brazos tan rudos y bárbaros: la idea no anhelaba el concurso de aquella accion frenética y arrebatada. Fuese, pues, á su casa con intencion de no volver, y ellos no quedaron muy satisfechos de la entrevista. Como un dato precioso, recordaremos lo que el Sr. Rotondo dijo al verle partir, á sus dos originales y desalmados amigos:

—Me parece que todos mis esfuerzos son inútiles. Miéntras no pierda esos aires de grande hombre.....

II.

Cuando doña Visitacion, que en el momento de sonar la campanilla de la puerta se ocupaba en darse algunos disciplinazos en presencia de un santo Cristo que para tan devotos usos habia comprado, se levantó, miró por el ventanillo y vió á Martin, ¡hubo de caérsele el alma á los piés, segun estaba de asustada y aturdida. Abrió, sin embargo, al oir las apremiantes razones del jóven, y no se atrevió á dirigirle salutacion ni cosa alguna de cortesía. Grandes ganas se le pasaron de traer una escudilla de agua bendita y un aspersorio para rociar el cuarto; pero como la cara de Muriel indicaba no te-

ner humor de bromas, y la vieja le habia mirado siempre con respeto, aplazó el poner en práctica su cristiano pensamiento para cuando saliera.

Pidióle Muriel la ropa suya y de Leonardo, la cual entregó puntualmente la dueña, pues aunque intolerable como mogigata, no hay noticia de que se le quedara entre las uñas cosa alguna en ningun tiempo. Dióle tambien algun dinero, poco, salvado de las garras de la Inquisicion por milagro, y con esto Martin se dió por reinstalado. Hizo llamar á Alifonso, refugiado aún en casa de los tintoreros, y lo puso á su servicio: no las tenia el barbero todas consigo, y propuso á su amo el mudar de casa, propuesta que Muriel aceptó, disponiendo su ejecucion para de allí á dos dias.

Si no se considera importante la curiosidad y zozobra de todos los vecinos al ver al jóven instalado de nuevo en la casa, nada podemos referir de aquel dia. El siguiente sí fué fecundo en acontecimientos, como verá el lector, pues desde que Martin abrió los ojos se encontró con una novedad tan peregrina que por un momento se creyó personaje de alguna novela. Doña Visitacion entró muy temprano en su cuarto, despues de cerciorarse de que no estaba desnudo ni descubierto, y le entregó una cajita ó estuche que envuelta en multitud de papeles acababan de traer para él. Tomó Martin aquel envoltorio y vió que era una como cartera forrada en cuero fino y perfumado; en el papel con que venia envuelta estaba escrito su nombre con caracteres grandes y claros. Abrióla y no pudo reprimir una exclamacion de asombro al verla llena de monedas de oro. La vieja abrió sus ojos de tal modo que parecia querer devorar aquel pequeño tesoro. Alifonso decia:—Todos los dias no son dias de penas, Sr. D. Martin. Si un dia se nos meten por la puerta esos demonios de inquisidores, otro nos llueven escudos de oro, que nos vienen ahora como anillo al dedo.

Muriel examinó el dinero y lo sacó todo, por ver si venia en el fondo alguna carta; pero la incógnita Providencia del desheredado filósofo tenia el pudor de la caridad, y se mantenia en el misterio como si su desinterés llegára hasta no necesitar del agradecimiento. Mucho contrarió á Alifonso que con la llegada de aquel oportuno refuerzo no ordenara Martin la compra de provisiones extraordinarias. Despidiólos éste á una y otro, y una vez solo contó de nuevo el dinero, que excedia de tres mil reales, y despues se paseó muy agitado por la habitacion, tratando de resolver el nuevo problema de adivinacion que se añadia á los muchos que ya tenia en la cabeza. Es indudable que desde el instante en que abrió la caja un nombre vino á su imaginacion y estuvo en ella todo el dia; Susana. Pero no podia ser. La razon se resistia á creerlo. ¿Con qué objeto? Pero si ella no habia sido, ¿quién po-

dia ser? Ya el jóven estaba demasiado preocupado con el éxito de su visita y la repentina é inesperada complacencia de la dama, cuando aquella limosna le acabó de turbar y confundir. Pero estaba de Dios que aquel dia lo sería de confusiones, porque se engolfaba en un mar de conjeturas y cavilaciones, cuando entró D. Lino Paniagua, para acabar de volverle loco con lo que le dijo.

—Sr. D. Martin Martinez de Muriel—exclamó el abate—gran pesadumbre me hubiera dado no hallarle á Vd. en casa, porque le traigo un recadito que ya, ya..... ¡Pero qué disgusto tengo, Sr. D. Martin! si viera Vd. lo que me pasa.....

—¿Qué recado me trae Vd.?—preguntó Martin con mucha curiosidad y ménos deseoso de conocer el disgusto de D. Lino que la misteriosa comision que le traia.

—Cosa importante, amiguito, y que le hará á Vd. bailar de gusto. Cuando yo le decia á Vd. que no le miraban con malos ojos..... ¡Pero si Vd. supiera lo que me pasa! ¡Quién lo creeria, despues que soy tan complaciente y me presto á todo!.... El diablo me tentó cuando me encargué del papel de Ulises. ¿Creerá Vd. que han hecho una caricatura que anda por ahí..... dando que reir á las gentes, y unos versos que..... la verdad es que son graciosos. ¡Pero cómo me han puesto en ridículo!.... No hay perro ni gato en Madrid que no los haya leido. Me tienen aburrido, Sr. D. Martin. ¡Despues que soy tan complaciente! ¡Caricatura! ¡versos! ¿lo creerá Vd?

—Sí, lo creo—dijo Martin más impaciente.- ¿Pero no me dice Vd. qué recadillo.....

—Sí... contaré á Vd.....—repuso el abate.—Pero lo peor del caso es que la caricatura la ha hecho el diablo de D. Francisco Goya, y los versos Moratin en persona. Ambos son muy amigos mios; yo no me he de enfadar por eso. Pero no le gusta á uno ser comidilla de la gente. ¡Si viera Vd. el dibujo de Goya!.... Estoy pintiparado con mi peluca, mi coturno y mi espada; pero tan grotesco, que es para morirse de risa. Pues ¿y los versos? tanto los he oido recitar que me los sé de memoria.

—¿Pero no tenia Vd. algo que decirme?—preguntó Martin, cansado ya de versos y caricaturas.

—¡Ah! Sí. Vamos á ello. Es el caso que anoche vi á Susanita Cerezuelo en casa de Castro-Limon, y me dijo..... Le advierto á Vd. que primero se rió de mi cuanto quiso, obsequiándome con el romance de Leandro.....

—Bien; dejemos á Moratin aparte por ahora,—dijo Muriel.

—Pues bien; Susanita me dijo que ya habia hablado por su amiguito don Leonardo á aquella persona.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada; parece que es cosa difícil. Sin embargo, segun ella se expresaba, podrá conseguirse. Si digo que Vd. ha nacido con pié derecho. Pues si la madama se enternece con el Sr. D. Martin Martinez..... ¡qué envidias, amigo, va á suscitar el que.....

—¿Con que hay esperanzas de conseguir eso?

—Yo creo que sí; se conoce que ella lo ha tomado con mucho empeño.

—¿Y no le ha dado á Vd. seguridades? ¿No le ha dicho lo que ha contestado ese señor Consejero?

—No, eso se lo dirá ella á Vd. mismo.

—Sí, quedé en ir por allá.

—Esta noche, sí, á eso he venido.

—¿Esta noche? ¿Le ha dado á Vd. ese recado?

—Precisamente. «D. Lino, me dijo, hágame Vd. el favor de decir á ese Sr. Muriel que esta noche vaya á casa á las nueve en punto para darle la contestacion de su asunto.»

—Ya.

—Pero dice que no vaya Vd. ni ántes ni despues de las nueve, sino á esa hora en punto. ¿Lo entiende Vd.?

—Sí, ya entiendo, iré sin falta.

—Pero no necesito recomendar á Vd., Sr. D. Martin, una cosa..... y es que ha de haber mucho sigilo.

—¡Ah! Lo que es eso.....

—Ya Vd. ve..... yo soy persona grave, y sólo me encargo de hacer estos favores cuando sé que no es para dar escándalo. Yo sé que Vd. es persona formal; y en cuanto á ella..... Figúrese Vd. que ya la gente se ocupa.....

—¿De qué?

—De Susanita. ¡Como la ven tan preocupada, tan meditabunda, ella que siempre ha sido lo contrario! Ya he oido hacer comentarios sobre este cambio aparente en su carácter, y hacen mil cálculos y calendarios sobre quién es y quién no es. Por eso recomiendo que tenga Vd. la primera de las virtudes teologales en grado sumo, y alguna de las otras tampoco estaria de más.

—Descuide Vd., que yo seré la misma prudencia—dijo Martin—veremos si consigo mi deseo; veremos si logro sacar de la cárcel al pobre Leonardo, que ya debe estar más que aburrido de su encierro.

—A Vd. le supongo loco de contento; porque aunque no saque de la cárcel á nuestro amigo, ¿le parece á Vd. poco el favor de una dama tan principal?

—En eso no hay nada de lo que Vd. se figura—contestó Martin.—Sólo me llama para enterarme del resultado de mi pretension.

—A mí con esas. La verdad es que si Vd. consigue ablandarla puede considerarlo como un milagro. ¡Qué carácter, amigo! Yo que la conozco desde hace tiempo sé lo que es eso. No hay criatura más antojadiza, Sr. D. Martin: ¡anoche precisamente tenia armada una gresca con el marqués de Fregenal, su pariente, ese que la acompaña á todas partes! Y todo ¿por qué? Porque ella gusta mucho de ir á los bailes de candil de Maravillas y Lavapiés, como es costumbre aquí entre la gente gorda. El marqués queria disuadirla de su propósito, porque parece que otra vez fué y no salieron muy bien librados. Pero ella en sus trece que ha de ir, porque no puede desairar á la Pintosilla, que la ha convidado.

—¿Y quién es esa Pintosilla?

—Una bodegonera de la calle de la Arganzuela, mujer de mucho donaire y grandemente obsequiada por los petimetres. Aquí es comun que los señores de más tono se codeen con esa gentezuela, y la verdad es que al son de las castañuelas y de las guitarras no se pasan malos ratos.

—¿Y esa Susanita frecuenta esas sociedades?

—¡Ya lo creo! allí suele ir acompañada de una plaga de jóvenes de etiqueta y de marqueses viejos y abates tiernos... . Pero Vd. la conocerá mejor que yo y podrá apreciar su carácter. Con que esta noche ¿eh?—añadió con sonrisa maliciosa.—Como Vd. es una persona de formalidad y ella una dama de alto nacimiento y que se estima, no me pesa de favorecer sus amores.....

—¡Sus amores!—exclamó Muriel—¿Vd. está loco? Eso sería el más grande de los contrasentidos. Hay cosas, que por mucho que se crea en la veleidad de los acontecimientos y en las vueltas del mundo no se pueden sospechar nunca.

—Usted quiere desorientarme—dijo con benevolencia el abate—Vd. no sabe que yo soy la prudencia misma y que secretos de esta naturaleza, á mí confiados, quedan lo mismo que dichos á una pared..... Pero yo me retiro, Sr. D. Martin, Vd. tendrá que hacer. Hoy es para mí un dia de no poder descansar un momento. La señora de Valdeorras desea que su hijo más viejo tome mañana leche de burras, y voy á avisar al burrero. Despues tengo que ir por la estampa de Goya á casa de Castro-Limon para llevarla á

casa de Porreño..... porque ha de saber Vd. que para mayor desgracia mia yo tengo que llevar de puerta en puerta esa malhadada caricatura que de mí ha hecho el truhan de D. Paco Goya. En todas partes la quieren ver, y no tengo más remedio que llevarla de aquí para allí, ofreciéndome á la chacota de todo el mundo. Pero ¿qué se ha de hacer? yo no me puedo enfadar por eso..... Y como en todas partes me aprecian, sería una tontería..... ¿Pues y los versos? ¿Creerá Vd. que me los hacen recitar por donde quiera que voy? ¡Y cómo voy á decir que no! ¡Diablo de Moratin!... Pero no le entretengo á usted más, amiguito. No se olvide Vd., á las nueve.

—Sí, á las nueve.

—Ni ántes ni despues, en punto.

—Eso es. Adios, Sr. D. Martin, y mucha prudencia.

Fuese D. Lino á casa del burrero, que tambien le haria recitar los versos del famoso Inarco, y Muriel quedó solo otra vez en presencia de los escudos de oro y con la novedad y extrañeza de una cita para las nueve en la casa de aquella rara y ya misteriosa mujer. Misterio habia sin duda en aquella cita, pues ella, si le llamaba para contestarle en el asunto de la Inquisicion, mostraba tener más interés por la libertad de Leonardo que él mismo. Al mismo tiempo Martin no podia olvidar el recibimiento que le hizo el señor hermano del conde de Cerezuelo, y era imposible que en todos aquellos artificios de cortesanía no hubiera alguna intencion torcida y muy difícil de adivinar. ¿Y el dinero? Pero no tratemos de expresar la cavilacion incesante de nuestro desgraciado amigo, y asistamos desde luego á su conferencia con la jóven, que es, á no dudarlo, uno de los acontecimientos capitales de la presente historia.

III.

El contaba con que iba á ser recibido en la tertulia de la casa, y que á aquella hora estarian allí reunidos los venerables personajes que anteriormente hemos dado á conocer. Por eso le causó sorpresa no ver en la puerta ninguna carroza, y mucho más no hallar en la portería paje alguno. El escaso alumbrado de la escalera le hizo comprender que aquella noche no habia tertulia, y dijo para sí: no tendré que habérmelas sino con los de la casa, y especialmente con el bueno del tio, que estará esta noche tan pesado como el otro dia con su afectada cortesía.

En el recibimiento encontró, en vez del paje que ordinariamente estaba allí, una mujer de mediana edad, que en el modo de mirarle y de sonreir en el momento de verle, indicó que estaba allí esperándole. No fué preciso que

Martin hiciera pregunta alguna, para que la mujer le dijera: *pase Vd.*; pero en voz tan queda, que el jóven comenzó á creer que su presencia allí era tan misteriosa como el dinero recibido. Confirmóse en esta idea al avanzar por un corredor en que no se sentia el menor ruido, ni se veia el resplandor de ninguna luz, y hasta le parecia que la mujer aquella pisaba con afectada suavidad, circunstancia que á él le obligó tambien á andar con mucho sigilo, procurando apagar el ruido de sus tacones lo más posible. Entraron en una habitacion donde habia una lámpara de muy débil y macilenta luz. Entónces la mujer se paró, y encarándose con Muriel, le dijo:

—La señorita está mala. Voy á avisarla.

—¿Y el Sr. D. Miguel?—preguntó Martin.

—¡Quiá!....—dijo la mujer, como si oyera una indiscrecion—no está, no hay nadie. La señorita está sola, y un poco delicada, aunque no es de cuidado. Voy á avisarla.

Desapareció la mujer, y al poco rato volvió diciendo á Martin otra vez: «puede Vd. pasar.» Ella tomó la luz que allí habia y marchó delante alumbrando, porque la habitacion donde entraron estaba completamente á oscuras ántes, y muy débilmente alumbrada cuando la triste lámpara desparramó su luz por el extenso ámbito de la cuadra. Todavía Muriel no se habia dado cuenta del sitio donde estaba; todavía no se habia hecho cargo de los objetos que tenia ante la vista, cuando ya la mujer habia desaparecido. Tendió los ojos por la habitacion, envuelta en una dulce oscuridad que vagamente sombreaba los cuadros y los muebles, dándoles un tinte extraño. Creyó encontrarse solo. Miró á todos lados, buscando á Susana y no vió nada: á su mano derecha vió un retrato de hombre que le miraba con la inmutable atencion de sus pintados ojos, y creyó reconocer las facciones del conde de Cerezuelo, más jóven, hermoso y sin el lúgubre aspecto que le daba su enfermedad y su misantropía. Aquello era imponente: por otro lado, un gran Santo Cristo de marfil parecia mover sus brazos blancos y resbaladizos como un reptil de mármol escurriéndose á lo largo de la pared, y unas grandes cornucopias doradas se le representaban como raros séres, tambien animados, oscilantes y fosforescentes. Vió su imágen reproducida en un espejo y se estremeció: los toros reproducidos en los tapices de variados colores le parecian alzar sus terribles testuces con la curiosidad impertinente que es propia de aquellos brutos ántes de romper la carrera, y unas majas que en un gran cuadro levantaban sus brazos en actitud de sacar las castañuelas parecia como que avanzaban vagamente acompañadas del áspero sonido de aquel primitivo instrumento. Esta alucinacion y este exámen del sitio donde se

encontraba apenas duró algunos segundos. Al cabo de ellos sintió una tos, y una voz femenina dijo: tome Vd. asiento.

Dirigió Martin la vista al punto donde la voz habia resonado y vió á Susana, á quien antes no habia distinguido por estar el resplandor de la lámpara interpuesto entre uno y otra. Acercóse el jóven y entónces pudo distinguirla perfectamente: estaba tendida sobre un canapé y muy arrebujada en una especie de manto ó gran chal que la cubria toda, excepto la cara y las extremidades de los piés. Su actitud era perezosa, y su voz como quejumbrosa y dolorida.

—Estoy enferma—dijo señalando á Muriel una silla que cerca de ella habia como preparada de antemano.—Pero puesto que le llamé á Vd., no quise dejar de recibirle porque no perdiera el viaje.

—Yo hubiera vuelto de muy buen grado—respondió Martin y me marcharé al instante si esta visita la puede molestar á Vd.

—No, de ningun modo. Aguarde Vd.—dijo la dama.—Vd. estará impaciente por saber de su amigo. Yo siento mucho no poder darle á Vd. mejores noticias de las que tengo.

—Yo no pido imposibles, señora: si las personas que pueden poner á Leonardo en libertad, son insensibles á la justicia y á la compasion.....

—Todavía no hay nada seguro. Yo espero, á pesar de todo, conseguirlo al fin.

—Hará Vd. la mejor obra de caridad que es posible imaginar. Dichoso el que puede remediar por algun medio alguna de las infamias que en esta sociedad se cometen y que son base de ella misma.

—La dificultad que hay es que parece ha sido reclamado ese reo por la Inquisicion de Toledo, por atribuírsele un desacato hecho á la Vírgen del Sagrario y no sé qué correspondencia con unos masones ó brujos descubierta en esta ciudad.

—¡Masones ó brujos!—exclamó Martin sin poder reprimir un movimiento de cólera—tambien á mí me acusaron de lo mismo. No se puede presenciar en calma la vil supersticion y torpe ignorancia que se necesita para creer tales despropósitos. Se comprende que haya un pueblo ignorante que lo crea; ¡pero que haya una institucion que lo legalice, y una sociedad que lo tolere en estos tiempos!.... Da vergüenza de pertenecer al linaje humano cuando se ven ciertas cosas.

—Ya comprendo yo que todos le teman á Vd. y le miren con recelo como un hombre extravagante y peligroso—dijo Susana con su seriedad acostumbrada.—Yo no he visto personas tan revolucionarias como Vd., ni que se burlen con tanto descaro de las cosas santas.

—Es cierto, Vd. no había conocido otro como yo, y por eso sin duda le parezco tan raro. Mi dolor consiste en que veo á mi lado pocos así, lo cual me paraliza, obligándome á vivir á solas conmigo mismo. Esto es espantoso.

—Ya encontrará Vd.—dijo Susana—si no es que poco á poco se corrige Vd. de su furor, y le tenemos devoto y manso en vez de fiero y atrevido como hoy es.

—No es fácil, yo soy muy desgraciado. Tendré al fin que irme léjos de mi patria, á otros países donde los hombres puedan decir públicamente lo que piensan sin ser encerrados en calabozos por un tribunal de gente feroz y corrompida.

—Vamos—dijo Susana con un poco ménos de seriedad de la que ántes habia tenido.—Trate Vd. de corregirse y le irá mejor. Sea Vd. como los demás, y tal vez sea feliz. Por lo que he podido entender, Vd. es una persona que podria ocupar un buen puesto en la sociedad, si no fuera tan enemigo de ella. No le faltaria proteccion sin duda.

Martin no podia, á pesar de sus inveterados rencores, mostrarse repulsivo á tales pruebas de benevolencia, mucho más cuando la hija de Cerezuelo, con frases laterales y de soslayo, le habia ofrecido su proteccion. El jóven no dejó de comprender el valor de aquella proteccion, á pesar de su arrogancia, y decidió no decir cosa alguna que trascendiera á ingratitud ó descortesía.

—Pensar que yo intente medrar arrojándome á los piés de lo que más aborrezco, es locura. Eso no está en mi carácter.

—¡Ah!—dijo Susana echando su cabeza fuera del manto en que la tenia arrebujada—ya sé por qué dice Vd. eso; ¿que no se arrojará á los piés de lo que más aborrece? ¿Lo dice Vd. por nosotros?

—¡Ah! no, señora, no me acordaba de resentimientos que, aunque siempre vivos, sé dejar á un lado en ciertas ocasiones.

—Nosotros—añadió la dama—no pretendemos que Vd. se arroje á nuestros piés, ni necesitamos para nada de sus servicios.

—No me he referido á la familia de Vd., de quien no espero nada y á quien tampoco estoy dispuesto á servir.

—¿Pero nos guarda Vd. un rencor tan grande?....—preguntó Susana con una sonrisa irónica que turbó á Muriel.

—Yo no queria hablar de lo pasado. Recientemente el propósito de usted de sacar de la prision á mi amigo me impone un sentimiento de gratitud que yo no puedo sofocar. Pero ántes de esto, Vd. dirá con la

mano puesta sobre su corazon, si tengo yo motivos para idolatrarles á ustedes.

—¡Ah!—dijo Susana volviendo á su apatía—Vd. se deja arrastrar por la pasion: en casa no ha habido crueldad ninguna con su padre de Vd., y si fué preso los tribunales de Granada lo hicieron sin influjo ninguno de casa.

—Perdóneme Vd. si no lo creo—dijo Martin—yo estoy bien enterado de lo que pasó.

—Tambien nos acusa Vd. de haber abandonado á su hermanito, cuando él se huyó de nuestra casa, arrastrado por su aficion á la vida vagabunda. Pero se le encontrará, yo lo espero. He mandado que se hagan toda clase de diligencias, sin omitir gasto alguno, y espero que será encontrado.

—¿Sí? ¿Vd. ha mandado.....—preguntó Martin confuso.—¿Cuándo?

—Hace dos dias.

—Por Dios que ha sido algo tarde, señora, y si esas diligencias se hubieran hecho á su tiempo yo no lamentaria esta desgracia, una de las que más me han afectado.

—Yo no he tomado esa determinacion hasta que he sabido que la pérdida de Pablillo era considerada como una desgracia.

—¡Ah, es verdad!—dijo Martin tristemente—los grandes señores siempre ven desfigurado lo que está más bajo que ellos. La triste soledad y abandono de un huérfano despreciado por todos los que en la casa vivian, desde el amo hasta el último criado, les parece cosa muy natural y que no merece la pena de pensar en ello. Era preciso que yo me lamentara de semejante conducta, para que Vd. se convenciera de que mi hermano merecia algun agasajo. De todos modos, yo le agradezco á Vd. la determinacion que ha tomado, aunque algo tardía. No dirá Vd.—añadió sonriendo—que esta ferocidad mia es completamente inútil.

—¡Ah!—dijo Susana mirándole con cierta expresion de burla—¿cree usted que le tengo miedo?

—No, miedo no. Pero..... nadie puede librarse de la influencia de los demás. A veces no tenemos intencion de hacer una cosa buena y la hacemos, impresionados por algo que vemos ó que oimos.

—¡Ah! no..... Lo que Vd. haya podido decirme no me ha impresionado nada. ¡Si viera Vd. cómo me reí de Vd. aquel dia, cuando me habló con un lenguaje que hasta entónces creo que dama alguna ha podido oir!....

—Yo queria olvidar eso—dijo Martin.—Es verdad que estuve violento; pero yo tenia resentimientos..... Cuando supe quién era Vd..... no sé si sentí cólera ó alegría..... ¿No es verdad que aquello parecia una burla pro-

videncial? ¡Bailar juntos nosotros! ¡Yo que soy de humilde cuna y que llevo un nombre que no se pronuncia sin horror en la casa de Cerezuelo! ¡Vd. de alto linaje, celebrada por su hermosura! ¡Y la casualidad nos juntó, y hablábamos como si un abismo de rencores y de diferencias sociales no existiera entre nuestros dos nombres! ¿No es esto para sentirse orgulloso y poder hablar con algun desembarazo?

Susana se sentia humillada y en vano trataba de dar un sesgo festivo al asunto. Su forzada sonrisa no sirvió sino para levantar á Muriel, cuyo orgullo iba tomando grandes vuelos.

—Tenga Vd. franqueza—añadió él—¿no se ha estremecido Vd. de indignacion siempre que ha recordado aquel dia y aquella conversacion? Yo, seré sincero, lo considero como uno de los más gloriosos de mi vida.

—Usted quiso humillarme—dijo Susana renunciando á quitar su sentido serio á aquel recuerdo.

—Y lo conseguí. Aquí, hablando con intimidad como hablamos, ¿podrá usted negarlo? Eso le probará á Vd. que sólo las circunstancias ensalzan ó deprimen á las personas, y que la mejor posicion social es la que dan las virtudes ó el valor. Un accidente, un engaño, un disfraz juntan lo que la sociedad quiere ha querido siempre que no se junte.

—Y todo eso es para probar que fué una humillacion haber bailado con usted—dijo Susana con picante ironía.—Pues sepa Vd. que varias veces he bailado con manolos y chisperos en las verbenas de Santiago y San Juan.

—Pero á ninguno de los que fueron sus honrosas parejas mandó llamar usted despues, de noche, para hablar con él á solas en su casa.

Este rasgo de atrevimiento que Muriel no meditó bastante fué tal que casi estuvo á punto de producir una de las explosiones de soberbia que en Susana eran frecuentes, y por la cual hubiera despedido bruscamente á Muriel como descortés y grosero; pero la misma audaz desenvoltura de la frase la contuvo. La sorpresa no le permitió incomodarse, y además su orgullo temblaba ante un orgullo mayor.

—Usted—añadió Martin tratando de que su insinuacion anterior fuese galante sin que dejara de ser enérgica—no trató de confirmar la humillacion recibida, proporcionando á uno de esos manolos ó chisperos la felicidad de verla y hablarla.

—No creia que fuera Vd. presuntuoso hasta ese extremo—contestó Susana, que no encontró, por más esfuerzos de imaginacion que hizo, mejor ni más adecuada respuesta.

—¡Ah! no; yo soy soberbio con los orgullosos, pero me empequeñezco y

me confundo en presencia de los que descienden hasta mí. Yo, léjos de zaherir á Vd. por esta repentina deferencia que me muestra, me complazco en encontrarla digna de mayor estimacion. Vd. se ha engrandecido á mis ojos. En mi vida he despreciado más que aquel dia, cuando tan violentamente reñimos en la Florida: despues todo ha cambiado; los sentimientos sufren á veces asombrosas reacciones, y ¿quién sabe á dónde podrán llegar los mios respecto á personas que ántes me inspiraron profunda aversion?

Susana callaba, mirándole con asombro; le veia crecer por grados. El mismo á quien ella creyó deslumbrar con su favor repentino, obligándole á abdicar sus preocupaciones y su entereza, estaba allí más elevado que nunca desafiando á la que queria empequeñecerle con inmerecidos obsequios.

—Usted no sabe apreciar la benevolencia que tengo por Vd. y el interés que me tomo por su amigo. Vd. va más allá.....—dijo Susana echando más atrás el manto y descubriendo todo su busto.

—No voy más allá, estoy en lo cierto. No veo en la bondad de Vd. otra cosa que lo que debo ver; una satisfaccion por los ultrajes que he recibido y una protesta contra la humildad de mi posicion y de mi fortuna. Vd. ha tenido el instinto de la justicia y me concede, tal vez sin saberlo, lo que yo merezco; consideracion, aprecio, afecto, todo lo que busco y no hallo en el mundo.

Susana estaba confundida. Sus grandes ojos negros habian renunciado á la afectacion del dulce marasmo en que la encontró Martin, y recobraban la viveza é intensa animacion que á tantos espíritus habian turbado. Ella, sin embargo, se sentia débil: Muriel no se arrastraba humillado y vencido á sus piés, sino que se presentaba tratando de igual á igual, de potencia á potencia. No contestó á las últimas palabras del jóven, y parecia meditarlas con la profundidad é inmóvil fijeza de un matemático que anda á vueltas con una ecuacion. Despues de un breve rato en que esperó en vano que Martin dijese algo más, ella, como si reanudara un concepto interrumpido, exclamó:

—Debe Vd. hacerlo, sí, debe Vd. hacerlo.

—¿Qué, qué debo hacer?—dijo Martin, sorprendido de aquellas palabras que eran la primera expresion de un largo razonamiento que la dama habia hecho para sí.

—Lo que le he dicho.

—No recuerdo.

—Usted debe variar de ideas—dijo Susana con un interés que no acertó

ó no quiso disimular.—Vd. está llamado á ocupar un elevado puesto en el mundo, y puede llegar á él si tiene más prudencia.

—No sé qué puesto es ese ni cómo he de conseguirlo.

—¡Oh! Pues no hay cosa más sencilla—dijo la petimetra incorporándose y echando más atrás el manto, que dejó descubierto su cuerpo, vestido con una elegante chaquetilla de terciopelo negro recamado de pasamanería.—Usted, por su carácter y su entendimiento, debia procurar elevarse en vez de insistir en mantenerse á flor de tierra insultando á las clases altas. Si usted entra en relacion con las gentes que tanto aborrece y se convenciera de que sólo á su arrimo puede adquirir una buena posicion; si olvidara al fin su humilde cuna, ¿quién sabe el porvenir que Dios le tendrá reservado?

—Lo que Vd. me aconseja es que me venda, como si dijéramos.

—No, Vd. no ha comprendido bien; inclinar sus talentos hácia otro fin, procurar asemejarse en costumbres á las personas más altas de la sociedad, conquistar el favor de los poderosos, desempeñar algun cargo elevado, ganar reputacion y aprecio, tal vez un título de nobleza.

—La oigo á Vd. con curiosidad—dijo Martin riendo.—Eso me divierte.

—No sé que haya dicho ningun despropósito—dijo la dama desconcertada.

—¡Yo pretendiendo un título de nobleza!.... Eso es una burla..... ¿Y me lo aconseja Vd.? Vamos, no creí yo merecer una burla tan fina, y al mismo tiempo tan amena.

—No es broma, no; no le faltará á Vd. quien le proteja. Sea Vd. como los demás, como todos, y lo demás lo hará la Providencia.

Como se ve, Susana queria elevar á Muriel hasta ella, mientras el jóven, segun aparece en el resto del diálogo, pretendia hacerla descender hasta él. Quién logró al fin su objeto, es cuestion que se verá aclarada en el trascurso de esta historia. Por de pronto Martin acogia con joviales respuestas las raras proposiciones de la petimetra, y decia:

—¿Si al fin me convertirá Vd? ¡Oh! Si no me convierto no será porque el apóstol deje de tener elocuencia.

—Usted no siente halagada su imaginacion por la idea de ver apreciados en el mundo su carácter y sus hechos?—dijo Susana echando más hácia abajo el manto, que ya parecia darle demasiado calor.—¿Vd. sacrificará todo á esas ideas extravagantes que nadie tiene más que Vd. y otros locos por el estilo?

—Sí, sí, señora—dijo Martin con cruel ironía—yo hago todos los sacrificios imaginables por medrar, como Vd. dice, y me arrastraré á los piés de los poderosos y les pediré una triste ejecutoria y un escudo lleno de garabatos para vergüenza de los mios y satisfaccion de mi persona. Yo soy á propósito para el caso, no lo dude Vd.

—Veo que Vd. no toma en serio lo que le he dicho. Vd. tiene más orgullo que los más insolentes señores.

—Sí, no lo niego. Negarlo sería una hipocresía. Yo tengo orgullo, y muy grande; pero no es orgullo de raza ni de fortuna, sino de sentimientos y de creencias. Hé aquí mis pergaminos. ¿Y Vd. me pide que los eche al fuego y los trueque por los que enaltecen á esos caballeros que le dan á usted las pastillas y los pañuelos empapados en esta ó la otra esencia?

—Calle Vd.—dijo Susana, como despreciando aquel recuerdo.

—Entonces—continuó Martin—seré un hombre de valer y merecedor de lo que ahora no se me quiere dar. Entónces no habrá personas que se avergüencen de ser benévolas conmigo; entónces los que se sientan más ó ménos inclinados á mi compañía podrán verme á la luz del dia, y no á hurtadillas y con sonrojo. Entónces no se me humillará, ni habrá nadie que se crea exento de tener para conmigo y los mios aquellas consideraciones que la caridad exige. ¡Qué grande hombre seré el dia en que me decida á seguir ese consejo! ¿No es verdad?

Susana se sintió otra vez débil ante este verdadero bofeton moral. No le era posible conseguir su objeto, que era quebrantar la entereza intelectual y social de aquel pobre jóven, obligándole á poner su conciencia á los piés de una categoría social y de una belleza. Él se crecia cada vez más á los ojos de la dama, acostumbrada á matar con alfilerazos los afeminados corazones de sus ordinarios galanes. Aquél era fuerte y temible, y su espíritu no consentia extraño dominio. Habia nacido para imponerse, y toda la soberbia de la tiranuela se estrellaba impotente ante la acerada contextura de su carácter.

Cuando el jóven concluyó, sea que Susana no supiera qué contestar, sea que entraba en su cálculo el silencio, no profirió palabra, y sólo despues de un largo rato arrojó léjos de sí el manto, diciendo:

—No se puede resistir este calor.

Martin pudo entónces mejor que ántes observar la bella actitud de aquel cuerpo perezoso que se extendia sobre el sofá, sofocado por el calor y libre ya del manto que le cubria. ¡Qué rara escena aquella en pleno año de 1804, cuando el hogar doméstico no se habia abierto aún á la audacia exterior por

la desenvoltura interna; cuando las escaleras de una casa, inspeccionadas por los cien ojos de un susceptible recato, eran inaccesibles á los atrevimientos de los galones. Es preciso hacerse cargo de la independencia de carácter de Susana, de su desprecio á todas las prácticas sociales para que desaparezca la inverosimilitud de semejante entrevista que, si hoy podria parecer en extremo peligrosa y punible, entónces era tal que habria merecido los más horrorosos castigos. La petimetra no se los hubiera dejado imponer, porque imperaba como reina absoluta en la casa; pero el escándalo hubiera sido espantoso, y los Enriquez de Cárdenas se habrian creido deshonrados *per sæcula sæculorum*.

—Veo que no se puede sacar partido de Vd.—dijo Susana buscando nueva posicion en el sofá.

—Cierto es—contestó el jóven—de mí no se puede sacar partido. Es preciso dejarme entregado á la ventura. Probablemente yo seré siempre un extravagante, y nunca me seducirán las grandezas ni las ejecutorias. Es triste que para establecer ciertos lazos que la naturaleza pide y exige sea necesario á veces salvar los grandes desniveles que hay entre las personas. Pero no hay remedio; la sociedad, llena de preocupaciones, así lo exige. Los que la naturaleza ha hecho iguales, el mundo pone en tan diversas condiciones que es necesario sucumbir y renunciar á todo lo que no sea una vida enteramente ideal.

Estas palabras, aunque algo misteriosas, fueron perfectamente entendidas por Susana, que fijos los ojos en Martin contestó afirmativamente con la cabeza, con muestras de gran conviccion. Cansóse de la postura que poco ántes habia tomado, y se culebreaba en el sofá buscando nuevas actitudes á aquel cuerpo cansado de su cansancio. Habia tomado un abanico y se daba aire lentamente, como si su epidermis calenturienta saboreara con placer la débil onda de aire movida á compás por su mano: ya se apoyaba en el codo izquierdo, ya se dejaba caer; tan pronto alzaba la cabeza como la inclinaba hácia atrás, dando la mayor latitud posible á su garganta: á veces su barba era el punto más alto de la cabeza; á veces la pegaba al seno, como si la tuviera clavada; ya tomaba por base la cadera izquierda; ya se extendia de plano; á veces agitaba el pié derecho, sacudiendo el zapato puntiagudo y mal calzado; á veces recogia sus piernas, echando las rodillas fuera del sofá, y estaba tan inquieta que á no saber nosotros que su enfermedad era un puro artificio la juzgáramos realmente atacada de algun ligero accidente nervioso.

El jóven filósofo, á pesar del gran predominio que la inteligencia tenia

en su espíritu sobre toda facultad, poseia tambien en alto grado, segun la escuela revolucionaria de Rousseau, el sentimiento de la naturaleza, y fuerza es confesarlo, en aquel momento la petimetra no le inspiraba ningun noble y puro afecto. Aquella escena, que parecia ser un presagio del romanticismo, más tarde imperante, impresionó vivamente sus sentidos. No llegaba su rigorismo filosófico-político hasta el extremo de darle aquella entereza ascética que es propia de los que cultivan el alma á costa del cuerpo; mas á pesar de su fascinacion, que era grande, la petimetra, como sér moral, habia descendido bastante á sus ojos. Es evidente que aquello halagaba su vanidad, porque ni áun estando las compensaciones y los castigos providenciales en manos de los hombres, se podria obtener una venganza más atroz de aquella aborrecida familia que en contrapeso de tantas injusticias le entregaba su honor. Áun en aquellos momentos, aunque parezca extraño, la idea no se eclipsó por completo en su espíritu y quiso razonar en breves palabras una situacion, que por su índole especial debia ser lacónica.

—Yo no necesito elevarme. ¿Esto que pasa no le prueba á Vd. nada? Que me place ver aplacados á mis enemigos, no por la fuerza ni por el convencimiento, sino por la naturaleza, que es mejor niveladora que la razon. Yo no puedo permanecer rencoroso cuando de esta manera se me confiesa que todos somos iguales.

Susana oyó estas palabras cuando se incorporaba en su sofá, cansada ya de estar con la cabeza atrás, rodeándola con sus brazos como si fueran un marco. Sentada con una mano puesta en la rodilla y la otra sirviendo de apoyo al cuerpo, con la mirada fija y sin pestañear, semejaba una estátua antigua de esas que representan con su atonia el estacionamiento del ideal asiático. La expresion de su semblante varió por completo. Parecia haber recobrado repentinamente el dominio sobre sí misma, perdido hace poco, y así, haciendo un gesto de fastidio, dijo:

—Veo que Vd. abusa de mi bondad.

En el colmo de la confusion por aquel inesperado cambio de actitud, de palabras y de expresion, Muriel preguntó:

—¿Por qué, señora?

—Porque me dice Vd. cosas que no esperaba yo oir en boca de una persona que debia guardarme mayor respeto. Hay personas que desde el momento en que creen merecer algun servicio aspiran á..... Retírese usted.

—¡Ah! señora, no creí hacer otra cosa que contestar á lo que Vd. me decia.

—He tenido la debilidad de entretenerme un rato oyéndole..... Pero ya me ha mareado Vd. bastante.

—Ciertamente no valia la pena de que Vd. me hubiera detenido. Mi intencion era tan solo estar un momento.

—Petra, Petra—dijo Susana llamando.

La criada no tardó en venir. Susana continuó así, dirigiéndose al jóven:

—Es Vd. demasiado exigente; yo no puedo hacer otra cosa que pedir que se haga. Salga Vd. al momento.

Estaba muy agitada y se habia levantado del sofá, donde su manto aplastado y lleno de arrugas hubiera sido un fatal dato para cualquier malicioso que no conociera lo que allí habia pasado.

—Señora—dijo Martin sonriendo—le agradezco su empeño; pero no se tome grandes molestias por conseguirlo. Yo lo intentaré por otro conducto.

—¡Oh! es Vd. de lo más impertinente..... Pero no esté Vd. más aquí. Petra, llévale fuera..... ¡Oh, qué pesadez, tanto tiempo aquí!

—Ya me voy, señora—dijo Martin—deseo á Vd. mejor salud de la que ha tenido esta noche. Adios.

Y salió dejándola en un estado que no podemos decir si era de ira ó de abatimiento, si de despecho ó de dolor. Más adelante conoceremos en toda su profundidad los sentimientos de esta interesante jóven.

Entretanto Muriel salia y tomaba el camino de su casa, creyendo que nadie reparaba en su persona. ¡Qué error! La confusion y aturdimiento de que iba poseido le impidieron sin duda reparar que un hombre embozado que á alguna distancia del portal de la casa estaba paseándose le vió salir y le siguió despues desde léjos por todas las calles que fué preciso recorrer para llegar á la de Jesús y María.

CAPÍTULO XII.

El doctor consternado.

I.

Dijimos que Martin no sospechaba, durante su largo trayecto, que una persona le veia y le seguia; pero esta persona sí le observó muy bien y no paró hasta no quedar segura de la vivienda, en que el jóven penetró ya á hora bastante avanzada. El personaje embozado desandó al fin lo andado y se retiró á su casa, donde le dejaremos hasta el dia siguiente, en que á la luz del dia y sin embozo ni disfraz alguno salió, permitiéndonos conocerle. Era el famoso marqués á quien el lector conoce por *el de las pastillas*, mejor que por otro título alguno.

No hagamos caso de la preocupacion y abatimiento que en su semblante se retratan. Las causas de esto nos las va á revelar él mismo poco despues, cuando, entrando en casa del doctor Albarado, entabló con este grave funcionario un animadísimo diálogo. Era aún algo temprano, y el buen doctor saboreaba con cierto sibaritismo místico su buen guayaquil.

—¿Qué hay, qué trae Vd., señor marqués?—preguntó el doctor fijando los ojos en la alterada fisonomía del recien llegado.

—Lo que yo presumia, lo que yo le dije á Vd. ayer; pero nunca creí que llegara á tal extremo.....—contestó el marqués con agitacion.

—Pero me está asustando Vd.—dijo el doctor.—Vamos, ¿los celos no le trastornarán la cabeza y se le antojarán los dedos huéspedes?

—Ya no se puede dudar, señor doctor amigo, es una gran desgracia y una gran vergüenza.

—Vamos por partes; cuénteme Vd. y yo decidiré en qué grado de ofuscacion está esa cabeza.

—No, esto no es para reir—dijo con intensa melancolía el pobre marqués, hombre de gastada y viciosa naturaleza, pero de espíritu por extremo sensible.—Esta noche he presenciado una cosa horrenda.

—Á ver.....—dijo el doctor sonriendo—¿ha sido algun terremoto, asesinato ó cosa así?.... Los celos, los celos, Sr. D. Félix, son muy malos anteojos. Con ellos se ven las cosas en grande aumento y tan desfiguradas que no las conocemos.

—Cuando Vd. esté bien enterado no lo tomará á broma. Esta noche he visto á ese hombre de quien hablé á Vd., le he visto entrar en la casa.

—¿En qué casa?—preguntó el doctor con cierta disposicion á tomar aquello en serio.

—¿En qué casa habia de ser? Por vida de.... En la suya. Ya Vd. sabe que anoche no quiso Susana asistir á la tertulia en casa de Porreño. Dijo que estaba mala y se quedó en casa. Pero yo sospechaba, salí, fuí á obserar y ví.....

—¿Con que vió Vd.?

—Sí, ví á ese hombre salir de la casa á hora bastante avanzada. Yo me enteré bien y sé que estuvo dentro más de dos horas.

—¿Usted está seguro de lo que dice?—preguntó con más interés el buen inquisidor.

—Creo que hace Vd. mal en bromear sobre este asunto—dijo el pobre marqués.

—¿Y ese hombre..... es uno de esos por quienes se interesa tanto para que no les eche mano la Santa Inquisicion?

—Justamente. ¿No le dije á Vd. que se hablaba mucho de eso y que todos los conocidos hacian mil comentarios?.... Vd. se rió entónces de mí. Pues ahí tiene Vd. como la cosa era cierta.

—Con que Susanilla..... Pero es mucho carácter aquel. A la verdad, señor marqués—añadió el inquisidor—si lo que Vd. dice es cierto, eso es una cosa tremenda.

Y dando un fuerte puñetazo en la mesa, se levantó y principió muy agitado á dar paseos por la habitacion.

—Usted sabe el interés que Susana se toma por esa canalla—dijo el marqués con creciente afliccion—¡Oh! desde que ví que ella no queria ir á

casa de Porreño, precisamente en dia de gran sarao, no las tuve todas conmigo. Me puse en acecho.....

—¡Ah! no lo puede creer—dijo Albarado deteniéndose y cerrando los ojos.—Si Susanita fuera capaz de semejante infamia..... ¡Pero qué deshonra! ¡Qué vergüenza! Y ese hombre, ¿quién es?

—Un endiablado franc-mason. No está averiguada su clase y fines. Debe ser hombre perverso.

—Pero no nos confundamos, amigo D. Féliz—dijo el dector tratando de serenarse—fijemos bien los términos del asunto.—¿Qué es á punto fijo lo que hay?

—Ni más ni ménos que lo que ayer le dije á Vd., señor doctor de mis pecados. Que la señorita doña Susana se ha prendado de ese hombre aborrecido, y con tanta violencia que anoche le ha recibido en su casa, á solas, cuando toda la familia estaba en casa de Porreño.

—¡Oh! Vd. se ha equivocado, señor marqués. Vd. viene á volverme loco, exclamó con repentina cólera el buen consejero de la Suprema.—Susana es incapaz de.....

—Ya se convencerá Vd., señor doctor. No es la pena de Vd. más intensa que la mia. ¿Pero Vd. mismo no me ha dicho que habia notado con mucha extrañeza la trasformacion del carácter de Susana en estos últimos dias?

—Sí—dijo el inquisidor más irritado.—Sí, si, yo habia notado en ella..... No la conocia..... yo me preguntaba: «¿qué diablos tiene esa muchacha?» ¡Oh! pero nunca creí..... ¡Qué tiempos!

—¿Y no le ocurre á Vd. lo que es preciso hacer?—preguntó el marqués.

—¿Qué?..... no sé.

—Ya que el mal no puede evitarse, podrá al ménos ocultarse.

—¡Ocultarse! Vds. con eso quedan tan contentos. Eso no me satisface. Pero esta deshonra me desespera..... Yo no sé qué pensar..... Aún lo dudo, aún espero que sea una equivocacion de Vd. Si llego á adquirir la certidumbre de esa..... Esplíquese Vd mejor, déme Vd. detalles.

—¿Todavía no está Vd. convencido? Vayamos pensando el modo de hacer desaparecer á ese miserable, y ya que la deshonra es imposible ocultémosla miéntras se pueda.

—¡Ah! no lo puedo creer— exclamó el inquisidor con angustia.—¡Susana, Susanilla!..... Pues yo juro que ese bribon nos la ha de pagar.

—¡Y pretendia que su compañero fuese puesto en libertad!

—Buena les espera á los dos.

—¡A la Inquisicion!—dijo el marqués con ira.

—Sí, á la Inquisicion. No puede decirse que nos valemos de ese tribunal para una venganza personal, pues esos jóvenes son acusados de muy negros delitos contra la sociedad y la religion. Pero yo quiero interrogar á Susana, yo espero que ella misma me ha de confesar..... Si ella se obstina en negármelo, cuando yo se lo pregunte como yo sé preguntárselo, lo dudaré toda mi vida.

—¡Y en esto ha venido á parar, señor doctor de mi alma, una aspiracion tan noble y santa como la mia!—dijo el marqués casi con las lágrimas en los ojos.

—¡Yo que despues de una vida agitada y borrascosa aspiraba á reposar de tanta fatiga!.... ¡Yo que deseaba formar una familia y vivir tranquilo amando y amado!

—Es preciso hablar del caso á mi hermana y á mi cuñado. Ellos por fuerza han de tener antecedentes. Vamos allá.

—Permítame Vd. que no le acompañe. ¡Siento una pena al pensar que entro en esa casa donde yo esperé!.... Y he quedado en ir esta noche para llevar á Susana á ese baile de la Pintosilla.

—¿Ella se empeña en ir?

—Y con tal tenacidad que si no la acompaño se pondrá furiosa conmigo.

—¿Y será Vd. tan débil que la lleve á esos sitios?

—¡Oh! sí—dijo compungido el pobre marqués—soy débil, no puedo negarla nada, me tiene fascinado. Crea Vd. que he llegado á tenerla miedo.

—Es mucho carácter aquel—decia repetidas veces el inquisidor paseándose muy ensimismado.—Pero vamos allá.

—Pues vamos.

II.

Poco tardaron los personajes citados en trasladarse á casa del Sr. D. Miguel Enriquez de Cárdenas, el cual estaba encerrado en su despacho y en conversacion muy calorosa con D. Buenaventura. Cuando sonaron en la puerta los golpecitos que anunciaban la visita del buen doctor y del afligido marqués, Rotondo se ocultó muy aprisa en una pieza inmediata y don Miguel abrió. Al ver á sus dos amigos se pintó en su semblante la mayor sorpresa; pero estamos autorizados para creer que sospechaba á qué venian.

—Venimos á enterarte de un grave asunto—dijo el inquisidor.—Doloroso es, Miguel, pero no debemos rehuirlo con timidez, sino abordarlo con valor.

—Pero ¿qué hay, qué es eso?—exclamó con apariencias de gran consternacion el hermano del conde de Cerezuelo.

—Ya tú conoces el carácter de Susana—dijo el doctor.—Sabes cuánto la quiero; pero el amor que la tengo no es parte á ocultarme sus defectos, más bien hijos de una sensibilidad impresionable que de perversidad del corazon.

—¿Pero qué le pasa á Susana, qué ha hecho? Sacadme de una vez de esta espantosa duda—dijo D. Miguel.

—Susana, por triste que nos sea confesarlo, está agraviando con su conducta á tu familia y á la mia. Susana se ha prendado de un hombre indigno de ella, de un hombre despreciable por todas razones, ya se considere su condicion y nacimiento, ya se considere su vida y oficio, su modo de vivir y sus ideas.

—En verdad que es cosa horrorosa—dijo D. Miguel abriendo los ojos y la boca del modo que á él le parecia más propio para expresar la estupefaccion.

—Susana es una de las jóvenes más ricas de la córte; su hermosura la hace digna de enlazarse á un indivíduo de familia régia. Esta ligereza suya la pone á nivel de..... vamos, no quiero pensarlo.

—Ni yo tampoco—contestó despues de una pausa melodramática el señor Enriquez de Cárdenas.—No quiero pensarlo; ¿pero cómo has sabido..... quién ha descubierto?....

—Pues has de saber que ese hombre ha entrado anoche aquí..... en tu casa—dijo Albarado.

—¡En mi casa!... ¡Oh! ¡Esto merece un castigo ejemplar!....

—Es preciso tomar pronto alguna determinacion.

—¿La enviaremos á Alcalá?

—Ella no querrá ir. Conviene además que no haya el menor escándalo.

—¡Qué muchacha, santo Dios!—exclamó D. Miguel.—Por Dios, no digais nada á mi esposa. ¿Pero cómo habeis sabido..... ¡Qué corrupcion! ¡Cómo pierden las jóvenes el pudor!..... Contadme.....

El marqués, cada vez más tétrico, contó á D. Miguel lo que habia visto la noche anterior, y con esto y las aclaraciones que dió el doctor, recordando palabras y hechos de la indomable doncella en aquellos dias, el señor

de Cárdenas aparentó no tener duda alguna sobre la realidad de aquel desastre doméstico.

El doctor no esforzaba mucho en descrédito de Susana sus consideraciones sobre la honestidad y el decoro de las mujeres. Allí el inexorable era D. Miguel, que hasta llegó á asegurar que no esperaba ménos de persona tan caprichosa y frívola. El marqués ardia en deseos de venganza, pero esta pasion era en él reconcentrada y sorda: habíase calmado y sin duda meditaba algun plan de difícil ejecucion, porque enmudeció y sólo con alguno que otro monosílabo expresaba su conformidad al oir los terribles apóstrofes de D. Miguel. El doctor al fin quiso hablar del asunto con la propia Susana y salió, siendo su objeto emplear con ella la mayor delicadeza y habilidad, segun exigia el áspero carácter de la nietecilla, á quien tanto amaba y tan bien conocia. Subió, pues, con este intento y quedáronse solos el marqués y el noble hermano de Cerezuelo.

—Aún no vuelvo de mi asombro—dijo éste, esperando que su amigo se prestaria á entablar una conversacion llena de digresiones sobre la moral y la condicion de las hembras.

Pero el marqués calló, dejando á Cárdenas en la plenitud de su inspiracion.

—¿Y qué noticias tenia Vd. de ese hombre?—preguntó luego.

—¡Ah! detestables—contestó el marqués.—Pero nos las há de pagar.

—¿Usted le conoce?

—¡Ah! no..... sólo de vista.

—Si se le pudiera alejar de aquí..... Pues, mandarle á Indias.....

—No irá tan léjos por de pronto; pero al fin ira, irá más allá.

—¡Qué gente tan perversa está apareciendo por todas partes! Le digo á usted que estoy horrorizado. ¿Si será cierto que va á haber una revolucion y que..... mejor es no pensarlo.

—De ese hombre no tema Vd. nada, que le arreglaremos.

—¿Qué piensan Vds. hacer con él?.... á ver..... cuénteme Vd..... quiero saber.....

—Por de pronto la Inquisicion se encargará.....

—¿Sí?...

—¡Pues está poco furioso el buen consejero de la Suprema!

—¡Pobre jóven!.....—dijo D. Miguel, distraido y sin reparar en la inconveniencia que de su boca salia

—¿Qué dice Vd.?

—No..... quiero decir..... bien merecido le está.

—A la cárcel con él. Bueno soy yo para tener lástima á semejantes pájaros. ¿Y podrán Vds. echarle mano?

—Creo que sí; mejor dicho, seguro estoy de que sí, porque yo no he de parar hasta que lo consiga.

Y diciendo esto; el marqués se retiró sin más razones.

Ya D. Miguel estaba seguro de que habia bajado la escalera y salia por el portal, cuando abrió la puerta del cuarto inmediato y entró el Sr. de Rotondo.

—¿Ve Vd.?—le dijo Cárdenas con su sonrisa astuta y fria—el marqués vió entrar á ese hombre. Si le dije á Vd. que éste tenia mucha travesura y experiencia para no caer de su burro. ¿No ha oido Vd. lo que ha dicho?

—Sí—contestó sentándose D. Buenaventura.—Me parece que podemos rezarle un padre nuestro al pobre D. Martin.

—¿Usted le prevendrá para que se ponga en salvo?

—Creo que debemos hacerlo así; porque como Vd. me decia hace poco, el buen filósofo no podia haber hecho cosa mejor que agradar á Susanita. ¡Oh! Si él no fuera como es, es decir, un filósofo indomable lleno de preocupaciones; si él sintiera en su pecho las cosquillas del amor é hiciera un experimento revolucionario.....

—¡Oh!—dijo D. Miguel—creo que eso es pensar en lo excusado. Y la verdad es que la chica se ha prendado de él.

—Por de pronto le pondré sobre aviso, porque á poco que se descuide me lo zampan en la Inquisicion, y nos hace gran falta.

—¿Y despues?—preguntó sonriendo el noble hermano de Cerezuelo.—Vamos, desarrolle Vd. su plan por completo. Yo me mareo al ver esas admirables combinaciones de Vd. Ya se ve, con esa grande imaginacion que Dios le ha dado.

—Despues..... Es preciso ir con tiento. Si ese hombre tuviera un carácter más docil y se dejara manejar, veria Vd. qué pronto estaba todo hecho; pero es intratable. Áun así yo pienso manejarme de tal modo que le meta de cabeza en nuestros asuntos, y así cuando intente salir del enredo no podrá y le tendremos en un puño y á merced de nuestra voluntad. Ese hombre, domado, es de un valor inmenso.

A este punto habian llegado de su conversacion, cuando se sintieron unos golpecitos á la puerta.

—Es Sotillo—dijo D. Miguel, corriendo á abrir.

La siniestra figura de aquel jóven que en la casa de la calle de San Opropio vimos de paso en compañía de un D. Frutos, ex-presidiario y franc-

mason, penetró en el cuarto y bien claro demostraba su avinagrado semblante que traia malas noticias.

—¿Han venido las cartas?—le preguntó D. Buenaventura.

—Qué cartas ni qué ocho cuartos—contestó Sotillo sentándose sin ceremonia alguna.—Ocurren cosas muy gordas para pensar en cartas. Sepa usted, Sr. D. Buenaventura, que su libertad está en un tris y que á estas horas corren por Madrid diez ó doce pájaros gordos encargados de llevarle á dormir á la cárcel de Villa.

—Ole, ole, parece que me van perdiendo el miedo—dijo D. Buenaventura, más bien orgulloso que afligido de la persecucion que sufria—ya no se contentan con vigilarme, sino que me quieren echar mano.

—Pues parece que por altas influencias se ha decidido á todo trance llevarle á Vd. á la cárcel y de allí..... Dios sabe dónde.

—¡Ah! yo tiemblo siempre que oigo hablar de estas cosas—dijo con timidez el Sr. D. Miguel, que era poco fuerte de corazon.—Si yo pudiera esconderle á Vd. en mi casa.....

—Vamos, desembucha punto por punto todo lo que sepas—dijo D. Buenaventura, sin hacer caso de la afliccion de su ilustre amigo.

—Pues parece que en manos del prior del convento de Ocaña han caido una porcion de papeles del P. Matamala. Figúrese Vd..... y entre ellos algunos que podian arder en un candil, como son los del arcediano de Alcaráz, que estaban en cifra, y los de los tres coroneles de Aranjuez..... Vamos, que se va á armar un lio.....

—Pues hombre, es terrible cosa..... Y ese santo varon ha sido tan necio que se ha dejado.....¡Oh! ¡Por qué me fié de frailes y canónigos!....

Al decir esto el Sr. D. Ventura, dominado por una violenta ira, dió un puñetazo en la mesa, y levantándose, se paseó muy agitado por la habitacion.

—Los papeles vinieron á toda prisa á Madrid; á Fr. Jerónimo creo que lo trasladan tambien para mandarlo despues no sé dónde, y á Vd..... Pues Godoy se jacta de haber descubierto una conspiracion contra él y el trono, conspiracion dirigida por los ingleses.....

Rotondo hizo un gesto despreciativo, y D. Miguel abrió la boca en señal de un estupor indudablemente épico.

—Pues esa es la cosa.....—continuó Sotillo—Han dicho que no hay más remedio que buscarle á Vd. á toda costa, ya que hasta hoy no ha sido posible echarle mano.

—¿Han descubierto la pista de la calle de San Opropio?—preguntó vivamente Rotondo.

—No estoy seguro; mas andan tras ella con mucha fé. Pero ha de saber usted que hay un alguacil que ha prometido llevarle á Vd. esta noche entre sus uñas á la cárcel de Villa.

—¿A mí?—dijo Rotondo sonriendo con desden.

—Sí, eso lo he sabido en la taberna de la calle de Mira el Rio..... y á fé que me costó más de tres cuartillos de vino averiguar quién era ese guapo. ¡Ay, Sr. D.· Buenaventura, despues dirá Vd. que gasto mucho! No sabe usted lo que cuesta el descubrir esas y otras cosas, tales como las que voy á decir.

—¿Qué?

—Tambien sé el sitio donde le echarán á Vd. el anzuelo. No es la calle de San Opropio.

—¿Dónde, donde cómo?

—No es donde come, ni donde cena, ni donde charla, ni donde conspira, sino donde duerme.

—¡En casa de.....—exclamó D. Ventura con el mayor asombro.

—¡En casa de.....—dijo Cárdenas no ménos estupefacto.

—¿Y cómo saben que duermo allí?

—Ahí verá Vd. El alguacil piensa cogerle á Vd. por sorpresa, sin resistencia alguna, entregado por las mismas personas en quien Vd. tiene depositada toda su confianza.

—¡Por ella!...—dijo con violencia el señor de Rotondo.—Eso es imposible.

—Eso es imposible—repitió Cárdenas.

—En fin, de todos modos, ya Vd. está prevenido, y puede escurrir el bulto.

—No, ella no puede.....—dijo D. Ventura muy preocupado y meditabundo.—Y si fuera capaz, la abriria en canal.

Para conocimiento de los sucesos que han de venir, es preciso que el lector sepa dónde dormia el Sr. D. Buenaventura, lo cual será asunto del siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIII.

La maja.

I.

Ya no existe. Arrastrada por las revoluciones, ha desaparecido en nuestro inexorable siglo, que al derrocar instituciones orgullosas principió por suprimir formas, todo lo exterior de aquel viejo mundo que ántes habia de perder su traje que su carácter. Las modas y los hábitos externos varian más pronto que las leyes y las costumbres. Bastó, por tanto, la primera alborada de las nuevas ideas para que la vida de nuestro pueblo sufriera una trasformacion en que pasaron al olvido muchos de sus antiguos usos, algunos echados muy de ménos por los amantes de la forma picante en el hablar y en el vestir.

No discutiremos sobre si el pueblo de hoy vale más ó ménos que el de entónces. Nosotros creemos que vale más; pero dejamos el exámen razonado de esta afirmacion á los que tengan calma y oportunidad para entretenerse en ello. Nosotros no pondremos á la maja en escala moral más alta que la mujer del pueblo de nuestros dias. Aquella ofrecia la singularidad de su gracia inagotable y de su soberbia invencible: el sexo masculino hacia un papel muy desairado y triste junto á aquellas tiranuelas insolentes, resto informe y corrompido de la antigua dama española. Las que hoy pueden considerarse como sucesoras de las majas están más dentro del tipo de la mujer cristiana; son regularmente mejores esposas y mejores madres, aunque no saben dar tan lindas bofetadas ni triunfar tan fácilmente de la superioridad varonil disparando retumbantes y agudos dichos, modelo de invencion conceptuosa.

Acabado modelo de la maja era Vicenta Garduña, conocida por *la Pintosilla*, emperatriz de los barrios bajos, que ejercia dominio absoluto desde las Vistillas hasta el Salitre, temida en las tabernas, respetada en las zambras y festejos populares, mujer que habia aterrado el barrio entero dando de puñetazos á su marido Pedro Potes, maestro de obra prima, y tan débil de carácter como largo de cuerpo. ¿Quién sería capaz de narrar las proezas de esta mujer ilustre, desde que descalabró á la castañera de la calle de la Esgrima hasta que dió de bofetadas á un duque muy grave en la misma pradera del Corregidor, en medio del gentío y á las tres de la tarde? Lavapiés por un lado, y Maravillas y el Barquillo por otro, fueron teatro de estas heroicidades que, tal vez más que sus naturales encantos, contribuyeron á hacerla interesante á los ojos de muchos personajes de la córte, de distintas clases y categorías.

El Zurdo, rey de los matuteros, Tres-Pelos, gran maestre de los tomadores del dos, el Ronquito, emperador de la ganzúa, Majoma, canciller de los barateros, y otros insignes héroes de aquellos tiempos, eran cronistas fieles de sus hechos y dichos, disputándose todos el honor de bailar en su casa, de tomar parte en sus meriendas y de meter ruido en sus frecuentes jaleos.

Pocas escursiones tenemos que hacer al campo de la historia para dar á conocer lo importante de la vida de esta heroina, que sólo entra en esta narracion de pasada y como al acaso. Baste decir que la Pintosilla riñó por primera vez con Pedro Potes á los tres meses de casada, y que desde entónces, y á causa de las completas victorias alcanzadas sobre el débil consorte, adquirió el prestigio de que disfrutaba en el barrio, y su nombre corrió de extremo á extremo por toda la coronada villa. Si su hermosura no era extraordinaria, su gracia era tan picante que ocultaba todos los defectos, razon por la cual era galanteada por personas de todas gerarquías, y hasta se contó que cierto señorito de una principal familia fué desterrado y castigado por sus padres á causa de haber frecuentado más de la cuenta el bodegon de la Pintosilla.

Era en extremo generosa y hacia alarde de favorecer á los necesitados. Sus galanes, cuando los tuvo, gastaban más lujo del que correspondia á humildes menestrales de la clase popular. Los que procedian de más altas regiones sufrian sus desaires, pues cifraba todo su orgullo en humillar á los grandes señores.

No pasaba dia sin que riñera con sus vecinas, y siempre con tal empeño que el altercado solia concluir con la intervencion de la justicia. En una

de estas epopéyas la Pintosilla fué á parar á la cárcel, donde descalabró á cuatro presas, estropeó á cinco, concluyendo por pasearle las costillas á la guardiana, que era una mujer como un templo. Estas y otras expansiones de su ardiente espíritu pusieron á la pobre Vicenta Garduña á las puertas del presidio, y allí hubiera ido si un ángel tutelar no la sacara de la cárcel á costa de algun desembolso y de muchos empeños. Recibió tan señalada proteccion de un hombre que la habia galanteado en vano durante muchos meses, y que habia tenido la buena idea de alejar para siempre de Madrid á Pedro Potes, estorbo sempiterno de los adoradores de Vicenta. Pero si las ofertas de un buen menaje y de un corazon amante, aunque algo pasado, no la ablandaron, la gratitud y cierto deseo de reposo inclinaron su ánimo y decidió arreglarse con aquel célibe pacífico, entrado en años, rico y de trato afable, aunque por demás reservado y frio. Este fué el orígen de las relaciones entre D. Buenaventura Rotondo y la Pintosilla.

En este, como en todos los actos de nuestro personaje, la prudencia y la precaucion fueron por delante. Nadie lo sabia; la Pintosilla se vió obligada á variar de conducta, renunciando á los escándalos diarios y á las epopeyas callejeras, con lo cual, si la moralidad pública ganó mucho, el barrio perdió en parte su principal animacion. No renunció, sin embargo, á su taberna ni á sus grandes y ruidosos jaleos por Pascuas, San Isidro, ferias y otras solemnidades religiosas ni oficiales, como por ejemplo, cuando nacia un príncipe ó princesa, altas ocasiones que el pueblo celebraba entónces con febril entusiasmo.

Cuando principió la persecucion contra D. Buenaventura, acusado de emisario secreto de los ingleses para promover obstáculos á la administracion de Godoy; cuando el pobre hombre se vió obligado á tener una casa para conferenciar con los suyos, y otra donde aparentaba residir, la amistad de la Pintosilla le sirvió de mucho: el secreto en que habia mantenido sus relaciones le permitia pernoctar descuidado en la calle de la Arganzuela, sin temor de traiciones ni sorpresas. Juzgue el lector cuál seria su asombro cuando Sotillo le anunció que habia el proyecto de aprehenderle en casa de Vicenta, entregado y vendido por ella misma. Aunque él no tenia confianza en nadie, nunca creyó á la Pintosilla capaz de semejante infamia, y por eso exclamó abriendo la boca con tanto estupor como el Sr. de Cárdenas:

—¡Si fuera capaz..... la abriria en canal!

Los alguaciles que se ocupaban noche y dia en seguir la pista al emisario de la nacion inglesa descubrieron al fin donde dormia. Uno de ellos,

que era parroquiano asíduo de la taberna, entabló con la Pintosilla las primeras negociaciones para la entrega de D. Buenaventura, y Vicenta fingió condescender aceptando el soborno que se le ofrecia. Estas negociaciones cundieron de la taberna de la Arganzuela á la taberna de Mira el Rio, donde Sotillo, que era de los que tienen medio cuerpo entre los malhechores y el otro medio entre los alguaciles, las adivinó con su finísimo olfato, adquiriendo despues pormenores curiosos mediante el gasto de algunos cuartillos de vino.

Los alguaciles, cansados de las mil tentativas frustradas que constituian la historia de sus pesquisas tras D. Buenaventura, á causa de las muchas precauciones de éste, llegaron á cobrarle miedo y á creer que algun ente infernal le protegia. Juzgaron más fácil cogerle por la astucia que por la fuerza, y averiguado el sitio donde dormia les pareció más hacedero el soborno que el asalto. Convinieron, pues, con Vicenta en que ésta cerraria cierta puerta de escape que á lo largo de un pasadizo daba salida por la Costanilla de la Arganzuela, y ellos entrarian de improviso por la taberna, subiendo á las habitaciones superiores para cogerle como en una ratonera.

Sotillo se enteró de este pequeño plan, que no hacia honor ciertamente á la policia española de aquellos tiempos, y esta falta de secreto lo hubiera hecho fracasar, si por otra parte la condescendencia de la Pintosilla no fuera una completa farsa ideada para burlarse de los alguaciles y dar un bromazo á cualquiera de los que habian de asistir á su baile en aquella memorable noche.

II.

Miéntras se hacian los preparativos de esta fiesta veamos lo que le pasaba á Martin Muriel, amenazado de caer como su amigo en las garras de la Inquisicion, gracias al despecho del marqués de Fregenal, apasionado en sus maduros años de la famosa Susanita. El doctor no habia oido sin cierta repugnancia el anuncio de que Martin iba á ser delatado al Santo Tribunal, sin otro motivo patente que haber merecido la alarmente aficion de la jóven. Pero se consoló el buen Consejero de la Suprema al oir de boca del marqués un fiel relato de los crímenes de franc-masonería, brujeria y demás diabólicas artes que practicaba el jóven. Esto le hizo creer que habia motivos justos para no sofocar los impetus vengativos del marqués, y que la religion

y la sociedad se libraban de un terrible enemigo con sólo atar corto á aquel jóven insolente que con tan torpe y atrevida lengua insultaba las cosas más santas y venerables. La delacion fué hecha, y aquella tarde, cuando Martin se preparaba á salir, los esbirros del célebre tribunal tocaron á la puerta de su casa.

Cuando Alifonso vió por el ventanillo las cruces verdes, su terror fué tal que á punto estuvo de caer redondo al suelo. Más muerto que vivo corrió al cuarto de su amo, y exclamó:

—Señor, señor, ¡ahí están, ellos, ellos son!

—¿Quién está ahí, quién puede ser?

—Esos.....—contestó temblando de miedo el barbero—esos que vinieron por D. Leonardo..... ¡Ah, la perra de la tia Visitacion!....

—¡La Inquisicion!—exclamó Martin.—Huyamos. ¿Por dónde?

—Venga Vd.—dijo Alifonso dirigiéndose más rápido que una flecha á lo interior de la casa.

El miedo le daba alas, y Martin, que no creia fácil defenderse contra tal gente, le siguió sin esperar un momento. Al entrar precipitadamente en la cocina, doña Visitacion, que acudia llamada por los campanillazos, recibió el violento impulso de la carrera de Alifonso y cayó al suelo. Amo y criado pasaron sobre ella, y la infeliz quedó magullada y contusa, exclamando: «¡Ladrones, ladrones!»

Los fugitivos treparon por una escalera que conducia al desvan: desde allí pasaron á una trastera, de ésta al tejado y por aquí á la casa del tintorero, que ya habia dado asilo á Alifonso en los tremendos dias de la prision de Leonardo. Pero en vez de quedarse allí, seguros de que serian perseguidos salieron á la calle inmediata, que era la de Lavapiés, y se alejaron á toda prisa, pero con el mayor disimulo. Esta vez la policía inquisitorial erró el golpe, y cuando la puerta de la casa habitada por la franc-masonería se abrió sólo encontraron el cuerpo inerte de doña Visitacion tendido en el mismo sitio de la caida, y no pudieron ménos de mirarse unos á otros con asombro cuando la pobre mujer aseguró con voz entrecortada y angustiosa que Alifonso y D. Martin se habian ido por los aires caballeros en dos escobas, despidiendo llamas, oliendo azufre y profiriendo mil maldiciones contra el Señor y su Santísima Madre. Los inquisidores no pudieron ménos de exclamar: «¡Lo que se nos ha escapado!»

Registraron aquella casa y las inmediatas, pero los franc-masones no parecieron. Alguien aseguró que se habian convertido en un humo negro, hediondo y sofocante que se difundió por los aires.

III.

Al principio los fugitivos marcharon sin direccion fija, cuidándose tan sólo de alejarse lo más posible; pero cuando se juzgaron seguros, Martin pensó que convenia poner aquel suceso en conocimiento de D. Buenaventura, y con este propósito se dirigió á la calle de San Opropio, donde estaba Rotondo enfrascado en una animadísima conversacion con D. Frutos.

Martin dejó á Alifonso en la calle, encargándole que le aguardara, entró y subió.

—¡Cuánto me alegro de verle á Vd., amiguito!—dijo D. Buenaventura.—Precisamente necesitaba hablar á Vd. para ponerle sobre aviso. Sé que le tienen destinado á pasar unos dias en la Inquisicion para que descanse allí tranquilamente de su agitada vida.

—Ya lo sé, pero felizmente.....

—¿Por quién lo sabe Vd.?

—Por ellos, que ahora estarán registrando mi casa y mis papeles. He escapado por milagro.

—¡Ah! ¿Ya le han ido á visitar á Vd.? ¡Qué puntuales son!

—Puesto en salvo—exclamó Martin con ira—yo les juro que he de vender cara mi vida.

—Pues, amiguito, á mí me pasa lo mismo—dijo Rotondo cruzándose de brazos—tambien á mí me persiguen, y hay quien ha prometido solemnemente entregarme esta noche misma vivo ó muerto.

—¡Esto es horroroso!—dijo Muriel—soy inocente: nadie me puede acusar del más pequeño delito: no he ofendido á ningun sér vivo, y me veo perseguido, amenazado de muerte y de deshonra por ocultos enemigos. Nada puede garantizar al hombre su vida, su independencia, su tranquilidad. Es tal la condicion de los tiempos presentes, que una delacion infame hecha por boca de un desconocido nos encierra tal vez para siempre en esos sepulcros de vivos que espantan más que la misma muerte.

—Sí—dijo Rotondo—es horroroso. ¡Y se espantarán de que haya hombres de ánimo valeroso que se propongan acabar con todo esto! Ya recordará Vd. lo que hablamos aquí á poco de llegar Vd. á la córte.

—Sí, y Vd. creia lo más oportuno llegar á ese fin por medio de la astucia, cuando yo le decia que no habia otro recurso que la fuerza.

—Es verdad que entónces dije eso, y aún lo sostengo: no conoce usted, amigo mio, la tierra que pisa. Entónces Vd. no consideró mis proyectos ni

áun dignos de fijar su atencion. ¡Oh! si aquí nada se logra, consiste en que los que desean una misma cosa no se ponen de acuerdo en los medios para llegar á ella.

—Es cierto—dijo Martin—que por lo poco que Vd. me confió no comprendí que hubiera en sus propósitos una alta idea, sino tan sólo la satisfaccion de mezquinos resentimientos. Vd. quiere variar de personas, dejando en pié todo lo demás.

—De cualquier manera que sea, en vez de discutir qué medio es mejor, ¿no sería más conveniente poner en práctica uno cualquiera? ¿Qué puede Vd. hacer solo? Los que piensan como Vd. son contadísimos, don Martin, miéntras yo puedo decir que entre los mios está media España.

—Si eso fuera así.....—contestó Muriel profundamente pensativo.

—Desde que nos vimos comprendí que Vd. era un hombre de mérito extraordinario y el más á proposito para poner término á una gran empresa que acabara con esta sociedad miserable y corrompida, echando os cimientos de otra nueva. Nada le falta á Vd. si no es un poco de docilidad para ceñirse por algun tiempo á voluntades superiores encargadas de dar unidad al plan revolucionario.

—Pero Vd. no me quiso decir quiénes eran esas voluntades superiores, ni cuál era el plan, ni..... Vd. no me dijo nada—contestó Martin con cierto afan.

—No podia ni debia hacerlo sin estar seguro de su adhesion—dijo Rotondo.—Y ahora, despues de tantas persecuciones, de tantos vejamenes, cuando vemos pendiente nuestra vida y nuestra libertad de la delacion de cualquier mal intencionado, ¿vacilará Vd. en asociar su esfuerzo á los esfuerzos de los demás?

—¡Oh! no—exclamó Martin con creciente ira—no: allí donde esté uno que jure el exterminio de tantas infamias, allí estaré yo, cualesquiera que sean los medios de que se ha de hacer uso. Las circunstancias me han reducido á la desesperacion, tengo que vivir oculto: tengo que hacer la vida de los facinerosos y mentir por sistema engañando á cuantos me rodeen para poder burlar esta inícua persecucion. ¡Y extrañarán que seamos atrevidos y violentos, que odiemos con todo nuestro espíritu, que seamos crueles é implacables con la muchedumbre supersticiosa, con los grandes, con el clero, con la córte, con el gobierno! Solo, sin recursos, perseguido injustamente, maltratado sin motivo, la sociedad me empuja hácia el bandolerismo. Si yo tuviera distintos sentimientos de los que tengo, mi vida

futura estaria trazada y no vacilaria; pero yo no puedo transigir con la maldad; yo soy bueno, yo soy honrado, y á pesar de toda la fuerza de mis odios no mancharia con ningun crímen las ideas que profeso. ¡Malvados! ¡Despues de corromper al pueblo y de inspirarle toda clase de delitos, rellenan con él los presidios y las cárceles de la Inquisicion! ¿Qué podemos hacer en esta sociedad? Si luchar con ella es imposible, provoquémosla hasta que acabe de una vez con nosotros, ó huyamos á tierra extranjera donde los hombres puedan existir sin ser cazados y enjaulados como fieras.

La elocuente protesta de Martin impresionó á D. Frutos, que no pudo contener su entusiasmo é hizo sonreir á D. Buenaventura con cierta expresion que queria decir: «Ya es de los nuestros.» El jóven estaba exaltado y lívido: su cólera era siempre imponente y tan comunicativa que ninguno era más á propósito para trasmitir á los demás sus propios sentimientos. Esto lo comprendia mejor que nadie D. Buenaventura, que no cesaba de mirarle mientras, paseando agitadamente por el cuarto, expresaba el jóven con tanto colorido y vehemencia el furor que le dominaba.

—Bien, bien—dijo Rotondo—hombres de ese temple son los que hacen falta. Lo que conviene ahora, jóven, es esperar, esperar. La obra es grande y ménos difícil de lo que parece cuando hay hombres como Vd.

—¡Esperar!—exclamó Martin con la misma alteracion.—¡Ah! y yo que creia conseguir de esa familia aborrecida la libertad de Leonardo! Usted se equivocó al aconsejarme que implorara su proteccion. Yo acerté al desconfiar de esa gente, á la cual debo la prision y muerte de mi padre, el abandono de mi hermano. ¡Infames! Desde que entré en la casa me inspiró recelo aquella dama orgullosa y antojadiza, aquel viejo zalamero é hipócrita. ¡Y afectaron recibirme con benevolencia! ¡Y la taimada me prometió interceder con ese inquisidor que Vd. me pintaba como modelo de humanidad! La verdad es que esa mujer obedece sólo á ciegos instintos y á los arrebatos de una naturaleza apasionada que puede fácilmente llevarla á los mayores crímenes. ¡De ella, de ella ha de proceder esta delacion inícua; de ella, que no pudo hacer de mí un esclavo de sus livianos caprichos; de ella, que se gozaba con verme humillado por sus coqueterías y su hermosura, como si yo fuera un imbécil petimetre aturdido por la vanidad y la concupiscencia! ¡Ah, qué ruines sentimientos! Ella y la pequeña córte de ridículos séres que la rodean son autores de esta persecucion. ¡Era preciso lavar la mancha caida en la familia por la supuesta aficion de una dama como ella hácia un hombre como yo! ¡Desdichados de nosotros, que no

somos otra cosa que un vil juguete puesto á merced de sus caprichos ó de sus rencores!

—¿Y Vd. está seguro que la delacion procede de ella?—preguntó D. Buenaventura.

—Sí, no puede venir de otro lado este golpe infame. En pocos dias de trato he podido conocer su carácter tornadizo, propenso á las resoluciones violentas, dispuesto á amar ó aborrecer sin causas reales. La conozco; ella, ella ha sido.

—Pues mis informes son de que habia concebido una repentina y fuerte pasion por Vd.

—Hay séres en cuyos corazones no se puede deslindar el amor del odio. Más que amor, sienten pasajeras impresiones que suelen resolverse en un rencor despiadado y vengativo. Esas personas de extremado orgullo hacen pagar muy cara la flaqueza de haber sentido inclinacion hácia alguno. ¡Ella, ella ha sido!

—No lo creo—dijo Rotondo con intencion de escudriñar mejor sus sentimientos respecto á Susana.

—¡Ah! pero ya sé lo que tengo que hacer—dijo Martin súbitamente y con decision.

—¿Qué?—preguntaron con curiosidad D. Frutos y Rotondo.

—Irremisiblemente lo haré. Es una resolucion inquebrantable.

—¿Qué piensa Vd. hacer?

—Puesto que me han traido á este extremo, yo sé lo que me corresponde hacer. A esta gente es preciso tratarla como se merece.

—¿Qué resolucion es esa? Alguna venganza.

—Sí—dijo Martin con la mayor entereza.—Pienso apoderarme de ella y anunciar á la familia que no podrá rescatarla miéntras Leonardo no sea puesto en libertad.

—¿Secuestrarla?—preguntó D. Buenaventura.

—¡En rehenes!—dijo D. Frutos.

—Sí, yo sabré apoderarme de ella, aunque tenga que habérmelas con medio Madrid.

—¡Oh!..... ese medio....—exclamó D. Buenaventura tratando de disimular su complacencia.....—Pero es peligroso, es dificilísimo.

—Será muy fácil si encuentro quien me ayude.

En aquel momento D. Frutos se levantó, y poniéndose la mano en el pecho dijo á Muriel con mucha entereza;

—Cuente Vd. conmigo,

Martin no hizo caso y continuó paseándose por la habitacion.

—Si Vd. consigue llevar á cabo ese propósito con felicidad—dijo don Ventura—es seguro que verá libre á D. Leonardo. ¿Se cree Vd. con fuerzas.....

—Sí, con fuerzas para eso y para más.

—Pues bien..... añadió Rotondo despues de meditar un rato y aparentando que aquel asunto no le importaba gran cosa—yo le voy á proporcionar á Vd. la ocasion.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¿Dónde?

—En un sitio á que concurrirá Susanita, y donde será muy fácil lo que usted intenta. Seguro, segurísimo. Ni á pedir de boca.

—¿Y qué sitio es ese?

—Ella va esta noche á cierto baile de candil en los barrios bajos.

—¿Cómo lo sabe Vd.?

—Conozco las interioridades de esa casa tan bien como las de otras muchas de Madrid.

—Recuerdo, en efecto, que D. Lino me habló de ese baile..... Pero la familia se oponia á que fuera.

—¡Irá!

—¿Irá? ¿Vd. está seguro?

—Sí; vea Vd. cómo le proporciono la satisfaccion de su deseo, no sin cierto egoismo, se entiende. Desde hoy Vd. será de los mios. Vd. es un tesoro inapreciable, Sr. D. Martin. Con hombres así no dudo ya de la regeneracion de España. Pero vamos á ver. Es preciso buscar un sitio donde ocultarse y ocultarla.

—Ya le encontraremos.

—No es preciso buscarlo. Yo tambien en este asunto salgo en su ayuda. Esta casa es á propósito. Tiene sus escondrijos para el caso de que los alguaciles se metieran en ella. Mi refugio ha sido desde hace mucho tiempo, y lo será más ahora, cuando hay quien ha prometido entregarme vivo ó muerto.

—¿Tambien á Vd.?—exclamó el jóven.

—Ya: yo soy la pesadilla de cierto elevado personaje. ¡Y qué gustazo le daria si me dejara coger! Pero no, no lo verán. No habian ellos concluido de arreglar el modo de prenderme, cuando ya lo sabia yo.

—¿Y qué hacé Vd. para evitarlo?

—¡Oh! ya tengo tomadas mis precauciones, y no me cogerán desprevenido.

—¿Piensan cogerle á Vd. aquí?

—No, esta madriguera no la han descubierto todavía. Y si la descubren, ya tenemos por donde escapar.

El diálogo duró hasta la caida de la tarde, siempre animado y versando sobre el mismo tema. La noche arrojó sus sombras sobre aquella triste mansion; el loco callaba, retirado en su guarida, y sólo las voces agitadas de aquellos tres hombres turbaron el profundo silencio, hasta que al fin se les vió desfilar uno tras otro por el corredor, bajar y salir juntos, despues de atravesar el patio interior, por cierta puerta que daba á las afueras de Madrid, cerca de los pozos de nieve.

CAPÍTULO XIV.

El baile de candil.

I.

No hacia mucho que habian dado las ocho, cuando la Pintosilla principió á recibir á sus numerosos convidados. Dos candiles pendientes del techo tenian la mision de alumbrar el recinto, lo cual no hubieran podido realizar si no recibieran solícita ayuda de un quinqué comprado *ex-profeso* para que el humilde bodegon se pareciera lo más posible á los estrados de la gente de tono. Renunciamos á describir el *buffet*, como hoy decimos, que consistia en una especie de altar cubierto con una colcha encargada del papel de tapiz; ni nos ocuparemos del sinnúmero de botellas que sobre él habia, puestas por órden como los potes de una farmacia, aunque sin letrero donde constara su contenido, que era vino de distintas variedades y colores, próximo á desempeñar su importante cometido en aquella fiesta.

El primero que entró fué Paco Perol, con su capa terciada, su gran sombrero de medio queso y su guitarra, que rasgueaba con mucha destreza. Siguió la *elegante* y *simpática* verdulera del Rastro, Damiana Mochuelo, y despues la *distinguida* y *airosa* Monifacia Colchon, comercianta en hígado, tripa y sangre de vaca, y despues Gorio Rendija, *opulento* ropavejero de la calle del Oso, seguido de la *interesante* castañera denominada *La Fraila*, establecida en el Meson de Paredes. Vino luego el *discreto* Meneos, majo devoto que se ocupaba en ayudar misas y en remendar trapos viejos, y despues la *elegantísima* y *majestuosa* Andrea la Naranjera, que era una de las notabilidades de la Rivera de Curtidores. No tardó nada el *nobl* y *aprovechado* jóven llamado *Pocas-Bragas*, que venia de viajar por las prin-

cipales capitales de Europa, tales como Melilla y Ceuta, ni faltó el *respetable* y *eminente* hombre de Estado, llamado *Tio Suspiro*, maestro de las escuelas establecidas en la Carrera de San Francisco para alivio de bolsillos y desconsuelo de caminantes. Estos y otros esclarecidos personajes de ambos sexos llenaron el bodegon: sonó la guitarra, tocada por el *heróico* puntillero de la plaza de Madrid, Blas Cuchara, y Rendija echó al viento con poderosa voz la primera tirana.

—Pero hay pocos estrumentos—dijo la Fraila—¡eh! tú, Pocas-Bragas, ¿por qué no has traido la guitarra?

—Denguno toca como él—añadió Monifacia haciendo fijar la atencion en el aludido—sabe tocar hasta el minuete, que lo aprendió en el presillo..... pues.

—¿Qué es eso de presillos?—dijo el distinguidò jóven.—No me enriten, que cada uno tiene sus recobecos en la concencia..... Pero este pelafustran de Meneos que sabe tocar el bajon y el clarinete..... Tia Pintosilla, yo que usted trajera la orquesta de los tres coliseos de Madril.

—Vamos, vamos, que se empacienta el auditoro—dijo con gravedad el tio Suspiro—Música, y sáquense á bailar. ¡Eh! Cuchara, saca á Damiana que se está pudriendo por bailar. ¡Ah! piernecitas de mi alma, ¡cómo me cosquillean dende que oigo el guitarreo!

—Baile Vd. conmigo, tio Suspiron—dijo la Naranjera.—Entodavía les hemos de enseñar cómo se menea la zanca.

—Ménos disputas, y á bailar—dijo la *dueña de la casa* poniendo en perfecto órden de batalla las botellas que estaban sobre el altarejo.

—Pero escucha, Pintosilla—dijo Damiana—¿onde están los usías que dijistes venian á tu casa esta noche? Yo denguno veo.

—Ya vendrán, ya vendrán: oye, me paece que llaman.

En efecto, oyéronse algunos golpecitos en la puerta, abrieron y entró Susana, acompañada del marqués y del Sr. D. Narciso Pluma.

II.

—Vengan usías muy enhorabuena á honrar esta casa—dijo Vicenta.

¡Ay que oscuro está esto!—dijo Susana dando algunos pasos hácia el centro del corrillo.

—Pus que le traigan el teneblario de Jueves Santo—dijo Paco Perol.

—Una silla, una silla pa la señora condesa. Naranjera, levántate tu.

—¡Miste! que me levante. Pa eso hamos sido las primeras.

—Estos usías á la moerna me apestan—dijo por lo bajo la Fraila.

—¿Me he de quedar en pié? Pluma, búsqueme Vd. una silla.

—¡Ah! señora, no la encuentro—contestó el petimetre escudriñando por todos lados.

—Caballero, ¿quiere Vd. quitarse del corrillo, que me estorba?—dijo Damiana tirando á D. Narciso del faldon de su casaca.

—Vaya una silla—contestó el tio Suspiro alargando el mueble por encim de las cabezas.

Susana se sentó. El marqués quedó en pié detrás de ella, y Pluma á su derecha, tambien en pié.

—No se acerque Vd. tanto—dijo éste á la Fraila.—Va Vd. á estropear el vestido de la señora.

—¡Pos me gusta!—contestó la castañera—¿por qué no se está en su casa?

—¡Pos no está poco espetada la madamita!

—No sé cómo gustas de la compañía de esta gente—dijo el marqués á Susana.

—Esto me divierte—contestó ella sonriendo—¿Me da Vd. una pastilla?

—¿Eh?—dijo la Fraila empujando á Pluma—¿no ve Vd., hombre de Dios, que me está pisando?

—Si Vd. no se arrimara tanto.....

—Ya me ha dado Vd. dos pinchazos con el demonche del espadin.

—Pues aguante y baje la voz, que molesta á la señora.

—Dale con la señora—continuó la Fraila—aquí toas somos señoras, porque caa uno es caa uno y denguno es mejor que naide.

—Caramba con los usías—dijo Pocas Bragas—¿y quién les meterá á venir á esta juncion?

—Velay; y mosotros maldito si vamos á las suyas.

—¡Qué despreciable gentualla!—dijo Pluma á Susana en voz muy queda.

—¡Eh, so espantajo!—exclamó la Fraila dirigiéndose á Pluma.—¿Querrá Vd. quitarse de enfrente de la luz?

—¡Ah, Vds. perdonen!—repuso el petimetre devorando su enojo y temeroso de que aquella distinguida sociedad hiciera alguna de las suyas.

Y al apartarse á un lado, el movimiento le impelió hácia adelante con

tal fuerza que maquinalmente puso sus manos sobre los hombros de la Naranjera.

—¡Eh, eh! ¿le parece á Vd. que tengo yo cara de baston?

—Es que me caia—balbuceó el jóven, aturdido.

—Mucha facha y poca sustancia—dijo Cuchara.

—Si tiene cara de espital.

En efecto; Pluma, sin duda á consecuencia de sus desastrosos amores, estaba tan pálido y ojeroso que daba compasion.

—No soples fuerte, Monifacia, que va á echar á volar ese caballero.

—Vamos, vamos, á bailar y fuera disputas—dijo la Pintosilla, queriendo cortar la chacota que se disparaba contra D. Narciso.

—Pa otra vez estamos mejor sin usías—dijo la Fraila encarándose con la Pintosilla.

—Pues eso no es cuenta tuya—respondió la dueña del bodegon con mal humor—que yo soy reina en mi casa y convío á quien me da la real gana; y el que no quiera verlo, que se plante en la calle.

—Es por el orgullo y el aquel de decir que viene á su casa la gente de tono—añadió la Fraila.—Si siempre has de ser Vicenta la Pintosilla, bodegonera y castañera, y estas vesitas pa maldita de Dios la cosa sirven, sino es de estorbo.

—Poquito á poco, y cuidado con la lengua—dijo Vicenta, amoscada ya del descortés recibimiento hecho á sus comensales.

—Ya ves entre qué gente nos hemos metido—dijo el marqués al oido de Susana.

—Haya paz y no encharquemos la fiesta—exclamó el tio Suspiro.

—Es que esta me anda siempre buscando la sin hueso—continuó la Fraila más agitada, porque entre ella y la Pintosilla existia un resentimiento antiguo.

—Vamos callando, que se me van llenando las narices de mostaza, y..... arreparen que están en mi casa.

—Como que estoy por tomar la puerta de la calle—dijo la Fraila—porque á una no le gusta que la falten, y más esta soberbiona, que hasta ayer era.....

—Gomita, gomita la palabra, ó si no aquí tengo yo unas tenazas.....—contestó la Pintosilla poniéndose en medio del corrillo y amenazando con sus dedos á la castañera.

—Ponte en facha, ¡quiá! si no tengo ganas de reñir contigo—dijo la otra con desprecio.

—¡Castañera de esquina!—exclamó la Pintosilla con mayor desden.

—Y á mucha honra, que si no soy de portal es porque no tengo arrimos ni busco comenencias agenas..... Pero no quiero reñir contigo, que si quisiera aquí tengo esta manita derecha que sabe dar unos sopapos.....

—Pues yo—dijo la Pintosilla poniéndose en jarras—con la izquierda que te hiciera un poco de viento, te habia de echar fuera toas las muelas.

—¿Sí? Estoy bien aquí, Pintosilla, y no quiero echar un paseo por tus costillas.

—Ven si te atreves, y á mí en mi casa nadie me tose, porque soy yo muy reseñora.

—Y yo soy más—dijo la Fraila levantándose y poniéndose tambien en jarras.—Y si te pie el cuerpo julepe, aquí estamos.

—Aguarda á que esté de humor, que esta noche no tengo ganas de despacharte al otro barrio—contestó Vicenta con insolente sonrisa y meneando el cuerpo con ademan provocativo.

—Sal, naája—exclamó la Fraila con repentino movimiento y sacando á relucir el reluciente acero de una navaja.—Sal pa darle un besito en la cara á mi reseñorona.

Un grito unánime resonó en el bodegon. La Fraila se colocó en actitud hostil frente á su rival; pero ésta, léjos de inmutarse, permaneció en la misma postura y dijo con cierta calma jovial, que era la desesperacion de la castañera:

—Tente y guarda el alfiner, que si te disparo mis armas de fuego.....

—¿Qué armas?—exclamaron algunos, creyendo que la Pintosilla iba á sacar un par de pistolas de debajo de sus enaguas.

—Mis ojos, bestia, que si disparan matan más que cuatro balas.

—No quiero vaciarte.

—Ni yo abrasarte viva.

—Vamos, vamos, se acabó la disputa. Dénse las manos y pelillos á la mar, y cada uno se rasque su sarna, que las dos son buenas—dijo el Tio Suspiro.

—¿Qué te parece?—dijo el marqués á Susana.—¡A buena parte hemos venido!

—Si no se hacen nada—contestó Susana, que no se habia alterado gran cosa con aquel principio de epopeya.

—Me he quedado sin sangre en el cuerpo—exclamó Pluma, serenándose un tanto cuando vió que la Fraila guardaba el arma homicida.

—Pues esto se acabó—dijo la Pintosilla—y pues ya me sajogué, sepan que á mi casa viene quien yo quiero, y el que no esté á gusto cierre el pico, ó á la calle.

—Pues á ver, una tirana, Paco Perol, que esto se acabó.

—Unas seguidillas para que las oiga esta madama.

Ya Cuchara tenia la boca abierta para empezar la seguidilla, cuando se abrió la puerta y entró Sotillo: á poca distancia le seguian Martin Muriel, Alifonso y D. Frutos.

III.

Susana creyó equivocarse al principio: miró con más atencion y fijeza, porque el bodegon no estaba muy bien alumbrado, y al fin se convenció de que era Martin en persona. El marqués no pudo reprimir una exclamacion de cólera y sorpresa, tanto más justificada cuanto que tenia la seguridad de que el jóven estaria á aquellas horas muy guardado en las cárceles de la Inquisicion, y Pluma dijo con expresion de candidez que hizo reir á Susana:

—Este es uno de los que estuvieron aquel dia en la Florida.

—Con su permiso, señora doña Vicenta—dijo Sotillo—traigo aquí á estos dos amigos, que desean conocer esta sociedad.

—Sean bien venidos á mi casa y tomen asiento, si hallan dónde.

El marqués clavó sus ojos llenos de rencor en Martin, y tembló con la presencia de aquellos hombres en semejante sitio. Tuvo sospechas de que la noche no concluiria sin algo siniestro, y dijo á Susana:

—Vámonos, vámonos al momento.

La jóven se volvió, y con una sonrisa que al marqués causó estremecimiento y calofrío, contestó:

—¿Irnos? Estoy muy bien aquí. Vea Vd. Ya empiezan á bailar. Pluma, ¿no baila Vd? Yo le escogeré pareja entre estas majas.

—¡A bailar, á bailar!—dijeron todos.

Formáronse varias parejas, y las guitarras y las palmadas aturdieron el recinto del bodegon. Todos se movieron: las dos heroinas cuya contienda hemos descrito olvidaron por aquel momento sus rencores, y hasta Pluma sintió deseos de salir al corro.

Martin se habia sentado junto á Monifacia, y ésta le dijo:

—¿No baila Vd., caballero?

—Sí, señora, voy á bailar—contestó el jóven muy serio y con una resolucion que hizo se fijaran en él las miradas de todos.

—¡Pues ya! habiendo aquí tan buenas majas. ¿A cuál saca Vd.?

Muriel se levantó, atravesó el corrillo, y dirigiéndose á Susana, dijo:

—A ésta.

—Bravo, bueno, eso se llama picar alto—dijo el tio Suspiro, miéntras los demás aplaudian con fuertes palmadas.

El asombro del marqués fué tal que en el primer momento no se le ocurrió palabra ni ademan alguno para poner correctivo á tanta audacia. No profirió voz alguna hasta que vió á Susana sonreir, levantarse y dar su mano á Martin entre los aplausos de la concurrencia. Entónces se interpuso violentamente entre los dos, y rechazando al jóven con fuerza, exclamó:

—¡Canalla!

En aquel instante se abrió la puerta, y una voz dijo desde ella:

—Ténganse á la justicia.

En efecto; la justicia humana, representada en aquella solemne ocasion por Gil Enredilla, Perico Zancas-Largas y otros respetables alguaciles del servicio secreto de la policía, traspasaron el umbral de la casa, no con gran susto de los concurrentes, porque estaban acostumbrados á la intervencion de aquellos elevados personajes siempre que habia una disputa.

La Pintosilla habia convenido con ellos en la manera de designar la persona á quien se trataba de aprehender, y la señal consistia en ponerle la mano en el hombro. Luego que los vió puso en práctica su comision, y deseando no concretar el bromazo á una sola persona señaló al marqués y á Narcisito Pluma, que no tardaron en ser rodeados por aquella patulea.

Nadie se habia dado aún cuenta de la situacion, cuando uno de los candiles cayó al suelo de un palo, el otro murió de un fuerte soplo, y por último el quinqué rodó por el suelo, quedándose la escena en completa oscuridad. Gritaron las mujeres y las risotadas alternaron con los rugidos. Se oyeron gritos de angustia y juramentos como puños; llovian porrazos y mogicones, y los alguaciles no cesaban de invocar el nombre de la real justicia, con lo cual se aumentaba el alboroto y no cesaba la oscuridad. Por fin uno de los emisarios de la ley trajo una luz, y los demás se dedicaron á asegurarse bien de la persona de los dos delincuentes.

El marqués, cubierto de sudor, rugiendo de ira y sofocado por los esfuerzos que habia hecho por desasirse del que le tenia agarrado, miró á todos lados con el mayor afan; pero no vió lo que buscaba. Susana habia desaparecido, lo mismo que Martin, D. Frutos y Sotillo.

CAPITULO XV.

La princesa de Lamballe.

Susana, al verse arrebatada por aquellos hombres, de los cuales no conocia más que á uno, se esforzó en pedir auxilio; pero no le fué posible hacerse oir. Metiéronla en un coche, que á buen paso atravesó la villa de un extremo á otro, y al llegar á la calle de San Opropio, la violenta impresion recibida, la angustia de aquella situacion, el terror que le causaba el mismo Martin por las especiales circunstancias de su conocimiento con él, habian abatido su ánimo valeroso, y perdió el conocimiento. Martin solo la cargó en sus brazos y la entró en la casa.

No se extinguió en ella toda sensacion durante el tránsito de la taberna á la casa. Ántes de volver de su letargo creia darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor: creyó sentir que los fuertes brazos que la tenian asida la dejaban sobre el suelo; despues sintió que á las voces de los que la acompañaron se unia alguna otra voz desconocida, y que juntos hablaban con mucho calor, nombrándola con frecuencia, lo mismo que á su tio y á su padre. Despues los infernales acentos se alejaban, juntamente con los pasos de aquellos hombres, y se sentian crugir bajo sus piés las maderas de una desvencijada escalera; luego los mismos pasos resonaban sobre las baldosas de un patio, y por último el ruido de varias puertas y el chirrido de los cerrojos parecia indicar que habian salido dejándola sola. Un silencio sepulcral reinaba en torno suyo.

Cuando abrió los ojos creyó salir de una pesadilla; pero á medida que su entendimiento se despejaba iba adquiriendo el sentido real de su situacion. En poco tiempo se serenó, y pudiendo adquirir la certidumbre de que

no soñaba examinó el sitio, se movió y un ruido seco de hojas de maíz le hizo comprender que se hallaba en un jergon. Extendió la mano y tocó una silla que, falta de equilibrio, golpeó el suelo repetidas veces con una de sus desiguales patas. ¿Estaba presa? ¿Era aquello un calabozo donde la encerraban para toda la vida? La puerta del cuarto estaba abierta y por ella entraba la luz de una clarísima luna. Hizo un esfuerzo de ánimo y se aventuró á salir. Dió algunos pasos por la habitacion, y salió al corredor y vió un vasto cuadrilátero formado por doble columnaje de madera, y abajo un ancho patio con montones de escombros. No vió un sér vivo en tan ancho recinto. Puso el oido atento y no sintió ruido alguno. A pesar de su mucho ánimo en ocasiones ordinarias, no se atrevió á dar un paso por aquel corredor solitario y frio. «¿Estoy soñando?» se dijo repetidas veces, despues que veia y palpaba la realidad.

«¿Quién me ha traido aquí? ¿Qué sitio es este?» Hé aquí el terrible problema que le oprimia el cerebro como un anillo de fuego. Esperó á ver si parecia algun sér humano, aunque no estaba segura de si lo deseaba ó lo temia; pero nadie pareció. La casa seguia muda como una mansion encantada; nada ante sus ojos tenia animacion ni vida. Aquello era un vasto sepulcro donde estaba muerta la naturaleza, la atmósfera, la luz. Hasta le parecia que la luna no verificaba en el cielo su rápida traslacion, y que las nubes, como el hermoso astro de la noche, estaban clavadas é inmóviles sobre un fondo oscuro como las pinturas de un telon.

Al fin creyó sentir á su derecha un ruido semejante al de una suela que se arrastra: miró y vió un bulto al extremo del corredor. Fijó su atencion y observó que se aproximaba. Era alguna cosa viva, un hombre tal vez. Desde léjos Susana no percibia más que un cuerpo alto y enjuto, vestido con traje talar; mas aquello, hombre, aparicion ó lo que fuera, se acercaba; ya se le podia distinguir perfectamente, y la jóven sintió un terror tan grande que no tenia memoria de haber experimentado nunca sensacion igual. Un sudor frio corria por todo su cuerpo y temblaba como si se hallara sometida á la accion de un frio glacial. No se atrevia á huir, porque volver la espalda le infundia más temor que mirar cara á cara aquella vision silenciosa. Hizo nuevos esfuerzos de valor y se asombraba de que, habiendo mostrado tanto corazon en anteriores ocasiones, se hallara entónces cobarde y aterrada como un niño.

La sombra avanzó más y se paró á unos diez pasos de distancia. Susana reconoció las facciones de un viejo decrépito y horrible que la miraba atentamente con expresion de ira.

Cuando la hubo contemplado un buen rato, dijo con cavernosa voz:

—¡Infame, perra aristócrata! Mañana es tu último dia, mañana morirás. Beberemos tu sangre y pasearemos en una pica tu cabeza, vil aristócrata, para escarmiento de todos los de tu raza. ¡Mañana, mañana! ¡Tiembla á la salida del sol!

Susana hizo un esfuerzo para huir de aquel terrible espantajo; pero su propio miedo la tenia clavada en el antepecho del corredor.

—Sí, miserable y orgullosa aristócrata—continuó el viejo—para tí no habrá perdon. Mañana es el gran dia, mañana es el 2 de Setiembre. Se afilan las cuchillas. El pueblo ha sufrido muchos siglos, y mañana tomará venganza de tantos crímenes. ¡Ah, perversos! Pensásteis que vuestro poder no acabaria nunca. Ha llegado la hora del exterminio.

Al decir esto el viejo se acercó hasta ponerse á dos pasos de Susana, en cuyo rostró clavó sus ojos extraviados y feroces. Entónces alargó su brazo y puso la mano sobre el hombro de la jóven, que se replegó creyendo sentir sobre sí la helada mano de la misma muerte.

—¡Ah, desgraciada princesa de Lamballe!—continuó La Zarza.—No te vale ni tu hermosura, ni tus riquezas, ni tu ilustre cuna, ni ser amiga de la reina, ni ser hija del duque de Penthievre. Te han encerrado aquí para inmolarte mañana entre miles de cadáveres. Tu sangre, con la sangre de un sinnúmero de aristócratas, suizos y cortesanos, correrá, formando arroyos, por las calles. El pueblo se gozará en abofetear tu cabeza. Pocas horas te restan: el alba se acerca, encomiéndate á Dios. Tus carceleros serán implacables. ¡Muerte, muerte!

Al decir esto hizo presa con sus afilados dedos en el hombro de Susana, apretó con creciente fuerza, y la jóven, ya en el último grado de terror, aturdida, desesperada, loca, al sentirse aprisionada por aquella garra de acero, lanzó un agudísimo grito y cayó al suelo sin sentido.

CAPÍTULO XVI.

Las ideas de Fray Jerónimo de Matamala.

I.

Asomaba la aurora por las ventanas y balcones del madrileño horizonte, cuando D. Buenaventura Rotondo y Martin Muriel, que despues de los sucesos referidos habian salido á enterarse de ciertos asuntos de indudable urgencia, regresaron á la calle de San Opropio, mas no para descansar ni entregarse á un indolente reposo que podria ser de gran peligro en aquellas circunstancias. Uno y otro debian andar muy despabilados aquel dia, y era preciso obrar con gran actividad, ántes que fueran descubiertos por la policía, si es que eran dignos de este nombre los perezosos alguaciles y los agentes secretos sostenidos por las autoridades administrativas y religiosas de aquellos benditos tiempos.

Entraron en el cuarto donde Rotondo tenia lo que podriamos llamar su despacho y cada uno escribió una carta, siendo mucho más larga y meditada la de Martin.

—Ahora—dijo Rotondo doblando la suya—ya sabemos lo que hay que hacer. Es preciso no perder tiempo. La cosa está próxima; y pues usted acepta en este negocio la parte importante que yo le ofrecia, no hay que dormirse. Ya están ahí las personas con quienes debemos entendernos. ¡Oh, amigo! Cuando vaya haciéndose cargo del vasto plan en que estamos metidos, comprenderá qué gran acontecimiento se prepara. Toda la sociedad, lo más selecto en las armas, en las letras, en la piedad está con nosotros y contra ese infame privado. Ya verá Vd. Pero no se puede per-

der ni un momento. Al instante va Vd. á hablar con el P. Jerónimo de Matamala, que viene de Toledo y de Aranjuez con instrucciones y claves.... ¡Oh! nos ha puesto en un gran compromiso el buen franciscano dejándose cojer ciertos papeles..... pero ¡cá! si el provincial de la órden es tambien de los nuestros.....

—¿De modo que no se le perseguirá?—dijo Martin rubricando la firma de su carta.

—No lo creo. Aunque le han enviado aquí al convento de San Francisco como por via de destierro, no creo que pase de ser una fórmula.

—¿Podré ver tan temprano á Fr. Jerónimo?

—Sí, al instante. Ayer tarde le he visto yo y ya está enterado de que contamos con Vd., lo cual le causó gran regocijo. Miéntras Vd. se explica con él y se entera de ciertas particularidades, yo me voy á ver á un pájaro gordo que debe haber llegado anoche para entenderse conmigo. ¡Oh! Ese sí que es personaje..... Tenemos—añadió bajando la voz con misterio—una palanca tremenda. Bastará hacer un pequeño esfuerzo para..... En fin, despachar pronto. Váyase Vd. á ver al fraile, miéntras yo conferencio con mi hombre. ¡Qué hombre, qué adquisicion!

—Pues hasta luego; saldremos solos.

—Sí, que Alifonso y Sotillo se queden aquí. Solos y bien embozados á esta hora no hay peligro alguno. Yo ya ve Vd. cómo estoy; ¿quién me puede conocer en este traje?

En efecto; D. Buenaventura habia cambiado por completo de vestido, y aquel señor á quien vimos tan almidonado y tan pulcro en los primeros capítulos de esta historia se habia convertido en un hombre del pueblo que podia pasar por barbero.

—Usted—continuó Rotondo, embozándose en su capa—no necesita disfraz. Pocos le conocen, y los inquisidores no hacen de las suyas sino por delacion y dentro de las mismas casas..... Con que.....

—Cada uno por su lado.

—Eso es; y dentro de un rato aquí.

Salieron y se separaron en la puerta. Martin se dirigió á casa de D. Lino Paniagua, á quien necesitaba encargar una importante comision ántes de avistarse con el franciscano. Cuando el jóven llegó á la calle del Burro, el abate, á pesar de que aún era muy temprano, no dormia y estaba muy ocupado en limpiar su ropa, en dar lustre á sus zapatos, en coger algunos puntos á sus medias y en otros menesteres domésticos que eran la ordinaria tarea matinal de aquella gaceta ambulante. El buen D. Lino, que no era

rico, necesitaba atender por sí mismo al realce y esplendor de su persona, segun convenia á la varia aplicacion é importancia de su papel social.

—¡Oh, Sr. D. Martin, Vd. por aquí á esta hora!—exclamó dejando sobre la cama la casaca, en cuyo forro estaba restaurando una costura maltratada por el tiempo y lastimada por el roce.—¿Qué bueno me trae Vd?.... Algun encarguillo, ¿eh?

—Sí, señor, quiero que me haga Vd. el favor de llevar una esquela á cierta persona.....

—¡Ah! ya comprendo, truhan—dijo el abate sonriendo y clavándose la aguja en la guarnicion de una chupa verde-mar del tiempo de Farinelli que para dentro de casa tenia.—¿Con que era cierto?.... Y Vd. lo negaba. ¿Esquelitas, eh? Yo me encargo de eso por ser Vd. el interesado, que si no..... Vamos, que ha puesto Vd. una pica en Flandes.

—Agradeceré á Vd. mucho que se encargue de esto—contestó Martin mostrándola.—Es para el doctor D. Tomás de Albarado y Gibraleon.

—¡Ah! exclamó D. Lino.—Pues yo creí que era para..... Pero ya entiendo, picarón—añadió con malicia, creyendo descubrir un secreto.—Vd. se cansa ya de la vida platónica; Vd. aspira á..... y como del doctor puede decirse que es quien dispone del porvenir de Susanita..... La pretension es atrevidilla, Sr. D. Martin; pero si ella está tan enamorada de Vd. como dicen.....

—¿Con que Vd. llevará la carta?—preguntó Martin sin hacer caso de los comentarios del inocente abate.

—¡Ah! sí, con mucho gusto. Ojalá viera Vd. cumplido su deseo. El doctor es una persona excelente. Y á propósito: ¿logró Vd. que pusieran en libertad al Sr. D. Leonardo? Qué lástima de jóven, tan amable, tan.....

—No, nada se ha conseguido hasta hoy—repuso Martin.

—Es raro, porque estando ella empeñada en sacarle en bien..... Y me consta que se preocupó mucho del asunto; no hablaba de otra cosa. Por cierto que ese empeño daba que hablar á la gente, y todos se hacen lenguas sobre el estupendo amor que la madamita siente por Vd. Algunos se han escandalizado..... ¡Preocupaciones! Todos los que conocen su carácter se han llenado de asombro. ¡Qué carácter! Cuidado, que tiene rarezas. Ya sabrá usted que se habia empeñado en ir al baile de la Pintosilla. Todos en la casa se oponian; pero al fin, el demonio de la muchacha, al fin fué. Si cuando dice «esto se hace,» no hay remedio, sino que lo ha de hacer.

—¿Y fué por fin á ese baile en los barrios bajos?

—Sí, señor, fué. Vamos, que Vd. debe saberlo mejor que yo—dijo Pa-

niagua con malicia.—Su familia estaba disgustada, y no crea Vd., temian..... Anoche á las once, hora á que yo me retiré de la casa, todavía no habia vuelto y estaban muy sobreascuados. ¡Ya lo creo, tan tarde! La fortuna es que habia ido con el marqués y con Pluma, que si no..... Esa gente de Lavapiés es muy peligrosa.

—¿Con que llevará Vd. la carta hoy mismo?

—En cuanto salga. Precisamente tengo que pasar por casa del doctor. Tengo que ir á casa de los señores de Sanahuja, que viven, como Vd. sabe, pared por medio. ¡Ah, no sabe Vd. cuánto tengo que hacer hoy! Como esos señores se van á toda prisa para Aranjuez.....

—¿Qué señores?

—Los de Sanahuja. Figúrese Vd. que Pepita está maniática, no puede vivir sino en el campo. Ya Vd. recordará. Aquella que en la Florida recitaba versos pastoriles y jugaba á los corderos. Yo me figuro que aquella cabeza no está buena. Está tan enfrascada en su manía, que no hay quien la convenza de que todo eso de lo pastoril es pura invencion de los poetas y que en el mundo no han existido jamás Melampos, ni Lisenos, ni Dalmiros, ni Galateas. Pero ni por esas; ella, con la lectura de Melendez y de Cadalso, se figura que todo aquello es verdad y quiere ser pastora y hacer la misma vida que los personajes imaginarios que pintan los escritores. ¿Pues qué cree Vd? Si ha tenido su padre que quemarle los libros, como hicieron con los de D. Quijote. Es mucha niña aquella. Pues hoy se van para Aranjuez, donde tienen una hermosa finca con su soto y muchos viñedos. La familia, viendo que Pepita no comia ni dormia á causa de su preocupacion pastoril, han resuelto al fin hacerle el gusto y se la llevan esta tarde, De buena gana iria á pasar allí un par de semanas. Ellos me vuelven loco para que vaya, mas no puedo salir de aquí. Yo, Sr. D. Martin, hago en Madrid mucha falta.

¡Pues no es nada los encargos que me han hecho!—añadió pasando la vista por un papel que sobre la mesa tenia.—Vea Vd. la lista: «dos capones buenos; cuatro libras de pólvora para el Sr. D. Cleto, que es gran cazador; un brasero grande de los superiores de Alcaráz; un sonajero que no pase de seis reales, para el niño; siete varas de muselina para la mujer del molinero, que es ahijada de la señora, y está de parto; ocho purgas de coliquíntida en diez y seis tomas; un juego de ajedrez; avisar al zapatero para que lleve ántes de las dos las botas de D. Cleto; ir á contratar un coche si se encuentra, y si no una galera á la Cava-Baja.» Con que vea Vd., todos estos encargos corren de mi cuenta, y es preciso despacharlos por la mañana.

—Ántes que hacer todo eso, llevará Vd. mi carta?

—¡Oh, sí, descuide Vd.! La recibirá dentro de una hora.

Martin se despidió, dejando al abate en singular batalla con una mancha de mala calidad que habia aparecido en el cuello de su casaca y en sitio donde no podia ser cubierta por el coleto. Sin pérdida de tiempo, y muy seguro de que la carta llegaria á su destino, se dirigió á San Francisco el Grande, ansioso de ver á su amigo Fr. Jerónimo de Matamala. Hubo de esperar un poco, porque el buen regular estaba diciendo su misa; pero el oficio no duró gran rato, y apenas dejó aquél los paños ornamentales, cuando apareció en el cláustro, donde Martin le aguardaba contemplando las pinturas de ascetas y mártires que cubrian las paredes de aquel santo recinto.

—¡Martin, querido Martin!—exclamó Fr. Jerónimo abrazándole—ven, sube conmigo y hablaremos con más libertad en mi celda.

Subieron, y sentados junto á una mesa de pino que sostenia dos grandres cangilones de chocolate, rodeados de su córte de bollos y bizcochos, comenzaron á matar el hambre y á hablar de esta manera:

II.

—Ya te esperaba, Martincillo—dijo Fr. Jerónimo.—D. Buenaventura me ha hablado de tí con unos encomios..... Está muy satisfecho de tí; ¿no te lo dije? Ahora comprenderás mi buen tino al recomendarte á ese caballero. ¡Ah! pero tú no has seguido enteramente mis consejos.

—¿Por qué?

—Porque no te has curado de tu manía de hablar mal de Dios y de su santa religion. Martin, te dije al recomendarte á D. Buenaventura, disimula tus opiniones; mira que no te conviene aparecer así, tan descreido y violento, sobre todo cuando pretendes hacer fortuna. Tú no me has hecho caso, segun me dijo ayer ese buen señor; tú has asustado á todos con tu imprudente audacia y el desprecio con que hablas de las cosas más santas.

—Qué quiere Vd., ya le dije que no me era posible disimular; yo soy así.

—Pero hijo, se hace un esfuerzo; hay muchos que piensan como tú y se lo guardan. Eso es lo que conviene..... Pero hablemos de otra cosa. ¿Con que tú estás decidido á cooperar á esta gran obra?

—Sí, padre; y si he de decir á Vd. la verdad, ni sé claramente cuál es la grande obra, ni qué medios se han de emplear para verla realizada. La desesperacion, una série de circunstancias tristísimas en que me he visto,

me impulsan á tomar parte en esa obra, cualquiera que sea. Yo estoy desesperado; yo me veo perseguido sin motivo alguno; me uniré con gusto á todo el que se proponga herir con golpe mortal la corrupcion en que vivimos.

—Pues hijo, yo te explicaré. Cuando me viste en Ocaña no quise confiarte estos secretos; me pareció que no serias demasiado prudente. Pero como conocia tu carácter impetuoso y decidido, te creí de mucha utilidad y te recomendé al Sr. de Rotondo, esperando que sabria dar noble ocupacion á tus grandes cualidades.

—Pero Vd. ya andaba en estos manejos, padre, aunque tenia empeño en que nada se trasluciera.

—Cierto es, hijo, pero no creí conveniente clarearme demasiado contigo. Yo tenia correspondencia con Rotondo; ya en aquellos dias se creia próximo el gran suceso, pero no tanto como ahora.

—¿Y el alma de ese negocio es D. Buenaventura?

—No. D. Buenaventura no es más que un agente que tenemos en Madrid, y no hay palabras con que elogiarlo, porque la verdad es que su astucia, su prudencia, su tacto han hecho verdaderos milagros. El alma de este negocio es un personaje eminente, un hombre como hay pocos en el mundo, de tanto saber y experiencia, que no encuentro ninguno con quien compararlo entre antiguos ni modernos.

—Dígame el nombre de ese prodigio.

—Se llama D. Juan de Escoiquiz, el que fué preceptor del príncipe, el hombre insigne que vive retirado de la córte por las intrigas del *Guardia*, pero que ha de alcanzar de nuevo, yo lo espero, la direccion de su real alumno, y quizá la direccion absoluta de los negocios del Estado, porque no digo yo una nacion, sino veinte naciones podria gobernar D. Juan Escoiquiz, que talento le sobra para eso y mucho más.

—Pues mire Vd., padre, lo que son las cosas—dijo Muriel—yo tenia formada idea muy distinta de ese señor canónigo. Por algo que he oido, me le habia figurado más vanidoso que sábio y con una ambicion tan grande como injustificada.

—Calla, necio—contestó Fr. Jerónimo—no sabes lo que te dices. Ya se ve, quien tiene ideas tan equivocadas sobre Dios y la religion, ¿no las ha de tener sobre los hombres?

—Bien, dejemos á un lado sus cualidades y siga Vd. contando.

—Pues como te iba diciendo, Martincillo, el alma de este asunto es el arcediano de Alcaráz, y los auxiliares más poderosos nada ménos que el prín-

cipe Fernando, la princesa María Antonia y..... ¡asómbrate! la Inglaterra.

—¿La nacion inglesa?

—Sí, Rotondo es el que se entiende con los agentes del gobierno inglés, interesado en que caiga este pérfido favorito que nos está arruinando, despues que ha dado en la flor de hacer tratados con Napoleon. ¡Son horribles los proyectos que se atribuyen á ese infame Godoy! Si hasta piensa, segun dicen, despachar á los príncipes para América, con objeto de fundar allá yo no sé qué reinos; por supuesto, que su idea es hacerse rey de España, que de eso y mucho más es capaz ese vil, protegido siempre por la más liviana de las mujeres.

—¿Y qué es lo que se piensa hacer? ¿Algun levantamiento nacional?

—Pues eso mismo, has acertado. ¡Si vieras cuántos elementos tenemos Nobles, plebeyos, clero, magistratura, milicia, todo es nuestro. La causa del príncipe es la causa del pueblo. Te digo que el éxito no es dudoso. Ahora es la tuya. Martincillo, á ver si te luces.

—¿Y qué tengo yo que hacer?

—¿Y me lo preguntas? ¿Para qué te recomendé yo á D. Buenaventura? ¿Recuerdas lo que hablamos aquella tarde en la huerta del convento? ¿No estás contínuamente protestando contra la degradacion y la bajeza de la córte, contra la inmoralidad, contra el atraso en que vivimos? Pues de todo eso, ¿quién tiene la culpa sino el guardia? Por eso yo te escuchaba, y decia para mí: «Este es el hombre que hace falta; este sí que en un dia dado sabrá hacer las cosas y arrastrar al pueblo á la victoria.»

—¡Arrastrar al pueblo!....—dijo Martin meditando el sentido de estas tres palabras que más de una vez habian bullido en su imaginacion.

—Sí, eso, eso mismo. Pero ya te lo damos todo hecho. Todas las comisiones están desempeñadas y no falta más que la tuya, no falta más que un hombre de genio atrevido que tenga la inspiracion revolucionaria.

—¿Y desaparecerá la corrupcion, la tiranía, todo lo que hay aquí de odioso y contrario á las luces de la época y á la civilizacion?

—¿Pues quién lo duda? Despues será esto un paraiso. Muerto el perro, se acaba la rabia. Y cree que lo deseo ardientemente, para que este país se vea bien gobernado y sea lo que debe ser en el mundo. Si no fuera por mi patria, no diera paso alguno en este asunto. Ya tú sabes que yo no tengo ambicion y que mi mayor dicha es vivir entre estas cuatro paredes, retirado del bullicio del mundo. Nada me agrada tanto como la soledad. Tú sí que puedes sacar gran partido de esto. Quién sabe hasta dónde podrás llegar, sobre todo si sales en bien, como espero, de este negocio.

—Pero en resumidas cuentas—dijo Martin—¿qué es lo que tengo yo que hacer?

—Eso Rotondo es quien te lo ha de decir *ce* por *be*. Yo lo que tengo entendido es que va á haber un levantamiento en Toledo cuando la córte esté en Aranjuez, que será de un dia á otro. En Toledo se prepara un hambre ficticia para que el pueblo se amotine más fácilmente. Despues en todas las ciudades principales hay comisionados que están en relacion con juntas secretas establecidas desde hace tiempo, á pesar de la policía. A tí, por lo que he entendido, te encuentran pintiparado para el caso; tú tienes un carácter resuelto y atrevido y unas ideas revolucionarias que ya, ya..... Mira si tuve acierto al enviarte al Sr. D. Buenaventura.

—¿Y cuándo?

—Creo que no habrá tiempo que perder. Yo he tenido cartas de D. Buenaventura, y además anoche ha llegado el Sr. D. Pedro Regalado Corchon, que es una de las personas más comprometidas y más entusiastas por nuestra causa, á pesar de ser novicio en ella.

—¿Y quién es ese señor?

—Un inquisidor de Toledo, el que goza de más influjo en aquel tribunal; persona de gran talento y prestigio.

—¿Con que tambien hay inquisidores en esta danza?—dijo Martin con asombro, sospechando de la bondad de una cosa en que se interesaba aquel santo tribunal.

—Si te digo que todas las clases de la sociedad. ¡Pues poco irritados están los señores del Santo Oficio contra el *Guardia*! ¡Si vieras qué hombre tan eminente es el P. Corchon! Como que ha escrito catorce tomos sobre el Señor San José y otros muchos que tiene comenzados sobre diversas materias sagradas y profanas. Costó trabajo meterle en esté negocio; pero al fin entró, y desde que en Toledo trabó amistad con el secretario de aquel tribunal se ha vuelto entusiasta. Anoche llegó á Madrid, y ese es el qué ha de precisar la ocasion y el cómo y cuándo. Porque has de saber que él y Escoiquiz son uña y carne. ¡Pues digo si tienen pesquis uno y otro! En la secretaría de Estado les querria mirar yo, á ver si el Sr. Napoleon se reia de nosotros.

—¿Con que hay inquisidores en esta danza?—dijo Martin.—Lo pregunto porque yo precisamente ando á vueltas con el Santo Oficio, y por un milagro no estoy ya en las garras de los inquisidores durmiendo á la sombra.

—Pues qué, ¿te han perseguido?

—Sí, por brujo, franc-mason, vampiro y no sé qué más—contestó el jóven con amargo desden.

—¡Ah!—dijo Fr. Jerónimo—tú no quieres seguir mi consejo. En donde quiera que estés, y en presencia de personas desconocidas, te despachas á tu gusto sobre política y religion, y así no extraño que alguien te haya denunciado.

—Ántes de intentar prenderme á mí esos infames habian preso al pobre Leonardo.

—Ya lo he sabido, y en verdad no me causó gran asombro, porque lo cierto es que era muy calavera.

—Ni él ni yo hemos cometido falta alguna que merezca esa persecucion horrorosa.

—Pero hijo, ya tú ves—dijo el padre con afliccion—vosotros sois muy deslenguados; hablais sin ningun respeto de las cosas mas sagradas y teneis gusto en insultar á los ministros del Altísimo, dignos más que nadie de veneracion y acatamiento. Piensa lo que quieras, pero guárdatelo, sobre todo delante de personas extrañas. ¡Oh! si tú moderaras un poco la lengua serias un hombre perfecto. Pues hijo, yo creia que en Madrid te habrias corregido un poco.

—Al contrario. Las persecuciones de que he sido objeto, los desengaños que he sufrido, y por último la vil celada que acaban de tenderme, ha exacerbado en mí aquel rencor inveterado que tanto le sorprendió á Vd. la tarde que hablamos en el convento de Ocaña. No fué mi ánimo al principio ceder á las sugestiones de D. Buenaventura, que me queria comprometer en una conspiracion cuyos medios yo no conocia bien y cuyos fines no me parecian grandes ni dignos. Soñando ya con algo más alto, más eficaz, más útil para mi país y para la civilizacion, cerré los oidos á los reclamos que entónces se me hicieron con bastante empeño; pero hoy las circunstancias han variado para mí: estoy amenazado de perecer en un calabozo de la Inquisicion con muerte ignorada y vil, sin provecho para causa alguna; todas las puertas se me cierran; parece que la sociedad ve en mí una temerosa fiera que es preciso enjaular ó exterminar para que no devore cuanto halle á su paso. ¿Qué puedo hacer en esta situacion? Arrojarme en brazos de todo aquel que por cualquier medio se ocupe en conmover este edificio minado y ruinoso en que vivimos; ayudar á todo el que parezca dispuesto á protestar contra las leyes, contra las costumbres, contra las altas personas de la España contemporánea. Y no reflexiono, no mido el verdadero alcance de la empresa en que tomo parte; me basta que sea una negacion de todo esto

que me rodea. He aceptado á ciegas la cooperacion que se me ha ofrecido, y lo hago llevado más bien por un sentimiento de encono, por una especie de crueldad nacida intempestivamente en mi corazon, que por el cálculo frio que debe preceder á todas las grandes resoluciones. ¡Ah! ahora comprendo los excesos y las violencias que acompañan á las primeras explosiones populares, y me explico ciertos crímenes que la razon no acierta á justificar. Por lo que en mí pasa comprendo lo que puede ser la pasion de innumerables séres vejados y maltratados por una tiranía de siglos; comprendo las catástrofes de la venganza popular, llevada á cabo por hombres sin instruccion ni conocimiento alguno del mundo y de la sociedad; me explico que la multitud no se detenga, sino que avance siempre destruyendo todo lo que encuentra al paso, acordándose sólo de sus agravios y olvidando toda ley de humanidad. ¡Y esa gente se espanta de que la cuerda estalle, cuando ellos la están estirando, estirando, sin comprender que por una ley invariable toda resistencia tiene su límite y toda tiranía tiene su dia terrible más tarde ó más temprano!

Fr. Jerónimo de Matamala se quedó muy pensativo al oir estas palabras, no sabiendo si aplaudir ó censurar la viva imprecacion del jóven revolucionario, en quien veia más celo del necesario para el caso. Él, sin embargo, como subalterno en la conspiracion, se reservaba sus sentimientos en aquel asunto, confiando en que D. Buenaventura, dada su gran experiencia, no podria equivocarse en eleccion tan delicada.

—Bien—dijo al fin levantándose.—Todo lo que haya de bueno en tus ideas, Martincillo, lo has de ver realizado. Buen ánimo, y espera á que te den órdenes. Ya verás al reverendo Corchon: él y D. Buenaventura son los que en Madrid tienen hoy la clave del asunto. Yo creo que me iré otra vez á Ocaña ó al mismo Toledo, porque has de saber que el provincial es tambien de la partida, y cuando yo creia que me iba á ser impuesta alguna pena por el descuidillo de las cartas, me encuentro con que me agasajan y consideran más de lo que merece este pobre fraile sin influencias ni poder.

—¿Y dónde veré á ese Sr. Corchon? porque me interesa mucho hablar con él.

—¡Oh! D. Buenaventura te presentará. ¡Verás qué hombre, qué talento, qué vasta instruccion!.... ¿Sabes que me parece que es hora de que te retires?—añadió bajando la voz y atendiendo al ruido de pasos que se oia por el cláustro junto á la puerta de la celda.—Porque, aunque aquí me consideran, no quiero infundir sospechas.

—Adios, y nos veremos ántes de que Vd. vaya á Toledo.

—Sí, y me quedo rogando por tí, Martincillo, por el impío, por el ateo, por el franc-mason, por este diablillo atrevido y procaz á quien la Providencia, á pesar de todo, reserva un porvenir de gloria. Adios.

Le abrazó, y el jóven dejó á su amigo enfrascado en grandes dudas sobre el grado de revolucion que en aquellos tiempos podia emplearse sin peligro. Su perplejidad no concluyó en todo el dia, y paseándose por el claustro, rezando en el coro y sentado en la huerta no cesaba de repetir: «Es mucho hombre para tan poca cosa.»

CAPÍTULO XVII.

El barbero de Madrid.

I.

Cuando el doctor Albarado recibió de manos de D. Lino Paniagua la carta que le enviaba Martin, se quedó helado de espanto y en un buen rato no articuló palabra alguna.

—Esto es horroroso. D. Lino, por Diós, ¿quién le ha dado á Vd. este papel?

—Me lo ha dado, me lo ha dado.....—contestó balbuciente el pobre abate.—¿Pero no trae firma?

—Sí, aquí viene la firma de ese bandido. ¿Pero dónde le ha visto usted? ¡Qué negro delito, qué atrevimiento! Atreverse..... ¡Estamos en Sierra-Morena!

—Bien me lo figuraba yo—decia para sí Paniagua.—¿Cómo habia el doctor de consentir en que Susanita se casara con D. Martin? Ese hombre debe de estar loco.

—¿Pero Vd. no sabe lo que dice esta carta?....—exclamó furioso Albarado.

—Sí..... ya lo supongo.

—¡Lo supone Vd., lo sabe! Luego Vd. no puede ménos de ser cómplice de esta villanía.

—¡Yo, señor doctor de mi alma..... yo cómplice!.... ¿De qué?

—¿Ha visto Vd. alguna vez una accion semejante?

—A la verdad, querido señor doctor, atrevidilla es la pretension de ese jóven; pero su juventud y su falta de mundo le disculpa.

—¿Cómo disculpa? ¿Vd. está loco?....—dijo el inquisidor, más furioso miéntras más procuraba calmarle D. Lino, equivocado de medio á medio respecto al contenido de la carta.

—Diré á Vd..... señor doctor—contestó aturdido el abate.—Pero cálmese Vd., no se irrite. La cosa no merece la pena. Considere Vd.....

—¡Cómo que considere! Hombre de Dios, parece que está Vd. en Babia. Lea, lea y comprenda que está siendo emisario de una partida de bandoleros.

El abate fijó sus ojos con ansiosa curiosidad en la carta, y se quedó al leerla pálido como un difunto.

Aquel terrible documento, como saben nuestros lectores, no contenia otra cosa que la intimacion del secuestro y el propósito franca y rudamente manifestado de no devolver á su familia á la desgraciada jóven miéntras Leonardo no fuera puesto en libertad.

D. Lino tuvo que hacer un gran esfuerzo de espíritu para no desmayarse. Miraba al doctor con azorados ojos, leia dos y tres veces el malhadado papel y creia ser víctima de una estratagema diabólica.

—¿Dónde, dónde le han dado á Vd. esta carta?

—Señor..... señor..... yo no sé qué pensar—dijo el pobre abate temblando de miedo.—¡Cómo habia yo de creer..... yo que pensaba!... Pues diré á Vd.; ha estado en mi casa él, él en persona..... hace un momento.

—¿Dónde vive ese hombre, dónde? Al instante hay que empezar á hacer averiguaciones. ¡Qué infame delito! Vamos al instante á casa de mi hermana. Si no acierto á explicarme este desastre..... ¡Oh, Susana, infeliz Susana! Yo revolveré la tierra por sacarte del poder de esos foragidos..... No hay que perder tiempo. Vamos, vamos; muévase Vd.

Esto decia el buen consejero de la Suprema, vistiéndose á toda prisa para salir de su casa, acompañado de D. Lino, el cual aún no volvia de su estupor ni acertaba á disipar con un juicio ó un dictámen cualquiera el angustioso aturdimiento del abuelo.

—¡Oh! ¡La inquisicion!—exclamaba este por el camino.—Es preciso que ese Sr. D. Leonardo, ó don demonio, sea puesto en libertad hoy mismo. Si no..... esa canalla es capaz de hacer una atrocidad..... ¡Ah, Susanilla, tú en poder de esa gentuza, tú perdida para siempre! ¡Qué golpe, señor, á mis años!.... Esto no tiene nombre.

—¡Qué cosas, qué cosas!—Decia á media voz D. Lino, que tan angustiado como corrido no acertaba á formular una protesta ni un comentario.

Al llegar á la casa encontraron á todos en el más alto grado de ansiedad y consternacion.

—¿Ya sabes lo que pasa?—exclamó doña Juana.—Susana no ha vuelto, ni el marqués, ni Pluma. No parecen, se les busca por todas partes, han ido allá mil veces, no saben dar razon. ¡Dios mio, qué castigo es este!

—Toma, mujer; lee, lee y comprenderás todo—dijo el doctor dando á su hermana la carta fatal.

—¡Qué horror! ¡Y ese Muriel!.... Si me lo figuré—exclamó erizada de espanto doña Juana.—Es preciso descuartizar á ese hombre. ¿Dónde está la justicia? Al momento, buscarles, perseguirles sin descanso.

—Voy al consejo, voy á visitar á todos los inquisidores, voy á dar órdenes á los de Toledo, órdenes terminantes. Todo el consejo me apoyará..... Es preciso que hoy mismo quede en libertad ese reo. No nos expongamos al furor de esos miserables; pueden matarla..... ¡Qué horrible idea!.... Sí, voy, voy al consejo..... ¡Maldito tribunal!.... ¡Por qué le odiarán tanto!.... Voy, voy.....

Así decia el pobre doctor, yendo de aquí para allí, dirigiéndose á todas las puertas y no saliendo por ninguna, tropezando en todas las sillas, quitándose el sombrero cada minuto para abanicarse con él, volviéndoselo á poner y asustando á todos más de lo que estaban con sus descompuestos ademanes y su iracunda voz.

—Buscar la guarida de esos miserables, perseguirlos sin descanso es lo que conviene—dijo doña Juana, anegada en llanto.

—No, no irritemos á esa gente feroz. Nos vemos en el caso de aceptar sus condiciones. Es preciso comprar á Susana al precio que nos piden en ese papel. Voy, voy.....

—¡Qué cosas, qué cosas!....—decia nuevamente y por décima vez el pobre Paniagua, que aún no volvia de su azoramiento.

—¡Y el marqués y Pluma presos! ¡Pero qué embrollo! No parece sino que habia en esto un plan vasto, hábilmente combinado—dijo doña Antonia la diplomática, que habia acudido á la casa á aumentar el barullo.—¿Pero ves qué iniquidad? Ese es el hombre de quien se contaban tantas atrocidades—añadió doña Juana. —¿Y Susana? No quiero pensarlo, me horripilo toda.

El doctor al fin regularizó su ira, digámoslo así, y cansado de exclamar «voy, voy,» sin ir nunca, trató de poner en práctica el pensamiento que creia más lógico en aquel grave trance. Acompañado de D. Lino, que no quiso abandonarlo en tan tremendo dia, salió dirigiéndose á toda prisa á casa del inquisidor general.

II.

La tardanza de Susana no produjo en ningun habitante de aquella casa tan violento ataque de nervios como el que sintió el Sr. D. Miguel Enriquez de Cárdenas, hombre excesivamente impresionable en los momentos de apuro. Pero si la tardanza alteró su fisonomía y le dejó sin fuerzas, la lectura del fatal escrito trasmitido por la inocente complacencia de D. Lino acabó de rendir su frágil naturaleza, y dió con su cuerpo en el lecho, exhalando lastimeros quejidos.

—¡Oh, yo no puedo soportar este golpe, yo me muero! ¡Cuán desgraciado soy! ¡Dios mio, sácanos de este trance!—exclamaba al extenderse en su cama, rechazando todo consuelo y riñendo con todo el que intentara probarle que aquella no era la mayor de las desgracias posibles. Negóse á tomar todo alimento, y hasta reprendió á su mujer por creerla ménos abismada que él en las profundidades del dolor. Queria quedarse solo, ansiando la soledad que aman tanto los que padecen, y renegaba de la luz, del sol, del aire, de la vida y de la sociedad.

Por fin los que le rodeaban, que eran todos los de la casa, le hicieron el gusto de dejarle solo, en plena y absoluta posesion de sus melancolías, asegurándole que le darian conocimiento de cuanto ocurriese. Ántes de que su esposa saliera, el inconsolable enfermo dijo con voz desfallecida:

—¡Ah! si viene el maestro Nicólas le dirás que hoy no me afeito. Sin embargo, que entre; él puede hacernos algun servicio en este asunto. Le hablaré.

El maestro Nicolás era un hombre que diariamente venia á peinar y á afeitar al Sr. D. Miguel de Cárdenas, pero con la particularidad de que éste pasaba horas enteras en conferencia con su peluquero, siendo de notar que las encerronas habian sido más largas que de ordinario en la última semana. No hacia mucho que el maestro Nicolás desempeñaba tales funciones en aquella casa; pero, á pesar de esto, la confianza del señor era grande y los criados se habrian llenado de asombro si llegaran á sorprender la franqueza con que el maestro en artes capilares trataba á su parroquiano una vez que se quedaban solos en el despacho.

Pasaron las primeras horas de la mañana sin otros acontecimientos notables que el sinnúmero de visitas llegadas á cada instante y á medida que la fatal noticia del secuestro iba cundiendo por todas las casas amigas. Llegó el señor fiscal de la Rota, al regresar de su paseo por la Montaña;

llegó el señor presidente de la Sala de alcaldes de Casa y Córte, todavía sin afeitar y con le peluca torcida á un lado, indicando así la prisa con que quiso correr á informarse bien del suceso; llegó el señor presidente del Tribunal de la Cámara de Penas; llegaron las de Sanahuja, las de Porreño, y la casa se inundó en poco tiempo de amigos llorones que no podian estarse mucho tiempo sin venir á decir su opinion sobre aquel suceso.

Cerca del medio dia llegó el llamado maestro Nicolás y fué introducido al instante en el despacho de D. Miguel. No tardará el lector mucho tiempo en reconocer á este que parece nuevo personaje y no lo es; no tardará en reconocerle, porque hace poco le ha visto con el pintoresco traje que ahora trae en sustitucion de su primera bordada chupa y del escarolado follaje de sus pecheras blancas como la nieve. El Sr. D. Buenaventura tenia mucha habilidad para trasformarse, y desde que intentó hacer el papel de barbero en aquella casa su artificio fué intachable. En la morada de los Enriquez de Cárdenas, el despacho que estaba en la planta baja tenia entrada aparte por la calle del Biombo, miéntras la puerta principal se abria por la del Factor. La servidumbre notaba la presencia de aquel hombre en el cuarto de su amo y unas veces le juzgó prestamista, otras agente de negocios, hasta que por último su aparicion periódica y las funciones barberiles que francamente y á vista de todos desempeñaba, les confirmaron en la creencia de que era peluquero, y nada más que peluquero.

Cuando D. Miguel se incorporó en su lecho y vió junto á sí al Sr. de Rotondo, aguardó á que se extinguiera el ruido del pasillo, y dijo en voz muy queda:

—¡Cuánto ha tardado Vd.! Estoy con una ansiedad.....

—¿Por qué? todo salió bien—contestó el fingido barbero, sentándose junto á la cama.

—¿Y está segura?

—Por ahora sí; conviene tomar toda clase de precauciones. Se nos persigue con un ahinco.....

—¿Sabe Vd. que fué excelente la idea de fingirse Vd. mi peluquero?—dijo Cárdenas tomando un polvo de rapé y sonriendo, curado ya del paroxismo que le produjo la desaparicion de Susanita.

—Efectivamente, así no infundiré sospechas. Pues sepa Vd. que el mismo sistema he tenido que adoptar al fin en una gran parte de las casas á donde concurro para estos asuntos. Y tengo que hacer el papel por completo: ya he afeitado y peinado al señor brigadier Deza y al oidor D. Anselmo Santonja. Los tiempos andan malos y es preciso huir el bulto. Sólo en la

embajada británica puedo entrar en cualquier traje y eximirme de rapar las barbas á tanto inglesote.

—Con que hablemos, que no hay tiempo que perder. ¿Cómo está Susana?

—No está mal; aquella casa no es palacio, ni mucho ménos; pero por unos dias.....

—Bien decia Vd., que ese D. Martin nos habia de resolver la cuestion por su propia iniciativa. ¿Y él qué piensa hacer?

—Está decidido á no entregarla miéntras el D. Leonardo, que tambien es buena pieza, no sea puesto en libertad.

—¿Y si le dan libertad, como pretende el doctor, cediendo á la intimacion de Muriel?

—¡Oh! no se la darán; ya he previsto yo ese caso. Todo nos sale á pedir de boca. Cuando nos devanábamos los sesos para encontrar un medio de hacer desaparecer á Susanita, sin que fuera preciso emplear la muerte, ese hombre nos vino como llovido. La repentina pasion que la niña sintió por él, pasion descubierta por Vd. desde la primera entrevista que tuvieron en esta casa, nos dió esperanzas de ver resuelta la cuestion. Vd. no tenia confianza en que aquello diera los resultados que apeteciamos, y yo le decia: «Paciencia, D. Miguel, paciencia; Vd. verá cómo ese tronera va á hacer un experimento revolucionario en Susanita. Ella le ama, él no puede aspirar á su mano; el dia ménos pensado carga con ella y se la lleva por esas tierras.» Ya ve Vd. cómo al fin ha buscado la satisfaccion de sus agravios por este camino.

—Pero él no la ama, él la abandonará tal vez, y Susana aparecerá en nuestra casa cuando ménos la esperemos.

—¡Verá Vd. como no! Él es perseguido; él va á tomar parte muy activa en nuestro negocio. Como D. Leonardo no ha de ser puesto en libertad, y de eso respondo, Muriel, que es tenaz é inexorable, no soltará su presa y se la llevará consigo. Puede ser que la abandone; pero de cualquier modo que sea, yo le prometo á Vd. que Susanita no volverá á parecer.

—¿Lo cree Vd. firmemente?—preguntó Cárdenas con ansiedad.

—Firmemente. En último caso yo tengo tomadas mis precauciones, y si hubiera peligro, se adoptaria una resolucion decisiva y radical que le sacase á Vd. del apuro.

—¡Matarla!—exclamó con espanto D. Miguel.—¡Oh, no! esa idea me trastorna. Quiero que desaparezca, pero no que muera.

—Sí, yo comprendo esa sensibilidad; ¿pero si llegara el momento en que fuera preciso?

—No me diga Vd. eso..... no..... por Dios..... ¡un asesinato!

—Bien; yo estoy comprometido á sacarle á Vd. de este apuro en caso de que hubiera peligro. Si el secuestro se descubre, lo que deba hacerse se hará. Por lo demás, yo creo que D. Martin ha de portarse tan bien en este negocio que no nos pondrá en el caso de hacer una atrocidad.

—Dios lo haga—dijo D. Miguel con el ademan del que implora del poder divino una merced señalada.

—Sí, no creo que llegue el caso. Pero si llega..... No piense Vd. eso, y yo me entiendo. Puede Vd. considerar logrado su deseo. Susanita ha desaparecido. Bien pronto se dirá que su secuestrador la ha quitado la vida, aunque no sea cierto, y Vd. será conde de Cerezuelo, dueño de la inmensa fortuna de esta casa.

Los ojos de D. Miguel brillaron con cierta animacion que no era en él habitual.

—Ya ve Vd. que no nos ha costado gran trabajo. Otro lo ha hecho. La desigualdad entre los dos, el carácter de él, sus ideas sobre la nobleza y la sociedad, su audacia, su propósito de conseguir la libertad del amigo han sido causa de esta gran resolucion. Bien dije al conocer á D. Martin que era un hallazgo inapreciable.

—Pero aún no veo yo resuelta la cuestion. Ese hombre puede conocer hoy mismo que ha servido sin quererlo nuestros intereses, y ponerla en libertad.

—Descuide Vd., eso corre de mi cuenta. Yo respondo de que Susanita no volverá á parecer.

—¿Me lo promete Vd?

—Con toda seguridad. Ahora falta que Vd. cumpla su parte en el pacto que hemos hecho. Vd. me juró que si llegaba á ser heredero forzoso de su hermano el conde, me daria cien mil duros para la causa fernandista. Sólo á este precio, y atento siempre á allegar fondos con que atender á los gastos de la causa nacional, me he comprometido yo á combinar las cosas de modo que lleguemos á la solucion apetecida.

—Bien, yo cumpliré mi palabra—contestó Cárdenas—pero aún no veo la cosa muy segura. Esperemos á ver en qué pára esto. Cuando no haya duda alguna, yo sabré cumplir mis compromisos. Yo soy tan receloso que á cada instante me parece que veo entrar á mi sobrina por la puerta de la casa. Otra cosa: ¿no me ha asegurado Vd. que D. Leonardo no sería puesto en libertad? ¿Y de qué medio se vale Vd. para conseguirlo?

—Ya lo tengo conseguido. El P. Corchon, que es el que maneja los títeres en la Inquisicion de Toledo, me lo ha asegurado.

—¿A ver, á ver? explique Vd. eso.

—Es muy sencillo. D. Pedro Regalado Corchon ha entrado recientemente en nuestro partido con gran entusiasmo, inducido por otros cofrades suyos y áun por muchos capitulares de aquella santa iglesia, tenazmente empeñados en la caida del favorito. Escoiquiz ha hecho la adquisicion de casi todo el clero toledano, y entre los nuevos adeptos no hay ninguno más rabiosamente decidido en favor del príncipe que el señor padre Corchon.

—Y ese Sr. Corchon, ¿es un hombre de mérito?

—Es un clerigote ignoranton y apasionado, autor de catorce tomos sobre *Devocion al Señor San José* y otras obras ridículas que no han visto la luz, para bien de las letras. Pero no conozco quien despliegue más celo por una causa mundana que ese bendito. No contento con simpatizar con la causa fernandista, se ha metido de cabeza en la conspiracion activa y es uno de los que más han trabajado recientemente. La idea de que los intereses eclesiásticos están desatendidos por el gobierno del favorito, y la noticia de que se van á desamortizar algunos bienes del clero, ocupan constantemente su arrebatada imaginacion. Es un hombre rudo, grosero, intolerante, pero todas estas cualidades son á propósito para el caso. El clero es uno de los principales elementos con que contamos, y el tal Corchon nos está haciendo unos servicios que le hacen acreedor á una mitra el dia en que triunfe el príncipe.

—Ese nombre no me es desconocido. Ese clérigo era inquisidor en Madrid hasta hace muy poco tiempo; me parece que es uno de quien era gran amiga é hija espiritual doña Bernarda Quiñones.

—El mismo en persona. Hace poco le trasladaron á Toledo y allí le conquistó D. Juan Escoiquiz, decidiéndole á trabajar por la causa. Anoche ha llegado aquí para conferenciar conmigo y ponernos de acuerdo sobre ciertas particularidades de mucha urgencia.

—¿Y él decide de la suerte de ese Sr. D. Leonardo!

—Precisamente. Ya hemos hablado de eso y me ha prometido con toda formalidad que el preso no verá la luz del sol en todo el tiempo que yo quiera.

—Pues si lo toma con empeño el doctor, que es consejero de la Suprema.....

—Ríase Vd. de la Suprema. ¿Si sabremos lo que son esas cosas? La Suprema escribirá: lo tomará muy á pechos, si se quiere, el mismo inquisidor general; pero los de Toledo emborronarán mucho papel y miéntras van

y vienen, y se dice y se contesta, D. Leonardo se pudrirá en su calabozo Ya sabe Vd. lo que es la Inquisicion y cómo procede.

—Descuide Vd., el P. Corchon no promete las cosas en vano tratándose de apretar los tornillos de la máquina inquisitorial. Yo le dije: «Reverendo señor: por una série de circunstancias que explicaré á V. S. en tiempo oportuno, nuestra causa exige que ese D. Leonardo continúe siendo un franc-mason temible y un endiablado hereje, para que no haya poderes en la tierra que le puedan poner en libertad, al ménos por ahora.» Y él me prometió con júbilo que así sería.

—Es Vd. invencible, Sr. D. Buenaventura—dijo con verdadero entusiasmo el Sr. de Cárdenas.—Lo que Vd. no logra ya puede tenerse por imposible.

—Y eso que no puse en conocimiento del Sr. Corchon que la prision de Leonardo, con la intriga á que va unida, nos producia cien mil duros para nuestra santa causa; que eso me le guardo y es sólo acá para entre los dos.

—¿Y no pedirá ese venerable algun piquillo por su complacencia?

—Espero que sí, y será preciso dárselo. Para estos gastos y otros igualmente necesarios no espero otra cosa sino que Vd. me abra la caja, señor D. Miguel de mi alma.

—¡Oh, no, todavía no!—contestó Cárdenas con diligencia—yo no tengo aun seguridad completa. Si, como he dicho ántes, me parece que va á entrar Susana por aquella puerta.

—He asegurado á Vd. que Susana no volverá; puede considerar la cuestion concluida y juzgarse heredero de su hermano, el cual bien sabemos que no puede durar mucho tiempo.

—¡Ah! yo estoy muy receloso—dijo el futuro conde con cierta expresion de misticismo—me parece que Dios nos ha de castigar.

—A nosotros, ¿por que?—dijo con cínica sonrisa el Sr. D. Buenaventura.—¿La hemos secuestrado nosotros?

¡Ah! no, pero esa seguridad que Vd. muestra de que ha de desaparecer me indica que tiene algun proyecto terrible.

—No se preocupe Vd. de eso. Fuera dudas. Yo lo que deseo es que usted cumpla sus compromisos como yo cumplo los mios. Precisamente en estos dias me hacen mucha falta los cien mil duros. Hay mucho dinero, pero se gasta mucho. No tiene Vd. idea de lo que se ha repartido.

—Bien, yo daré esa cantidad cuando tenga seguridad completa de que heredo á mi hermano.

—¿Podré tener los cien mil duros esta noche?—preguntó Rotondo, levantándose en ademan de partir.

—Venga Vd., hablaremos.

—Bien, espero que lo compondremos de modo que no le quedará á usted recelo alguno.

Los dos personajes se estuvieron mirando un momento sin decirse palabra, leyendo respectivamente en sus miradas las intenciones y los deseos de que estaban poseidos. Se comprendieron perfectamente y no pronunciaron palabra alguna. Cuando Rotondo salia, Cárdenas se tendió de nuevo en su lecho, y ocultando el rostro entre las almohadas, dijo con voz oida tan sólo por él mismo: «¡Pobre Susanilla!»

CAPÍTULO XVIII.

El espíritu revolucionario del padre Corchon.

I.

Aquella noche no fué Rotondo á casa de Cárdenas, á pesar de que lo habia prometido, por lo cual éste creyó que alguna grave dificultad ocurria en la conspiracion. El doctor entró veinte veces y volvió á salir otras tantas, diciendo siempre que llegaba: «ya se arreglará todo, no hay que apurarse; hoy mismo la tendremos aquí.» Doña Juana no se calmaba por esto, y doña Antonia aseguraba que estando en tan inexpertas manos las riendas del Estado no debia extrañarse que ocurrieran á cada paso tan estupendos atropellos. Ya se habia dado aviso de lo ocurrido al conde, y éste habia resuelto venir inmediatamente á Madrid, enfermo y postrado como estaba.

Entretanto Rotondo y Muriel, ya entrada la noche, estaban sentados sobre una gruesa piedra sillar en el patio de la calle de San Opropio, dándose cuenta de lo acaecido aquel dia y poniéndose de acuerdo para lo que debia hacerse en el siguiente. El jóven miraba al corredor por la parte en que estaba el encierro de la prisionera, y tenia con tal tenacidad los ojos fijos en aquel punto que su amigo no pudo ménos de sacarle de su abstraccion, diciéndole:

—No tema Vd. que se escape, Sr. D. Martin: aunque salga al corredor, no encontrará á otra persona que el desventurado la Zarza, y éste no podrá darle libertad. La verdad es que los manjares que le ha dado hoy la tia So-

corro no habrán sido tan buenos como los de su casa; pero unos dias se pasan de cualquier manera. ¡Cuántos viven semanas enteras sin comer otra cosa que mendrugos de pan, y por eso no dejan de vivir como unos caballeros!

—No temo que se escape. Estaba pensando—contestó Martin—en lo que dirá de mí esa señora. ¿Cómo me juzgará? Debe sentir un ódio terrible.

—No se preocupe Vd. de eso. ¿Y el pobre D. Leonardo?

—Es cierto, todo está compensado. ¡Qué gran crísis debe estar pasando el carácter soberbio y dominante de Susana! ¿Creerá Vd. una cosa?

—¿Qué?

—¿Creerá Vd. que no me atrevo á acercarme al cuarto donde está? Le tengo miedo.

—¿Miedo? Comprendo la lástima; pero el miedo..... Ya se ablandará. Esta gente no es temible sino cuando se la trata bien. De seguro que ella no se ha condolido del infeliz que se aniquila en los sótanos de la Inquisicion. Vea Vd. cómo por medio de un mal se consigue un bien extraordinario. Si á todas las víctimas de aquel tribunal aborrecido se las pudiera librar encerrando por unos cuantos dias á cualquier dama de la córte..... Ha de saber Vd. que el Dr. Albarado ha tomado el asunto tan á pechos que es probable que mañana mismo veamos libre á D. Leonardo. En tal caso no tardariamos en saberlo.

—Dios lo quiera—contestó Martin sin dejar de mirar al corredor—veremos qué acontecimientos nos trae el dia de mañana.

—Mañana—dijo Rotondo—saldrá Vd. para Aranjuez: no se puede perder ni un dia más; mañana á la noche sin falta.

—Y puesto que tengo que ceñir mi voluntad á otras voluntades, ¿que es lo que debo hacer?

—¿Vd. me lo pregunta? ¿Un hombre de genio como Vd. pregunta lo que tiene que hacer? Para esta obra tiene Vd. bastantes ideas y no necesita pedirlas á nadie. Lleve Vd. á la práctica lo que piensa y lo que desea, y basta. Encuentra el terreno preparado; el pueblo tiene ya su deseo y la dósis de rencor que le corresponde para el caso: no falta más sino que se le diga algo que todavía no sabe. El primer movimiento es lo delicado; nosotros no hemos encontrado otro con mejores condiciones que Vd. para dar la primera voz.

—¿Y hasta dónde iremos?

—Hasta donde Vd. quiera. Ha de haber una conmocion que resuene en el alcázar de Aranjuez, donde estará la córte desde mañana. El grito será

¡Abajo el Guardia! y pedir al rey su destitucion. Pero en esto cabe mucho, y si la pasion popular se excede, puede llegar hasta mucho más.

—¿Hasta dónde?—preguntó con viva curiosidad Martin.

—Hasta pedir la abdicacion de Cárlos IV y proclamar á Fernando VII rey de España.

—¿Nada más?

—¡Pues no sé! Ya sé yo lo que Vd. quiere—dijo Rotondo, sin admirarse de que á Muriel le pareciera aquello bien poco.—Pero no reñiremos por una legua más ó ménos de distancia en el camino de la revolucion. ɔpɔnd ir Vd. hasta donde quiera: lo que importa es que se vaya á alguna parte. Vd. comprenderá ya que este pueblo se mueve con dificultad; pero una vez tomado el primer impulso, marcha mejor que otro alguno por la pendiente de la insubordinacion. ¡Cuánto escasean aquí los verdaderos revolucionarios! No tenemos más que unos cuantos caballeros, muy estudiosos, muy parlanchines, pero que no saben cómo se bate el cobre en las altas ocasiones. Vd. ha sido elegido para este asunto, porque no se contenta con pensar la revolucion, sino que la siente, la respira en la atmósfera, la ve en la luz y la lleva perpétuamente consigo en las cualidades fundamentales de su carácter.

—¿Con que salgo mañana para Aranjuez y Toledo?—preguntó Martin, sin hacer gran caso del pomposo elogio que acababa de oir.

—Sí, mañana á la noche: hallará los caballos preparados en una venta que hay fuera de la puerta de Santa Barbara, y allí estarán tambien los que deban acompañarle. En Aranjuez se amotinará el pueblo; pero á pesar de eso, Vd. no se detiene allí más que un dia para ponerse de acuerdo con ciertas personas cuyos nombres y señas llevará, y luego parte á Toledo, donde está todo prevenido para algo más que un motin. Allí hay depósitos de armas, y gente reclutada en toda Castilla y Andalucía para imponer miedo á la córte de Aranjuez. Yo quisiera que Vd. lograse infundir su espíritu en las personas que allí tenemos para dirigir el movimiento, gente inexperta y sin ninguna clase de genio revolucionario. En cuanto Vd. llegue los conocerá á todos, porque yo le daré la clave de las relaciones. Habrá primero un hambre fingida, y despues una asonada que será la señal del alzamiento nacional. A Vd. le obedecerán en esa asonada. Será Vd. omnipotente una noche, y sólo cuando el movimiento se regularice tendrá que sujetarse á voluntades superiores. Por una noche tendrá inmensas fuerzas á su disposicion y el rencor popular hábilmente atizado.

—¡Por una noche! ¡Seré omnipotente una noche!—dijo Muriel medita-

bundo, pensando sin duda sobre el punto de apoyo que pedia Arquímedes para mover el universo.

—Sí—continuó D. Buenaventura—una noche de poderío absoluto sobre miles de hombres armados.

—Bien, pues deme Vd. cuantos papeles necesite llevar, que estoy dispuesto á salir.

—Llevará Vd. todo lo necesario.

—¿Y Susana?

—Mañana pensaremos lo que se hace de ella en caso de que el doctor no responda de un modo satisfactorio á la intimacion que se le hizo. No se cuide Vd. de eso. Puede Vd. llevársela ó dejarla, segun quiera. Si queda aquí ya la guardaremos bien.

Martin miró otra vez con mucha fijeza al corredor, y dijo sin apartar de allí la vista:

—Mañana lo decidiremos.

—Conviene que vea Vd. al P. Corchon. Él le dará tambien instrucciones, y en el asunto de D. Leonardo tal vez puedan Vds. avenirse.

—Es verdad, sí; ¿cuándo le podré ver?

—Mañana temprano. Yo mismo le llevaré á la presencia de ese grande hombre.

I.

En efecto; á la mañana siguiente muy temprano los dos entraban en la casa del reverendo, que acababa de levantarse y se ocupaba en dar la última mano al primer capítulo del tomo XV sobre la *Devocion al Señor San José*. Rotondo dejó allí á Martin y partió á afeitar no sabemos qué encumbrado conspirador.

—Ya me habia hablado de Vd. con muchos elogios el Sr. D. Buenaventura—dijo D. Pedro Regalado levantando la pluma y quedándose con la mano suspensa, en la actitud con que suelen pintar á los padres de la Iglesia.—¿Ya le habrán dicho á Vd. que debe salir esta misma noche para Aranjuez y Toledo?

—Sí, señor, y pienso salir.

—Dicen que tiene Vd. buen ánimo y mucho..... pues..... Veremos si se logra el objeto apetecido. Yo tengo un miedo, francamente.....

—Al fin será; lógicamente tiene que suceder lo que ahora se desea, porque el estado del país así lo muestra. La turbacion de los tiempos es tal

que no puede ménos de estar cercana una gran catástrofe. Yo la creo inminente, inevitable.

—Cierto, cierto, esto no puede seguir así mucho tiempo. El timon está en muy malas manos y la nave se va á estrellar contra las rocas—dijo Corchon con pedantería, creyendo que esta figura tenia alguna novedad.

—Basta abrir los ojos para comprender que aquí es necesaria una trasformacion radical. Si España sigue mucho tiempo más sorda á la voz del siglo, no podemos decir que vivimos en Europa. Vd. conocerá perfectamente los vicios de esta época, los antiguos cánceres que devoran á nuestra sociedad y la precision en que estamos los hombres de la actual generacion de poner remedio á tantos males.

Corchon miró á Muriel con cierto estupor, como no comprendiendo bien lo que habia oido; pero no hallándose dispuesto á pasar por ignorante, dijo:

—Efectivamente la gente de hoy no es como la gente antigua. Ahora los filósofos y sus pestilentes ideas han venido á revolver estos piadosísimos pueblos, y Dios sabe á dónde nos llevarian si no atajásemos el mal ántes de que tome desarrollo.

—La gente de hoy es peor que aquella, porque ha perdido todas las calidades de los antiguos, sin adquirir otras nuevas.

—Es lo que le digo á Vd.—continuó Corchon animándose—la peste de la filosofía..... Pero ya la arreglaremos nosotros. Como triunfe nuestra causa y veamos en un patíbulo al inícuo *Guardia*.... Porque, ¿Vd. qué cree? este vil gobierno es el que ha puesto las cosas como están. Cuando reine el príncipe verá Vd. cómo se levanta la religion otra vez y tenemos á los filósofos guardaditos en las cárceles del Santo Oficio para que expliquen sus teorías á las ratas y á las telarañas.

—¿Pero la causa del príncipe Fernando lleva por norte acabar con los abusos y extinguir poco á poco la tiranía y la corrupcion que nos consumen?

—Nuestra causa es la destruccion de Godoy y de los suyos, y el esplendor de la santa religion y de sus venerables ministros, menoscabados con estas ideas y estos modos de gobernar que ahora corren.

—¿Y ahora se creen menoscabados los ministros de la religion?—dijo Martin con expresion de burla.—Si la sociedad es suya, si ellos disponen de nuestras haciendas y de nuestra libertad á su antojo. Yo creo que Vd. se equivoca, Sr. D. Pedro Regalado. La causa del príncipe no puede tener por

fin aumentar los abusos y corromper más lo que ya está harto corrompido.

—Usted es el que se equivoca—dijo el inquisidor poniéndose encendido como un tomate y tomando el tono solemne que le era habitual siempre que decia algun disparate.—Vd. es el que no sabe lo que pretende el partido fernandista. ¡Oh! nosotros triunfaremos; pero yo aseguro que la herejía, la filosofía y el masonismo van á quedar enterrados para siempre. ¡Qué tiempos! ¿Pues se puede creer que aquí en nuestra querida España haya llegado el Santo Oficio al miserable estado en que hoy se encuentra, convertido en una miserable é inútil máquina, sin fuerza ya para dirigir el mundo y guiar á los pueblos por el camino del bien? Si le digo á Vd. que esto es insoportable. Pero ya vendrá, ya vendrá.....

—Pues si el partido fernandista es lo que Vd. dice—contestó Muriel—será más aborrecido, más bárbaro y más digno del desprecio universal que el de Godoy. Yo creo, Sr. D. Pedro Regalado, que Vd. no está en lo cierto. Esto se acabará para que venga una cosa mejor. Si viniera lo que Vd. dice era preciso creer que no habia Providencia, y que vivimos al acaso en este mundo, sujetos al capricho de una fatalidad absurda.

Al oir esto el P. Corchon, vaciló un momento entre la ira y la cobardía. Estuvo aturdido algun tiempo porque Martin se expresaba con decision y elocuencia; pero luego se repuso, gracias á su petulancia, que era tanta como su estulticia, y dirigiendo al jóven una de aquellas miradas terroríficas que él tenia guardadas para las grandes escenas del procedimiento inquisitorial, dijo:

—Usted, jóven, no sabe con quién está hablando. Vd. no sabe sin duda quién soy, ó si lo sabe no puedo creer que tenga sano el juicio. Por ser un jóven sin experiencia se le pueden perdonar sus irreverentes palabras; ¿pero qué ha dicho Vd.? ¿Vd. sabe lo que ha dicho?

—Que si el partido fernandista representara la Inquisicion montada á la antigua, la amortizacion y el gobierno absoluto, sería el partido de la barbarie, merecedor de que todos sus hombres fueran tenidos por locos ó por imbéciles.

—¡Locos ó imbéciles!—exclamó Corchon levantándose colérico de su asiento.—¿Y sufro tales irreverencias? Jóven, ¿Vd. sabe con quién está hablando, sabe Vd. quién soy yo?

—Ya lo supongo—contestó Martin en tono de desprecio.—Pero Vd., señor Corchon, no sabe lo que se dice. La causa del príncipe representa, y no puede ménos de representar, la adopcion de los principios de gobierno fun-

dados en la libertad, la extincion de los privilegios en las clases sociales y el fin del mundano poderío de un clero fanático y por lo general poco ilustrado, eterno obstáculo de nuestra prosperidad y esplendor.

—¡Qué buena pieza me ha traido aquí D Buenaventura!—dijo Corchon furioso.—¿Y esta es la gente que nos ha reclutado? ¡Un filosofastro! ¡Por San José bendito, y qué lindos mozalvetes hay en este Madrid! ¿Pero Vd. no me conoce? ¿Vd. no sabe quién soy?

—No le conocia á Vd. más que de nombre, por lo que de Vd. me habló el P. Matamala, y en verdad, yo creí que fuera el Sr. Corchon hombre de más provecho. Pero tambien es verdad que para inquisidor está que ni pintado. El Santo Oficio no merece más.

—¡Pero Vd. ha venido aquí para burlarse de mí! ¡Ah! si no fuera porque se ha determinado que vaya Vd. á Toledo con cierta comision, ¿cómo se habia Vd. de escapar, cómo?

—Sí, ya comprendo con cuánto placer me echaria Vd. mano; pero por hoy, padre, no puede ser—dijo Martin con cruel ironía.

—¡Oh! nosotros triunfaremos, y despues.....—exclamó D. Pedro con ira.

—Vds. no pueden triunfar sin mi ayuda.

—¿Cómo? ¿La causa de Dios no puede salir victoriosa sin la ayuda del demonio?

—No, así está determinado—repuso Martin con serenidad.—¡Desgraciado país si no estuviera llamado á salir de vuestras manos! Si la conspiracion del partido fernandista no tiene más objeto que el que Vd. acaba de decir, ¿están seguros de que al llevarse á cabo no ha de ir más allá de la línea que le han trazado?

—Señor mio—dijo el P. Corchon dirigiendo al jóven una de aquellas miradas que tiene la ignorancia presuntuosa para su uso particular.—Vd. se toma en mi presencia unas libertades..... La culpa tengo yo, que le admito á platicar conmigo. ¿Vd. sabe quién soy? ¿Pero Vd. lo sabe bien? No puedo consentir que se mezcle Vd. en nuestros asuntos, y cada vez me admiro más de que una persona como el Sr. D. Ventura haya puesto en autos á hombres de tal estofa. Y Vd. estará muy consentido en que le vamos á dejar meter su cucharada en este negocio.

—Lo mismo me importa—dijo Martin levantándose—no tengo entusiasmo por la idea fernandista. La revolucion que yo he soñado no cabe en estos espíritus pequeños, únicamente animados de femenino rencor hácia un hombre. Hoy, al conocerle á Vd., pierdo otra de mis ilusiones, y á cada

paso que doy, el vacío que hay en derredor de mi pensamiento es más grande y más espantoso. Sólo la desesperacion, el abandono en que me hallaba y los vejámenes que recibia pudieron impelerme á prestar el concurso de mi accion á este ridículo movimiento político que habeis imaginado. Ya no puedo volver atrás, ni lo quiero tampoco, que una vez perdida la fé, y conociendo la escasez de elementos que aquí existen para cosa más alta, yo me entrego al destino; y siguiendo á los que de cualquier modo y con un fin cualquiera conmuevan esta sociedad, iré á presenciar sus convulsiones, sin esperanza de que de esta lucha salga nada útil ni bueno. Yo no aspiro á nada: ya ni siquiera aliento el firme deseo de salvar á mi pobre amigo de los tormentos del Santo Oficio. Un dia llegará en que todo me sea indiferente, sociedad, hombres, porque cuando se aspira á fines elevados y se tiene el sentimiento de la pátria y de la civilizacion; cuando se da el primer paso y se tropieza con tales hombres, con el egoismo, con la ignorancia, con la envidia, el alma se oprime y se desea no haber nacido.

—¿Pero Vd. no me conoce, Vd. no sabe quién soy?—dijo el P. Corchon confundido y absorto.

—Sí, he venido á conocerle y me voy satisfecho—repuso Martin.—No necesito saber más. Adios.

Y diciendo esto, Muriel volvió la espalda y se retiró lleno de cólera, dejando al padre con medio palmo de boca abierta. Éste, creyendo hacer respecto al jóven la suposicion más benévola, dijo para sí que no podia ménos de estar rematadamente loco.

III.

Calmóse luego el reverendo de su agitacion, y tomando de nuevo la pluma iba á recomenzar su interrumpido trabajo; ya recogia sus ideas para seguir el capítulo LVIII, que se titulaba: *De por qué el Señor San José es abogado de los celos*, cuando una criada entró y puso en sus manos una carta doblada en triángulo, que abrió con afan y leyó al momento. La epístola decia así:

«Toledo 7 de Mayo.

Mi muy querido y reverenciado Sr. D. Pedro Regalado: Ban ya 3 dias que Vd. salió de aqui y lla nos parece que se á hido per sécula culorun. ¡Que solEdad tan Grande! Sin sus consegos espirituales me parece queme falta la Mi taz del Halma, pues Vd. Me con suela de todas mis penas. No dego de pensar si le sucedera halgo malo, y Si nos olbidara en esa, por

Que el demonio no se duerme. Por fin he degado ir á Engracia á Arangued, con las de Sanaguja, que la mandaron á Vuscar. Ya esta mas Con solada de sus Melancolias, y Dios y su Santa madre permitan que olbide á Aquel pelafustran, que tanto nos izo rrabiar. No hay mas Nobedaz por esta su casa, sino que lespera cona Fan su desconsolada higa espiritual, que le reberencia, Bernarda Quiñones. P. D. En su carta deme Noticias de D. Narciso Pluma.»

Corchon leyó, dejó á un lado la carta y continuó su grande obra.

IV.

—¿Qué tal, ha hablado Vd. con el P. Corchon?—preguntó á Martin don Buenaventura al verle entrar en la casa la tarde de aquel mismo dia.

—Sí, y vengo edificado con la santa bondad del reverendo inquisidor—contestó el jóven con sarcasmo.

—Se me habia olvidado decirle á Vd. que era un pedante insufrible, un verdadero almacen de tonterías y de vanidad.

—Y estos son los hombres—exclamó Martin con solemne acento—estos son los hombres cuyos intereses servimos al exponer nuestras vidas y nuestra libertad! No, la causa del príncipe no es la causa del pueblo, no es la causa nacional. En apariencia así será; pero realmente, si el triunfo es nuestro, el pueblo seguirá oprimido y humillado por los señoríos y las gabelas; seguirá bajo la influencia de clases eclesiásticas empeñadas en perpetuar sus preocupaciones y en que no abra jamás los ojos á la luz; seguirá sin leyes que garanticen su trabajo y su libertad y la nacion saldrá de unas manos para pasar á otras, como el esclavo que un amo vende á otro.

—¡Ah! no es enteramente lo que Vd. se figura—contestó Rotondo.—Cierto es que nosotros admitimos bajo nuestra bandera á todos los descontentos de Godoy, cualquiera que sea el motivo. Las revoluciones no se hacen de otra manera.

—Mis conversaciones con el fraile de Ocaña y con el inquisidor de Toledo me han enseñado claramente que ninguna idea elevada mueve á esos hombres, clérigos ambiciosos que aún no se consideran con bastante poder.

—No les haga Vd. caso, y vayamos derechos á nuestro fin.

—Sí, pero cuando considero que esa gente espera la caida del *Guardia* para agrandar su influjo, aumentar sus riquezas, y lo que es peor, complicar y extender más la horrenda máquina de la Inquisicion, no sé por qué

encuentro al príncipe de la Paz digno de amor y disculpables todos sus vicios.

—No haga Vd. caso de las pretensiones aisladas de esos hombres. Cierto es que Matamala pretende una mitra, que Corchon daria el mundo entero por la plaza de inquisidor general; pero á nosotros, ¿qué nos importa eso? Vamos á nuestro objeto. ¿Quién sabe lo que vendrá despues? Ya le dije á Vd. que de este movimiento bien puede resultar una completa reforma. Vd. cumpla su deber. Recuerde lo que dije: Vd. va á ser omnipotente por una noche; va á tener á su disposicion un pueblo armado y furioso. Veremos el partido que saca de esos elementos. Ánimo, y salga lo que saliera. Vaya Vd. hasta donde quiera ir.

—Bien—dijo Martin—yo haré lo que me convenga y aquello que sea expresion de mis sentimientos y de mis ideas.

—Al grito de *abajo Godoy*, una Vd. la idea que más le agrade. Las revoluciones, á lo que yo entiendo, se hacen por inspiracion y no por cálculo. Dios sabe lo que saldrá de este frenesí.

—Pero yo me encuentro sólo—dijo Martin con angustia.—No encuentro quien sienta lo que yo siento: nadie responde á la idea que yo tengo formada de la revolucion. No hallo más que bajas ambiciones, egoismo, envidias; gente vulgar que ha concebido un cambio de gobierno, y nada más. Si, como Vd. dice, soy omnipotente una noche, en esa noche yo me creo capaz de infundir mi pensamiento en la accion ciega é infecunda que se prepara. Si el pueblo supiera comprender ciertas cosas, si pudiera conocer lo que es y lo que vale, entónces.....

—El pueblo lo comprenderá, ¿por qué no?—dijo D. Ventura.—La prueba está cercana. Esta noche sin falta parte Vd. para Toledo. Aquí tiene Vd. cuatro cartas, una para Aranjuez y tres para Toledo. En cuanto Vd. llegue á esta última ciudad, una persona le informará de todas las particularidades de la cosa; verá Vd. la fuerza de que se dispone, el espíritu que la anima; en fin, conocerá Vd. mejor que ahora lo que tiene que hacer.

—¿Esta noche?—dijo Muriel guardándose las cartas.

—Sí, á las diez en punto. En la Venta le esperan á Vd. buenos caballos y los hombres que le han de acompañar.

—¿Y Susana?

—Corre de mi cuenta.

—Quiero ponerla en libertad y devolverla á su familia. Desde que conozco á Corchon comprendo que no hemos de libertar á Leonardo por este medio.

—¡Oh! se equivoca Vd. Si el Consejo Supremo lo toma con empeño.... ¿Cuándo piensa ponerla Vd. en libertad?—dijo Rotondo fingiendo que aquel asunto no le importaba gran cosa.

—Ahora mismo.

—¡Qué disparate, qué locura! Pues si tengo entendido que ya el inquisidor general habrá expedido allá órdenes terminantes..... Esperemos hasta a noche.

—Bien, esperemos—dijo Martin mirando al corredor.

En seguida dió algunos pasos hácia la escalera con intencion de subir, pero se detuvo meditando, y retrocedió al fin.

—¿Le tiene Vd. miedo todavía?—preguntó D. Buenaventura sonriendo.

—La veré despues—dijo, y volvió á mirar.....

Pero sólo el pobre la Zarza atravesó la crugía, exclamando: «¡Desdichada princesa de Lamballe! Ya se acerca tu última hora.»

CAPÍTULO XIX.

La Sentencia de Susana

I.

D. Miguel de Cárdenas, vencido por su acerbo dolor, continuaba rechazando todo consuelo. Nadie entraba en su cuarto á arrancarle de sus tristezas, y tal era su hipocondría, que ni aún habia querido verá su hermano e conde de Cerezuelo, llegado al mediodía en litera, postrado y moribundo. Al saber la noticia del secuestro, el pobre solitario de Alcalá, que se hallaba en fatal estado de salud, se empeoró de tal suerte, que el Sr. Segarra tuvo sérios temores y llamó á todo el protomedicato de la ciudad complutense.

A pesar del dictámen contrario de los médicos, el conde se empeñó en ir á Madrid, y no hubo remedio: fué preciso encajonarlo, exánime y calenturiento, en una litera y trasladarle á la córte. La idea de que su hija habia sido robada por Martin Muriel, y la idea aún más espantosa de que su hija habia concebido una violenta pasion por aquel hombre abominable, turbaron su ánimo de tal modo, que parecia estar próximo el instante en que aquel espíritu acabara de aburrirse en este mundo.

Su hermano no quiso verle, sin duda porque no se renovara el dolor de uno y otro. Subieron al conde y le prodigaron los auxilios que D. Miguel rechazaba; pero el pobre viejo llamaba á Susana sin cesar.

Caia la noche y D. Miguel esperaba con mortal ansiedad á su barbero. Este llegó al fin por la puerta escusada, diciendo á la servidumbre que venia por unas pelucas, las cuales era menester limpiar.

—¡Ah! al fin viene Vd.—dijo D. Miguel en voz baja—ya estaba yo con un cuidado....

—Esté Vd. tranquilo, todo va bien. Le prometí á Vd. que no pareceria, y no parecerá.

—¡Oh, baje Vd. la voz; me parece que nos han de oir las paredes! ¿Sabe Vd. que ha llegado mi hermano de Alcalá? ¿No siente Vd. su voz allá arriba?

En efecto; de vez en cuando se sentian los lastimeros quejidos del conde y las angustiosas voces con que llamaba á su hija.

—¡Infeliz!—dijo D. Buenaventura—¡cómo la llama!

—Pero es lo cierto que no parecerá.

—¿Qué ha hecho Vd? ¡Oh! me estremezco al pensarlo..... ¡un espantoso crimen!

—Tranquilidad, amigo, calma. Hace un rato que Muriel ha querido ponerla en libertad.

—¡En libertad! ¡Entónces todo perdido!

—Pero ya he conseguido disuadirle, y cuando él vuelva á casa..... ya será tarde.

—¡Oh! ¿Se atreverá Vd. á....?—dijo Cárdenas, con una voz tan floja y débil, que parecia modulada por las sábanas.

—Cuando es preciso hacer una cosa, se hace.

—Es tremendo; pero..... Y él, ¿no lo impedirá?

—El parte esta noche. No creo que vuelva á casa, porque ya le he dado las cartas que ha de llevar; pero si llega..... no encontrará más que un cadáver.

—¡Silencio, oh, silencio!—exclamó Cárdenas, lívido y tembloroso—pueden oir. ...

—Cuando se descubra, ¿á quién puede imputarse el hecho sino á él?

—¿Pero, cómo, cómo, quién?—preguntó Cárdenas, más con las miradas que con la voz.

—Es cosa segura. Doloroso es, pero no hay otro remedio. Voy á explicar á Vd. lo que he dispuesto, y lo que debemos hacer aquí. Sotillo tiene mano segura, y como experto en esta clase de negocios, lo hará bien.

—¿Sotillo?.... ¡Ah!

—Sí: á las nueve..... son las ocho y tres cuartos..... A las nueve cumplirá su encargo puntualmente. He fijado esta hora porque Martin no puede ir ántes á la casa, si es que va, que no lo creo. Está en San Francisco con fray Jenónimo.

—Bien..... ¿Y á las nueve?....

—A las nueve..... se acabó. El puede hacerlo ántes si quiere; pero despues de ninguna manera.

—¿Y cuándo lo sabremos á punto fijo?—pregnntó Cárdenas, siempre receloso, y no atreviéndose á creer en el feliz éxito del crímen.

—Pronto, muy pronto: verá Vd. lo que he dispuesto. Cuando todo esté concluido, Sotillo vendrá aquí y dará con su baston dos golpes en esa ventana que dá á la calle del Factor. Esos golpes indicarán que la cosa está hecha y que ha salido bien.

Cárdenas miró á la ventana con aterrados ojos como si ya escuchara en ella la fatal seña. Despues, los dos personajes callaron y estuvieron largo rato sin mirarse. D. Miguel tenia un aspecto cadavérico, á causa no sólo del ayuno que se habia impuesto para fingir mejor su pena, sino de la emocion profunda que experimentaba en aquel momento. Rotondo tampoco estaba tranquilo, por más que se esforzara en parecerlo: aquella noche se le veia con más recelo que de ordinario. No daba un paso sin mirar á todos lados; hablaba con voz apagada y ténue, y además, una intensa palidez cubria su semblante, del cual habia desaparecido el mohin festivo que le era habitual. Si al lector le fuera posible poner su mano derecha sobre el corazon de uno de ellos y su izquierda sobre el del otro, se haria cargo de la situacion de espíritu de aquellos dos hombres callados, lívidos, esperando atentos y temerosos, á la vez con miedo y con deseo, la señal que indicaba un espantoso crímen. Al menor ruido que sonaba en la calle, los dos se extremecian, pero no se miraban. De vez en cuando Cárdenas exhalaba un hondo suspiro, y Rotondo volvia la cabeza, recorriendo con la vista todo el recinto de la habitacion.

Pasaron minutos y minutos, dieron las nueve, las nueve y media y la señal no sonaba. En la habitacion habia una ventana con celosía al través de cuyos calados podia verse perfectamente la cabeza de los que por la calle pasaban. Pasaron algunos, y al sentir los pasos Rotondo, dirigía rápidamente la vista hácia aquel sitio. El tiempo corria lento y angustioso, como si se empeñara en alargar el momento fatal; pero al fin se sintió en la ventana el chirrido discordante que produce un baston al pasar rozando con una celosía. Los dos se extremecieron y miraron: una sombra cruzó por la calle: el ruido se repitió al poco tiempo. Era la señal; ya no habia duda.

—Ya.....—dijo D. Miguel con voz que parecia última modulacion de un moribundo.

—Ya.....—dijo Rotondo procurando vencer su agitacion.

Este se levantó y se acerco á la celosía: al través de ella reconoció á Sotillo que se paseaba á lo largo de la calle. Al volver á su asiento, la fisonomía de Cárdenas le infundió espanto. Estaba lívido, con los ojos

desmesuradamente abiertos, suspenso el hálito y las manos apretadas contra el pecho. Despues se apoderó de él un repentino abatimiento, y exclamó con voz dolorida: «Pobre Susanilla.»

—Ya no existe—dijo Rotondo esforzándose en cobrar su acostumbrada serenidad.

—¡Oh! yo no puedo resistir esta impresion—añadió Cárdenas.—Me parece que la veo, me parece que va á entrar por esa puerta.

D. Buenaventura, á pesar de su carácter refractario á la supersticion, no pudo librarse de una corriente glacial que circuló por todo su cuerpo. Miró detrás de sí como el que espera ver un espectro, pero pronto recobró el dominio sobre sí mismo, se sonrió, y dijo:

—Tranquilícese Vd. Todavía nos falta algo que hacer. ¿Puedo salir y volver á entrar sin que me vean en la casa? Necesito hablar un instante con ese hombre.

Cárdenas no contestó. D. Buenaventura estuvo dudando un momento y al fin salió por la puerta escusada, estando fuera unos diez minutos. A su vuelta, su amigo estaba en la misma postura, con los ojos fijos en la misma parte del suelo, los brazos caidos y la ropa en desórden.

—Todo ha concluido—dijo Rotondo.—¡Oh! el maldito se empeña en que ahora mismo le dé la recompensa que prometí. Le he mandado que se aleje al instante.

Al decir esto, se miraba atentamente su ropa.

—Temo—continuó—que me haya manchado de sangre: venia hecho un carnicero. No: no me ha manchado.

Acto continuo cerró la ventana y se sentó junto á su amigo.

II.

—Aún falta algo que hacer—dijo.

—¿Qué?

—Vd. llama ahora á su familia y le dice que ha recibido un aviso indicándole el sitio donde está secuestrada Susanita.

—¡Irán allá!—exclamó Cárdenas con horror.

—Pues precisamente: eso es lo que se quiere. ¿Continúa el doctor activando las pesquisas?

—Sí; ¿y el marqués, á quien al fin han sacado esta tarde de la cárcel? Está hecho una furia y en poco tiempo ha revuelto todo Madrid: le busca á Vd. con mucho afan. La Pintosilla está presa.

—Pues ya vé Vd. Esta situacion tiene que concluir. Si me persiguen con tanto ahinco es probable que al fin den conmigo. No hay otro medio para aplacar á esa gente que hacerles encontrar lo que buscan. Sólo así me dejarán en paz.

—Hacerles conocer la casa de la calle de San Opropio: ¿no es eso?—preguntó Cárdenas tratando de ver claro el plan de su amigo.

—Precisamente: eso habia yo pensado al determinar lo que ha pasado. La casa queda enteramente abandonada: he hecho salir de allí á la vieja que la guardaba, y he sacado todos mis papeles. No encontrarán más que á la Zarza y el cadáver de la pobre Susanita.

—¡Oh! no la nombre Vd.—dijo Cárdenas con nuevo terror—me parece que la veo, que la veo entrar.....

—Ahora se hace lo siguiente: Vd. llama al marqués y le dice que hallándose en este cuarto entregado á su acerbo dolor, un hombre ha pasado por la calle, se ha detenido junto á la ventana y ha arrojado dentro un papel..... aguarde Vd., voy á escribirlo—añadió haciendo con febril agitacion lo que decia.—Este papel..... un anónimo que dice simplemente: «*Calle de San Opropio, número* 6.» No hace falta más..... Le envolvemos en una pieza de dos cuartos para simular mejor que lo han tirado.

Todo esto lo hacia y decia Rotondo con tal precipitacion y viveza, que el perezoso entendimiento de su amigo tardaba en comprenderlo. Al fin se hizo cargo de la estratagema y la creyó excelente.

—Ahora yo me escondo—dijo D. Buenaventura—mientras Vd. llama al marqués.

—En la escalerilla de la puerta excusada: nadie puede pasar por ahí.

Ocultóse Rotondo, y D. Miguel tiró de la campanilla. Al punto entraron dos criados y doña Juana.

—Mirad, mirad—exclamó Cárdenas enseñando el papel—mirad lo que han arrojado por la ventana.

—¿Quién?

—Un hombre..... uno que pasó..... ¿Será esto una revelacion?

—¡Oh! sí..... calle de San Opropio, núm. 6,—dijo el marqués, que tambien habia acudido al sentir el fuerte campanillazo.

—Corred, corred allá—dijo Cárdenas dejándose caer desfallecido en el lecho.

—Vamos al instante, sin perder un minuto. Esto ha de ser un aviso—añadió el marqués saliendo del cuarto.

—¿Y mi hermano?—preguntó D. Miguel á su esposa.

Esta, por toda contestacion, elevó los ojos al cielo y exhaló un hondo suspiro.

—¡Oh! quiero estar solo; no quiero ver á nadie. Váyanse todos de aquí —dijo el tio de Susana hundiendo la cara entre las almohadas.

—Por Dios, así no puedes vivir—exclamó su esposa—te acompañaremos: tú estás muy mal; tienes una calentura horrorosa.

—Déjame, no; no quiero nada.

—¿No estaba aquí el maestro Nicolás?

—¡Ah!.... no—repuso Cárdenas con agitacion.—Estuvo, sí, por unas pelucas; pero se ha marchado. Déjame: vete, quiero estar sólo.

Insistió la dama; peroal fin, viendo que no podia vencer la tenacidad del atribulado consorte, se retiró. El despacho quedó otra vez en profundo silencio, y D. Buenaventura apareció de nuevo.

—No haga V. ruido, por Dios.....—dijo Cárdenas al ver á su amigo, cuya figura, al destacarse en el fondo del cuarto, se asemejaba á un espectro que habia atravesado la pared, como es costumbre en las visitas de ultratumba.

Rotondo siguió avanzando con pisadas de ladron.

—Pueden oir.....—añadió Cárdenas.—Bueno será echar el cerrojo á la puerta.

D. Ventura lo hizo con tal delicadeza que nada se sintió.

—Alguien anda por el pasillo.

—No: nadie se acuerda ya de nosotros. Vamos á cuentas—dijo Rotondo.

—Vd. esta aquí mucho tiempo. ¿No seria mejor que se fuera para no dar lugar á...?

—¿Y los cien mil duros?

—¡Ah! Es verdad: ¿pero tan pronto? Espere Vd. á mañana.

—Es imposible—contestó el fingido barbero con impaciencia—no puedo esperar ni un momento más. Esta noche no necesito sino veinte mil; pero me son indispensables. Los gastos de la conspiracion son tan grandes.....

—¡Oh! yo no estoy ahora para eso.....—balbuceó con su desfallecida voz el hermano del conde de Cerezuelo.

—No hay otro remedio, Sr. D. Miguel—dijo Rotondo con decision.—Yo no me voy de aquí sin llevarme ese dinero. ¿Me lo dá Vd?

—¡Oh! ¡qué empeño! bien..... bien. Será lo que Vd. quiera—contestó con humor endiablado el señor de Cárdenas.

Y al decir esto entregó una llave á su amigo, señalando la caja que estaba á los piés de la cama. Era un pesado arcon de hierro, cuya tapa, al ser abierta por D. Buenaventura, sonó con un lastimero quejido.

—¡Oh! cuidado, que oyen—dijo D. Miguel—abra V. despacio.

Así lo hizo, y los goznes de aquel viejo y roñoso mueble, donde se guardaban los ahorros de treinta años de sordidez, apenas exhalaron un imperceptible rumor, semejante al que produce el vuelo de un insecto que cruza velozmente junto á nuestros oidos.

Cárdenas miró con intensa expresion de dolor y desconsuelo la mano del maestro Nicolás, internándose en la profundidad de la caja y tocando los sacos de monedas; y aquí les dejamos por ahora, acudiendo á otros sitios, donde ocurren escenas dignas de especial mencion.

CAPITULO XX.

Del fin que tuvo la prision de Susana.

I.

Dejamos á Susana en el momento en que cayó sin sentido aterrada por a aparicion y las palabras del loco. Cuando recobró el conocimiento, aquel terrible espantajo de la hopalanda negra y del rostro desencajado y cadavérico ya no estaba allí, si bien su voz se oia lejana, cual si riñera con álguien en el lugar más apartado de la casa. Susana se dirigió, ó más bien se arrastró hácia el lóbrego cuarto de que habia salido, y pudo á tientas hallar su jergon, donde se arrojó con desaliento. La luna habia desaparecido y una oscuridad intensísima envolvia la galería, no permitiendo ver objeto alguno, á excepcion de la descarnada y alta columnata que daba la vuelta al cuadrilátero del patio.

La jóven esperaba con ansiedad la aurora, creyendo que le traeria la explicacion del enigma de su rapto, y el conocimiento exacto del sitio en que estaba y de la gente en cuya compañía iba á vivir en lo sucesivo. Se engolfaba su pensamiento en congeturas sin fin, tratando de hallar la oculta lógica de aquel suceso, y la figura de Martín pasaba sin cesar ante sus ojos, como el nombre daba vueltas en su cerebro. Al rededor de esta figura y de este nombre, giraban todas las ideas y todas las imágenes que turbaron el espíritu y los sentidos de la noble dama en tan angustiosa noche. A ve-

ces creia que aquello habia sido la extratagema de un repentino y arrebatado amor, ó la venganza de un desaire cruel, ó el desahogo de un violento despecho. A veces pensaba que era simplemente víctima de una cuadrilla de ladrones, y que se la habia secuestrado con el único objeto de exigir á su familia crecida suma por su rescate.

Comenzó á despuntar el alba y con sus primeros resplandores la esperanza en el pecho de Susana. Contaba las horas en su imaginacion, porque no se sentia sonido de reló alguno, como si en la soledad y abandono de aquella casa ni aun debiera marcarse la marcha del tiempo. El dia avanzaba. De pronto, y cuando hacia un rato que habia amanecido, sintió que se abria una puerta: un ruido de pasos indicó que álguien entraba, y despues creyó sentir la voz de Muriel. Detuvo su aliento para escuchar mejor y, efectivamente, era él: hablaba con otro cuya voz Susana no conocia; pero la conversacion no duró mucho tiempo, y los dos se alejaron.

Un poco más tarde, sintió el cacareo de una gallina y una voz de vieja, qúe parecia venir del patio. Despues, alguien subia la escalera, atravesaba el corredor y llegaba á la puerta. Era la tia Socorro, viuda del ilustre mártir del Rosellon. Susana se alegró al ver delante de sí un sér humano á quien interrogar sobre su situacion. Creyó encontrar en aquella mujer la sensibilidad propia del sexo, y se incorporó en su jergon para hablarle. La vieja le traia de comer en un plato de barro, que puso sobre la silla juntamente con un pan y un cántaro de agua.

—¿En dónde estoy? ¿Para qué me han traido aquí? ¿Quién vive en esta casa?—preguntó con angustia Susana.

La vieja, que por un contraste notable se llamaba la tia Socorro, volvió la espalda sin contestar una palabra; salió, cerró la puerta con llave y se marchó. Al oir Susana el áspero chirrido de la mohosa llave, cuando la vieja la sacó para guardársela en el bolsillo, se sublevó en su espíritu el orgullo y la cólera, abatidos por la sorpresa del primer momento. Al verse encerrada en aquel escondrijo, prorumpió en gritos de dolor, exclamando: *¡socorro, socorro!* La vieja, que se oyó llamar por su nombre, volvió y aplicando su boca al ojo de la llave, dijo:

—¿Para qué me llamais, madamita? Mejor cuenta os tendria dejarme en paz. Vaya, desques que le he puesto ahí un almuerzo como el de una reina.

—¡Infames! ¡Bandidos!—exclamó Susana.

—¡Ah! sino cerrais el pico creo no faltará quien le ponga un punto en la boca. Vamos, silencio y no me vuelva á llamar.

Susana tuvo miedo y calló; pero fué para derramar un copioso llanto de rabia que le escaldaba las mejillas. Arrojada sobre el jergon, movia sus brazos con convulsiones espantosas, ya golpeándose la frente, ya crispando los dedos entre los rizos ds sus cabellos en desórden, ya clavando las uñas en sus propios brazos hasta acardenalárselos sin piedad.

El cuarto era pequeño, y la puerta que era, aunque viejísima, muy sólida, tenia en su parte superior un gran hueco por donde entraba el aire y la luz. Susana observó rápidamente todo esto, porque la idea de escaparse cruzó por su mente en medio del vértigo de su rabia, como cruza el fulgor del relámpago el ámbito renegrido de la atmósfera cargada de tempestades. Pero no era posible huir. Aun suponiendo que saliera del cuarto, ¿cómo salir de la casa?

Una sobreescitacion cerebral muy violenta, acompañada de fuerte irritabilidad nerviosa, no puede durar mucho tiempo, porque romperia la máquina humana, incapaz de resistir la escesiva actividad de sus propios resortes. Pasando el tiempo, Susana se calmó; se extendieron sus brazos, reposó su cuerpo dolorido como si acabara de sufrir una ruda caida, y su aliento se apaciguó cansado de su misma sofocacion. Al entrar en este período de reposo, Susana sintió un hambre vivísima: miró á su lado y vió la comida; pero apartó la vista con asco de aquel plato lleno de repugnante gazofia, y únicamente tomó el pan. Pero apenas lo hubo probado, lo arrojó léjos de sí: el hambre que sentia era ilusoria. Creyó entonces tener sed: aplicó el vaso á sus lábios, más lo apartó en seguida. Tampoco deseaba beber.

Fué poco á poco cayendo en un lento y perezo sopor, resultado de la gran vigilia que habia experimentado su cuerpo; pero no reposó su espíritu en el seno blando y profundo del sueño: se aletargaba tan solo, sintiendo todos los trastornos dolorosos del delirio, sin perder la terrible pena de la realidad. Dormitaba con ese sueño más parecido á la locura que á la dulce muerte; estado de contínua aberracion en que presenciamos el desfilar disparatado de toda lo imposible en el mundo de la idea y de la imágen.

II.

Así estuvo largo rato sin apreciar el tiempo que trascurria, hasta que al fin su excitacion se fué calmando y durmió, aunque brevemente. Al despertar notó ruido de voces en el patio; pero no reconoció la voz de Martin. Se alejaron y todo volvió á quedar en silencio. Esto la hizo pensar que su prision iba á durar indefinidamente, y que habian resuelto abandonarla, con lo cual su afliccion fué indescriptible, y empezó á llorar, sin la violenta

desesperacion de ántes, pero con más dolor real y mayor tribulacion en el alma.

Pasaron las horas con lenta monotonía, sin que ningun accidente alterara la tristeza de aquella mansion encantada y llegó la noche. Sintióse entumecida y con deseos de andar, y se levantó para dar algunas vueltas por el cuarto: pero bien pronto se sintió débil y hubo de tenderse otra vez. El cuarto estaba enteramente oscuro, y la alucinada fantasía de la infeliz prisionera, débil por el insomnio y el ayuno, se complacia en revestir aquella densa oscuridad con los girones resplandecientes de una fantástica y confusa vision de colores. El hastío, la pena y la oscuridad desarrollan en nuestro sentido óptico la facultad de poblar de rayas, círculos y fajas de luminosas tintas el espacio en que lloramos y nos aburrimos.

Aletargada aquella noche, como lo habia estado por la mañana, se creyó trasportada á otro recinto. Las paredes de aquel tugurio se extendian y separaban formando un ancho salon: algun génio invisible colgaba de estas paredes soberbios tapices, con hermosísimas flores, pájaros y ninfas. Grandes cornucopias sostenian multitud de luces, reflejadas hasta lo infinito por hermosas lunas. Jarrones de plata sostenian expléndidos ramilletes, y el suelo, abrigado por una blanda alfombra de mil colores, apagaba el ruido de las pisadas. Las pisadas, ¿de quién? Allí entraba uno, el más hermoso y el más amado de los hombres; uno cuya vista tan solo imponia respeto; era grave y tenia en sus modales como en sus ademanes la majestad del que vive acostumbrado á mandar y á ser obedecido. En su vestido, lo mismo que en su rostro, todo revelaba la superioridad, y era tan noble de aspecto como correspondia á la elevacion y firmeza de su carácter, hecho á la dominacion y templado al rigor de las luchas sociales. El corazon creia reposar de un largo é inútil ejercicio amándole, y la vista descansaba en él como hallando el término de mil investigaciones ansiosas en busca de aquel mismo objeto. Aquel hombre era el único que existia digno de ella. Pero en la preocupacion de sus graves asuntos; en su afan contínuo por imponer su voluntad y dirigir la sociedad humana, apenas era accesible á lo que él llamaba las frivolidades del amor. Sin embargo de esto, era indispensable amarle. Si él hubiera puesto los ojos en otra, habria sido preciso morir de pena, dando por terminada la jornada de este mundo..... Todos le rodeaban considerándose felices con merecer de él una mirada: los más expertos se sometian á sus dictámenes; los más ancianos le consultaban todo; los jóvenes pugnaban por parecerse á él remotamente, y los niños decian á sus madres que querian ser lo que él era.

Como desaparecen las imágenes de un juego de óptica recreativa al extinguirse la luz que los produce, así huyó aquella fantasmagoría. Martin recobró ante la imaginacion de la jóven su aspecto habitual, y se representó con su humilde traje, brusco, áspero, con su torva seriedad y su vivo y atrevido lenguaje. El carácter era el mismo; pero ¡ay! cuán distinto aparecia con la ruda corteza de un hombre del pueblo, enemigo á muerte de la gente noble, aspirando á destruir los explendores viciosos de la antigua sociedad.

Rodeábanle personajes de mala facha, dispuestos á satisfacer del modo más vil sus rencorosos instintos contra la grandeza; se agitaba él con inquietud afanosa, como quien jamás encuentra lo que busca, ni llega al punto á donde va; el temple viril de su alma se exageraba en vivísimas cóleras y en escentricidades sin cuento. Era el mismo hombre, pero en tal situacion, que parecia imposible..... imposible descender hasta él.

Todas estas sombras fueron huyendo para volver despues y alejarse de nuevo, hasta que al fin la dejaron sola con la realidad invariable é insensible al soborno de la imaginacion.

Al siguiente dia se repitió la misma escena con la tia Socorro, que le dejó lo que ella llamaba *almuerzo para una reina*, y se fué cerrando la puerta. Pasó toda la mañana en una inquietud indescriptible, corriendo de un rincon á otro del cuarto, tendiéndose para volver á levantarse, hasta que sintió ruido de voces en el patio. Picóle la curiosidad, puso la silla junto á la puerta, se subió en ella, y, asomándose por el gran agujero que en lo alto habia, pudo ver perfectamente quiénes eran los que hablaban. Eran Martin y D. Buenaventura, segun indicamos anteriormente.

Ella notó que Martin se espresaba con acaloramiento y energía, y que el otro como que intentaba convencerle. Martin miraba con frecuencia hácia el sitio donde ella estaba, y el otro tambien fijaba allí la vista con sonrisa burlona. El jóven se levantó de la gran piedra sillar donde los dos estaban sentados, y dió algunos pasos como para subir; pero luego retrocedió, variando de pensamiento. Entretanto ella ponia toda su atencion en el semblante de aquella persona desconocida, á quien recordaba haber visto en alguna parte.

Salió despues Martin; pero ella quedó en su observatorio y vió que entraron otros dos, en cuyas fachas creyó reconocer á los que la arrebataron en casa de la Pintosilla. Entraron todos en algunas habitaciones bajas y volvieron á salir. Por último, el que parecia ser principal salió tambien llevando algunos papeles y dos ó tres cajitas pequeñas. Aquel hombre miró

otra vez la puerta del encierro de la jóven con tal expresion de malignidad, que ésta no pudo ménos de estremecerse. Salieron todos llevando varios objetos, y despues se fué tambien la vieja con un gran lio de ropa á la cabeza y dos gallinas atadas por las patas, que cacareaban despidiéndose de su antigua morada. Aquella salida de todos los habitantes de la casa llenó de profundísima tristeza el corazon de la cautiva: le parecia que todos los que se iban la habian acompañado alguna vez; creyóse en aquel momento más sola que antes. La Zarza unicamente no se habia ido, y el arrastrar de sus plantuflas se oia en los corredores inmediatos. Se quedaba sola en la casa con aquel espectro, objeto de su perpétuo espanto. Cuando sintió que los fugitivos cerraban desde la calle las puertas, bajó de la silla como quien baja el último peldaño de un panteon. «¡Estoy enterrada en vida!»—dijo procurando fijar el pensamiento en Dios y aplacar los rencores que bullian en su pecho.—Este cuarto es mi sepulcro.

III.

Esta idea la sumergió en profunda meditacion. Su alma sabia acometer cara á cara, digámoslo así, las situaciones tremendas y decisivas. Si su condicion femenina la arrastraba á la desesperacion ruidosa é inconsolable, como el llanto de los niños, tambien tenia momentos de viril entereza, propia de los espíritus valerosos. Arrojóse en su jergon, y quieta, y con los ojos cerrados, quiso morir en aquel momento. Su padre, su tio, doña Juana, Segarra, Pablillo, Pluma, sus amigos, allegados y conocidos, todos pasaron en fúnebre procesion ante los ojos de su fantasía. Se esforzó en pensar en Dios; pero su pensamiento no llegó hasta allá, quedándose algo más cercano.

Vino la noche, la segunda noche de su encierro, y ella continuaba absorta en la consideracion de su siniestro fin, cuando sintió que abrian la puerta de la calle. Su corazon latió de esperanza, y se incorporó en el lecho prestando atencion. Una persona entró en la casa. «No puede ser otro que Martin»—dijo ella. La persona subia: uno á uno contó Susana los escalones como se cuentan las campanadas de un reló que nos anuncia algo que esperamos con afan. El hombre se acercaba, llegó por fin á la puerta, la abrió con llave que traia y se presentó en el dintel. No era Martin. Era uno de aquellos que vió en casa de la Pintosilla y despues en el patio hablando con el desconocido. Susana se quedó mirándole suspensa y sin aliento, dudando si alegrarse de aquella aparicion ó temerla más.

Sotillo, pues no era otro, permaneció un rato en la puerta procurando enterarse bien de lo que dentro del cuarto habia. En una mano traia una linterna, y escondia la otra en su pecho, como quien va á sacar alguna cosa. Era un hombre flaco, amarillo y escuálido, vestido de andrajos y con una torva y recelosa mirada que completaba en él la estampa de la miseria sublevada y turbulenta.

Recorrió con el rayo de luz de su linterna todo el recinto de la habitacion, hasta que iluminó el rostro aterrado de la pobre Susana, que yacia en su jergon más muerta que viva esperando á ver en qué pararia aquello. Entonces dió algunos pasos hácia dentro y cerró la puerta. Siguió mirándola atentamente y dijo en voz alta:

—¡Qué guapa es!

Despues se observó en su cara ese mohin que hacemos al desechar una idea importuna, y se adelantó con paso resuelto hácia la dama. Esta dió un espantoso grito y se refugió en el rincon del cuarto.

—¡Ah!—exclamó despavorida—vais á matarme. ¡Socorro!

—No grites..... diablo de muchacha—dijo Sotillo.—La verdad es que no me atrevo..... Ven aca, ven.

Parecia como que dudaba y más de una vez retrocedió. El mismo queria animarse y la estúpida sonrisa con que aparentaba burlarse de su cobardía, daba más terror á la prisionera que el puñal que tenia en la mano.

—Pero yo..... ¿qué os he hecho?—dijo Susana—siempre temblando, pero más bien en tono de súplica que de protesta.—¿Por qué quieren matarme?

—¿Por qué?—contestó Sotillo pasando el dedo por la hoja de su arma.—Eso pregúnteselo Vd. á..... Por algo será.

—¿Martin me quiere matar? ¿Martin?

—¡Ah! no..... no: es..... Pero el demonche de la mujer, yo que vengo aquí para eso, y no me atrevo ....

—¡Ah! ¿Viene Vd. para eso?—dijo Susana entreviendo un débil rayo de esperanza.—No me mate Vd. yo le daré lo que quiera, yo le haré rico. Yo soy muy rica.

—Sí, pero..... ¡Oh! ¡qué guapa es!—repitió Sotillo;—¿Vd. no sospechaba?

—No; yo creia que me iban á poner en libertad—dijo Susana con voz entrecortada.

—No: eso no puede ser. Yo he venido aquí para despachar, y..... es preciso.

—¡Por Dios! ¡Por la Vírgen..... yo le haré á Vd. rico, yo..... yo tengo parientes poderosos; le descubrirán á Vd. y entónces!....

—Tonta, á mí no me descubre nadie..... Pero ven acá..... ¿cómo siendo tan guapa te tienen aquí? Oye: yo he venido aquí á matarte.

—¿Martin..... Martin me quiere matar?

—No, es preciso despachar ántes que él venga. Oye: yo he venido á eso; pero..... pero.....¡Caramba, qué guapa eres!

Al decir esto alargó la mano y tocó la barba de la jóven, acompañando el gesto de un áspero chasquido con la lengua. Susana se retiró hacia atras con tanto horror como si sintiera en su cara la fria punta del puñal.

—No te asustes..... ¡bah! en vez de agradecerme que no te haya despachado..... Pues yo he venido á esto, pero me has desarmado, chica: yo soy así. Vamos á tratar aquí los dos.

Diciendo estó guardó el puñal y se sentó en la silla acercándose más á Susana, que no pudo ménos de volver la cabeza cuando llegó hasta ella el aguardentoso aliento del asesino.

—Yo he venido á matarte, prenda;—dijo—pero no te mato, si tú..... pero ¿á qué vuelves la cara?—añadió bruscamente tomándole una oreja.—Mírame bien..... ya no te mato..... vamos, pierde el miedo.

Susana, en su desesperacion, quiso levantarse y refugiarse en el rincon opuesto; pero él la contuvo.

—¡No!—dijo la dama cerrando los ojos y cruzando los brazos sobre la cara.—¡No! prefiero mil veces la muerte.

Trascurrieron unos segundos en que la jóven esperó recibir la herida mortal; pero sólo sintió sobre su hombro la mano del asesino, pegajosa á causa del sudor, pesada como una maza y caliente como una cataplasma. Aquel contacto le produjo tal horror y repugnancia que saltó corriendo al rincon opuesto. Siguióla Sotillo con furor insensato; pero ella se escurrió junto á la pared y burló por algunos instantes su persecucion, al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas: «¡favor, socorro!» El asesino, á pesar de su exaltacion, comprendió que era preciso hacerla callar y concluir de una vez. Blandió su puñal, y ya iba á descargar el golpe cuando se oyó una voz que decia: «¡Malvado, infame; detente!» En el mismo momento se abre la puerta y aparece una figura alta y descarnada, que contempla con sus extraviados ojos aquella escena.

Sotillo, que no habia visto nunca á La Zarza, ni tenia noticia de que allí existiera semejante hombre, se sobrecogió de tal modo con su súbita aparicion, que dejó caer el arma y se puso á temblar como un azogado. La Zarza se dirigió á él y asiéndole por el cuello con su huesosa mano, le sa-

cudió con tanta fuerza que le obligó á arrodillarse. Al mismo tiempo dijo:

—¡Oh infortunada princesa. Este malvado quiere acelerar vuestro fin cuando solo al pueblo por medio de los instrumentos de la ley corresponde daros la muerte! Y tú, traidor, que deshonras con el crímen la causa de la igualdad, ¿no sabes que mañana al rayar el dia todos los presos de la Abadía y de la Fuerza han de ser llevados á la guillotina para que expien las faltas de cien generaciones de despotismo? Ya te conozco, aunque ocultes el rostro. Tú eres Hebert, el cruel y repugnante Hebert, siempre sediento de sangre y de venganza. Tú deshonras la revolucion con tus excesos. Que mueran, sí, pero no á manos de una horda de enemigos. La vigilancia de la Abadía me está confiada, y yo respondo de la vida de los presos, miserable. Yo los entregaré á la ley como ésta me los ha entregado, y ¡ay del que os toque en la punta del cabello, desdichada princesa! Vuestra cabeza ha de ser paseada mañana por las calles, y se le mostrará á la reina en las ventanas del Temple. Pero no temais que ántes de la hora fatal os veais inmolada por la mano de torpes sicarios.

Sotillo, que era supersticioso, se acobardó al principio; pero repuesto del susto al comprender que no era La Zarza ningun visitante de ultratumba, trató de levantarse. El loco tomó este movimiento por un esfuerzo de defensa y cogiendo el puñal que en el suelo estaba caido, amenazó con él á Sotillo. Este se abalanzó para arrebatárselo; pero el loco le dirigió un golpe, que recibió el asesino en el brazo: al punto comprendió éste que la cosa no iba de broma y retrocedió; pero La Zarza le acometió de nuevo, y entónces el otro, ya desarmado y viendo aquel espantajo que sobre él venia, emprendió la fuga por el corredor y bajó, seguido siempre del loco, que gritaba: «Infame y sanguinario Hebert, espera y te enseñaré como se castiga á los traidores.»

En aquel momento se sintió que abrian la puerta de la calle y entró Martin, el cual no vió á Sotillo, que debió de ocultarse en alguna habitacion baja, si no estaba ya en la calle: el loco se detuvo para reconocer al jóven y, cambiando repentinamente de tono y de espresion, arrojó el puñal diciendo:

—¡Ah! eres tú, querido Robespierre: ¡qué á tiempo vienes! Hebert, con una horda de salvajes, ha querido inmolar á los presos que tengo encargo de custodiar en la Fuerza y en la Abadía. ¡Siempre el mismo Hebert! ¡Bien dices tú que está deshonrando á los jacobinos y manchando con sangre la más alta idea!

—Bien, déjame ahora—le dijo Martin para verse libre de su impertinente locura—tengo que hacer: espérame allá.

—¿En los jacobinos ó en la convencion?

—Donde quieras—contestó subiendo la escalera y dejando en el patio á La Zarza.

En seguida penetró en la prision de Susana.

CAPÍTULO XXI.

La nobleza y el pueblo.

I.

—¡Oh, es Vd.!—dijo la jóven al verle entrar.—Ya me consideraba muerta. No sé cómo he resistido á tantos horrores.

—¿Quién ha estado aquí?—preguntó Muriel.

—¿Quién?—contestó temblando todavía, y aún llena de terror Susana.—Un hombre que decia tener el encargo de matarme. Me ha salvado ese que vive en la casa y parece loco.

—¿Y, qué señas traia?

—¡Ah, horribles! Es uno de los que me trajeron aqui con Vd.—repuso la dama, recobrando un poco de serenidad.—Y ahora me dirá Vd. de una vez si estoy en una guarida de bandoleros. Si piensan ustedes pedir alguna cantidad por mi rescate, se les dará, porque nosotros somos muy ricos.

—No nos hemos apoderado de Vd. por esa razon.

—Entonces intentan matarme para vengarse de mi familia—dijo la jóven con alguna entereza.

—Tampoco. No ha sido ese mi objeto. Si fuese lícita la venganza, los agravios que yo he recibido de la familia de Vd. no quedarian compensados con dos dias de prision.

—¡Dos dias!—dijo Susana con alegría.—¿Luego me va Vd. á poner en libertad?

—Sí.

—¿Y no me dice Vd. la razon de este crímen horroroso?

—¡Crimen horroroso! No encuentran otras palabras para calificar nuestros hechos despues que nos impulsan á ellos—contestó Martin con amargura.—Bien; yo acepto la calificacion, porque mi conciencia pierde cada dia uno de sus escrúpulos; yo acepto el nombre de criminal. ¡Pero á cuántos pudiera acusar con más motivo, á cuántos que no tienen un puñal en la mano y brillan en la sociedad obsequiados y atendidos!

—Vd., por lo que veo—dijo Susana—ha querido cometer una venganza.

—Ahora comprendo—prosiguió Martin, sin hacerle caso—ahora comprendo esos crímenes inauditos que nos parecen injustificados. En el fondo de todos los grandes delitos existe una lógica misteriosa y tremenda que los enlaza á otros crímenes, quizá mayores y más imperdonables. Yo no pretendo justificarme; tal vez hubiera ido más léjos, perdiendo todo sentimiento humano y adquiriendo una crueldad que estoy muy léjos de tener. Dios me ha detenido en ese camino. Yo no pretendo disculparme; pero no sé por qué me parece que no es mia la responsabilidad de lo que he hecho. Una fuerza ciega me ha arrastrado; se ha turbado mi razon, he sentido vivos deseos de destruir; comprendo ese afán de hacer daño experimentado por los hombres en dias terribles, que no se pueden recordar sin espanto.

—Vd. no podrá disculpar esta infamia.

—Ni lo pretendo tampoco. Si lo intentara, Vd. no me comprenderia; Vd. no comprenderá nunca qne un pobre jóven de honradez acrisolada y que no ha cometido el más insignificante delito, no debe estar encerrado en un calabozo, con la amenaza constante de perder la vida de inanicion ó cediendo al quebranto de horrorosos tormentos, inventados por hombres semejantes á las fieras. Vd. no comprenderá que no habia motivo alguno para que yo fuera igualmente privado de mi libertad por el capricho de cualquier persona, y arrojado á los mismos calabozos para perecer de rabia; porque yo moriria allí de rabia. Vd. no se acuerda más que de sí misma, ni vé más injusticias que las cometidas con Vd. ¡Infeliz; ha estado dos dias privada de las comodidades de su casa, de la conversacion de sus amigos! Ya me figuro la consternacion del buen doctor y de su tio al ver arrebatada de su casa á una persona querida. ¡Infelices: vivir expuestos á disgustos de esta clase, cuando toda la humanidad es tan feliz dominada por ellos, y cuando no hay desgraciados que padezcan; cuando no hay injusticias ni dolores en esta sociedad que han hecho á su gusto en la mejor de las naciones posibles!

La amarga ironía de estas palabras impuso á Susana cierto respeto y

tardó un rato en contestar. Poco á poco iba recobrando la plenitud de las cualidades de su carácter, turbadas y oscurecidas por el sacudimiento moral que habia experimentado. Por último dijo:

—Desde que me conoció Vd., no tuvo otro intento que humillarme; usted no ha creido satisfecho su deseo, sino cometiendo una accion como esta, que quiere disculpar con los agrávios que ántes habia recibido.

—Yo no he tenido el intento de humillarla á Vd., y mucho ménos cuando Vd. se ha humillado hasta mí, sin que yo me tomara el trabajo de hacerlo.

—¿Cómo? ¿yo.....?

—Sí: ¿Vd. no sabe lo que dicen todas las personas que frecuentan su casa? Pues dicen, llenos de admiracion, que Vd. ha tenido el capricho de amarme ciegamente. Y los muy imbéciles no cesan de hacer mil aspavientos sobre el hecho, asegurando que esa pasion es la mayor deshonra que puede caer sobre una familia.

—¡Y dicen que yo!....—exclamó Susana ruborizándose, lo cual no era en ella frecuente.

—Sí: bien lo sabe Vd. Yo por mi parte he juzgado eso de diversa manera. Pasajeros arrebatos de sensibilidad que lo mismo conducen á un amor imaginario que á un rencor caprichoso, no son otra cosa que vil y liviana coquetería, para entretenimiento de los ócios del estrado y de la tertulia. ¿No es esto cierto?

Susana iba á decir instintivamente *sí*; pero se contuvo, y creyó poder dar una contestacion conveniente con estas palabras.

—Usted, si bien se mira, más debiera sentir hácia mí agradecimiento que ese vivo rencor, que yo no he merecido de nadie.

—No siento ya rencor—dijo Martin sentándose junto á ella—he sentido, sí, despecho en algunas ocasiones. De los agrávios que recibí de otras personas de la familia, no era Vd. responsable, y si me lastimó en mi dignidad la primera y la última vez que nos vimos, no fué esa la causa de lo hecho últimamente. Yo me apoderé de Vd. con el único objeto de conseguir por un medio violento é inmoral la libertad de mi pobre amigo. En mi extravío no atendí á la gravedad del hecho. Vd. personalmente no me inspiraba entónces sino una absoluta indiferencia.

Susana se sintió herida con estas palabras. Hubiera preferido que el motivo de su secuestro fuera un sentimiento personal hácia ella, aunque este sentimiento se llamara ódio ó venganza. El no ser más que un instrumento para fines extraños sublevó en ella su grande orgullo.

—De modo que no he sido sino un instrumento de sus crímenes—dijo con el tono y la mirada que eran en ella habituales en los grandes momentos de despotismo.

—Sí; ha sido Vd. un instrumento, mas no para cometer un delito, sino para evitarlo.

—¿Y se ha evitado ese crímen? ¿Está libre Leonardo?

—No: pero ya no me importa. Yo espero entrar en su cárcel y sacarlo sin auxilio de nadie.

—¿Vd.?—preguntó ella con incredulidad.

—Sí: yo mismo. Lo he de hacer, ó he de morir intentándolo—repuso Martin con la mayor entereza.

—¿Qué poder tiene Vd. para eso?

—Para eso y para mucho más tal vez espero obtenerlo. Estoy resuelto á arrostrar la muerte, á intentar lo más atrevido, á dar un golpe con cierta arma que la casualidad ha puesto en mis manos.

—¡Ah! Ya comprendo—dijo Susana.—Vd. se ha dejado seducir por esa gente que ahora mete tanto ruido; por los fernandistas; y como dicen que vá á haber trastornos, Vd. se aprovechará de ellos para hacer alguna atrocidad.

—No me han seducido los fernandistas. Todos los que conozco son, ó ambiciosos vulgares, ó malvados hipócritas; pero aunque comprendo estos vicios, yo me alegro de la turbacion que preparan; sí, me alegro con toda mi alma, y en medio de ella, ayudado ó sólo, espero intentar lo que siempre ha sido para mí un sueño ó una vaga esperanza. Yo siento en mí un afan de actividad, un impulso que me lleva á acometer algo, á expresar con hechos lo que pienso y lo que deseo. No hay tormento mayor que el que yo padezco: sólo, sin sentir junto á mí una voz que hable lo que yo hablo; privado de todos, absolutamente de todos los medios para realizar lo que llevo aquí en esta cabeza, ocupada por una perpétua preocupacion; no hallando ninguno de esos amigos del pensamiento con quienes se entabla relacion más íntima que con los del corazon; aislado, resistiendo la influencia de hombres infames ó engañosos; viviendo pasivamente y como sujeto á una fatalidad ciega, sin poder vivir con mi propia vida; convertido en juguete de ajenas pasiones, me consumo en un eterno é inútil esfuerzo. Parece que me encuentro en un desierto, y soy como el esclavo, que nada puede hacer por cuenta propia. Mi carácter, consistente y osado, forcejea como los locos cargados de cadenas, y de nada me valen mi firmeza y resolucion; no puedo hacer otra cosa más que hablar, hablar sin descanso, denuncian-

do la miseria que nos rodea. Quisiera herir con mi lengua, ya que no tiene la virtud de convencer. Yo no puedo vivir así mucho tiempo: yo necesito hechos para que mi vida no sea un contínuo monólogo de desesperacion. Me muero, me aniquilo en esta pueril ocupacion de arrojar mis ideas á la frente de los que me escuchan, asombrados de mi atrevimiento. ¡Pensar, pensar siempre es el mayor de los tormentos!

Muriel estaba excitado, conmovido, y parecia que todo aquello que dijo le molestaba como molesta un cargo de conciencia, y que se desahogaba á la primera ocasion. Susana le oyó con cierto respeto supersticioso, como se oye una revelacion; no perdió ni una sílaba y dió un gran suspiro. En aquellos instantes Martin se elevó á sus ojos cual nunca se habia elevado.

II.

—Yo pugno sin cesar por salir de esta situacion—continuó el jóven filósofo.—Por eso se me vé adoptar resoluciones raras; por eso imagino..... no sé qué..... y si no encontrara dentro de poco un medio más propio para salir de esta situacion dolorosa..... yo no sé lo que haria. Así comprenderá Vd. acciones que atribuye á malos instintos ó á venganzas ruines que no caben en mi carácter. Yo no puedo seguir más tiempo condenando con el pensamiento las miserias que veo; yo necesito destruir algo.

—Yo siempre le juzgué á Vd. temible—dijo Susana sintiéndose débil, pequeña y muy humillada ante la enérgica voluntad de su interlocutor—pero nunca me ha parecido tan violento. Comprendo que infunda miedo y que todos le señalen como un peligro. ¡Cuántos males no puede causar quien dice que necesita destruir! ¡Infelices los que caemos bajo ese anatema!

—No es que yo desee el mal de los demás—dijo Martin vivamente enojado de que no se le entendiera bien—es que es preciso, es indispensable un trastorno tan grande, que no sea posible evitar grandes desventuras..... Yo me inspiro en el bien; una sed inextinguible y furiosa del bien de mi pátria es lo que conturba y enardece mi espíritu.

Cada vez se elevaba más el jóven á los ojos de Susana, que amante de lo que saliera de los límites de la vulgaridad, no podia ménos de presenciar con asombro y hasta con entusiasmo los ardorosos arranques de aquel carácter, en perpétua propension á buscar altos fines. Ella no habia visto nunca un hombre así; no conocia ni áun de oidas, ni por la lectura, un hombre como aquel; y aquí viene como de molde explicar algunas particu-

laridades anteriores á esta escena, y que le sirven de luminoso antecedente.

La primera vez que Susana oyó y vió á Martin en la Florida, las palabras y el aspecto de este hicieron honda impresion en su alma. El carácter de Susana era á propósito para que en ella encontrara eco la profunda é insolente elocuencia del jóven revolucionario, al condenar la sociedad de su tiempo. En el fondo del pensamiento de la dama, existia tambien, aunque algo atenuada por la educacion, una protesta contra lo que estaba viendo á su lado desde que tenia uso de razon. De clara inteligencia, de temperamento apasionado, de espíritu tambien osado y viril, ningun sér existia más propio para recibir los sentimientos y las ideas de Martin, y fecundarlas dándoles nueva vida y desarrollo. Ella era á propósito para establecer con él una simpatía vivísima que nada lograra entibiar. Pero habia asimismo en su carácter una cualidad que contrapesaba esta asimilacion con el carácter del jóven; habia en ella el orgullo, que á veces lo absorbia todo, orgullo de raza, indomable como si reuniera en su cabeza la altivez de todos sus antepasados. Este sentimiento la impulsaba á apartar la vista con horror de aquel hombre sin posicion y sin fortuna, que habia tenido el atrevimiento de agradarle, y experimentó ante él tantas y tan varias sensaciones, que ni ella ni nosotros podremos expresarlas mientras no se invente una palabra que á la vez signifique el amor y el desprecio.

Desde aquel dia esta preocupacion no la dejó libre un momento. Cada vez le infundia mayor admiracion, y cada vez se avergonzaba más de la flaqueza de su inclinacion. A solas con su pensamiento, la dama se complacia á veces en deponer convencionalmente su orgullo, dejándole á un lado como dejan los cómicos entre bastidores la púrpura y la corona con que han hecho el papel de reyes; y entónces construia una sociedad á su manera, con una igualdad á su antojo, sin las diferencias crueles que separan eternamente á lo que por la naturaleza debiera estar unido. Estuvo muchos dias dominada por tan contrarios sentimientos. La superioridad moral que desde el principio notó en Muriel se ofrecia constantemente á su pensamiento confundiéndola y fascinándola. Ella amaba todo lo maravilloso, todo lo grande, todo lo que estuviera reñido con lo vulgar, y á pesar de una aparente frivolidad, hija del roce y de la educacion en el fondo de su alma, sentia profundo desden hácia los petimetres y caballeros de su pequeña córte, hácia todo aquel mundo afeminado y despreciable que veia por todas partes.

Pero no podia descender; era preciso elevarle á él hasta ella, y he aquí

cuál fué su idea dominante hasta el dia del secuestro que la turbó por completo. Determinó poner en práctica cuantos medios estuvieran á su alcance para elevarle. ¿Cómo? Introduciéndole en su pequeña córte; haciéndole aficionar á la vida de etiqueta, obligándole á que dirigiera sus aspiraciones á conseguir un título, honores, riquezas. Los accidentes de la entrevista la noche de la cita, indican bien claro las ideas de uno y otro, y el ningun éxito de la primer tentativa. Todos los esfuerzos se estrellaban contra la firmeza de Martin, incapaz de doblegarse ante ninguna especie de coquetería.

En la escena que ahora referimos Susanita experimentaba impresiones muy singulares. Su fascinacion aumentaba á cada palabra; cada vez le veia más grande, creciendo siempre á su lado y dejándola allá abajo rodeada de su pueril y afeminada córte de petimetres ridículos y viejos verdes. Y sin saber por qué, tal vez por el transitorio estado de indigencia á que se hallaba reducida, el orgullo se adormia en su pecho, dejándola libre para amar á su antojo. Parecia que el estar en aquel sitio, el agravio que habia sufrido de aquel mismo hombre, eran una severa leccion que aceptaba resignada.

Aquella noche, pues, no sintió ninguna de las repentinas exaltaciones de su orgullo, semejantes á crispaduras de nervios, tan violentas como imprevistas. Estaba amansada, como vulgarmente podria decirse, sin duda porque habia comprendido la imposibilidad absoluta de imponerse á aquel hombre, subyugándole á su deseo. No era posible trasformarle para que la sociedad le permitiera poner los ojos en una dama de alta clase. Ya no habia remedio; era preciso aceptarle tal como era, encarnacion viva de los resentimientos populares contra los privilegios hereditarios y la nobleza.

III.

—Pero Vd. va á perecer en esa lucha—dijo Susana.—Serán más fuertes que Vd. y se defenderán. Ahora mismo si mi familia descubre dónde estoy, y vienen y le hallan aquí, ya puede considerarse vencido para siempre.

—Es verdad: yo camino desde hoy por una senda rodeada de profundos abismos; pero tantos y tantos peligros no me quitarán la idea de intentar lo que intento.

—Quién sabe—dijo Susana, como quien siente una inspiracion repentina.—Tal vez no sea un sueño; tal vez esté destinado que todo eso á que usted aspira, sea realidad algun dia. Yo no sé por qué tengo el presentimiento de que estamos amenazados de un gran trastorno. Yo, como mujer,

no entiendo de ciertas cosas; pero me parece..... Yo creo que el mundo debiera ser de otro modo. ¡Oh! si fuera cierto que algo ha de pasar, yo no dejaria de presenciar su triunfo, viéndole elevarse al puesto en que le corresponde estar. Yo tengo un presentimiento vago de que esto que digo ha de suceder. Y no es de ahora esta idea mia, es de hace mucho tiempo. Si viera Vd. cuántas horas de aburrimiento y de tristeza he pasado viendo desfilar por delante de mí la turba de galanes triviales y ridículos, de abates despreciables, de clérigos vanos y soberbios, de señorones ignorantes, y me he preguntado: «¿Pero no hay más hombres que estos en el mundo?» Yo decia: «En otra parte debe de haber algo que yo no conozco; todo no puede ser así, y si es, sin duda es preciso que alguno venga y lo trastorne todo.» Esto ha sido siempre en mí una vaga idea apenas formulada, semejante á lo que se recuerda de los sueños muy oscuros y lejanos. Creo que nunca he hablado de esto con nadie.

—¡Oh!—exclamó Martin con súbita alegría.—Por primera vez la oigo hablar á Vd. con el corazon, y ha dicho cosas que nunca me han producido igual impresion en boca de otros. En un momento se ha despojado usted de sus preocupaciones de raza y de educacion para mostrarme lo que yo no habia sospechado nunca que existiera.

—Si—continuó la dama.—Por eso al oirle á Vd. por primera vez, me pareció que recordaba algo. Al mismo tiempo me causó gran asombro y hasta cierto respeto el valor que se necesitaba para ser una excepcion entre todos los demás, y decia yo: «Por fuerza ha de ser cierto lo que este hombre dice.»

Martin oia con asombro las palabras de la jóven, que revelaban una sinceridad profunda, y no fué indiferente á la expresion de sus sentimientos, libres en aquel momento de las afectaciones de la coquetería y de los arrebatos del orgullo. Tenia él cierta vanidad en creerse autor de aquella trasformacion, verificada al contacto de su palabra, y la animaba á proseguir expresándose con la misma verdad.

—Vd.—le dijo— me ha comprendido al fin. ¡Cuánto vale para mí esa revelacion! Una cosa extraño, y es que habiéndome juzgado entónces del modo que yo más deseo, se mostrara despues tan discola y soberbia conmigo.

—¡Ah!—respondió Susana, sintiendo otra vez la punzada de la dignidad herida.—Vd. quiso humillarme de una manera cruel y descortés; Vd. se burlaba de mí despues de haber bailado juntos. Yo me sentí tan ofendida, tan ultrajada, que en mi vida he tenido cólera mayor. Lo confieso; me aver-

goncé de haber encontrado admirable su modo de expresarse. ¡Con cuánto placer le despreciaba! Yo no podia consentir que Vd. me tratara como igual, y aquel dia, despues que Vd. desapareció, padecí de un modo horrible.

—Pues yo sentí cierta alegría feroz: en el primer instante juré venganza; pero despues, como me complacia recordar la escena..... Mi familia habia recibido grandes ofensas de la de Vd.

—Ya lo sé.....—contestó Susana con amargura.—Y yo soy la destinada á expiarlas; yo, inocente de todo, y siempre inclinada á perdonarle á Vd. hasta lo más grave que es esta reclusion.

—Es la única ofensa real que Vd. ha recibido de mí. En cambio, ¿de quién partió la idea de mi prision?

—¡Ah! contestó Susana turbada—no es mia sola la culpa. Cuando se me amenazó con eso, yo no tuve valor para oponerme, y dije al marqués que tendria gran placer en verle á Vd. castigado. Pero yo he tenido siempre una fé supersticiosa en la superioridad de Vd. y creia, acá para mí, que triunfaria de todas las persecuciones de aquellos hombres por la grandeza de su destino. Yo me decia: «es imposible que le prendan.» Si hubiese sabido que estaba Vd. en la Inquisicion y amenazado de muerte, mi trastorno hubiera sido tan grande que de fijo habria hecho una gran locura. Unicamente me hubiera conformado con su prision, si de ella salia igual á mí; igual á mí por el nacimiento y la posicion.

—¿Usted me envió una caja con dinero?

—Sí: yo fuí. En aquellos dias estaba trastornada, y fuí tan necia que le creí accesible á la seduccion del oro. Me pareció que aquel obsequio serviria para hacerle entrar en el camino en que yo queria verle.

Cada vez iba Martin leyendo más claro en el corazon de la hija de Cerezuelo, que, aguijoneada por la pasion, se sublevaba contra las preocupaciones nativas y los resabios de educacion.

—Yo—continuó ella—recibo el castigo de faltas que no he cometido. Usted triunfará; tengo la seguridad de que será favorecido por la Providencia..... no sé por qué lo creo así, pero tengo una seguridad firmísima. Me parece que no ha de poder ser de otra manera, y que las cosas del mundo lo exigen así de un modo ineludible; Vd. crecerá á cada paso que dé por ese camino y se embriagará con sus triunfos, viéndose elevado sobre todos los demás, inspirando la consideracion y el entusiasmo con que se recibe á los que aparecen con una gran mision. Yo, en cambio, he concluido para siempre. Dada mi posicion y mi nombre, este acontecimiento es como una muerte. Robada en un baile de Lavapiés, todos creerán que he cedido á la

seduccion de un libertino; y al hablar de esto, todos supondrán en mí una deshonra que no existe. Seré despreciada, áun por los mios, y siempre llevaré sobre mí una afrenta que nadie puede borrar.

—Si no lleva Vd. mancha en la conciencia, ¿qué importa el juicio de personas frívolas, incapaces de sentir, ni áun de soñar, lo que Vd. siente?

—Sí: mi conciencia está tranquila; pero yo tengo al mundo un apego que no sabré nunca vencer; yo voy á vivir ahora una vida de desesperacion, azotada públicamente por el desprecio de todos, y se me destinará á un convento, donde me moriré de lo mismo que Vd. se moriria en la Inquisicion, de rabia.

—Pues bien,—dijo Martin con una idea súbita, que por unos segundos vaciló en sus labios sin acertar á expresarse.—Pues bien: no me abandone usted; no vuelva Vd. con su familia.

Susana oyó aquella proposicion con ménos espanto del que Muriel suponia, y le miró con atencion como si no estuviera segura de que hablaba con completa seriedad.

—¿Que no vuelva....?—dijo experimentando una gran confusion de ideas y queriendo buscar el verdadero sentido de aquella terrible propuesta.

—¿Aún cree Vd. que no somos iguales?—preguntó Martin, planteando resueltamente el problema de la igualdad.—¿No valgo yo por lo ménos como otro cualquiera de esos que diariamente la rodean á Vd.?

Susana no contestó y seguia mirándole.

—Pero Vd. no se atreve—añadió Muriel.—Vd. no se halla con fuerzas para luchar contra ciertas cosas y personas. Teme más la ignorancia y las preocupaciones de los demás que los propios dolores. ¡En qué situacion hemos venido á encontrarnos despues de haber estado en pugna tanto tiempo! Usted me ha descubierto en su alma tesoros que yo no conocia; pero Vd. se halla atada á esta sociedad por lazos indisolubles. No ha tenido, como yo, el valor de romperlos, y gemirá en perpétua esclavitud, aborreciendo su cadena, como todos los esclavos. Yo le ofrezco á Vd. otros lazos. Se me presenta la ocasion de hacer una prueba decisiva, y no la dejaré pasar. Oigame Vd., y decida.

La jóven estaba pendiente de las palabras de Muriel, como si fuera el confesor que habia de absolverla de infinitas culpas.

V.

—Oyéndola á Vd. esta noche—prosiguió—he creido percibir un eco de mi propia voz en la suya. ¡Qué dulce es encontrar quien sepa entender nuestro lenguaje! Acabe Vd. de mostrarme un gran corazon y un gran carácter.

—¿Cómo?

—No separándose ya de mí. Vd. no se atreve. Eso seria un heroismo de que Vd. no es capaz. Desde esta noche ya no es ni puede ser Vd. para mí lo que ántes era. La miraré siempre con respeto, y todos los agravios están perdonados. Pero haciendo lo que digo, renunciando por mí á sus preocupaciones, uniendo su suerte á mi suerte, Vd. me confundiria, lo confieso, yo me encontraria pequeño, y entónces..... ¡sí! verdaderamente humillado. Aborrecido ó despreciado de todos, mi vida encontraria en esa union un reposo y un estímulo para seguir adelante en mi jornada. Creo que no tendria bastante vida para agradecerlo y celebrarlo; pues si en otra cosa no en esto habria conseguido una gran victoria. Me parece que con sólo ese ejemplo, al paso que aseguraba mi felicidad y me ligaba con los lazos más dulces, me parece, digo, que destruia la obra de cien siglos. Baje Vd., puesto que ni la sociedad ni mis ideas pueden permitir que yo suba. Vd. que conoce de qué manera aborrezco, puede comprender de qué modo sé amar.

Muriel se habia expresado con profunda emocion, y Susana, moralmente hundida al peso de aquella proposicion, se abatia más á cada frase. Callada estuvo largo rato, con la vista fija en el suelo, hasta que al fin, súbitamente, y como si sintiera una inspiracion, dijo muy agitada:

—Sí: lo haré..... lo haré.

—¡Oh! Vd. no se atreve. Necesita parecerse á mí aún más de lo que se parece. Su orgullo sofocará todo sentimiento, y preferirá la coquetería de los estrados, y la ocupacion de enloquecer á mil hombres torpes y corrompidos, á ser compañera y consuelo de un hijo del pueblo, fatigado por sueños insensatos y condenado á ser objeto de terror ante todas las gentes. Usted no se atreverá á bajar hasta mí.

—Sí: me atrevo, lo haré—contestó Susana con resolucion.

Martin halló en su semblante, visto al resplandor de la luna, la expresion de la verdad, y se convenció de que en el ánimo de la jóven, atribula-

da por espantosa lucha, habian triunfado la pasion y la naturaleza de la soberbia y de la educacion. Aquel triunfo despertó en él un entusiasmo que en asuntos amorosos dormia oculto en su pecho como tesoro guardado para una alta ocasion. La interesante y extraordinaria hermosura de la jóven, su nombre, su posicion, su carácter, dieron proporciones á aquel triunfo alcanzado á la vez por el filósofo y por el hombre. Desde aquel instante la amó como se ama á los objetos hallados despues de largas indagaciones; como se ama á los problemas resueltos, y con ese especial cariño que ponen los hombres de génio á los ideales hijos de su pensamiento. El vió entónces una nueva fase de su vida, y si hasta entónces la ternura ocupaba hueco muy pequeño en su corazon, desde entónces creyó que no le seria posible vivir sin aquello.

—Cuando lo digo, estoy segura de que lo haré. En un momento he meditado bastante sobre ese problema terrible, y no vacilo. Yo juro no unirme á hombre alguno y destinarme por mí misma y sin permiso de nadie, al que yo he elegido. Si no lo hiciera, creo que moriria de pena.

—Bien: yo la devolveré á Vd. á su familia, y más tarde....

—Más tarde, despues, yo, por mi propia voluntad y libremente, lo dejaré todo, renunciaré á todo, é iré en busca de lo único con que me quedo.

—¿Tendrá Vd. valor?

—Tendré momentos de duda; pero mi corazon se desborda demasiado y no lo podré contener. Iré.

—Yo parto á Toledo esta noche.

—Y yo iré tambien en esta misma semana.

—¿Lo jura Vd.?

—Lo juro. Iré.

—Alguna deidad existe que nos ha protegido esta noche y nos ha inspirado. Esperemos ese dia que ha de venir, ese dia en que yo la vea entrar á usted por las puertas de mi humilde morada.

Los dos jóvenes se abrazaron casta y noblemente como esposos largo tiempo unidos que se separan por primera vez.

—Vamos—dijo Martin sosteniéndola y encaminándose á la galería.

Pero apenas habian andado dos pasos cuando sonaron golpes tan fuertes en la puerta de la calle, que parecia que la echaban al suelo.

—¿Quién viene?..... ¡A esta hora!

—¡Rompen la puerta!—dijo Susana muy asustada—se oyen voces de mucha gente.

—¡Ah! sí—dijo Muriel, prestando atencion—son muchos. No puede ser más que la justicia.

—Huya Vd.... Han descubierto que estoy aquí y me vienen á salvar. Huya Vd..... pero por dónde..... si están en la calle.

—No: yo puedo salir por otra puerta á los pozos de nieve.

—¡Ah! Ya entran..... Escuche Vd. Es la voz del marqués..... la voz del doctor...—dijo Susana.—Huya Vd. ya estoy segura. Déjeme Vd. pronto.

En efecto, la voz de las personas citadas se sentia bien clara en el portal.

—¿No hay nadie en esta casa?—exclamaba el marqués admirado de encontrar tan sola la que creia guarida de ladrones.

—¡Huya Vd.—decia Susana á Martin.—Ya estoy segura.

—Sí: me voy. Son amigos. Adios.

—Hasta luego—dijo la jóven.

—Hasta luego,—contestó Martin, dirigiéndose al otro extremo de la galería con gran precipitacion.

De allí bajó al patio interior, y sin ser visto ni molestado por nadie, salió, mientras el doctor, el marqués y un sin número de criados y alguaciles rodeaban á Susana con alborozo y muy asombrados de encontrarla viva.

CAPÍTULO XXII.

El espectro de Susana.

Huyendo del loco, Sotillo salió despavorido de la casa, y no habia andado veinte pasos, cuando otro hombre que estaba oculto en el hueco de un portal, le detuvo y le dijo:

—¿Ya has despachado?

—Erré el golpe..... me ha pasado un fracaso..... no he podido. Un maldito espantajo.....

—¡Qué gallina eres! Si D. Ventura me hubiera encargado á mí esa comision.....

El personaje que así se expresaba no era otro que el famoso héroe, llamado Pocas-Bragas, á quien conocimos en casa de la Pintosilla; hombre célebre por su reciente escursion á Ceuta, de donde volvió con grandes datos y novedades para su arriesgado oficio.

—Buena la has hecho. Ya no te pongas más delante de D. Buenaventura.

—Mira lo que pienso hacer...,. pero alejémonos de aquí..... Escucha—dijo Sotillo, apretando el paso.—Quedamos en que le haría una señal en cierta casa. El tiene en mí una confianza..... Voy, doy los dos golpecitos en la ventana y se la encajo.

—¿Qué?

—La gran bola de que desempeñé la comision. Verás cómo le saco los mil reales que me prometió.

—¡Mil reales! ¡cosa más cara! En mis tiempos no valia eso más que cuatro duros, y hasta por treinta reales despaché yo.....

—¿Qué te parece lo que pienso hacer? ¿No me ves cómo estoy manchado de sangre?

—¿Pero quién te ha herido, endino? Cuenta lo que te ha pasado.

—Déjalo para despues..... te diré..... aquel figuron..... yo no habia visto nunca aquel hombre..... la verdad, chiquillo, me dió miedo.

—Verás como no te da los mil reales.

—Verás como sí. Tiene en mí una confianza.....

Con estas y otras razones llegaron á la calle del Factor. Esperó el uno tras la esquina y el otro hizo su señal; salió Rotondo como sabemos, y en la preocupacion que dominaba su espíritu no dudó un momento que el hecho estaba consumado, y más viendo manchado de sangre el brazo de Sotillo. Pero toda la elocuencia de éste no logró sacarle el dinero, por lo cual los dos héroes partieron muy alicaidos en direccion á los barrios bajos.

—¿Vas á casa de la Pintosilla?—dijo el uno.

—¡Quiá! Si está presa. Vámonos *á donde* Meneos.

—Pues vamos á casa de Meneos. Buena te espera cuando el Sr. Rotondo descubra que le has engañado.

—Es que no me verá el pelo por jamás amen; porque mañana me voy para Sevilla, de donde me han hecho una proposicion.....

No podemos seguirles en su diálogo, porque en otra parte pasa algo que exije nuestra atencion. Una vez que Rotondo volvió al cuarto de Cárdenas despues de haber hablado en la calle con Sotillo, los dos amigos trataron de la entrega de los veinte mil duros, y el aflijido tio de Susana no pudo al fin eximirse de entregar la llave de la caja. Ya hacia largo rato que don Buenaventura se ocupaba muy tranquilamente en contar el dinero que necesitaba, cuando se sintió ruido en el portal.

—Es que vuelven de buscar á Susana—dijo D. Miguel, muy agitado.—Es preciso que yo salga con el mayor interés á preguntarles; ¿no le parece á Vd.?

—¡Excelente idea! Sí. Conviene que haga Vd. bien su papel en esta comedia.

—Cierre Vd. la caja; guarde Vd. ese dinero. Coja Vd. en su mano las pelucas y haga como que se despide.

Rotondo hizo todo lo que Cárdenas le mandaba, y salió por la puerta escusada. D. Miguel se levantó entónces de su lecho y abrió la puerta de su despacho, en el momento en que se sentia más cercano el ruido de los que subian la escalera.

—¿Qué hay?—dijo asomándose; pero apenas habia articulado esta pregunta lanzó un grito agudísimo y desgarrador, y cayó al suelo como herido

del rayo. Lo primero que vió al abrir fué la figura de Susana, que sonriendo, le dijo:

—Tio: ya estoy aquí.

Todos entraron en el despacho á auxiliar al Sr. de Cárdenas, á quien juzgaron víctima de una impresion de alegría. El pobre hombre tardó mucho en volver de su desmayo.

CAPITULO XXIII.

El pastor Fileno.

El curso de los acontecimientos de esta historia exige que nos traslademos á Aranjuez, residencia entónces, á más de la córte de España, de los señores de Sanahuja y de su pastoril engendro Pepita, que se encontró como el pez en el agua al recorrer la huerta y el soto. ¡Cuán superiores eran aquellos sitios á la casa de Madrid, donde no se conocian los placeres que proporciona la contemplacion de la naturaleza, ni se espaciaba el ánimo libremente respirando aires puros y extendiendo la vista por praderas más ó ménos risueñas, en cuyo fondo se destacaban las grandiosas y seculares arboledas de la Isla y el Príncipe!

Pepita no cesaba de establecer esta comparacion, haciendo notar las ventajas del campo con un entusiasmo que concluia por aburrir á cuantos la rodeaban, pues no se oian en su boca otras palabras que estas: «Papá, mire usted aquel árbol; ¿no ve Vd. aquella nube? Mamá, ¿qué te parece ese arroyo que va serpenteando hasta traspasar todo el llano?» Con tales razones pasó la mañana, insensible á las súplicas de su madre, empeñada en que cosiera, bordara ó se consagrara á cualquiera de los menesteres propios de su sexo. Esto no era posible. Pepita tenia su cabeza organizada de tal modo que no cabian en ella otra cosa que las contemplaciones en que la vemos constantemente embebida. En nuestra época hubiese sido lo que hoy designamos con la palabra *romántica*; pero como entónces no existia el romanticismo, la sobrescitacion cerebral de la jóven Sanahuja se alimentaba de interminables deliquios, en que todos los campos se le antojaban Arcadias y ella pastora, segun habia leido en sus endiabladas poesías.

Recorria la campiña con su libro (pues habia logrado sustraer uno de los secuestrados por su padre); se sentaba bajo los árboles, leia en voz alta,

se recostaba sobre la yerba, hacia traer un par de ovejas y otros tantos cabritos, que adornaba con cintas y flores. Despues le parecia impropia la lectura y mucho más conveniente el recitar de memoria, y así lo hizo, hasta que se cansó de este monótono ejercicio, y se quedó muy triste notando que le faltaba una cosa importante, indispensable, una cosa de que no se podia prescindir para que aquella farsa tuviera visos de sentido comun: le faltaba un pastor.

Fija esta idea en su imaginacion, no tuvo paz en todo aquel dia. Era preciso buscar un pastor. ¿Pero dónde, quién? Digamos en honor suyo que este deseo no significaba para ella una aspiracion amorosa: era simplemente una exigencia de escena, y sus sentimientos respecto al soñado compañero de sus retozos pastoriles eran puros hasta la insulsez. En aquella naturaleza todo era empalagoso como la literatura que la inspiraba.

Y el cielo, propicio siempre con los locos, le deparó lo que buscaba. Aquella tarde, en el momento en que los rayos del sol trasponian por el horizonte, dejando en las copas de los árboles, en los techos de las casas, y en la superficie del Jarama resplandecientes rastros de luz, y perfiles y destellos de mil colores; en el momento en que las ovejas se aproximaban unas á otras, buscando cada una abrigo en las calientes lanas de las demás; cuando salia el humo de los techos y empezaban á pedir la palabra las ranas para su monótona discusion nocturna; cuando la naturaleza se adormia, impresionando los sentidos con un recuerdo virgiliano, Pepita encontró lo que deseaba, encontró su pastor en un chico que, habiéndose presentado unos dias ántes en la puerta de la casa, hambriento, cubierto de harapos y pidiendo limosna, fué recogido por los colonos, que eran gente compasiva. Este chico le pareció desde el primer momento tan propio para el caso, tan interesante por su color tostado, sus grandes y expresivos ojos y su expresion inteligente, que no vaciló en poner en ejecucion su pensamiento. A pesar de la repugnancia de sus padres, el chico fué arrancado al pastoreo de los cerdos en que le tenian ocupado; se le dió de comer y de beber á cuerpo de rey; se le arregló una cama en la casa, y al dia siguiente las ovejas, los criados y los labradores, le vieron en la huerta coronado de flores y cintas, y muy satisfecho del papel que estaba desempeñando. Se le puso el nombre de Fileno, y los cerdos se quedaron sin su guardian.

Los señores de Sanahuja, aturdidos todo el dia por los saltos, juegos y cabriolas de Mirta y de Fileno, que triscaban de lo lindo en la huerta y en el soto, determinaron poner mano en tal abuso, quitándole á su hija aquel juguete que debia volverla más loca. Con este propósito, llamaron al infan-

til pastor al estrado, y entablaron con él el siguiente diálogo, que es indispensable reproducir con toda puntualidad.

—¿Cómo te llamas?

—Pablo—contestó el chico con timidez.

—¿De dónde eres?

El muchacho alzó los hombros para expresar que no tenia idea de la pátria.

—Este es un vagabundo de esos que no se sabe quién los ha parido, y no parece sino que salen de las piedras;—dijo la señora.—¿De dónde vienes?

—De..... de.....—contestó el pastor recordando—de..... de un pueblo que está léjos, léjos, léjos.

—Pues nos dejas enterados. ¿Tienes padres?

Fileno movió la cabeza para decir que no, y clavó la barba en el pecho avergonzado de las penetrantes miradas de aquellos señores.

—¿Conque no sabes dónde estabas ántes de venir aquí?

—En..... en.....—contestó recordando.—¿Ah! en Chinchon.

—¿Son de allí tus padres?

—No, señor. Yo estaba allí con Medio-diente.

—¿Y quién es ese señor Medio-diente?

—Uno que lleva títeres á los pueblos cuando las fiestas.

—¿Y tú dejaste á ese saltimbanquis, ó él te echó de su casa?

—Yo me fuí sólo; y lo dejé porque me queria poner de barriga en la punta de un palo que él cogia con la boca..... Así.. ..

Y Pablillo se puso su cayado en la boca, queriendo imitar la habilidad de su patrono el Sr. Medio-diente.

—A mí me ponia en la punta, allá arriba, pinchado por aquí, por la tripa.

—¿Y te pusiste tú?

—Lo hicimos en casa algunas veces para hacerlo despues en la plaza; pero me daba mucho miedo y aquella tarde, ántes de la juncion, me marché por el camino.

—¿Y has venido pidiendo limosna hasta aquí? ¿Y ese Medio-diente dónde te tomó?

—En el camino. Allá por *onde* Arganda. Yo estaba con otros chicos pidiendo.

—Y entónces, ¿de dónde venias? ¿Dónde estabas tu ántes de salir por esos caminos?

—¿Yo?.... allí, *onde* el tio Genillo. Pero me pegaban y una mañana....,

—¿Te fugaste? Era la casa de tus padres.

—No, no señor. Era *onde* la tia Nicolasa y la señorita y D. Lorenzo. Como me estaban siempre pegando, me fuí de la casa.

—¿Y no te acuerdas en qué pueblo estaba esa casa? Tú tienes cara de ser un truhan redomado.

—Estaba en..... en Alcalá.

—Buenas cosas habrás tú hecho en esa casa. Cuando te pegaban no sería por cosa buena..... ¿Pero tú no tienes algun pariente, no tienes hermanos? ¿Tú te acuerdas de tus padres?

—Sí: yo me acuerdo..... mi padre estaba en la cárcel y yo con él.

—Buena pieza sería tambien el padrecito; ¿no es verdad, Cleto?—dijo la señora.

—¿Y te acuerdas del apellido de tu padre?

—Se llamaba como yo.

—¿Pablo? ¿y que más?

—Pablo Muriel.

—A ver, á ver—dijo el señor de Sanahuja recordando— me parece que..... ese nombre no me es desconocido. ¿No es ese aquel administrador del conde de Cerezuelo á quien encausaron?

—Sí: D. Pablo Muriel. Y precisamente en Alcalá vive el conde.

—Yo creo que este chico debe quedarse aquí, pero en la labranza. Es una obra de caridad, y si dentro de diez años sabe algo más que cuidar los cerdos, se le puede ocupar en cuidar las mulas. Por supuesto, que si descubre malas inclinaciones, con ponerlo otra vez en el camino para que se vaya con el Sr. Medio-diente.....

Mientras los Sanahujas deliberaban sobre la suerte del pastor Fileno, éste volvió á la huerta. El pobre chico estaba rebosando de felicidad, porque comer bien despues de tantas hambres, vestir despues de tanta desnudez, oirse llamar en verso y verse bien tratado despues de tantas amarguras, le parecia un sueño, una de aquellas visiones que percibia por las noches en la casa de Alcalá, y que le impulsaron á salir buscando aventuras como un caballero andante.

II.

Engracia, invitada por los de Sanahuja, llegó á Aranjuez al siguiente dia. Desde que acaeció la prision de Leonardo la pobre viudita se habia desmejorado mucho, merced á la infernal tiranía de doña Bernarda, diri-

gida en lo espiritual así como en lo humano por el P. Corchon. Engracia habia sido constante y firme en sus sentimientos, á pesar de todo, y léjos de disminuir su afecto hácia la pobre víctima de la Inquisicion, se habia aumentado, alimentando sin cesar una remota y endeble esperanza. Pero no habia vuelto á recobrar su buen humor, y el trasladarse á Toledo, precisamente cuando el pobre preso habia sido tambien conducido á las cárceles de esta ciudad, no era el mejor medio para curarse de sus melancolías. Doña Bernarda estaba, no obstante, muy tranquila, confiada en la solidéz probada de los muros del Santo Oficio, y creia que la pasion de su hija se enfriaria poco á poco hasta llegar á su completa extincion.

Pero dejemos á un lado estas consideraciones para venir á lo que ahora nos importa; á que Engracia, entretenida en presenciar los esparcimientos bucólicos de su amiga, y habiendo hecho al pastor Fileno un interrogatorio parecido al que hemos copiado, comprendió al instante que era hermano del amigo de su desgraciado novio. Al momento enteró de todo á los señores de Sanahuja, asegurándoles que el hermano de Pablillo vivia, que estaba en Madrid, y que habia hecho inútiles pesquisas para encontrar al pobre niño abandonado.

Los padres de Pepita creyeron en conciencia que debian mandar á Pablillo á Madrid. De este modo hacian una obra de caridad, y al mismo tiempo le quitaban á la pastora Mirta su juguete. Así se convino, en efecto, sin más discusion, y aunque ocurrió el inconveniente de no saber dónde Martin habitaba, Engracia lo arregló todo diciendo que ella escribiria á D. Lino Paniagua remitiéndole el chico para que se hiciera cargo de entregarlo á Muriel. Se notificó á Pepita la determinacion, y que quieras que no, Fileno fué despojado de sus cintas y encomendado á unos arrieros que al dia siguiente salian para la córte. La felicidad de Pablillo, que se habia visto trasportado á un Edén, donde no se le ocupaba en otra cosa que en brincar y en poner atencion á las estrofas de Melendez y de Cadalso, concluyó de repente, y cuando se vió en poder de los arrieros le pareció que todo aquello habia sido un sueño.

No seguiremos á Pablillo en su viaje ántes de hacer mencion de la llegada á Aranjuez de doña Bernarda, la cual, encontrándose muy sola por la ausencia de su hija, y aún más por la de Corchon, determinó ponerse en camino, cediendo al fin á las muchas indicaciones de los Sanahujas. Llegó con todo el cuerpo molido, renegando de los zagales y carromateros, del camino, de la distancia, del tiempo, de la contrariedad de habérsele olvidado su libro de horas y una pasta de chocolate para la jornada.

—¿No sabe Vd., Sr. D. Cleto—decia á los diez minutos de haber llegado –no sabe Vd. como he tenido ayer carta del P. Corchon? No tardará mucho en volver. ¡Qué de cosas dice! Está muy ocupado. Ya lo creo. ¡Como que habrán ido pocas personas á consultar con él negocios de Estado! ¡Pues si viera Vd., D. Cleto, el cariño que le ha puesto D. Juan Escoiquiz! Vamos, que ya para él no hay más que D. Pedro Regalado. Corchon para arriba, Corchon para abajo, y sin Corchon no hay nada. Le digo á Vd. que están privados con él, y si cae Godoy, como dicen, y sube el príncipe, ya l tenemos obispo, y no así de cualquier parte, sino de Salamanca ó Leon, cuando ménos, á no ser que en dos palotadas me lo hagan arzobispo, como merece..... Pero hijas, ¿no sabeis que á Pluma lo han puesto preso? ¡Si vierais cuántas novedades me cuenta! Y de Susanita, ¿no sabeis nada? Pues hijas, se ha enamoricado de un hombre ¡santo Dios! del mismo enemigo. Y la robó una noche, y no se ha vuelto á saber de ella, pues parece que la tiene escondida en una cueva. Si me he quedado muerta..... ¡y qué gente tan mala hay en el mundo, Sr. D. Cleto! A mí que no me digan: si se hiciera un buen escarmiento..... Pero, como dice D. Pedro Regalado, miéntras estén las riendas del gobierno en manos del *Guardia*.....

Doña Bernarda, sin dar tiempo á que los demás le contestaran, continuó en su charlar infatigable, ávida de desembuchar lo que traia en el cuerpo.

III.

La galera en que Pablillo debia ir á Madrid estaba preparándose en la venta de los Huevos, y entretanto él, acompañado de otro chico de su misma edad, hijo de uno de los arrieros, se paseaba en la gran plaza de Aranjuez en el momento en que una gran muchedumbre se habia acumulado allí para ver á las *personas reales* que saldrian pronto de paseo. Entre los diversos grupos habia uno en que varios hombres hablaban con mucho calor. Pablillo, atraidó siempre por todo lo que fuera animado é imponente, se acercó, metiéndose en el corrillo sin más ceremonia, como es costumbre en los chicos curiosos y vagabundos. Entre aquellos hombres descollaba uno á quien los demás oian con mucho respeto, y con evidente admiracion. De pronto pasaron los coches de palacio cargados de príncipes, princesas, gentiles-hombres, meninas, y por último, una pesadísima carroza en que iban Cárlos IV, María Luisa y el príncipe de la Paz. Al pasar junto al grupo, el hombre aquel á quien todos oian con tanta atencion dijo, mirando á los personajes régios: «Todos tienen que caer.»

Pablillo, ni oyó tal cosa, ni de oirla la hubiera entendido, y corrió tras los coches fascinado por tanta grandeza y explendor, llamándole principalmente la atencion la escolta que custodiaba los reyes. El, segun dijo á su improvisado amigo el hijo del arriero, no habia visto nunca cosa tan bella. Poco despues salió para Madrid, casi á la misma hora en que su hermano partía para Toledo.

CAPÍTULO XXIV.

El primer programa del liberalismo.

En Aranjuez tuvo Martin una excelente acogida, y hubo muchos que se entusiasmaron de tal modo oyéndole, que resolvieron seguirle á Toledo. Aquí las personas inmediatamente ocupadas en organizar la conspiracion recibieron con verdadero alborozo al enviado de Rotondo, el único en quien aquel hombre eminente habia encontrado todas las cualidades propias para el caso. Se le enteró con minuciosidad de los preparativos, vió las armas, y conoció á cuantos estaban dispuestos por despecho, por miseria ó por espíritu de insubordinacion á tomarlas el dia señalado. No es preciso decir que la mayor parte de aquella gente no sabia lo que hacia ni por qué lo hacia. Cuando más, algunos estaban alucinados con la generosa ilusion de que el príncipe vendria á curar los antiguos males, desterrando la inmoralidad, la miseria, la bajeza de los que á la sazon gobernaban á España.

Rodeados de todas las precauciones imaginables, se reunian los conspiradores en una casucha de la calle del Hombre de Palo, en cuyo recinto apenas cabian las treinta ó cuarenta personas que minaban el trono del príncipe de la Paz. A la mayor parte de ellos Muriel se les representaba con los caractéres de un hombre extraordinario. Nunca habian oido elocuencia igual, y su voz tenia el don de despertar en la mente de todos grandes ideas, nunca anteriormente ocurridas. El génio de la revolucion se comunicaba rápidamente á gran parte de los conjurados.

La gran ventaja para Muriel consistía en que encontraba preparado el terreno. El solo, intentando formar un partido en aquella época, hubiera intentado lo imposible; pero las circunstancias le depararon aquella ocasion. La fuerza estaba preparada y dispuesta; él no necesitaba hacer otra cosa que

infundirle su idea, y esto lo estaba consiguiendo sin dificultad. ¡Cuántos habria allí de voluntad floja que adquirieron grandes brios en su compañía! Muchos que sentian gran desconfianza y timidez se llenaron de ardor, y bien pronto no hubo quien dudara del éxito de aquella empresa.

El redactó en pocas horas un plan completo, no sólo para el movimiento, sino para el triunfo, y de antemano previno lo que debia hacer la junta de gobierno de la ciudad y del reino, que se establecería allí provisionalmente. Esta junta habia de convocar unas Córtes generales, á las cuales competia decidir si pasaba la corona á las sienes de Fernando. Como medidas primordiales anteriores á la eleccion de Córtes, se dispondria la abolicion del Santo Oficio, la desarmotizacion completa, la extincion de señoríos, haciendo desaparecer el voto de Santiago, los diezmos y otros onerosos tributos. A las Córtes se dejaba el resolver sobre los mayorazgos y el fundamento de un nuevo derecho penal y civil.

Este plan cautivaba más cada dia á los adeptos de la causa fernandista, que veian ensancharse el horizonte de su primitiva idea. Eran estos hombres, por lo general, jóvenes de la clase media, que habian recibido provechosa enseñanza en las escuelas de aquellos tiempos; pero emancipados al fin de los seminarios y conventos. Los que procedian de esta clase de institutos eran por lo general los más ardientes. El pueblo al principio no se relacionaba con Martin sino por la mediacion de esta juventud entusiasta. Pero él quiso conocer qué elementos tenia en la plebe y exploró con afan, procurando siempre infundir una idea á aquella muchedumbre irreflexiva. Escoiquiz no aparecia en estos conciliábulos, ni Martin tenia tampoco grandes ganas de verle, porque estaba decidido á obrar por su cuenta. Tres personas se presentaban allí como autores de los preparativos, y representantes de las altas personalidades del partido; estas tres personas simpatizaron de tal modo con el jóven filósofo, que éste fué en poco tiempo el alma de la conspiracion.

En tanto se acercaba el dia y se tomaban todas las precauciones para que el éxito fuera seguro. Se amotinaría el pueblo de Toledo con el pretexto de la carestía del pan, apoderándose luego de la ciudad, para proclamar la caida de Godoy. A este grito mágico, que alborozaba entónces á casi todos los españoles, responderian otras ciudades preparadas ya, como Talavera, Valladolid y Zaragoza, donde se enviarian emisarios en el momento crítico. Los amotinados de Toledo se harian fuertes en la ciudad, contando con el levantamiento de la poblacion de Aranjuez, que recibiría de la ciudad imperial grandes auxilios. Segun el pensamiento de Muriel, el grito de

los primeros alzamientos sería «¡abajo Godoy!» despues la junta de Toledo, que sería su hechura, arrojaría una idea más alta á las cuatro extremidades de la nacion.

Muriel, á pesar de ver reconocida su superioridad, no tenía confianza ciega en algunos de los conjurados, por lo cual se ocupaba en vigilarlos con mucha atencion para cerciorarse de que su complacencia no era una vana fórmula hija del miedo que habia logrado infundirles; los revolucionarios, y principalmente aquellos tres de quien hicimos mencion, sentian la superioridad del jóven y bajaban la cabeza ante sus determinaciones.

—Mereceremos—les decia Martin en las reuniones privadas, en que sólo entraban muy pocos—mereceremos el desprecio del mundo, si es o que ha de hacerse es un ridículo aborto en vez de una fecunda reforma. Pedir la caida de Godoy, para que todo siga como en los dias de su omnipotencia, es cambiar de cadena y probar al mundo que no podemos vivir sin la tutela de esa familia corrompida, en la cual no hay ningun individuo que comprenda la mision que el cielo ha encargado á los reyes. El primer acto de la junta de Toledo ha de ser declarar que la *familia de Borbon ha cesado de reinar en España*. ¿Hay alguno que no esté conforme?

Al escuchar esta proposicion, un silencio sepulcral reinó en la sala, y todos callaban asustados del enorme alcance de la aspiracion de Martin.

—¿Hay alguno que se sienta sin valor para sostener esta idea? Es preciso decirlo, para que nos conozcamos todos.

—No, no: Si tendremos valor para eso—contestaron á una todos los concurrentes.

—Un pueblo que toma las armas para cambiar de tirano merece tenerlos siempre.

—¡Es verdad, es verdad!

—Caiga en buen hora ese hombre inmoral y presuntuoso; pero sobre los escombros de su poder no se alzará otro lema que el de la *Soberanía de la Nacion*.

—Si; esa es nuestra bandera. La junta de Toledo la mostrará á todos los españoles el dia del triunfo,—contestaron en diversos tonos los fernandistas.

De esta manera resonó por primera vez en una asamblea de conspiradores aquel emblema, que despues habia de iniciar una lucha de medio siglo entre las aspiraciones de la inteligencia moderna y la invencible tenacidad de la civilizacion antigua, apegada á nuestro carácter á pesar de tantos y tan sangrientos esfuerzos por arrancarla.

CAPITULO XXV.

La deshonra de una casa.

Mientras llega el dia de la convulsion que se preparaba, volvamos á Madrid y á la casa de Susana, donde ocurre un acontecimiento capital. El conde de Cerezuelo, venido de Alcalá al saber la noticia del secuestro de su hija, se habia agravado de tal modo en su inveterada enfermedad, que se moria el pobre sin remedio. Ya ántes del suceso tenia él muy contados sus dias; pero la impresion que le produjo la noticia, la fatiga del viaje y el considerar la deshonra que sobre sus canas habia caido, le precipitaron su fin.

La casa presentaba aquel dia un aspecto pavoroso. Por un lado, el conde muriéndose y en un estado de exaltacion que causaba espanto; por otro su hermano D. Miguel afectado de una excitacion nerviosa que le tenia en contínuo delirio. Ambos exigian exquisitos cuidados, y la familia se repartia junto á los dos lechos, sin saber cuál de los dos enfermos se hallaba en peor estado. Arriba estaba el conde acompañado de su hija, de Segarra, del doctor y de doña Antonia; abajo D. Miguel asistido por el marqués, doña Juana y D. Lino, que iba y venia de un enfermo á otro, despues de haber corrido medio Madrid buscando médicos, boticas y asistentes.

El conde conocia su fin y conservaba el uso de sus facultades intelectuales, lo cual le permitió hacer un nuevo testamento, confesar y recibir el postrer sacramento. Despues de un período de exaltacion en que increpaba duramente á su hija, se habia quedado sereno, tratando sin duda de apartar la mente de las miserias de la tierra para elevarla á Dios en aquel trance supremo. Cuando Susana apareció y se la presentaron, despues de haberle preparado, hizo un movimiento de horror, cerró los ojos y extendió las manos como para apartarla de sí. La jóven se quedó sentada en una silla

junto al lecho, muda, aterrada, sin atreverse á proferir palabra ni á hacer el menor movimiento, clavada en su asiento con los ojos fijos en su padre, como si asistiera á la sentencia final en presencia del Supremo Juez.

Nadie se atrevia á dirigirle la palabra, porque todos parecia que se juzgaban partícipes de su falta con sólo acercársele. Lo que pasaba por ella en aquellos momentos no es fácil de adivinar ni ménos de transcribir. Parecia víctima de un letargo angustioso que la mantenia inmóvil y espantada, semejante á la estátua del terror.

El conde, que ántes habia recibido los sacramentos, se agitó de nuevo con su presencia, tuvo cerrados los ojos más de media hora, marcando su respiracion con un bronco estertor, y después los abrió para fijarlos en ella con expresion de ira.

—¡Tú nos has deshonrado! ¡Tú has deshonrado mi casa, y mi nombre y mi familia!—dijo con voz que parecia salir de las profundidades de la tierra.—Yo me muero hoy, y me muero con indignacion porque no puedo lavar esta mancha.

Los que asistian á aquella escena le oian con profunda emocion, y Susana no contestó palabra, ni hizo gesto alguno.

—No puedo morir en paz; me muero rabiando—continuó el conde.—Tú has puesto fin al explendor de mi honrada casa; ¡mis padres y mis abuelos te maldecirán como yo te maldigo!.... No digas que eres mi hija; olvida que soy tu padre; no lleves mi nombre. Lleva el de ese hombre maldito que te ha robado de esta casa incitado por tí.

En los labios de Susana se notó una ligera alteracion como si quisiera romper á hablar; pero continuó en silencio.

—¡Infame!—prosiguió el conde—¡infame tú é infame él! Si cuando naciste hubiese sabido que ibas á prendarte del hijo de Muriel, de ese bandido, de ese asesino, te hubiera estrellado. Tú no eres hija de aquella santa mujer..... ¡Infeliz! ¿sabes lo que has hecho? ¿sabes medir la enormidad de tu crímen? ¡Huye! ¡sal de aquí! ¡véte con él! Dios permita que recibas aquí en la tierra el castigo de tu infamia. Únete á él para que la deshonra se una á la deshonra. Tus hijos serán mónstruos horrendos. Vivirás despreciada de todo el mundo. Pero no digas que fuí tu padre; olvida mi nombre; olvida.....

Desde aquí sus palabras fueron mal articuladas é ininteligibles. Sólo en aquel confuso desbordamiento de voces se distinguia esta frase repetida sin cesar: «¡Con el hijo de Muriel! ¡Con el hijo de Muriel!» Por fin de su boca no salia sino un mugido entrecortado que se fué extinguiendo, hasta que

sacudió la cabeza con violencia y se quedó después inmóvil, con los ojos ferozmente abiertos y los labios muy apretados. Estaba muerto.

Susana en su tremendo estupor notó que los que rodeaban á su padre empezaron á hablar en voz alta, ya seguros de no molestar al paciente; vió que le cubrieron el rostro con la sábana, y después le pareció que se alejaban. Sentia pasos detrás de sí; creyóse sola, y fijaba invariablemente la vista en aquel gran bulto dibujado por las sábanas, como una gran estátua yacente á medio labrar, con las formas apenas toscamente indicadas en un gran trozo de mármol blanco. Vió que ponian una luz junto á la cabecera, y que se retiraban dejándola sola. Ella, sin embargo, en el estado de su espíritu, abrumado por indecible emocion, no se atrevia ni á levantarse ni á mirar á ningun lado. Llegó un momento en que no se sentia el menor ruido en el cuarto. Nadie se acercaba á dirigirla una palabra de consuelo; nadie se dolia de su situacion. De pronto siente que le ponen una mano sobre el hombro, y aquel ligero golpe produjo en su naturaleza una sensacion igual á la que se experimenta al sentir la explosion de un rayo. Volvió la cabeza, y vió á D. Lorenzo Segarra, el cual con cierta confianza inusitada y además con afectada amabilidad, impropia de aquellos momentos, la sostuvo con su brazo y la llevó fuera diciendo:

—Señorita, debe usía salir de aquí.

II.

Miéntras esto sucedia cerca de la madrugada en la estancia mortuoria del conde de Cerezuelo, veamos lo que pasaba en el despacho, donde su hermano padecia de un modo igualmente pavoroso, si no tan imponente. Tenia una fuertísima fiebre, y se hallaba en completo estado de trastorno mental, esforzándose en dejar el lecho, gritando, hablando con personas que solo existian en su calenturienta fantasía, y á los cuales daba nombres no conocidos por ninguno de los presentes. Se le prodigaban con mucho ahinco los auxilios que ya no era preciso aplicar á su infeliz hermano.

—Tranquilízate por Dios—le decia su esposa cubriéndole, mientras los demás querian impedir que saliese del lecho.

—No..... dejadme ir.....—decia él delirante, pugnando por levantarse.—Voy á detenerle; ¿no veis que se vá á llevar los cien mil duros?

—Si no hay nadie aquí más que nosotros—contestaba la esposa.

—Sí: ¿no le veis?.... ¿no le veis?—dijo D. Miguel señalando la caja con aterrados ojos.—Allí está contando el dinero. ¿No sentís el chirrido de la

tapadera de hierro que sostiene en su mano? ¡Infame!..... Que no vuelva Susana—continuó cerrando los ojos y extendiendo las manos como para apartar un objeto de horror.—Poneos todos delante; no quiero verla; echadla de aquí..... Pero siempre la veo..... poneos delante..... Siempre la veo, aunque cierro los ojos..... Marqués, sácame los ojos para que consiga no verla..... Aquí está: me mira con sus ardientes y terribles pupilas..... Está cubierta con una ropa blanquísima, y de su pecho corre un raudal de sangre que llena todo el cuarto..... ¡Pobre Susana!..... Pero yo no fuí, yo no tengo la culpa, yo no queria que muriera, sino que se la llevaran léjos, léjos..... El maestro Nicolás es quien se empeñó en que muriera..... ¡Infame! Y se ha llevado los cien mil duros..... ¿No le veis cómo registra la caja?..... ¡Malvado!

—¡Qué espantoso delirio!—decia doña Juana á cada rato.—Es propenso á delirar desde que tiene calentura; pero nunca he visto en él un extravío igual.

El marqués parecia más preocupado que doña Juana del sentido de las palabras proferidas por el enfermo.

—Pero no le creais—prosiguió éste—no se llama maestro Nicolás, se llama D. Buenaventura Rotondo, y se finje barbero para penetrar en las casas. Es un conspirador y un intrigante..... Por Dios; poneos todos delante para que no la vea. Aquí está otra vez con su traje blanco manchado de sangre. Marqués, por piedad, sácame los ojos; no quiero tener ojos..... Si yo no fuí, fué él..... ese infame Rotondo: yo sólo queria que se la llevaran de aquí..... ¿No veis cómo registra la caja y cuenta los cien mil duros?

Al decir esto hacia esfuerzos por levantarse, al paso que mientras nombraba á Susana se tendia, se arropaba, cerrando fuertemente los ojos. El marqués llamó aparte al doctor y le dijo:

—¿No le preocupa á Vd. este delirio?

—Sí—dijo el doctor con angustia.—Sí: en eso estaba pensando. Despues hablaremos.

—Me parece que esto es una revelacion. ¿Conoce Vd. al maestro Nicolás?

—Sí: le he visto aquí algunas veces. Aquí hay algun misterio. Siempre me chocaron las visitas de ese hombre. ¿Sabe Vd. dónde vive?

—No: esa es la gran contrariedad. Pero viene todos los dias. Si viene mañana, le echaremos el guante.

—Hoy dirá Vd.; porque son las cinco—dijo el doctor mirando su reló. —Tremenda noche ha sido esta. Pobre Susanilla!

Al decir esto el buen inquisidor lloraba como un niño,

—Y por ese hombre que se encontró en la casa, ¿no se podria descubrir algo?—añadió Albarado.

—Nada absolutamente. Es un loco, y á todas las preguntas contesta con que va á la Convencion ó á los Fuldenses.

—No cabe duda que aquí hay un misterio.

—Unicamente pienso averiguar algo por la Pintosilla, que está presa desde ayer.

—Susana misma nos dirá tambien lo que vió en aquella casa.

El marqués hizo un gesto que indicaba estar seguro de no averiguar nada por aquel medio.

—¿Vd. cree que Susana estaria en connivencia con esos bandidos? Eso seria horrible.

—Pero es verdad—contestó el marqués tristemente.—El fué al baile de candil de acuerdo con ella. Eso saltaba á la vista. El encontrar la casa sola, y el aviso que aquí se recibió indican que esos miserables la abandonaron despues de logrado su objeto.

Pasaron las horas y Cárdenas se fué calmando lentamente, hasta que al fin reposó por completo, fatigado el espíritu y la materia del terrible delirio. Callaron todos para no interrumpir su descanso, y á eso de las siete un criado entró á anunciar que allí estaba el maestro Nicolás con las pelucas y á afeitar al señorito.

—Que deje las pelucas y se vaya—dijo doña Juana.

—No: que espere—dijeron saliendo el marqués y el doctor.

—En efecto; Rotondo, que queria á toda costa llevarse, si no los 80.000 duros restantes, por lo ménos una buena parte, entró en la casa; pero aquel dia tuvo mala estrella, y no volvió á salir, porque el marqués, auxiliado de la servidumbre, le encerró bonitamente en los sótanos de la casa.

III.

Dos dias después de estos sucesos, el doctor entró en el cuarto de Susana, y encerrándose en ella, entablaron el siguiente importante diálogo, del que no perderemos punto ni coma.

La que era ya condesa de Cerezuelo se hallaba en deplorable estado físico y moral, tendida sobre un canapé en la misma estancia donde recibió á Martin algunos dias ántes. Sólo la criada entraba allí para llevarle el alimento, y más conturbada, más triste estaba allí que en la otra prision de la calle de

San Opropio, que ella juzgó el más odioso lugar de la tierra. El primero que traspasó el dintel de este nuevo encierro, en que la jóven se desesperaba acompañada de sus pensamientos, fué el pobre abuelo, el más afligido de todos los de la casa. Su vista impresionó vivamente á la orgullosa dama, que conservaba bastante entereza en medio de tantas amarguras.

—Susana—dijo gravemente—quiero conferenciar contigo de un asunto concerniente á la honra de esta casa, que está, tú lo sabes, muy por los suelos. Ante todo espero de tí una revelacion franca. Lo que á mí me digas puedes considerar que lo has confiado á un sepulcro. Después de lo que ha pasado nada me sorprenderá: yo, que debiera ser inflexible como lo ha sido tu padre, seré tolerante, si tienes conmigo la franqueza que espero. ¿Tú amas á ese hombre?

—Sí—contestó Susana con dignidad.

—¿Todavía?—preguntó el doctor con ánsia.

—Todavía y siempre.

—No; no lo puedo creer. ¡Tú estás loca! Susana, por Dios: mira lo que dices. Yo soy demasiado bueno; yo no debiera volver á mirarte; pero el entrañable cariño que te profeso me obliga á ser débil. Tú harás lo posible por sofocar ese afecto, ¿no?

—No, porque me moriria.

—Susana, Susana: tú has perdido el juicio. ¡Te moririas, dices! Ojalá te hubieras muerto ántes de hacer lo que has hecho. Más quisiera verte en tu ataud vestida con el hábito de la Virgen del Cármen, nuestra santa patrona, que deshonrada y perdida para siempre en el concepto del mundo. Dime: ¿ese hombre te arrebató de acuerdo contigo?

—No, yo nada sabia; yo soy inocente. Me robaron para exigir la libertad de Leonardo.

—Esos hombres son unos bandidos. ¿Y tú amas á ese hombre?

—Sí: no lo negaré nunca.

—¿Ha estado él allí contigo en estos dias?

—No: sólo ha estado una vez, en que hablamos un poco, y él se marchó.

—¿A dónde?

Susana no contestó á esta pregunta, á pesar de que fué muy repetida.

—¿Pero no te horrorizas de lo que has hecho?

—No; porque tengo mi conciencia más limpia que ese espejo en que nos estamos viendo. No tengo por qué horrorizarme; no he cometido falta alguna.

—¿Pero qué es esto? Aquí hay un misterio. ¿Pero es cierto que tú amas á ese hombre ó ha sido un capricho pasajero?

—No ha sido capricho pasajero: es un afecto firme y grande que no se extinguirá miéntras yo tenga vida.

—Pues hija: cualquiera que sea la verdad de lo sucedido, tú estás deshonrada para el mundo. Ningun caballero de familia ilustre se rebajará á darte su mano; has de vivir encerrada en un convento toda la vida, porque ni áun en esta casa quiere mi hermana que estés. Sólo una solucion se ofrece que pueda, si no devolverte la posicion que has tenido, porque eso ya es imposible, por lo ménos ocultar algo tu deshonra y darte un nombre que puedas lleva con la frente erguida.

—¿Qué solucion es esa?

—Hay un hombre que, á pesar de lo que ha pasado, quiere casarse contigo. Ese hombre no hubiera sido ántes digno ni de dirigirte la palabra, pero hoy, hija, vale más que tú, no lo dudes; hoy su oferta puede considerarse como una abnegacion.

—¿Y quién es ese hombre?—preguntó la dama.

—D. Lorenzo Segarra. Aunque de humildísima cuna no debes rechazarle porque, con dolor te lo digo, hoy no puedes aspirar á más. Y aún hay que agradecerle su comportamiento, hijo del mucho amor que tiene á la familia. El quiere lavar esta deshonra, y no vacila en dar su nombre á la que ya no podrá honrarse con el de otra casa más alta. Creo que no has podido soñar una reparacion más aceptable. Vivirás con él en Alcalá durante algunos años y despues podrás volver aquí. No puede decirse que lo hace por avaricia, porque has de saber que tu padre en su último testamento le nombra heredero de todos los bienes que no pertenecen al mayorazgo, de modo que el esposo que te propongo es casi tan rico como tú.

No es posible pintar el desden y la repugnancia con que Susana escuchó aquella proposicion. El doctor que lo conoció, dijo estas palabras:

—Yo, que te quiero como un padre, tengo gran empeño en que esto se haga. Vengo de hablar con D. Lorenzo, que asegura no poder resistir la situacion en que te encuentras. Lo comprendo. ¡Se interesa tanto por la familia! Estoy seguro de que me harás el gusto, en compensacion á la pena que á todos has causado. Si no lo haces, Susana, haz cuenta de que no existo; no te veré más; puedes considerar que oyes de mi boca cuanto oiste de la de tu padre en su última hora. Esto te propongo. Si lo aceptas, seré para tí tan cariñoso como siempre lo he sido; si no lo aceptas, olvídate hasta de mi nombre; no te conozco, eres para mí la última de las mujeres.

Por más esfuerzos que me cueste este sacrificio, lo haré, te juro que lo haré.

El buen doctor no pudo continuar porque los sollozos ahogaron su voz. Susana, á pesar de los esfuerzos de valor que desde algun tiempo hacia, á pesar de su arrogante serenidad, no pudo mostrarse indiferente ante las lágrimas de aquel buen viejo, del pobre *abuelo*, que la amaba tanto. Ya sabemos el ascendiente que el doctor tenia sobre ella, y bien podia asegurarse que era el único de quien se dejaba conmover. La orgullosa consistencia del carácter de la dama únicamente cedia á los mimos del consejero de la Suprema. Aquel dia al oir sus súplicas, al ver las lágrimas que surcaban por las arrugadas mejillas del buen viejo, al oir de sus lábios promesas de perdon, cuando todos se habian mostrado tan sañudos con ella, no pudo resistir una violenta emocion. Albarado no quiso destruir con nuevas promesas ó amenazas el efecto de sus anteriores palabras, y calló, juzgando que nada era tan expresivo como sus lágrimas. Se fué dejándola sola y encargándole la tranquilidad. En el corredor se encontró á Segarra y le dijo al oido:

—Creo, Sr. D. Lorenzo que lo vamos á conseguir.

CAPITULO XXVI.

¿Iré ó no iré?

Vamos á asistir á la espantosa duda que conturbó el entendimiento de Susana, comprimido por dos ideas opuestas, disputándose la victoria con igual esfuerzo. La infeliz sufrió por cinco dias aquella tremenda agonía que produjo en ella un gran trastorno moral y físico, haciéndola insensible á cuanto á su lado veia. Sola, callada, inmóvil, con la vista fija en el suelo, estuvo cuarenta horas recostada en el mismo sofá en que la hemos visto hablando con el abuelo. Nada la sacaba de su abstraccion, nadie le hizo desarrugar el ceño ni volver la vista; no contestaba á palabra alguna, ni fué posible comprender si era aquello una reconcentracion de soberbia, ó un fuerte acceso de remordimientos. Estaba tejiendo y destejiendo una tela infinita, oscilando sin cesar de un término á otro entre los dos de una proposicion terrible. Si lo qué pasa en el cerebro en tales ocasiones se espresara al exterior por algo material, por algo que se viera y que sonara, se pareceria al tic-tac de un péndulo lento y cadencioso, máquina triste que se ocupa en cantar una duda sin fin.

¿Iré ó no iré? Parecerá rara esta vacilacion en un carácter resuelto y propenso á las determinaciones decisivas como era el de Susana; pero en las circunstancias en que se encontraba, no era fácil la línea recta. La duda frívola, que más que duda es ligereza y veleidad, no es propia de los caractéres fuertes y activos: la grande, la dolorosa duda que perturba y sacude el ánimo, sólo cabe en las naturalezas reflexivas y profundas ó en los caractéres apasionados y fogosos. Nunca la pasion y el deber, eternos contendientes de estas grandes batallas, chocaron de un modo tan rudo como en la mente de Susanita cuando muerto su padre, y decidido por la familia su

matrimonio con Segarra, empezó á preguntarse si iria ó no á Toledo en busca de Martin, ó renunciaria para siempre á la union, perentoriamente exigida por su espíritu.

Ella, cuando habia consentido en renunciar á sus preocupaciones, lo habia hecho con plena y absoluta resolucion de cumplir su promesa. Aquello habia llegado á ser una necesidad, después de haber sido objeto de una gran lucha. Una série de impresiones recibidas en los dias de su prision, y, por último, el diálogo con Martin, desarrollaron en su ánimo la pasion tan á espensas del orgullo, que era preciso transigir con ella, y olvidar la baja condicion del objeto amado. Ella no habia conocido un hombre como aquel, ni creia que existiera otro, en quien se juntaran más calidades de carácter y de persona que le fueran agradables. Hasta lo que podrian considerar muchos como defectos, le era simpático, y sentia una admiracion instintiva hácia todo lo que en él causaba terror á los demás. Era el sér *único*, encontrado en la jornada de la vida, sin que ántes hallara otro, ni hubiera esperanza de encontrarle despues. Renunciar á él, seria renunciar á la vida, someterse al rigor de una familia intolerante y cerrar para siempre los ojos á la luz de la felicidad, sumergiéndose en una noche de tristeza y de soledad, peor que la muerte, porque se pensaba. Si tenia la debilidad de ceder á sus preocupaciones y á las exigencias de sus parientes, era preciso optar entre pasar el resto de la vida en un convento, ó casarse con un hombre como D. Lorenzo Segarra, lo cual era todavía peor que el convento. ¿Y qué valor tenian las exigencias de su familia tratándose de su felicidad? ¿Por qué habia de someterse á la voluntad de nadie? ¿Por qué habia de sacrificar á una vana consideracion social, á una pura cuestion de palabras, el hecho cardinal de su vida, aquel grande y noble sentimiento, vagamente previsto desde que dejó de ser niña; anunciado, al presentarse, con el aparato de fuertes ataques de veleidad, de mal humor, de caprichosas liviandades; enseñoreado al fin de su espíritu, de tal modo, que habia llegado á ser su espíritu mismo? No: de ninguna manera? Era preciso ir.

Pero...,. pero aún zumbaban en su oido, como el eco de las voces de todos sus antepasados juntos, las palabras del conde, cuyo clamor era la protesta de la raza y de la sangre contra aquella desnaturalizada hija que manchaba con el cieno de las tabernas y con el polvo de los clubs el preclaro nombre de la antigua familia. D. Pablo Muriel habia sido enemigo de la casa: aquel nombre no podia ser simpático á ningun Cerezuelo. Su padre habia fallecido presa de un rencor que no domaba ni la proximidad de la misma muerte. Habia concluido su honrada vida con el corazon envenena-

do, maldiciéndola desde las puertas del sepulcro, y aborreciendo cuando sólo debia amar, atento á su deshonra cuando sólo debia poner el pensamiento en Dios. Él, que debia haber muerto como un justo, murió como un réprobo, desesperado y furioso. Tal vez el alma del padre irritado no encontró abierta la entrada del cielo, cerrada para todos los rencores de este mundo. ¡Oh, este era un pensamiento terrible! La maldicion del conde, su atroz aspecto, su frenesí, que casi parecia de ultratumba, le imponian un pavor indecible. Casi le costaba trabajo creer que su mismo padre estuviera en aquellas escenas, y le parecia que, ya finado, habia vuelto, traido por infernales espíritus, á pronunciar el anatema de cien generaciones de antepasados ilustres. Aquel recuerdo y aquellas palabras la perseguirian toda su vida como un escuadron de espectros zumbando en su oido y revolando ante su vista. No..... de ninguna manera: no podia, no debia ir: era imposible ir.

Pero..... pero si ella no habia conocido otro hombre como aquel, con cuyo carácter el suyo habia hecho ya un estrecho maridaje en la region de lo ideal. ¡Eran los dos tan parecidos, tan el uno para el otro! Además, ella detestaba la turba de galanes que conocia en la córte, y sentia repugnancia invencible hácia los sándios petimetres que la habian ofrecido su mano. A veces, ántes de encontrar aquel sér buscado instintivamente por todos lados en el sendero de la vida, ella era tambien frívola y tonta como los que la rodeaban; pero en el fondo de su alma detestaba la afeminacion. Adoraba todo lo enérgico, todo lo resuelto, todo lo audaz, todo lo que tuviera proporciones colosales y grandiosas. La superioridad moral de Martin la atraia por una especie de gravitacion que existe en la misteriosa astrología de los espíritus. No podia resistir aquella atraccion que propendia á fundir en una sola dos naturalezas afines. Su entendimiento como su voluntad se habian ya acostumbrado á volar contínuamente en direccion á la voluntad y al pensamiento del jóven revolucionario. Era tan triste suponer un divorcio perpétuo entre los dos, que la imaginacion dolía como si fuera un órgano, al fijarse en este punto. No era posible pensar cosa alguna que no se relacionase con él. Nada ocurría en el mundo moral como en el físico que estuviera desligado de la persona ó del pensamiento de aquel hombre; y la imaginacion de la pobre dama no tendia ninguno de esos hilos de araña que pueblan el espacio en las horas de meditacion, sin que la extremidad del cable imperceptible dejara de fijarse en el otro término de aquel dualismo. No; no era posible renunciar á tanta sensibilidad desbordada, á tanta ansiedad satisfecha, á tantas lágrimas de placer, á tantas cosas nuevas y des-

conocidas, surgidas de improviso del fondo de la naturaleza, como la violenta vaporizacion de los materiales de un volcan, sometido de pronto á la accion de enérgico fuego interior. Su espíritu tenia horror al olvido, como la naturaleza tiene horror al vacío. No; imposible: renunciar á aquello era un hecho que no cabia dentro de la voluntad humana. Era preciso ir.

Pero..... pero se acababa su representacion en el mundo. Adios bailes, fiestas, tertulias en que todos se consideraban felices al ser mirados por ella. Ya se concluia la Susana omnipotente que avasallaba á todos y de todos era idolatrada. Además, ¿cómo olvidar la imágen de su padre irritado en el momento de morir cual nunca lo habia estado en vida? Le habia de ver todas las noches apareciéndose en sueños para maldecirla, habia de escuchar constantemente aquellas palabras «¡que tus hijos sean mónstruos horrendos!» y no tendría un momento de tranquilidad. Y al mismo tiempo el pobre abuelo, que la amaba más que su mismo padre, se moriria de pena viéndola unida á aquel hombre aborrecido. Recordaba sus súplicas, pidiéndole con tanta ternura como un jóven amante, que renunciara á un amor bochornoso; recordaba sus lágrimas, que nunca en ningun tiempo habia visto en el rostro del anciano, y el corazon se le apretaba de angustia. Su padre muerto, pero vivo en la memoria eternamente por su terrible anatema, su protector y amigo resuelto á abandonarla y á morirse tambien de desesperacion, la perseguian como dos sombras irritadas y vengativas. No: de ningun modo: era imposible ir.

Como una balanza matemáticamente nivelada, y oscilando en períodos iguales, así estaba su espíritu, y así resistió dos dias de constante meditacion. Bastaba un grano de arena para inclinar de un lado cualquiera de los dos platillos, y este grano de arena lo arrojó un hecho que parecia casual, pero que ella juzgó dispuesto por una bondadosa Providencia, interesada en el desenlace de aquella crísis.

D. Lino Paniagua se presentó en su casa cuando ménos ello le esperaba, y pidió ser llevado á su presencia, en lo cual no hubo inconveniente por la general creencia de que el abate era un sér completamente inofensivo.

II.

—Señora condesa—le dijo complaciéndose en acentuar el título—vengo á consultar con Vd. un grave asunto. No he querido decir nada á la familia, porque esto es cosa que Vd. sola debe saber. Ante todo le suplico que no vea en mis palabras nada que pueda ofenderla. Vd. debe saber que

el Sr. D. Martin tiene un hermanito, el cual se habia extraviado, y no era posible encontrarle.

—Sí—dijo Susana con la mayor viveza—¿ha parecido ese niño?

—Pues contaré á Vd. Me han encargado una comision sumamente delicada. Ese niño ha parecido en Aranjuez, en casa de los Sres. de Sanahuja que le recogieron. Nuestra amiga doña Engracia le vió, supo por él que era hermano del Sr. D. Martin, y deseando hacer una obra de caridad me lo envia para que yo se lo entregue al interesado. Hé aquí mi aprieto, señora condesa; el niño está en mi casa, á donde ha llegado esta mañana, y como yo no sé dónde está el Sr. D. Martin, vengo á que Vd. me lo indique si lo sabe, y siempre en el caso de que esto no le cause molestia.

D. Lino calló y aguardó la respuesta, no sin cierto temor de oir un exabrupto. El semblante de Susana se alteró, recobrando de improviso su animacion. Sus miradas volvieron á ser lo que habian sido ántes, expresivas y deslumbradoras; se levantó y dió algunos pasos. Todo anunciaba en ella que la lucha habia concluido, y que al fin tomaba una resolucion decisiva Para el abate no pasó inadvertida aquella inopinada resurreccion.

—Voy, voy, voy,—dijo para sí;—voy á llevarle ese niño. Es un deber: ya no lo dudo. Cumpliré mi palabra, y seguiré mi destino. Yo necesito verle y presentarle á su hermano, hallado al fin y recogido por mí. Este es un aviso del cielo, que me da resuelta la cuestion. Sí..... es un aviso del cielo. Iré: es preciso ir. Me asombro ahora de haber dudado un momento.

Después, sentándose de nuevo, dijo en voz alta:

—D. Lino: tengo que pedir á Vd. un favor.

—¡Ah! algun encargo: ¿quiere Vd. que le traiga otra caja de pastillas de casa del mahonés?

—No, no es eso.

—Disponga Vd. de mí por esta tarde, porque ahora tengo que ir á casa de las escofieteras de la calle de Milaneses para decirles de parte de doña Robustiana que no pongan á las papalinas cintas verdes, sino cintas azules.

—No es para hoy; será mañana. Quiero que me acompañe Vd. á una parte.

—Señora condesa—dijo el abate muy asustado.—Recuerde Vd. las circunstancias..... Usted no podrá salir de aquí.

—¡Que no puedo salir!—contestó Susana con un arranque de soberbia que asustó á Paniagua.

—Pero..... queria decir..... Si la familia lo sabe, ¿qué creerá de mí?

—Usted irá, irá conmigo—dijo Susana en un tono que no consentia réplica.

—¿Es á alguna casa conocida?

—No es en Madrid.

—¿Tenemos que ir fuera? Pero señora condesa, considere Vd.....

—Usted va conmigo, Vd. va conmigo sin remedio. No hay otra persona que pueda hacerme este inmenso favor. No será Vd. capaz de desairarme.

En efecto, Paniagua no era capaz de decir que no á nada, y despues de mil súplicas encantadoras, despues de mil coqueterías irresistibles, prometió á Susana acompañarla al punto que ésta tuviera por conveniente.

—Pues bien,—dijo ésta.—Mañana al anochecer aguárdeme Vd. en su casa, y esté preparado para un viaje. Tenga Vd. un coche preparado, cueste lo que cueste.

—¿Y qué hago con ese chicuelo que me han enviado?

—Ha de ir con nosotros.

—¡Ah!—dijo el abate asustándose otra vez—Pero señora condesa, repare Vd..... la familia..... el doctor.....

Se entabló de nuevo la disputa; pero al fin cedió D. Lino, impotente para negar lo que se le pedia de un modo tan apremiante. Convino en prepararlo todo y en aguardarla á la noche siguiente.

CAPITULO XXVII.

Quemar las naves.

I.

Los indivíduos que habian de componer la junta estaban reunidos y profundamente preocupados del suceso ya próximo y cuyo éxito era un pavoroso enigma. No pasaban de doce, y ocupaban un gran salon mal amueblado en la planta baja de un caseron ruinoso. En sus semblantes más se notaba tristeza de penitentes que entusiasmo de conspiradores. Parecia que la proximidad de los hechos habia enfriado un tanto su primer acaloramiento, y que no estaban hechos aquellos caballeros de la madera con que se fabrican los revolucionarios. Habia dos, sin embargo, que eran cada vez más ardientes y recogian todas las palabras de Martin con verdadera ansiedad, expresando en sus fisonomías las diversas impresiones que experimentaban al oirle.

Pálido, grave y con claras señales de haber padecido grandes insomnios, estaba Martin sentado en lo que parecia ser cabecera de la mesa oblonga, colocada en el centro del cuarto.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Las diez—contestó uno de los presentes.

—Dentro de dos horas estará cada uno en el sitio que le corresponde—dijo Muriel solemnemente.—¿Hay alguno que se sienta débil para lo que exige tanta resolucion? ¿Hay alguno que no se sienta con fuerzas para poner su firma al pié del acta de la constitucion de la junta? Todavía es tiempo: faltan aún dos horas. Los cobardes tienen tiempo de arrepentirse. Si hay alguno que viendo de cerca el peligro quiere retirarse á su casa para llorar como mujer los males de la pátria, en lugar de arrostrar la muerte para

castigarlos y hundir para siempre la tiranía, puede hacerlo. Dentro de un rato será tarde.

Todos escucharon estas palabras con profunda ansiedad.

—La junta queda en este momento constituida, y el acta se va á firmar—continuó sacando unos papeles que extendió sobre la mesa.—Aquí está. Es preciso firmar esta acta que dice: «Hoy 16 de Mayo, los firmantes declaramos constituida la junta revolucionaria de Toledo, y decretamos: 1.° Manuel Godoy, llamado príncipe de la Paz, es condenado á muerte. 2.° La familia de Borbon ha dejado de reinar en España. 3.° No hay más soberanía que la del pueblo. 4.° Esta junta ejerce el poder supremo ejecutivo, que sólo resignará en las Córtes del reino, convocadas al efecto.» Ahora firmad todos. Ya he firmado yo el primero.

Los dos que estaban sentados junto á Martin, extendieron su nombre al momento: los demás se consultaron con las miradas y áun en alguno se notó la señal de un gran sobresalto. Uno se levantó de pronto y dijo: «Yo no firmo eso.» Pero los demás no tuvieron valor para negarse ante los modales y la voz autoritoria de Muriel, y firmaron. Inmediatamente este sacó otro papel que dijo ser una copia exacta del primero, y lo extendió tambien sobre la mesa, diciendo: «ahora firmenme Vds. esta otra copia.«

Los conspiradores firmaron todos, escepto aquel que desde un principio se habia negado, y habiendo recogido Martin aquel segundo documento, lo dobló, sellándolo y escribiendo con gruesos caractéres el sobre.

—¿Pero á quién dirige Vd. la copia del acta?—preguntó uno mirando por encima del hombro del jóven.

—Véalo Vd.—contestó éste—á su Alteza Serenísima el señor príncipe de la Paz.

—¡Oh! ¿qué hace Vd?.... ¡Está loco sin dada!—exclamaron algunos de aquellos hombres, poseidos repentinamente de una gran turbacion.

—¡Enviarlo al príncipe de la Paz..... y con nuestra firma!

—Explique Vd. qué quiere decir esto.

—Esto se llama quemar las naves—contestó Muriel con voz imperturbable.—Los que han firmado este documento tienen contraido un compromiso solemne, y por si alguno quisiere volver el pié atrás en el momento supremo, yo le quito de esta manera toda esperanza de salir impune. Envío el acta á Godoy para que todos los que la han firmado se convenzan de que no hay más remedio que vencer ó morir. Si esto sale mal no queda el recurso de negar toda participacion en la empresa frustrada. Si no vence-

mos, á todos nos espera el cadalso. Mañana sabrá Godoy nuestros nombres; pero ya será tarde. Para estos golpes de terrible audacia no basta el valor, es necesaria la desesperacion, y esta que hoy podré llamar fecunda virtud, la infundo á todos, asegurándoles que no podrán contar con la existencia si no vencemos. No hay remedio: es preciso vencer ó morir. El que prefiera el vil cadalso á la honrosa muerte de una batalla, que se retire: aún es tiempo.

Estas palabras fueron pronunciadas en medio de un silencio sepulcral, en que no se sentia ni la respiracion de aquellos hombres, cuya vida habia sido puesta entre el terrible dilema de una lucha desesperada ó de un afrentoso patíbulo. El efecto producido por el atrevido proyecto del jóven revolucionario fué distinto: en unos avivó el entusiasmo, en otros produjo una especie de terror pánico, mezclado de abatimiento. Aun hubo una mano que acarició á escondidas el pomo de un puñal; pero la persona, el carácter del jóven eran cada vez más imponentes, y la intencion homicida murió en flor, sofocada por cierto estupor supersticioso que experimentaba su autor.

Martin se levantó, y dijo:

—No necesito añadir una palabra más. Dentro de dos horas cada uno sabe lo que tiene que hacer.

Entre los entusiastas habia dos, como hemos dicho, que eran íntimamente adictos á Martin. El uno era un jóven abogado de aquella ciudad, apasionado, ardiente, dotado de los mismos pensamientos revolucionarios que Martin, aunque de carácter ménos firme, y sin poseer la voluntad reflexiva que daba tanto ascendiente á las determinaciones de aquel. El otro era un clérigo levantisco, natural de Sevilla, y que profesaba las ideas más exageradas en materias de política y religion. Ambos reconocieron en su nuevo amigo las cualidades sobresalientes que exigia aquel empeño en que estaban metidos; y esclavos de la superioridad se sometieron á cuanto él disponia, identificándose con su iniciativa. El abogado se llamaba Brunet, y el clérigo, aunque con las licencias retiradas y alejado de los altares, conservaba el nombre de *el padre Velez*. De los demás no haremos mencion sino en conjunto, porque sólo así pueden figurar en esta narracion.

Cuatro eran los que se mostraban más recelosos y pensativos, y uno de ellos, el mismo á quien vimos acariciando el mango de un oculto puñal, fué quien poco ántes se habia negado resueltamente á firmar el acta.

Este hombre salió del cuarto y de la casa, y apénas habia andado veinte pasos por la calle, le salió al encuentro otro hombre, envuelto en

una ancha capa negra, y que se paseaba por aquellos lugares como esperando la salida de alguno.

—¡Ah! señor D. Juan—dijo el que venia de la junta—á su casa iba yo.

—¿Qué hay? ¿Cómo va esa junta?

—Señor, ese loco nos va á perder. Figúrese Vd. que les ha hecho firmar un acta en que la junta se compromete á destituir la familia de Borbon y convocar unas Córtes, proclamando la soberanía de la nacion. Sospecho que ese diablo lo va á echar todo á perder.

—¡Dejarle, dejarle!—contestó el que respondia al nombre de D. Juan.—Yo soy de la opinion de Rotondo, que me decia en su carta de ayer: «Nada importa que en el primer movimiento unos cuantos locos proclamen mil atrocidades. Lo que importa es que haya tal movimiento. Mientras más espantosa sea la sacudida, mejor.» Yo opino lo mismo, señor brigadier Deza; y la verdad es que Muriel tiene verdadero genio revolucionario. Ya Vd. ve cómo ha organizado en cuatro dias una fuerza formidable. Es un mozo de cuenta, y creo que no nos dejará en el atolladero.

—Pues yo veo la cosa mal—contestó el brigadier.—Reconozco sus cualidades, pero le tengo miedo. Lo cierto es que muchos de los que constituyen la junta han aceptado su programa que es atroz. Si nuestros enemigos se aprovechan á tiempo del terrible efecto que va á causar en la córte el programa de la junta, estamos perdidos.

—Déjeles Vd. obrar; que hagan lo que quieran. Lo que importa es que caiga Godoy, y eso ya lo podemos considerar como seguro. Ya ve Vd. cómo estaba el pueblo esta tarde en los barrios de Albadanaque y San Lucas con la carencia fingida del pan.

—Todo está muy bien preparado, y yo soy el primero que hace honor á lo que Muriel ha dispuesto; pero presumo que nos va á perder. A fe que he tenido intênciones de quitarle de enmedio. Sepa Vd. que obligó á todos á firmar una copia del acta para enviarla á Godoy. Dice que esto se llama quemar las naves para conseguir no haya desertores en la junta.

—¡Sublime idea ha tenido!—exclamó D. Juan.—Deje Vd.: mientras mayor sea el entusiasmo.....

Los dos personajes continuaron su diálogo cada vez más animado y se perdieron por las callejuelas que rodean á la catedral.

II.

En tanto Martin y los demás continuaban reunidos.

—Desde este momento—dijo el primero—queda constituida aquí la comision permanente de la junta, que preside Velez, por delegacion mia. Esta comision está en relacion conmigo toda la noche, y resolverá con su criterio cuanto ocurra, en caso de que no haya una órden mia en contrario.

—La comision permanente—dijo el padre Velez—sentándose en el asiento de preferencia, sostendrá tus acuerdos, y garantiza su ejecucion con la vida de todos los que aquí quedamos.

Martin salió y despachó al momento un correo de toda su confianza que llevara á Madrid el acta firmada por todos los individuos de la junta. Estos por lo tanto no tenian escapatoria. La causa de haber dado Martin este arriesgado paso era que alguno dè aquellos personajes, á pesar de ser todos muy vehementes al principio, le inspiraban cierta desconfianza los últimos dias.

A las doce en punto doscientos hombres encerrados en las habitaciones medio ruinosas de la Judería, se amotinarian, apoderándose de todas las callejas y recodos de aquel antiguo y solitario barrio. Estos hombres eran escojidos, de probado valor, y en todos ellos, tratándoles separadamente y por grupos, habia infundido Martin una decision que parecia inquebrantable. Pero eran, á pesar de los esfuerzos del jóven, una fuerza brutal y ciega, que ignoraba la idea de la cual recibia tan vigoroso impulso. El rencor hácia un hombre, á quien juzgaban causa de todos los males, era el único sentimiento que les movia; pero aún así aquella fuerza era de inmensa utilidad. El resto del pueblo que habitaba en Toledo ó era indiferente ó estaba dispuesto á secundar el movimiento. Los nobles y el clero eran tambien revolucionarios; pero sólo algunos estaban enterados de lo que se preparaba. Todo era favorable: sólo la mala fé ó la discordia entre los conspiradores podia frustrar el golpe.

Lo primero que debian hacer los amotinados, era apoderarse á viva fuerza del corregidor y del coronel que mandaba la escasa guarnicion de la ciudad; esto parecia muy fácil, porque el brigadier Deza, que era de la junta, podia entregar á los soldados, aunque no tenia mando activo. El clero, y principalmente los inquisidores, aunque estaban tambien en autos, no tenian participacion directa, y esperaban confiados en las hazañas de aquel hombre enviado de Madrid por Rotondo, y en quien suponian con razon cualidades extraordinarias. Todos velaban llena el alma de zozobra, aguardando noticias de la Judería: sólo descansaba sin ningun género de cuidado ni sospecha el corregidor de la ciudad D. Ildefonso Carrillo de Albornoz, del cual tambien se susurraba que no era muy afecto á Godoy. Los

elementos para el primer impulso eran considerables; despues se contaba con el concurso de España entera.

Martin al salir de la junta fué á su casa á reposar un momento para dirigirse á las doce á la Judería.

Habitaba en una casa lóbrega y escondida de la calle de la Chapinería, y sólo le acompañaba Alifonso, porque D. Frutos habia sido encargado de cierta comision que se sabrá despues. Aquella noche, sintiéndose el jóven con necesidad de tomar alimento, fué á la posada, y con gran sorpresa, encontró en ella á fray Jerónimo de Matamala.

—Querido Martin, Martincillo—exclamó este abrazándole.—He venido sólo por verte. ¿Qué tal? Muy ocupado. Sabes que esto que aquí pasa no me parece del todo bien: sí, te diré..... he venido sólo á eso. ¡Pobre muchacho! Tú estás loco; ¿conoces bien la gravedad de lo que vas á hacer? Corchon me ha mandado á toda prisa; está escandalizado y furioso. Aquí he sabido que estás haciendo atrocidades, y te auguro mal fin. Hay muchas personas que están irritadas contra tí, sobre todos ciertos individuos del clero....

—¿Qué me importa?—contestó Martin—Ya no es posible volver atrás: es igual que estén contentos ó no. Yo me rio de sus escrúpulos. ¡Gente apocada y egoista! ¿Qué saben ellos lo que es valor? Querian que trabajarámos por ellos, por cimentar su poder, por aumentar su influjo. El dia tremendo se acerca, fray Jerónimo. Vaya Vd. y diga á esos farsantes que ya no hay esperanza. El alcázar de la corrupcion y de la barbárie está minado: no falta más que aplicar la mecha.

—¡Infeliz!—dijo fray Jerónimo, llevándose las manos á la cabeza—Siempre lo mismo; siempre blasfemo. Mal haya quien te dió parte en este negocio. Bien decia Corchon, que tú nos ibas á perder .... Pero hombre considera..... Ten prudencia.

—¡Prudencia yo!..... Esta no es noche de prudencia.

—Corchon está contra tí hecho un veneno.

—Mucho me importará lo que piense ese pedanton.....

—Y Rotondo..... Tambien está disgustado, lo sé.

—Ningun malvado puede estar contento con lo que pasa. Se acerca el último dia de los hipócritas, de los corrompidos y de los infames.

—¡Oh, santo Dios y el seráfico patriarca!.... pero qué loco está este hombre..... Aquí, la gente de aquí, la gente gorda está tambien disgustada. Quién sabe lo que á estas horas estarán tramando contra tí. No seas loco; ve, preséntate á ellos y diles que estás arrepentido de todas tus faltas y que harás lo que ellos te manden.

—Déjeme Vd. en paz, padre; yo no tengo que dar cuentas á nadie—dijo Martin amostazado.—Usted es un pobre hombre que no sabe lo que dice. Esto no se ha hecho para los frailes ambiciosos, ni para los clérigos intrigantes.

—¡Ah! tambien á mí me insultas..... Bien: haz lo que quieras: no te aconsejo más. Me callo.

—Sr. D. Martin,—dijo Alifonso al ver que habia terminado la disputa. Esta tarde ha llegado á la posada una señora y ha preguntado por Vd.

—¿Una señora? ¿Viene sola?

—Con un caballero flaco y pequeñin que iba mucho á casa, cuando el Sr. D. Leonardo, pues.....

—¿Dónde está? al instante quiero verla.

—Es la de Cerezuelo—dijo fray Jerónimo al oido de Martin.—La he visto al entrar.

Fué Martin inmediatamente al cuarto donde le dijeron que estaba Susana. Dió un ligero golpe en la puerta, y al momento sintió el crugir de un vestido de seda rozando precipitadamente por el suelo. Sonó el cerrojo, y ántes de que la puerta se abriera hasta le pareció que un perfume sutil y delicado anunciaba la presencia de la gran dama. En efecto, era ella. Cubierta de palidez, conmovida y turbada, Susana se ofreció á los ojos de Martin, y despues de indicarle que entrara, cerró de nuevo la puerta. El jóven se acercó á ella, y besándole ambas manos con cierta efusion de galan enamorado, que Susana hasta entónces no conocia, le dijo:

—¡Ah! Bien ha cumplido Vd. su palabra. Ya lo esperaba yo.

—Sí: mucho he dudado—contestó Susana con emocion—pero al fin.....

—¿Y duda Vd. todavía?

Susana se pasó la mano por la frente, y dijo con profunda melancolía:

—No lo sé.

—Terrible es la prueba; pero por lo que me dijo Vd. aquella noche, creo que todo cuanto Vd. se oponga á esta inclinacion es oponerse á su destino.

—Despues que no nos vemos me han pasado cosas terribles..... Pero ahora no puedo referir..... Estoy sin fuerzas; he pensado tanto estos dias, que me duele el pensamiento. Yo creo que me he envejecido. ¡Cuánto he variado, Dios mio, en unas cuantas semanas: yo misma no me conozco! La persona que ha tenido bastante fuerza de atraccion para hacerme venir aquí, para hacerme menospreciar todo lo que se queda allá, desoir la voz

de cuantos en esta vida y en la otra se oponen á mi amor, debe estar orgullosa. Si Jesucristo bajado del cielo me hubiera dicho por su propia boca que yo iba á hacer esto que hago, me habria reido de él.

—Es verdad—dijo Martin con alguna emocion.—Al verla á Vd. en este sitio me parece que he alcanzado la mitad de la victoria. Ya tengo la victoria moral, no me falta más que la de la fuerza. Vd. bajando hasta mí parece que viene á sancionar mis ideas. Es la Providencia, señora, quien le ha enseñado á Vd. este camino. Si me parece que aquella clase que tanto odié conoce sus agravios y baja á pedirme perdon, no á mí, que nada valgo, sino á los mios, á los de mi clase, al santo pueblo, ansioso de ser amado despues de tantos siglos de humillacion. Ya comprendo que el ódio no resuelve ninguna cuestion, ni cura ninguna herida, ni dulcifica ninguna pena. Los hombres no han de ser iguales destruyéndose, no: no ha de haber nunca igualdad en el mundo sino por el amor.

Susana se habia sentado y parecia abrumada de nuevo por sus meditaciones; pero al oir las últimas palabras de Martin, se serenó su rostro, brillando en él aquella sonrisa apacible y melancólica que produce toda idea de felicidad al pasar con rapidez por la mente cargada de malos recuerdos y de crueles dudas.

—¡Cómo me he trasformado!—dijo—me acuerdo de mí misma en los tiempos anteriores á nuestro trato, como se recuerda á una persona á quien hemos conocido. Me asombro de que yo no hubiera sido siempre así.

—Aquel orgullo.....

—Subsiste para todos, menos para un solo sér, el único destinado á vencerlo. Vd. se asombrará cuando le cuente el sin número de pensamientos, de recuerdos, de terrores, de aprensiones que ha tenido que vencer para traerme aquí. Pero no puedo explicar ahora todo..... tengo tanto que contar!.... estaria un dia entero refiriendo lo que me ha pasado y lo que he sentido.

—Oiré esa historia que puedo considerar como parte de la mia. Es tarde, tengo que salir. Volveré.

—Antes de que Vd. se vaya tengo que mostrarle un regalo que le he traido.

—¡Un regalo!

—De gran precio, una joya perdida hace tiempo y que álguien ha tenido la suerte de encontrar.

Susana se acercó á uno de los dos lechos que en el cuarto habia y descubrió á Pablillo que dormia como un ángel.

—¡Pablo! mi hermano—dijo Martin con delirio, abrazando y besando al desgraciado niño.

—No le despierte Vd.—añadió Susana.—Por el camino me ha contado sus aventuras. Está prendado de mí y no ha querido dormirse sin la promesa de que no me separaria de su lado. Vea Vd.; le ha cogido el sueño abrazado con mi manto y no lo soltará hasta que despierte.

En efecto, Pablillo tenia fuertemente apretado entre sus brazos el manto de Susana, como podria tener un galan á su bella desposada en los primeros sueños del matrimonio. Muriel contemplaba con verdadera emocion á su hermano, cuando sonaron fuertes golpes en la puerta.

—Muriel, Muriel, ya es hora,—dijo la voz de Brunet desde fuera.

—No me puedo detener un momento, adios.

—Adios. No pregunto á dónde va Vd. ¿Puedo estar tranquila?

—No, porque si mañana no soy lo que debo ser, y lo que me he prometido ser, puede decirse que he muerto. ¿Tiene Vd. miedo?

—No—contestó Susana con enérgica decision y arrojándose en los brazos del jóven.

—Esperemos. Si no venzo esta noche, es señal de que no hay Dios.

—¡Quién sabe! Adios.

Martin salió del cuarto y la dama no se separó de la puerta hasta que no le vió desaparecer.

CAPITULO XXVIII.

La traicion.

Los dos jóvenes se dirijieron á buen paso á la calle del Hombre de Palo donde estaba la junta; pero cuando ya se acercaban á la casa vieron salir de ella dos hombres que corrian con precipitacion, y al punto reconocieron á dos indivíduos de la comision permanente.

—Martin, Martin—gritaron al verle.—¡Traicion! ¡Traicion! Nos han vendido.

—¿Qué hay? ¿Qué es esto?

—Ese infame Deza..... ya lo sospechaba..... Velez ha sido asesinado. Arenzana y Bozmediano quedan mal heridos.....

—¿Pero cómo ha sido....?

—La cosa más inicua. De improviso entró Deza en el salon acompañado de diez ó doce soldados y nos intimó que nos rindiéramos en nombre del príncipe Fernando cuya causa decia representar él sólo. Velez increpándole por su deslealtad, quiso echarse sobre él y al instante fué atravesado con un estoque. Nos hemos defendido como fieras; hemos matado tres; pero el infame ha salido con los demás. Creemos que va á la Judería. Corramos..... no hay que perder un instante.

—Calma, calma—dijo Martin.—Vamos á la Judería, pero procuremos llegar allá serenos y con juicio.

Bajaron en efecto, y ántes de llegar observaron el resplandor de algunas antorchas y distinguieron rumor de voces. Por el camino encontraban

—¿Qué hacemos con él?—preguntó uno de aquellos hombres.

—En uso de la autoridad que me ha concedido la junta, le condeno á muerte.

—¡Tú!..... ¿Quién eres tú, bandido infame, para condenarme? exclamó Deza echando espumarajos de rabia.

—Yo soy el que castiga—dijo Martin con dignidad.—Brunet: ejecuta esta sentencia.

Al decir esto se alejó. A los pocos pasos un fuerte arcabuzazo anunció el fin del brigadier, y los que habian quedado detrás, se reunieron á Martin.

—En momentos supremos, la muerte parece poca pena para la traicion —dijo el jóven sombriamente internándose más en la Judería.

En seguida encontraron nuevos grupos que se unian todos con muestra de adhesion muy viva.

—Estamos vendidos—decia una parte de la gente—se han ido con los frailes.

En efecto, al llegar frente á la iglesia del Tránsito, de un grupo muy compacto salieron voces que decian: «Muera ese bandido.»

—¡Oh! qué infierno—exclamó Martin.—Vamos á emplear nuestra fuerza en someter á esos viles.

—Esta division nos mata— dijo Brunet.

—¡Estamos perdidos!—añadió Muriel—pero adelante. Todo el que no quiera combatir conmigo por la libertad, que se vaya con esa canalla.

—No; contigo, contigo—exclamaron muchas voces; y en aquel mismo momento avanzaron todos.

Los otros retrocedieron, perdiéndose en el laberinto de aquellas calles hechas para la defensa. Si el lector no ha paseado alguna vez por las revueltas, estrechas y empinadas vias de comunicacion de la ciudad imperial, no comprenderá cuán á propósito es para una revolucion, por ofrecer inmensas ventajas estratégicas de defensa, y tener pésimas condiciones para el ataque. Martin, que habia estudiado bien este punto, rugió de ira al conocer que en vez de ser dueño de aquella intrincada red de callejones, recodos y pasadizos, iba á encontrar un enemigo detrás de cada esquina. Estaba haciendo el papel de gobierno constituido que se defiende, en vez de hacer el de pueblo armado que destruye. No se acobardó sin embargo de esto, y siguió adelante; pero con gran asombro suyo vió que sus enemigos abandonaban la Judería y subian por los Alamillos hácia Santo Tomé, y despues por la cuesta de la Trinidad hácia el centro del pueblo.

—¡Vamos tras ellos!—dijo Brunet.

Martin echó una ojeada sobre la gente que le seguia, y rápidamente quiso formar idea de su número. Creyó que no pasaban de ciento.

—Sigámosles. Cada instante que pasa perdemos mucho terreno; cada vez serán ellos más fuertes. Persigámosles sin descanso; pero sin atropellarnos. No nos fatiguemos, y marchemos con órden.

Entretanto los otros subian y rodeaban la catedral, gritando:—«¡Van á robar la santa iglesia; van á llevarse á la Vírgen del Sagrario; van á degollar á los frailes y al santo clero! ¡Mueran esos bandoleros!»

Estos gritos, proferidos por dos ó tres frailes, que azuzaban á la multitud, mezclados con ella, reunieron junto á las venerables paredes de la gran catedral á una inmensa muchedumbre, fácilmente impresionada con la idea del supuesto ataque á los vasos sagrados y á los benditos administradores del culto. Esos pueblos históricos, que se envanecen con títulos antiguos y nombres sonoros, no aman cosa alguna con tanta vehemencia como su catedral. La soberbia construccion secular, donde tantas generaciones han puesto la mano para embellecerla, sintetiza y encierra todo lo que aquel pueblo ha sentido y todo lo que ha sabido. Allí reposan sus héroes; allí yacen sus antiguos reyes durmiendo tranquilos el sueño de la historia; allí se ha celebrado un mismo culto por espacio de muchos siglos, y en aquella santa custodia han fijado los ojos, creyendo ver al mismo Dios, los padres, los abuelos, todos los que han nacido y muerto en la ciudad. Los nobles tienen sus escudos en lo alto de alguna capilla; el pueblo ha cubierto de exvotos los pilares de algun retablo; los artistas han aprendido en ella, y en ella han impreso su génio. La catedral encierra las alegrías, las desventuras, sus hazañas y el amor de aquel pueblo que ha construido sus casas junto á ella y como á su amparo. Por eso nunca experimenta mayor alegría que al ver las torres, volviendo al hogar despues de un largo viaje; por eso oye con emocion el tañido de sus campanas al entrar en la villa, y considera todo aquello como suyo, como parte de su propia existencia, y lo defiende como se defiende la vida, no sólo la humana, sino la eterna; porque cree que el que les quitara aquel santuario les arrebataria su religion y su Dios. Se comprenderá por esto el terrible acierto de los enemigos de Martin al propalar la idea de que peligraban las alhajas del culto y los buenos padres del cláustro capitular.

IV.

Martin y los suyos costearon las avenidas de la catedral por la parte Norte, atravesando la calle del Plegadero, la del Pozo Amargo y la plazuela del Seco, buscando los barrios que caen tras el ábside de la Santa Iglesia; sitios donde tenia gente de confianza. Si los de aquella parte se declaraban tambien en defeccion, era inevitable el descalabro.

Otra vez renació por completo la esperanza en el alma del jóven, nunca rendida ni acobardada, al ver que los que allí aguardaban permanecian fieles.

—Tomar todas las calles—dijo.—Que ni una mosca entre en este barrio. Al mismo tiempo corramos por aquí al Zocodover, y si conseguimos cortarles el paso al Alcázar, la ciudad es nuestra.

Hízose todo como él mandaba; pero los que se dirigieron al Zocodover volvieron diciendo que estaba lleno de gente que gritaba: «¡Muera el francmason, el brujo!» Era preciso renunciar á apoderarse del alcázar. ¿Y en realidad de qué servia? ¿Qué podian hacer ya? El pueblo estaba en contra suya, y no como una fuerza bruta, sino inspirado por un sentimiento. El fanatismo les habia vencido. Martin pensó rápidamente y con angustia en todo esto, considerando cuán difícil era para él mover la masa popular al impulso de una idea; y cuán fácil para sus enemigos arrastrarla con la fuerza de un error. Aun cuando consiguiera vencer y hacerse dueño de la ciudad, ¿de qué le valia su efímero triunfo? De cualquier manera, la revolucion estaba frustrada, y aquella multitud, al prestar oido á las sugestiones de los frailes, habia derribado sus falsos ídolos para volver á adorar á sus verdaderos dioses.

Pero era preciso á lo ménos morir destruyendo. Entregarse sin herir hubiera sido una ignominia. Martin se hizo fuerte en el barrio, y esperó con aquella tranquilidad que acompaña siempre al heroismo y que permite razonar la misma desesperacion.

Hay tras el ábside de la catedral un edificio vasto y sombrío, cuya puerta, de un estilo bastardo, llama la atencion del viajero que discurre por aquellas soledades. No recordamos si es hoy cárcel ú hospital, pero entónces era la Inquisicion, nombre fatídico que parecia trasformar el edificio haciéndole más feo de lo que realmente era. En sus sótanos se pudrian multitud de séres humanos, esperando en vano el fin de un proceso

que no se acababa nunca. Sus vastas crujías subterráneas ostentaban en fúnebre museo los aparatos de mortificacion y tormento, quietos y mohosos desde largo tiempo, como si ellos mismos tuvieran vergüenza de haberse movido alguna vez. Aquello era más triste que todas las demás prisiones inventadas por la tiranía, porque éstas, en su silencio sepulcral, producido por la carencia absoluta de funciones judiciales dentro del mismo recinto, se parecian á la muerte, mientras aquella se asemejaba enteramente al infierno. En lo alto, un enjambre de leguleyos antipáticos, crueles, insensibles á los dolores agenos, vestidos con balandranes negros, y llevando impreso en su rostro el sello de la estupidez inhumana, emborronaban diariamente muchas resmas de un papel amarillo y apergaminado, con lo cual querian revestir al crímen de las santas fórmulas del derecho, y engalanaban su infame y bárbara prosa con sentencias del Evangelio, juzgando en su estulticia que se engaña á Dios tan fácilmente como se engaña á los hombres. De dia, los inquisidores pululaban por las galerías de sala en sala, dándose aire de hombres que hacen alguna cosa útil, y se sentaban en sus sillones muy convencidos de que la sociedad los necesitaba, fundándose en que les tenia miedo. No sé por qué nuestra generacion se figura siempre á aquellos hombres con caras distintas de los demás de su clase y especie, y es que su triste oficio no podia ménos de alterar en ellos los rasgos naturales de la fisonomía humana, haciendo en sus personas una horrenda mezcla del hombre y la fiera. Detrás de ellos se alzaba lívido, lustróso, amarillo y profanamente pintorreado de sangre el Santo Cristo, que acostumbraban asociar á sus inícuos juicios. Siempre he experimentado una sensacion extraña y hasta una especie de alucinacion al ver en cuadros ó dibujos el Cristo que remata la decoracion de un tribunal del Santo Oficio. Temo decirlo no sea que parezca una irreverencia, que no lo es; pero al ver la imágen sagrada, extendiendo sus brazos sobre el madero donde espira, no puedo figurarme que está crucificado, sino que abre los brazos para dar de bofetones á sus ministros.

—¿Ha preparado Vd. lo que le mandé?—preguntó Martin á D. Frutos, que era uno de los más acalorados.

—Sí; aquí está: gran cantidad de pino y astillas, costales de paja, estopa empapada en resina—contestó el otro, mostrando un monton de aquellos objetos, hacinados en un zaguan.

—¡Pues fuego á la Inquisicion! ¡Pegar fuego al mismo infierno! ¡Y es lástima que todas las de España no puedan inflamarse con una sola tea.

Terribles hachazos golpearon las puertas del edificio, que cayeron al

fin. Muchos alguaciles y soldados fueron atropellados y muertos; penetraron en el portal y acumularon gran cantidad de combustible debajo de una escalèra de pino que habia junto á la puerta. Desde el patio se arrojaban á las galerías grandes manojos de estopa resinosa inflamada, y asomándose por las rejas de los sótanos se tranquilizaba á los presos, asegurándoles la libertad. Algunos de la cruz verde perecieron en aquel ataque, y Martin contemplaba con siniestro júbilo el crecer de las llamas, que pegadas á diversos puntos iban á reunirse formando una espiral de humo, ménos negro que el alma de los inquisidores.

—¡Qué dirá el padre Corchon de este auto de fé!—exclamaba con furibunda risa.—Siento que esa canalla no esté á estas horas sentenciando una causa de *ad cautelam*.

Entretanto, la alarma, el griterío era mayor cada vez en el resto de la poblacion. Ya se veian las llamas del aborrecido edificio, y los instigadores de la contra-revolucion aseguraban que igual suerte tendrian todos los monumentos de la ilustre ciudad. No: la única construccion sentenciada de antemano por Muriel era la que ardia en aquellos momentos.

El jóven salió de ella cuando ya no se podia respirar, y cuando adquirió la seguridad que de no quedaria una astilla; al llegar á la calle vió notablemente mermada su gente.

—¡Nos abandonan!—gritó Brunet con desesperacion.—Dicen que eres el diablo que viene á destruir á Toledo y sus santos templos.

—¡Muerte!—exclamó Martin con una furia que parecia verdadero extravío mental.—Yo les condeno á muerte.

—En la calle de la Chapinería cuatro fraíles con cubas de agua bendita rocian á diestra y siniestra.

—Que apaguen con su agua esta hoguera que hemos hecho. Yo quisiera que fuera más grande y nos consumiera á todos, vencedores y vencidos, para no ver más tanta abominacion. ¡Oh! ¡Cuánto ódio en este momento!

Martin estaba transfigurado, y en sus palabras como en su ademan, no habia ni rastro de aquella tranquilidad heróica con que presidió los primeros actos del movimiento. Iluminados por la rojiza luz del incendio los dos y cuantos les rodeaban parecian en efecto demonios, arrojados del centro de la tierra en el seno de la llama infernal.

—Aún está cerrado el paso por las calles—dijo Brunet—aún tenemos gente muy decidida, y desafiamos sus puñales y su agua bendita.

—Sí; que rocien, que rocien—exclamó Martin con una carcajada estridente.

Y luego volviéndose á los que le rodeaban, dijo:

—Idos con ellos á que os santigüen tambien. No os necesito para nada.

—En esta calle no ha de entrar uno vivo—dijeron algunos cada vez más furiosos; pero otros se apartaron tras algun recodo y desaparecieron. Cada vez se quedaban más solos.

—Matad, matad sin piedad—decia Martin.—¡Cuánto ódio esta noche! Ya se acercan los rociadores. ¡Ah, viles! Yo quisiera tener el Tajo en mis manos para remojaros bien..... A todos os condeno á muerte..... Yo sólo mando..... yo soy dictador, yo suprimo de un decreto tanta abominacion..... ¡Y no me obedecen! ¡Matad, matad sin piedad!

Estas palabras eran pronunciadas en estado de febril indignacion que no es posible describir. Retorcia los brazos, golpeaba el suelo, se arrancaba los cabellos, emitia con su boca contraida mil extraños sonidos, tan varios como los acentos de una tempestad. Despues se volvia al incendio y exclamaba:

—Benditas llamas: rociad, rociad con fuego, lavad sin cesar esta gran mancha, llevando hasta el cielo el calor de la tierra. Brunet: subamos á lo alto de aquella pared que se desmorona y arrojémonos en este horrendo horno; muramos quemados para odiar más fuerte.... Ven, vamos, subamos. Arrojémonos á ese infierno, y hagamos auto de fé con nosotros mismos. ¿Ves esa llama que toca el cielo? Yo quiero subir con ella, quiero quemarme.

Pero Brunet que se habia alejado un poco, volvió corriendo y dijo:

—Ya están cerca: podemos huir. Por estas calles de detrás no hay un alma. Huyamos,

—Necio, ¡yo huir! Yo soy dictador, yo mando aquí. Yo les condeno á muerte. Matad, matad sin cesar!

Brunet no escuchó estas razones, y ayudado de otros dos que allí quedaban, le llevó, mejor dicho, le arrastró, desapareciendo los cuatro por una calleja que costeaba el edificio incendiado. Martin al ser llevado casi en brazos por los únicos amigos que le quedaban despues de su efímero poder, gritaba siempre con voz ronca:

—¡Matad sin cesar!..... ¡yo soy dictador!..... ¡Oh! ¡Cuánto ódio esta noche!

CAPITULO XXIX.

El dictador.

Susana, despues de la partida de Muriel, quedó tan agitada, que no se encontraba bien de ningun modo, y ya recorria la habitacion, ya se sentaba, ya abria la puerta para respirar el aire exterior. Tenia el presentimiento de que algo terrible iba á pasar aquella noche, y no podia contenerse dentro del reducido espacio del cuarto, donde no se oia otro rumor que la tranquila y acompasada respiracion del pobre Pablillo, embebido en un sueño feliz y ajeno á cuanto pasaba en torno suyo. A veces se oia tambien el ronquido agudo y cadencioso de D. Lino, que dormia en la habitacion inmediata con sueño tan profundo y dichoso como Pablillo. De tiempo en tiempo unos pasos precipitados resonando en el pasillo indicaban la alteracion impaciente del padre Matamala, que tenia costumbre de hacer ejercicio de cuerpo en los momentos de inquietud moral.

Susana no pudo resistir mas tiempo su apremiante deseo de salir, deseo en el cual no habia simplemente la curiosidad propia del sexo y de las circunstancias, sino tambien cierta vaga idea de que hacia falta en alguna parte. Dominada por este irresistible deseo, llamó á Paniagua, suplicándole que se vistiera inmediatamante.

—Voy, señora condesa, voy al momento—contestó desde dentro el abate con voz de sueño.—Al instante me visto: este diablo de zapato que no parece..... ¿Pero dónde está este zapato?

Esperó Susana, y un cuarto de hora despues apareció Paniagua completamente vestido, aunque con alguna imperfeccion que indicaba la prisa. La jóven entónces sacó con mucho cuidado su manto de las manos de Pablillo,

se lo puso y salió, encargando á la gente de la casa que velase por el niño dormido.

—¿A dónde van ustedes?—preguntó fray Jerónimo con asombro.

—A la calle—contestó Susana.

—¿Pero Vd. está loca, señora? ¡Esta noche!....

—Sí. ¿No tiene Vd. curiosidad de ver lo que pasa?

—Curiosidad, sí; pero es que no me atrevia á ir sólo.

—Venga Vd. con nosotros—dijo Susana—le escoltaremos.

—La verdad es—indicó D. Lino—que no es muy cuerdo echarse á la calle esta noche. Parece que esa gente anda alborotada.

—¡Y tan alborotada!—añadió Matamala.—Y ese diablo de Alifonso que está ahí agazapado con más miedo que un monaguillo..... Pero pues tenemos compañia, vamos á ver eso.

Salieron los tres, Susana tomando el brazo del abate y fray Jerónimo detrás, confiado en que si habia peligro caerian primero los que iban delante.

No habian andado veinte pasos por Zocodover cuando observaron que habia en las calles más gente que lo que era de esperar á aquella hora. Las mujeres salian á las ventanas, los hombres á las puertas, y se oia un rumor lejano, como de muchedumbre inquieta y bulliciosa. Cada vez era mayor el número de personas que venian de la catedral, y cada vez más alborotadas.

Los tres paseantes nocturnos tuvieron al fin que detenerse, porque no se podia ya dar un paso. Entonces Susana prestó ansiosa atencion á cuanto á su lado se decia.

—¡Maldita gente!—exclamaba uno.—Nada menos que el Ochavo querian esos señores; y dicen que no pensaban dejar clérigo con vida.

—Santa Leocadia nos saque en bien de esta tormenta—decia otro.—Y me habian dicho que no querian más sino que cayera Godoy, y ahora salen con esta.

—Si dicen que son unos bandoleros y ladrones de caminos—chillaba una vieja.—¡Ay Vírgen del Sagrario de mi alma y cómo te hubieran puesto esos camaleones si te cojen entre sus uñas!

—Á mí que no me digan, señora doña Petronila—añadia otra.—Esa es gente de Satanás; y cuando ménos, trataban de hacer una fechoría gorda. ¿Pues no me acaban de decir que levantaron la catedral del suelo y se la llevaban danzando por los aires como si fuera una caja de mazapan?

—¡Jesús, María y José! ¡Pues allá por la catedral debe de haber armada una marimorena!....

La multitud que obstruia la calle Ancha retrocedió, y Susana con sus dos acompañantes volvió al Zocodover.

—¡Si dicen que es un hombre atroz ese que andan persiguiendo! Ahora me dijeron que él sólo mató diez y seis cortándoles las cabezas de un golpe como si fueran rábanos. Ese hombre es el diablo en persona.

—Por fuerza. Pero compadre, ¿no vé Vd. claridad por aquella parte? Mire Vd. por ahí detrás del alcázar.

—Parece que se quema algo.

En efecto, el humo negro y el resplandor del incendio se veian ya perfectamente desde la plaza,

—Dicen que se quema la Inquisicion.

—Pues á fé que no lo siento, aunque ya sabemos que si se quema esta han de hacer otra.

—Algo bueno habia de hacer ese diablo de hombre. ¿Si se estará quemando él allá dentro?

—Como que ahora decian ahí que vieron por los aires un hombre encarnado como el mismo fuego, haciendo cabriolas y echando chispas.

—Sí, señor, yo lo ví, yo lo ví, y si no me engaño fué á caer por allá por las ruinas de San Servando, donde tienen su casa.

El resplandor se avivaba, y las llamas iluminaban la ciudad. Susana queria internarse por las calles para ver aquello más de cerca; pero fray Jerónimo no queria dar un paso más, y D. Lino era del mismo parecer.

—Pero vamos por estas otras calles que están aquí por detrás del alcázar.

—Señora, por Dios. Si nos metemos en esos laberintos, no saldremos en toda la noche.

—Yo voy. Si alguno quiere seguirme.....—dijo la dama con resolucion.

—¡Señora condesa, señora condesa!....—exclamó el abate.

La señora condesa, renunciando á atravesar la calle Mayor que contenia mucha gente, se internó por otro lado, por donde ella juzgaba que se podia ir más pronto al lugar del incendio, y aunque disgustados y gruñendo a siguieron el fraile y Paniagua. Bien pronto se encontraron sin saber qué camino tomar, porque las calles tan pronto torcian á la izquierda como á la derecha; subian y bajaban, y las llamas, en vez de acercarse, aparecian más lejos cada vez.

—Nos hemos perdido—dijo fray Jerónimo con gran miedo.

Tambien por allí se encontraba gente, aunque poca, y por lo general

hombres que corrian desaforados, atropellando cuanto encontraban al paso.

—Retirémonos, señora condesa—dijo D. Lino.—Esto me huele mal.

—No: sigamos, sigamos—contestó la dama apretando el paso é internándose más por las callejuelas.

Unas veces el fulgor del incendio se veia de cerca hasta el punto de que se sentian sofocados de calor; otras parecia retroceder. A sus oidos llegaban voces roncas y vagas, semejantes á alaridos de entes infernales y furiosos. Despues aquellos ecos se perdian para resonar de nuevo.

—Parece que estamos á las puertas del infierno—decia temblando fray Jerónimo.

—Yo no sirvo para estas cosas—añadia D. Lino cada vez ménos sereno.

Susana tuvo intencion de detener, con objeto de interrogarle, á alguno de los que pasaban con tanta prisa; pero sus dos compañeros se opusieron á tan peligroso intento. De pronto, el griterío aumentó mucho, y los hombres fugitivos menudearon más que ántes.

—Sálvese el que pueda—decian algunos.

—Escapemos por aquí—clamaban otros, dándose gran prisa á escurrirse por alguna calleja, ó á ocultarse en un zaguan de los poquísimos que no estaban cerrados á piedra y barro.

—El diablo de D. Martin: no hay quien le arranque de allí—exclamaba un tercero.

—Tira ese fusil, ¡mal rayo!.... y andemos despacio figurando que no hemos tocado pito en esto.

—No nos vayan á confundir á nosotros con esta gente.....—dijo don Lino al oido de Matamala.

—Pero señora condesa, volvámonos atrás.

El incendio iluminaba la parte alta de todas las casas, y los tejados y miradores proyectaban sombras pavorosas. Se miraban todos unos á otros encontrándose muy raros con el semblante tan vivamente iluminado, como si recibiera la luz de un sol sangriento. El fragor era indescriptible, porque al sordo bullicio de la ciudad se habia unido el alarido angustioso de las cien campanas de Toledo, que como todas las que tocan á fuego durante la noche, parecian desgañitarse en lastimeros ayes desde lo alto de sus torres.

Nuestros personajes tuvieron que detenerse. Los que venian en direccion contraria eran muchos, y además habia síntomas de lucha en lugar

no lejano á la calle en que se encontraban. No eran sólo fugitivos los que andaban por allí: habia gente de la que ántes vimos agruparse junto á la catedral; y aquello, como observaron prudentemente D. Lino y Matamala, tenia pésimo aspecto.

De repente ven aparecer al extremo de la calle cuatro hombres que corrian, aunque no con gran rapidez, porque uno de ellos parecia resistirse á andar, y los demás le sostenian arrastrándole al mismo tiempo.

—¡Ah! señora condesa de mis pecados: huyamos..... ocultémonos en cualquier portal—dijo fray Jerónimo al ver á los que venian.

—Esta debe de ser gente muy mala—añadió el abate.—El diablo nos ha tentado al venir por aquí.

Los cuatro hombres se acercaron, y una voz muy ronca proferia gritos y clamores que no se comprendian fácilmente.

—Son borrachos—dijo D. Lino.

—Dios nos asista!

Los cuatro hombres se acercaron y Susana, que reconoció á Martin en el que venia impulsado por los demás, dió un grito y se paró frente á él.

—¡Martincillo!.... ¿tú aquí?—dijo el franciscano temblando de pavor.—Escóndete, huye.

—¡Yo!.... ¡yo huir!....—exclamó el jóven despues de atronar la calle con una ruidosa y bronca carcajada que erizó las cabellos de todos los presentes.—¡Yo soy dictador! yo mando aquí..... Matad sin piedad..... ¡Oh, cuánto ódio esta noche!

Susana puso sus dos manos en los hombros del desgraciado jóven y le miró muy de cerca de hito en hito. Su temeroso aspecto, su fisonomía desencajada y contraida, sus ojos espantados y rojos, sus cabellos en desórden, su vestido desgarrado le infundieron tanto terror, que no pudo articular palabra.

—¡Martin, Martin!—exclamó con tono á la vez suplicante y conmovido, como si quisiera volverle á la razon con solo el eco de su voz.

—¡Ah! ya te conozco—dijo el jóven apartándola con fuerza. ¡Infame aristócrata! Intentas seducirme. Yo soy el pueblo, el santo pueblo. Vuestro reinado durará poco tiempo. Temblad todos, porque os aborrezco. El dia de mi poder ha llegado. Yo te condeno á muerte. Matad, matad sin cesar.

—¡Oh! Dios mio. ¡Está loco!—exclamó Susana con desesperacion.

En aquel momento se sintieron los pasos precipitados de un tropel de gente, y fuertes voces que decian: «¡Por aquí han ido, por aquí!»

—Que nos cojen: ¡huyamos!—exclamaron Brunet y los otros dos.

—Señora condesa, señora condesa,—dijo D. Lino asiéndola por el brazo.

Pero Susana no se movia. Llegaron los perseguidores y rodearon el grupo. Fray Jerónimo, que tenia agarrado por el cuello á Martin, lo presentó á aquellos hombres, diciendo: «Este, este es! ¡Aquí le teneis!»

Hubo un momento de confusion. D. Lino desapareció como si el viento se le llevara. Brunet y los dos que le acompañaban huyeron tambien; mas no lograron escapar. Susana, en medio de aquella algazara espantosa pudo observar un momento lo que pasaba: su entereza no la abandonó hasta algunos instantes despues. Vió que muchos brazos se abalanzaron hácia Martin, y que la cabeza del desgraciado jóven desapareció entre otras cabezas fatídicas. Su voz, ronca y dificultosa, se sobreponia aún al clamor discordante de aquella gente.

—¡Apretadle bien: que no se escape!—dijo una voz.

—La soga, la soga. ¿Dónde está la soga?—dijo uno que tenia cuerpo de Hércules y un repugnante y feroz aspecto.

—Aquí está la soga—contestó una especie de chulo, pequeño y travieso. —Echársela al cuello y á correr.

Susana vió la cuerda fatal volar y escurrirse por encima de las cabezas. Pero tambien sintió que una voz decia despues:

—No es preciso cuerda: que vaya por sus piés. Anda, buena pieza: está que no se puede tener de borracho.

Susana, empujada por aquí, rechazada por allá, cayó al suelo, aturdida primero y desmayada despues. Martin siguió adelante, en el seno de aquel grupo bullicioso y feroz, que tomó el camino de Zocodover, rugiendo y apretándose para atravesar las angostas calles. Susana pudo ver cómo se alejaban aquellas gentes, llevando al jóven, á quien suponia con el dogal al cuello, muerto ya ó arrastrado á la muerte por una plebe ciega y embriagada. Todo esto parecia una horrenda pesadilla, y la dama sintió alejarse las pisadas de aquellos hombres, como si todas golpearan sobre su corazon, esprimido y hollado. A sus ojos, la sangre heróica de Martin salpicaba á cada paso de la comitiva, manchando todo lo que encontraba al paso, las casas, el piso, los objetos todos, el cielo mismo. Sus huesos crugian al chocar en los guijarros, y repercutian rompiéndose como frágiles cañas. Para ella ya no quedaban del cuerpo de tan hermoso é interesante hombre más que sangrientos girones desparramados por aquella calle de angustias. Inteligencia, pasion, vida, cuerpo, todo habia sido destrozado en un momento,

y los despojos de todo esto, arrojados al azar para que no quedase en el mundo memoria de tan noble sér.

Matamala habia seguido al grupo, refiriendo cómo se las habia compuesto para echar mano al delincuente con gran peligro de su vida; y bien pronto no quedó en aquel sitio desolado y triste más que Susana exánime sobre el suelo húmedo y frio.

CAPITULO XXX.

Reveleteo de una mariposa alrededor de una luz.

I.

Susana, mientras duró su breve desvanecimiento, no dejó de sentir un eco de las tremendas palabras pronunciadas por Martin en la corta escena que acababa de presenciar. Aquello parecia un sueño: era preciso estimular la razon con grandes esfuerzos mentales para adquirír la realidad de un suceso que tenia todas las apariencias de lo absurdo. En efecto: ¿quién no ha soñado alguna vez que está andando por las vueltas y revueltas de un laberinto, sin llegar nunca al punto donde se quiere ir? Y en esta escursion angustiosa, ¿no se nos representa de improviso la muerte de una persona querida, una súbita aparicion, un asesinato ó cualquiera otra imágen terrible que nos conmueve, obligándonos á despertar? Pero Susana no tardó en hallarse en la plenitud de su razon, comprendiendo la espantosa verdad de lo que habia visto y oido. Se levantó, miró al cielo y la estrechez de la calle, formada por altísimos edificios, le habria hecho creer que estaba en el fondo de una zanja profunda y tortuosa, si fuera ella más propensa á la alucinacion. La faja del firmamento que desde allí se veia estaba áun teñidas de una leve púrpura producida por el incendio cercano. En las casas y en la calle no brillaba otra claridad que la de una lámpara colgada frente á una Vírgen de los Dolores que, metida tras una reja, mostraba á los devotos su pecho atravesado por siete espadas con los mangos dorados. Algun transeunte pasaba corriendo por las calles inmediatas y no se detenia si ál-

guien queria interrogarle. Susana tomó la calle que le parecia llevarla más directamente al Zocodover, con la esperanza de encontrar quien le indicase el camino si se perdia.

Apenas habia andado cien pasos, vió enfrente y á gran altura la fachada septentrional del alcázar, y creyó que podria orientarse subiendo allí. Así lo intentó y fácilmente encontró el camino; subió á la esplanada y desde allí vió el Zocodover. Ya no necesitaba más para llegar á la posada.

Desde aquella altura se ofreció á su vista un panorama que produjo en su ánimo fuerte impresion de sublime pavor. El incendio iluminaba toda la poblacion, y las torres, los altos miradores, las chimeneas de la ciudad gótico-muzárabe, proyectando su desigual sombra sobre los irregulares tejados, parecian otros tantos espectros de distinto tamaño y forma, descollando entre todos la torre de la Catedral, que parecia cuatro veces mayor de lo que es, teñida de un vivo fulgor escarlata, y presidiendo como un jigante vestido de púrpura aquel imponente espectáculo. Volviendo la vista á otro lado, vió el Tajo, describiendo alrededor de la ciudad sus anchas curvas y precipitándose por su estrecho cauce con la hirviente rabia que es propia de aquel rio impaciente y vertiginoso, que parece huir siempre de si mismo. La tierra rojiza que arrastra ordinariamente y el reflejo de las llamas de aquella noche, le asemejaban á un rio de sangre, y en verdad, atendido el papel histórico de la ciudad que circunda, por el Tajo nos parece que corre sin cesar la ilustre sangre de tantas luchas, sangre goda, árabe, castellana, tudesca y judía, vertida á raudales en aquellas calles durante diez siglos de dolorosas glorias.

Susana no vió nada de esto en la corriente, porque en aquel momento no cabian en su mente sino cierta clase de pensamientos, y sólo la consideracion de la propia desdicha y tal vez algun propósito, violentamente germinado en su cerebro, le ocupaban durante el breve espacio que empleó en recorrer con su vista aquel espantable panorama.

Es de suponer que sufria entónces una grande atonía intelectual. Si la estupefaccion del idiota cuadrase á ciertos entendimientos en ocasiones dadas, nada podria espresar mejor la situacion de Susana como el decir que estaba idiota. Aquella iniciativa que para resolver las cuestiones relativas á su amor propio ó á su pasion la habia distinguido, estaba completamente embotada en aquellos momentos. Pero algo vió desde allí que produjo en su espíritu uno de esos íntimos choques, parecidos á los que, hijos de una simple accion nerviosa, nos despiertan en mitad de un sueño profundo. Despertó, digámoslo así saliendo de su estupefaccion, y en aquel mismo

instante se la vió descender á buen paso de la esplanada. Habia tomado una resolucion.

II.

Atravesó al Zocodover y se dirigió á la posada que estaba inmediata. Entró, subió á su cuarto, pidió una luz y preguntó si habia vuelto D. Lino, á lo que contestaron negativamente. Quedándose sola se acercó al lecho donde dormia Pablillo y le estuvo mirando con gravedad sombría un buen espacio de tiempo. Despues se sentó junto á una mesa y escribió dos cartas. La primera la meditó mucho, borró muchas palabras para trazarlas de nuevo. La segunda era breve y la escribió pronto. Metió la primera dentro de la última, y á ésta, despues de cerrada y sellada, le puso el sobre, dejándola sobre la mesa.

Despues se puso de nuevo el manto, se acercó otra vez á Pablillo y lo contempló con muy distinto semblante y espresion de la vez primera. La ternura transformó su semblante, quitándole la sombría seriedad que ántes advertimos, y besó repetidas veces al pobre chico, bañándole con sus lágrimas de amor, las primeras que en el largo curso de esta historia hemos visto salir de aquellos grandes é imponentes ojos hechos á turbar y estremecer con su mirada.

Salió del cuarto y de la posada, llegó al Zocodover, lo atravesó sin cuidarse de la gente que en él habia, y bajo hácia el Miradero, tan derecha en su camino que cualquiera hubiera creido que iba á alguna parte. Parecia que se dejaba llevar por álguien. Tenia sin duda una resolucion y caminaba á ella con paso firme y resuelto. Al llegar al Miradero, sitio de descanso en la ágria cuesta que baja al llano y á la Vega, se detuvo y se sentó en el muro que sirve de antepecho á aquella plazoleta irregular. ¿Por qué se detuvo? Sin duda no se atrevia.

III.

Sentada allí, con la frente apoyada en la mano, envuelta en su gran manto negro, un toledano supersticioso la hubiera tomado por alguna bruja, habitadora en los escondrijos de los palacios de Galiana ó en algun rincon de las murallas de la antigua ciudad. Nadie pasó, y nadie se asustó de aquel bulto.

En aquel instante la infortunada dama echó sobre sí misma una de esas intensas ojeadas del espíritu que iluminan instantáneamente la conciencia,

aclarando todos los enigmas y disipando todas las dudas. ¿Qué habia hecho? El grande alcázar que habia levantado con la imaginacion estaba en el suelo, ó se habia desvanecido como una de esas esferas de mil colores formadas por la espuma y que el menor soplo reduce á la nada. ¡Ruinas por todas partes! Aquel hombre extraordinario que con el doble encanto de sus ideas generosas y de su carácter vehemente, embellecido á cada instante con todos los rasgos de la sublimidad, la habia atraido, no era ya más que un mísero despojo de espíritu humano, sin razon. Aquella hermosa luz que irradiaba las nobles ideas de emancipacion y de igualdad, se habia extinguido en una noche de tempestad social en que el fanatismo y la protesta revolucionaria habian chocado sin llegar á luchar. Ella no podia menos de creer que en la llama rojiza que cruzaba los aires, se habia ido á otra region el alma ardiente del desdichado jóven. Á veces consideraba aquel suceso como un castigo del cielo; á veces como un llamamiento á otra vida mejor. Á veces se le representaba Martin en proporciones colosales, á veces empequeñecido hasta llegar á la mezquina talla de un loco vulgar, encerrado en su jaula y escarnecido por los chicuelos de las calles. De todas maneras, el sér que habia tenido el singular privilegio de atraerla con fuerza irresistible, continuaba deslumbrándola con la mágia de su superioridad. Ella no habia conocido hombre igual, ni podia existir en todo el mundo quien se le pareciera. Estaba loco, y vivia aún tal vez; pero su razon no podia ménos de estar en alguna parte. Susana, que siempre habia pensado poco en la otra vida, y era algo irreligiosa en el fondo de su alma, creyó en aquellos momentos en la inmortalidad del espíritu ó por lo ménos en la inmortalidad del génio. Algo parecido á la alegría la animó brevemente, y por su cuerpo corrió una sensacion extraña, como la que se experimenta al creer que un cuerpo invisible nos toca y pasa..... Lo que ella habia presenciado poco ántes, era peor que la mayor de las desventuras humanas. Verle muerto, habria sido un dolor inmenso; mas la religion y la razon, por débiles que sean, buscan en alguna esfera lejana un escondrijo cualquiera donde colocar al que se ha ido. Pero verle loco, verle sin razon, ver á uno que era él y no era él, al mismo hombre convertido en otro hombre, esto no se parecia á ningun dolor previsto por el pesimismo humano. La razon de Muriel debia estar en alguna parte. Ella no podia seguir en el mundo teniendo siempre ante la vista aquel loco en cuya cabeza habia pensado Martin tan grandes cosas. Le parecia que ya no habia en la tierra más que ella y aquel insensato, y que le estaria viendo siempre como si los dos solos se hallaran encerrados juntos en una inmensa prision,

de la cual serian únicos habitantes. El mundo era ántes una cosa buena, porque era el teatro de las soñadas y fantásticas hazañas de un hombre extraordinario; ahora no era más que una jaula. Todo habia acabado. No era posible de ninguna manera estar más aquí. Se levantó con decision y siguió bajando la cuesta.

IV.

¡Ruinas por todas partes! Por otro lado se le representaba el cadáver de su padre, hablándole del honor de su casa y de la deshonra en que habia caido. Ella no podia olvidar aquella voz temerosa y profunda que aún creia oir resonar en algun hueco de aquellas viejas murallas. Ya habia perdido su nombre, su decoro, su posicion, todo: no era posible tampoco volver al mundo por aquel camino. Pero al mismo tiempo se le representaba aquel infeliz anciano que le profesaba tan tierno cariño; el pobre doctor, inconsolable con tantas desdichas, llorándola siempre mientras tuviera vida. Al pensar esto Susana se detuvo y se sentó en una piedra del camino. Otra vez no se atrevia.

Las lágrimas del buen inquisidor caian sobre su corazon quemándolo como si fueran gotas de un derretido hirviente metal..... Pero al mismo tiempo, ¿no se le exigia ser esposa de Segarra? Esta pretension desvirtuaba el cariño del doctor. No: por más que investigaba con afan, tampoco habia salvacion por aquel lado. ¡Ruinas por todas partes!.... Se levantó y siguió bajando sin detenerse hasta el puente de Alcántara. Es esta una soberbia construccion secular que enlaza las dos riberas del Tajo. Su grande arco de medio punto, al reproducirse en las aguas del rio en las noches de luna, parece un inmenso agujero circular abierto en una gran masa de tinieblas formadas por los peñascos de ambas orillas y por las medrosas murallas y paredones que las rematan en la parte oriental. Por debajo de este arco, suspendido á mucha altura por el génio atrevido de la Edad Media, corre el Tajo espumante y rabioso, tropezando en las peñas de la orilla. Nada hay allí de apacible como sucede en las márgenes de los demás rios: todo es imponente y temeroso: el ruido ensordece, la profundidad causa vértigo, la lobreguez oprime el corazon; el paisaje todo tiene un sello de grandioso pavor que hace pensar en las muertes desesperadas y terribles. La vida del ascetismo enconado contra la naturaleza hnmana y en lucha constante con la voluptuosidad, escojeria aquel sitio para aprender á odiar todo lo tierno y todo lo agradable.

Susana atravesó el puente hasta llegar al centro y desde allí miró aque-

llas aguas horrendas que corrian huyendo de su propio cauce, y no pudo dominar un estremecimiento de terror. Miró al cielo y aun se veia el resplandor del incendio, y más humo, mucho más humo que ántes. Las torres almenadas que limitan el puente á sus dos extremos, las murallas de la ciudad, el mismo alcázar, colocado arriba, como si quisiera pesar como un gran monolito sobre la ciudad oprimida; el castillo de San Servando descarnado y bordado de recortaduras; todo lo que remataba las dos orillas parecia venírsele encima..... Desde donde estaba hasta el centro del Tajo habia una gran distancia, la suficiente para pensar algo ántes de caer..... Pero pocos momentos de reconcentracion le bastaron para serenarse y adquirir la entereza de ánimo que ya habia tenido ántes en aquella noche, Sus ojos, que poco ántes habian derramado algunas lágrimas, estaban secos, y la palidez del rostro era tan intensa, que parecian dos grandes manchas negras, en cuyo fondo brillaba un vivo resplandor cuando los movia. Miró al cielo para ver si aún se notaba el resplandor rojizo, y observó que se iba extinguiendo: despues desapareció por un momento su rostro bajo el manto, al inclinar la cabeza sobre el pecho; luego la levantó sacudiendo atrás el manto y descubriendo la cabellera y el cuello. Apoyó sus manos en el antepecho, hizo fuerza en ellas y levantó los piés, que volvieron á tocar el suelo al poco rato; se apoyó de nuevo en sus dos manos y alargó el busto fuera del puente. Figuraos el brusco movimiento del que quisiera mirar algo escrito en el intrados del arco. El cuerpo de Susana volteó sobre el antepecho; la seda de su vestido crugió en el aire como el rápido revoloteo de un ave de grandes alas, y cayó. Un fuerte espumarajo hirvió en la superficie del gran rio al recibir su presa.

Así acabó aquella gran pasion y aquel inmenso orgullo.

CAPÍTULO XXXI.

Conclusion.—Saint-Just, Napoleon y Robespierre.

I.

Hacia dos dias que Susana habia partido para Toledo, cuando el marqués de Fregenal, de acuerdo con el doctor Albarado, bajó al sótano en que Rotondo habia sido encerrado. Antes de referir lo que allí pasó, conviene mencionar la nueva consternacion causada por la fuga de la dama. Este último atrevido paso acabó de perderla en el concepto de la familia, y doña Juana, hablando de esta grave cuestion con la diplomática, decia:

—Ya no hay que esperar nada bueno de ella. Cuidado con la niña! Por mi parte me alegraré de que no vuelva más, porque bastantes desastres ha traido á esta casa.

El marqués, insensible ya, á fuerza de terribles sensaciones, vió la desaparicion de Susana con ménos dolor del que podia esperarse. Tambien la consideraba perdida y deshonrada para siempre, y hacia lo posible por echar tierra en la fosa de su amor, ya decididamente sepultado. Deseando cumplir un alto deber, bajó á donde estaba D. Buenaventura encerrado y olvidado despues de muchos dias. El conspirador, falto de alimento, y aturdido por la sorpresa de su descalabro, se hallaba en un estado deplorable de espíritu y de cuerpo. Vióle el marqués arrojado en el suelo, y tocándole con la punta del pié le obligó á incorporarse exhalando un quejido, y despues una maldicion.

—Sáquenme de aquí. ¿Por qué me han encerrado?—dijo sin conocer á quién tenia delante.

—Sí; saldrá Vd. para ir á lugar más seguro—repuso el marqués.—Pero ántes tenemos que hablar, señor maestro Nicolás.

—Yo no tengo nada que decir, sino que ya lo pagarán caro los que me han puesto aquí—dijo Rotondo reponiéndose.

—Eso lo hemos de ver. Vd. me responderá con completa verdad á lo que voy á preguntarle, ó ahora mismo le saltaré la tapa de los sesos—añadió el marqués sacando una pistola y poniéndola en disposicion de hacer lo que decia.

Rotondo estuvo un momento callado y meditabundo, pensando sin duda en la gravedad de aquella situacion. Despues alzó los ojos, y exclamó con voz desfallecida:

—Dénme de comer.

—Sí, comerás; pero ántes vas á contestar á mis preguntas. ¿Eres Buenaventura Rotondo?—dijo tuteándole con desprecio.

—Sí—contestó el interpelado casi maquinalmente—¿Y qué?

—¿Qué parte tuviste en el robo de Susana?

—Ninguna: es cosa que no me ha importado nunca..... Pero por Dios dénme de comer.

—Susana fué robada en casa de la Pintosilla, que es tu querida, y ella nos ha revelado todo.

—¿Ha revelado?.... ¿ha dicho?.... ¡Esa infame!.... la he de degollar—exclamó con ira repentina D. Buenaventura.

—Sí; pero tus móviles para tan criminal accion nos son desconocidos. Dílos pronto, ó sinó ya sabes la suerte que te espera.

—Yo no sé nada de eso. Es cosa de Muriel: ella dicen que le amaba.

—No: hay otra causa; díla pronto, ó encomiéndate á Dios—añadió el marqués acercando el cañon de la pistola á la frente del preso.

—¡Oh! Es Vd. cruel..... lo diré, lo diré. Pero dénme de comer.

—Despues, despues.

—¡Y qué quiere Vd. que le diga! Yo no tengo la culpa de nada. El señor D. Miguel de Cárdenas queria que desapareciera Susanita, para heredar á su hermano.

—¿Y se valió de Vd. para ese fin?

—Pero yo nada hice. Muriel la robó para exigir la libertad de un tal D. Leonardo.

—¿Y D. Miguel se contentaba con que desapareciera? ¿No habia propósito de asesinarla?

—No tal; mas allá Muriel creo que intentó acabar con ella..... Pero dénme de comer, dénme de beber.

—¿Y no te ofrecieron dinero por hacerla desaparecer?

—Yo pedí á D. Miguel 100.000 duros para.....

—¿Para qué?

—No lo puedo decir. Todo lo diré ménos eso.

El marqués, que al principio de la revelacion sentia sorpresa y espanto, concluyó por mirar con repugnancia y despego á aquel intrigante solapado y criminal, cómplice de D. Miguel de Cárdenas, más criminal todavía. Estuvo á punto de disparar la pistola sobre la cabeza de Rotondo; pero recobrando la calma, le rechazó con la mano y con el pié y le volvió la espalda, diciendo:

—Miserable intrigante: te perdono, porque castigarte á tí solo, sería una injusticia.

Salió del sótano, lo cerró bien, y en cuanto vino la noche, Rotondo, despues de alimentado, fué conducido á la cárcel.

II.

Al dia siguiente de la catástrofe referida en el capitulo anterior Martin era conducido á Madrid. Los que se apoderaron de él, creyendo que tenian entre las manos una cosa rara, muy por encima de los delincuentes vulgares, renunciaron á arrastrarle vivo por las calles, como pretendia la parte más piadosa de la multitud. A juicio del señor corregidor de la ilustre ciudad, esta no era acreedora á guardar en su seno á un criminal tan interesante y curioso como aquel dictador de una noche, que desde el fondo de su jaula mandaba á sus soñados secuaces que mataran sin cesar.

Dispúsose, por lo tanto, mandarle á Madrid por vía de presente al gobierno del príncipe de la Paz, y así se hizo. El preso fué metido en una jaula, por falta de vehículo á propósito para el traslado de criminales; la jaula clavada en un carro, y éste rodó por el camino real, arrastrado por perezosas mulas; que si lo fuera por bueyes, habia de asemejarse aquella fúnebre procesion á la del encantado D. Quijote, en la célebre escena que causa risa á niños y á las mujeres, y hace meditar á los hombres sérios y pensadores.

Nada nuevo ocurrió en aquel triste trayecto; ni el prisionero pronunció desde Toledo á Madrid palabra alguna, por lo cual tuvieron gran pena sus conductores, que esperaban ir entretenidos todo el camino.

D. Lino volvió tambien al siguiente dia, y por cierto tan preocupado, que hasta olvidó, ¡cosa increible! comprar los mazapanes destinados á hacer un regalo á la condesa de Castro-Limon. El pobre abate no cabia en su cuerpo de consternacion, y es cosa probada que en todo el camino levantó

los ojos del suelo, como si tuviera empeño en contar una por una las huellas que dejaban en el piso desigual y polvoroso las pezuñas de la mula de arcipreste que montaba. Por fin llegó y entregó al doctor la carta de Susana, cumpliendo un sagrado deber; pero al desempeñar su triste encargo, el buen abate, muerto de miedo y de sobresalto, se arrojó á los piés de Alvarado, exclamando:

—Perdonadme, señor doctor..... yo soy inocente; yo no tengo parte alguna en este suceso. Yo la acompañé á Toledo sin sospechar lo que iba á pasar.

Aquel acontecimiento dejó honda huella en el ánimo del buen corredor de toda especie de asuntos domésticos. En muchos dias no salió á la calle; se puso más flaco de lo que parecian permitir sus ya enjutísimas carnes, y en largo tiempo no recobró aquella actividad entrometida y oficiosa qne le elevó á la categoría de una institucion social. Al fin adquirió de nuevo su eclipsada facultad de rotacion y traslacion, y fué otra vez el abate Paniagua, tan necesario en todas las casas como el aire y el fuego.

El doctor experimentó un golpe tan terrible, que sus ojos se secaron de llorar y no volvió á poner los piés en la casa de su hermana. Aquel anciano amable y jovial se convirtió en un viejo sombrío, áspero y gruñon. Impulsado por un secreto instinto que no podia explicar, renunció á su cargo de consejero de la Suprema y se encerró en su habitacion para no salir más que á misa.

Un hecho acaeció entónces que no debemos pasar en silencio, porque da mucha luz para apreciar la situacion de ánimo del pobre abuelo. Leonardo, que escapó con los demás presos la noche del incendio, fué de nuevo cogido en cuanto los inquisidores se repusieron del susto; pero el consejero de la Suprema, al saberlo, se preocupó tanto de la suerte de un hombre cuyo encierro habia traido tan grandes catástrofes á la familia, que llegó á tener cierta supersticion y no paró hasta lograr que le pusieran en libertad. El pobre fracmason, acusado de ultrajes á la Vírgen del Sagrario, por habérsele descubierto algunas cartas de un amigo suyo toledano, que estaba preso como indivíduo de una sociedad secreta, recobró definitivamente su libertad, sin que pudiera oponerse á ello el P. Corchon, porque este tuvo la suerte de que Godoy le temiera, y por tanto que intentara comprarle, como en efecto le compró dándole la mitra de Coria. Desde entónces el timon de la nave del Estado, como decia ahuecándose todo, no podia estar en manos más expertas que en las del príncipe de la Paz.

Difícil le será al lector creer una cosa, y es que Leonardo se casó con

Engracía despues de tres meses de telegrafía platónica, cuyo hilo misterioso tendió D. Lino de una casa á otra con su acostumbrada benevolencia. Esto, así como la boda, no es lo que encontramos de inverosímil y maravilloso, sino que doña Bernarda Quiñones consintiera, aunque despues de una viva oposicion. Pues no lo dude el lector, que es muy cierto, segun consta de testimonios auténticos que han llegado hasta nuestros dias. Graves escritores atribuyen este cambio á la ausencia del P. Corchon, que privó á aquella santa mujer de su riguroso director espiritual, demasiado celoso por la honra de la casa. Despues de casados Leonardo y Engracia, doña Bernarda traia en palmitas á su yerno y decia mil pestes de Corchon, que habia tenido el mal gusto de trocarla por una mitra. Los dos esposos recogieron, educaron y adoptaron al fin á Pablillo, á quien el doctor, obedeciendo la patética recomendacion que Susana le hizo en su postrera carta, habia puesto en el seminario de Nobles, donde era tratado como el hijo de un grande de España.

La boda se habia celebrado sin aparato alguno en atencion á la triste suerte de Muriel, encerrado aún en la cárcel de villa y cada vez más loco. No dejó Pluma de asistir aunque haciendo tal cual puchero. D. Lino, por su parte, se excusó con la mayor cortesía, porque aquella noche tenia que representar en casa de Porreño el papel de Federico el Grande en la tragedia de Comella *El más celebrado rey de Prusia*.

—Señor de Pluma—decia doña Bernarda en tono compungido.—¿No ha pasado hoy Vd. á ver á ese buen señor conde de Cerezuelo, que dicen está tan malito que se nos va á ir por la posta en un periquete?

—¡Ah! Pobre Sr. D. Miguel de Cárdenas! Desde aquello de Susanita no ha vuelto á levantar cabeza. Fué muy grande el golpe que recibió.

—Dios les dé resignacion. ¡Cómo se han quedado todos los de esa familia! Cuidado que el marqués de Fregenal está que no parece sino que le han pasado 70 años por la cabeza. Ayer le ví por la calle, ¡Jesús! iba tan encorvado que daba lástima, y no le ha quedado un pelo negro. Vaya: si es cosa que horripila.

III.

Rotondo fué conducido á la cárcel y puesto en el mismo calabozo que al pobre La Zarza, hallado en la calle de San Opropio, como sabemos, é incluido ántes que ninguno en la sumaria que se empezó á instruir. El infeliz conspirador, estenuado por el hambre y turbado por la impresion que

experimentara, cayó en una profundísima melancolía cuando se vió solo con su antiguo huésped en tan triste sitio. El loco no habia variado en lo más mínimo, y sus palabras como sus hechos, no indicaban diferencia alguna, ni en su cabeza ni en su manía. Hablaba sin cesar, ora pronunciando discursos, ora increpando á personas invisibles, existentes sólo en su fantasía.

En el cerebro de D. Buenaventura fué poco á poco realizando un trastorno la presencia contínua de aquel hombre, sus voces, y, sobre todo, la firme conviccion que mostraba en cuanto decia. Pasó un dia y pasó otro, y al fin Rotondo, como cansado de su propio silencio y de su propio hastío, cambió con La Zarza algunas palabras y despues entabló con él diálogos muy vivos, en los cuales las ideas, si así puede llamárselas, del loco, tenian la principal parte. A los cinco dias Rotondo hablaba de la Convencion, de los Thermidorianos, de los Jacobinos y de Robespierre con tanta seriedad como su compañero de cárcel. En su cabeza se verificó un raro fenómeno, á causa del sacudimiento moral que habia sufrido: comenzó á perder la memoria y al fin la perdió por completo. El despecho, la rabia y el miedo primero; la miseria, el aislamiento y la compañía de La Zarza después, le debilitaron el juicio poco á poco hasta que se volvió tan loco como aquel.

A los diez dias de entrar allí Rotondo, llegó Martin á la cárcel y le encerraron tambien en el mismo calabozo. No es posible dar idea de lo que pasaba en la vida íntima de aquella trinidad horrenda. La Zarza habia dado en la flor de decir que estaban en la Conserjería y que los tres serian guillotinados á la mañana siguiente. Rotondo dió en creer que era Napoleon y que al dia siguiente se coronaria emperador. La misma cordura hubiera perdido el juicio en aquel encierro.

Martin hablaba poco y pasaba la mayor parte del tiempo acurrucado en un rincon con semblante tétrico y profiriendo á cada rato su lúgubre estribillo:

—¡Cuánto ódio esta noche!..... ¡Yo soy dictador!..... Matad, matad sin cesar.

Con el cuerpo lleno de contusiones y los vestidos desgarrados, era insensible á sus dolores físicos. Ningun recuerdo de personas ó hechos anteriores á la catástrofe de la noche de Toledo, indicaba que conservase un resíduo de memoria. Estaba lo mismo que en los instantes del incendio, con el entendimiento parado y como clavado en aquel punto. Su cerebro habia sufrido una petrificacion horrorosa.

La Zarza puesto en pié sobre el único banco que en la prision habia, se daba el nombre de Saint-Just y arengaba á una multitud imaginaria. Rotondo paseaba con agitado andar por el calabozo diciendo: «ajustaré la paz con los austriacos; entretendré con promesas á los prusianos; absorberé la España, conquistaré la Holanda y decretaré el bloqueo continental contra Inglaterra..... ¡Ah, pérfida Inglaterra!.....» Los tres cubiertos de harapos, con el rostro desencajado y los ojos hundidos y sanguinosos, parecian no sé qué horrorosa burla de la razon humana. Aquella triple locura causaba espanto á cuantos bajaban á visitarlos como una cosa rara. Veian á Rotondo dictando leyes al mundo; á La Zarza refiriendo lo que habia de pasar el dia siguiente al atravesar en carretas la calle de San Honorato para ir á la plaza de la Revolucion; á Muriel sumerjido en estúpido marasmo, ménos cuando se sobrescitaba súbitamente para mandar destruir, para condenar á muerte, y barrer de un golpe la corrupcion y el fanatismo. ¿Podia darse caricatura más pavorosa de las ideas, de las aspiraciones, de las virtudes y de los crímenes que agitan y arrastran al hombre en el camino de la existencia?

Muriel tenia en todos sus actos el sello de la superioridad, áun en aquella sociedad de locos. Sus movimientos eran dignos, su modo de mandar majestuoso, su voz grave, aunque estridente y sofocada. No se dignaba fijar la vista en los extraños que venian á contemplarle desde el mundo de fuera, desde el imperio de la razon; lanzaba sobre ellos una mirada de desprecio y les volvia la espalda diciendo:—Estos nécios no me conocen.

Otras veces parecia asombrarse de que le miraran tanto, y daba órdenes en voz alta, mandando cortar cabezas sin cesar, y llamándose el dictador y el omnipotente: despues, advirtiendo la compasion é hilaridad de los curiosos, se estremecia de indignacion y les increpaba diciendo:—Temblad todos..... ¡Ah! Sin duda no saben quién soy..... ¡Imbéciles! Yo soy Robespierre.

Octubre de 1871

ÍNDICE.

		PÁGINAS.
PRÓLOGO		5
CAP. I.	—Curioso diálogo entre un fraile y un ateo en el año de 1804.	9
II.	—El señor de Rotondo y el abate Paniagua	28
III.	—La sombra de Robespierre	45
IV.	—La escena campestre	62
V.	—Pablillo	84
VI.	—De lo que Muriel vió y oyó en Alcalá de Henares	101
VII.	—El consejero espiritual de doña Bernarda	113
VIII.	—Lo que cuenta Alifonso y lo que aconseja Ulises	123
IX.	—El leon domado	135
X.	—Que trata de varios hechos de escasa importancia, pero cuyo conocimiento es necesario	150
XI.	—Los dos orgullos	159
XII.	—El doctor consternado	177
XIII.	—La maja	186
XIV.	—El baile de candil	195
XV.	—La princesa de Lamballe	204
XVI.	—Las ideas de fray Jerónimo de Matamala	207
XVII.	—El barbero de Madrid	218
XVIII.	—El espíritu revolucionario del padre Corchon	228
XIX.	—La sentencia de Susana	239
XX.	—Del fin que tuvo la prision de Susana	246
XXI.	—La nobleza y el pueblo	256
XXII.	—El espectro de Susana	269
XXIII.	—El pastor Fileno	272
XXIV.	—El primer programa del liberalismo	279
XXV.	—La deshonra de una casa	282
XXVI.	—¿Iré ó no iré?	290
XXVII.	—Quemar las naves	296
XXVIII.	—La traicion	305
XXIX.	—El dictador	312
XXX.	—Revoloteo de una mariposa alrededor de una luz	221
XXXI.	—CONCLUSION.—Saint-Just, Napoleon y Robespierre	327